
EL BAUM PLAN
PARA LA INDEPENDENCIA FINANCIERA
JOHN KESSEL
TRADUCCIONES WEB ARTIFACS
Publicación Gratuita
CC BY NC SA

Créditos

El Plan Baum para la Independencia Financiera y Otros Relatos

johnjosephkessel.wixsite.com/kessel-website

Traducción, Edición: Artifacs, oct- 2019, may-2020
artifacs.webcindario.com

Licencia Creative Commons

Sobre The Baum Plan for Financial Independence

The Baum Plan for Financial Independence and Other Stories se presentó como Descarga Gratuíta en Small Beer Press bajo la Licencia Creative Commons BY-NC-SA el 15 de Abril de 2008.

Small Beer Press
150 Pleasant Street #306
Easthampton, MA 01027
smallbeerpress.com

Aquellas partes del relato *"Impotente"* que tratan sobre los efectos en el comportamiento del daño cerebral se han extraído de *"Law, Responsibility, and the Brain"* por Dean Mobbs, Hakwan C. Lau, Owen D. Jones, and Christopher D. Frith, publicado en PloS Biology, Creative Commons 2007, Mobbs, et al.

Licencia CC-BY-NC-SA

Sobre John Kessel

John Kessel co-dirije el programa de escritura creativa en la Universidad Estatal de Carolina del Norte en Raleigh. Es **ganador de: Su colección de historias, "Meeting in Infinity" (Encuentro en el Infinito), fue nombrada libro destacado de 1992 por la Reseña Literaria del New York Times Book Review. El escritor Kim Stanley Robinson ha dicho de la obra "Corrupting Dr. Nice":** ***el mejor viaje temporal jamás escrito.*** **Kessel vive con su familia en Raleigh, Carolina del Norte.**

- **El Premio Nebula.**
- **El Premio Theodore Sturgeon.**
- **El Locus Poll.**
- **El Premio James Tiptree, Jr.**

Sus libros incluyen:

- **Good News from Outer Space (Buenas Noticias del Espacio Exterior).**
- **Corrupting Dr. Nice (Corrompiendo al Dr. Simpático).**
- **The Pure Product (El Producto Puro).**

Kessel coeditó a fecha de 2008

- **Dos antologías con James Patrick Kelly: "Feeling Very Strange", "The Slipstream Anthology"**
- **Rewired, The Post-Cyberpunk Anthology (Reprogramado, La Antologías Post-Ciberpunk).**

Puedes saber más sobre John Kessel en
johnjosephkessel.wixsite.com/kessel-website

EL PLAN BAUM

para la Independencia Financiera Y Otros Relatos

(The Baum Plan for Financial Independence & Other Stories)

John Kessel

1: El Plan Baum para La Indepencia Financiera

The Baum Plan for Financial Independence, publicado en SCIFICTION en marzo 2004

Cuando la recogí en el Para y Compra de la Ruta 28, Dot llevaba una minifalda negra y zapatillas rojas como las que había cogido del montón de gangas la noche que irrumpimos en el centro comercial Sears de Hendersonville cinco años atrás. No pude evitar mirar la curva de su cadera cuando se deslizó en el asiento delantero de mi viejo T-Bird. Ella se inclinó y me besó: carmín rojo brillante y aliento de tabaco.

—*Como en los viejos tiempos,* - dijo ella.

Lo de ir al Sears había sido idea mía pero, después de entrar en la tienda, todas las otras ideas habían sido de Dot. Incluyendo el juego sobre la cama en la sección de muebles y a mí dando las campanadas al vigilante nocturno con la linterna de aluminio anodizado que había cogido en la sección de Ferretería, enviándolo a él al hospital con una contusión y a mí a la Central con tres años de condena.

Cuando la poli apareció, Dot estaba ya en paradero desconocido. No me importó. Un hombre debe ser responsable de sus propias acciones, al menos eso es lo que me dijeron en las sesiones de terapia de grupo que la prisión ofrecía los jueves por la noche.

Pero nunca conocí a una mujer que pudiera hacerme hacer las cosas que Dot podía hacerme hacer.

Uno de los tipos de aquellas sesiones era Radiactivo Roy Dunbar, quien tenía la teoría de que todos viviamos dentro de un ordenador y que nada era real.

—*Bueno, si esto no es real,* - le dije, —*no sé lo que es real.*

La suavidad de los pechos de Dot o el olor a mierda del cagadero de la Texaco de la autopista 28, ¿cómo podía haber algo más real que eso?

Radiactivo Roy, y las personas como él, sólo buscaba una puerta de salida. Así lo entiendo yo. Todo el mundo sueña a veces con una puerta de salida.

Puse el coche en marcha y salimos de la gasolinera hacia la autopista. El cielo era rojo sobre el Cerro Azul, el aire soplaba por las ventanillas, humeante con las cenizas de los incendios forestales que ardían cien millas al noroeste.

—*¿Se te ha comido la lengua el gato, querido?* - dijo Dot.

Empujé el cassette dentro de la radio y Willie Nelson prosiguió cantando *Hola Paredes*.

—*¿Adónde vamos, Dot?*

—*Apunta esta cosa al Oeste unos 20 minutos más o menos. Cuando veas una señal que dice Potters Glen, gira a la derecha hacia la siguiente carretera de tierra.*

Dot sacó un paquete de Kools de su bolso, se puso uno en los labios y hundió el mechero del coche de un golpe.

—*No funciona,* - le dije.

Ella rebuscó en su bolso unos treinta segundos, luego cerró la cremallera.

—*Mierda,* - dijo ella. Por el rabillo del ojo yo observaba el cigarrillo danzar arriba y abajo mientras ella hablaba. —*¿Tienes una cerilla, Sid?*

—*Lo siento, cariño, no.*

Ella se quitó el cigarrillo de la boca, lo miró durante un rato y lo envió volando por su ventanilla abierta.

Hola ventana. En realidad yo tenía una caja de cerillas Ohio Blue en

la guantera, pero no quería que Dot fumara porque eso iba matarla algún día. Mi madre fumaba y yo recordaba su tos húmeda y la piel estirada sobre sus mejillas, ella tendida en el dormitorio de la planta de arriba de la casa grande de Lynchburg, chupando un Winston. Siempre que mi viejo entraba a recoger la comida sin tocar y le preguntaba si podía fumar uno, mi madre le sonreía con ojos grandes y sacaba dos clavos de ataúd del paquete rojo y blanco con sus dedos manchados de nicotina.

Una vez tras otra veía yo suceder esto. Yo seguía a mi padre abajo hasta la cocina. Cuando él se doblaba para poner la bandeja sobre la encimera, yo le robaba los cigarrillos del bolsillo de su camisa y los rompía en pedazos sobre el plato de peras y queso casero. Y luego le miraba, retándole a que se enfadara. Tras unos segundos, él se limitaba a pasar por mi lado hacia el salón y encender la TV.

Esa es la historia de mi vida: yo tratando de salvaros a todos y todos vosotros ignorándome.

El otro lado de Almond era todo montañas. La carretera se retorcía, las luces iluminaban las copas de los árboles de la ladera de la colina. Seguí conduciendo sobre la doble línea amarilla mientras entraba y salía de cada curva, pero la carretera estaba desierta. Ocasionalmente pasábamos alguna casa ruinosa con alguna gastada camioneta aparcada en frente y un tanque oxidado de propano en el patio exterior.

La señal de Potters Glen surgió de la oscuridad y giramos hacia una pista rodada de gravilla que era incluso más retorcida que la pavimentada. La pista tenía badenes, castigaba la suspensión y mi tubo de escape oxidado se lijaba una y otra vez al bajar en cada salto. Si el plan de Dot era espiar a alguien, no iba a funcionar. Pero ella me había asegurado que la casa del cerro estaba vacía y que sabía dónde se escondía el dinero.

A veces, las ramas de un árbol arañaban el parabrisas o el espejo lateral. El bosque aquí era seco como la yesca tras una sequía del verano, la peor sequía de la historia, y en mi retrovisor podía ver en las luces traseras el polvo que levantábamos.

Llevábamos diez minutos en aquella carretera cuando Dot dijo:—

Vale. Ahora para.

La nube de polvo que nos estaba siguiendo nos alcanzó y ondeó suavemente en los faros delanteros.

—*Apaga las luces,* - dijo Dot.

En el silencio y oscuridad que vino, el lamento de las cigarras se acercaba. Dot rebuscó en su bolso y cuando abrió la puerta del coche para salir, a la luz del techo pude ver que tenía un mapa escrito en la hoja de un cuaderno. Abrí el maletero y saqué una pata de cabra y un par de alicates. Cuando llegué a su lado, ella estaba alumbrando el mapa con una linterna.

—*No habrá más de medio kilómetro siguiendo este camino,* - dijo ella.

—*¿Porqué simplemente no conducimos hasta allí?*

—*Alguien podría oirnos.*

—*Pero dijiste que el lugar estaba desierto.*

—*Lo está. Pero no tiene sentido correr riesgos.*

Yo me reí. ¿Dot sin correr riesgos? Eso era gracioso. Ella no pensaba lo mismo y me dió un puñetazo en el brazo.

—*Para,* - dijo ella, pero luego soltó una risita.

Le rodeé la cintura con el brazo que sujetaba las herramientas y la besé. Ella me empujó, pero sin brusquedad.

—*Venga,* - dijo ella.

Marchamos por el camino de tierra. Cuando Dot apagó la linterna, sólo quedó la tenue luna a través de los árboles pero, después de que se acostumbraran nuestros ojos, era más que suficiente. El bosque oscuro nos envolvía.

Andar por el bosque de noche siempre me hacía sentir como si estuviera en una película de horror de adolescentes. Esperaba que saliera aullando de entre los árboles un tipo con una máscara de

hockey para cortarnos en tiras con uñas como cuchillas.

Dot había oído sobre esta cabaña de verano que pertenecía a los ricos para los que ella había trabajado en Charlotte. Era de los Broyhills o parientes de los Broyhills, dinero del antiguo negocio de muebles. O quizá fueran de los Dukes y del tabaco. De todos modos, no usaban esta casa salvo un mes al año o así. Algún cuidador venía con la misma frecuencia pero no vivía en el edificio. Dot había oído a la hija decirle a una amiga que la familia guardaba diez mil dólares en billetes allí arriba en caso de que algún disturbio les obligara a salir de la ciudad por algún tiempo.

De modo que simplemente allanaríamos la propiedad y cogeríamos el dinero. Ese era el plan. A mí me parecía un poco ridículo: yo había crecido con dinero. Mi viejo había sido el dueño de una tienda de coches antes de arruinarse. Dejar montones de billetes en una casa de verano no me parecía un comportamiento habitual de la gente rica. Pero Dot podía ser muy convincente incluso cuando no era convincente y mi padre afirmaba que yo nunca había tenido una pizca de sentido común de todos modos.

Nos llevó veinte minutos subir al claro y allí estaba la casa. Era mayor de lo que imaginaba. Rústica, chimenea y camino de entrada de piedra, paredes con vigas y adornos en madera. La luz de luna relucía en las ventanas de los tres dormitorios que daban al frente, pero todas las ventanas escaleras abajo estaban tapadas. Puse la pata de cabra en uno de los marcos de las ventanas cubiertas y, tras algo de lucha, cedió. La ventana estaba barrada por dentro, pero golpeamos uno de los paneles y la abrimos. Empujé a Dot para ayudarla a través de la ventana y la seguí.

Dot usó la linterna para encontrar el interruptor de la luz. El mobiliario era grande y pesado: una enorne mesa de roble para el café (que tuvimos que mover para levantar la alfombra y ver si había una caja fuerte debajo), debía de pesar unos noventa kilos. Descolgamos todos los cuadros de las paredes. Uno de ellos era una pintura en madera de Maria y Jesús pero, en vez de Jesús, la mujer sostenía un pez; al fondo del cuadro, fuera de una ventana, una nube funeraria se izaba sobre un camino de tierra. El cuadro me dio escalofríos. Tras él no había nada salvo muro de yeso.

Escuché el tintineo del cristal tras de mí. Dot estaba sacando botellas del armario del licor para ver si había un compartimento oculto tras él.

Fuí hacia allí, tomé un vaso y me serví dos dedos de Glenfiddich. Me senté en un sillón de cuero y me lo bebí, observando a Dot hacer el registro. Ella empezaba a ponerse frenética. Cuando pasó por la silla yo la cogí por la cintura y la senté en mi regazo.

—*¡Ey! ¡Suéltame!* - graznó ella.

—*Vamos a probar en el dormitorio,* - dije.

Saltó de mi regazo. —*Buena idea.* - dijo y salió de la habitación.

Esto estaba volviéndose una odisea típica de Dot, mucho tocar pero nada de cosquillas. Dejé mi vaso y la seguí.

La encontré en el dormitorio rebuscando en un baúl de cajones, tirando ropa sobre la cama. Abrí el armario ropero. Dentro colgaban un montón de chaquetas y camisas de franela y pantalones vaqueros, un par de botas de montar y algunas sandalias alineadas pulcramente en el suelo. Retiré las ropas colgadas a un lado y allí, en el fondo, había una puerta.

—*Dot, trae esa linterna aquí.*

Ella se acercó e iluminó dentro del armario. Recorrí el borde de la puerta con la mano. Tenía un metro de altura, fundida con el muro, del mismo color blanquecino pero fria al tacto, hecha de metal. Sin goznes visibles y sin cerradura, sólo una maneta como una polea.

—*Eso no es una caja fuerte,* - dijo Dot.

—*No me digas, Sherlock.*

Ella hincó el hombro para pasar delante de mí, se agachó y giró la maneta. La puerta se abrió hacia la oscuridad. Enfocó la linterna hacia delante. Yo no podía ver con ella delante.

—*Jesucristo Todo Poderoso,* - dijo ella.

—*¿Qué?*

—*Escalones.*

Dot avanzó, luego bajó las escaleras. Yo empujé las ropas a un lado y la seguí.

La moqueta del dormitorio se detenía en el umbral, dentro había un suelo de cemento y un estrecho vuelo de escaleras conducía hacia abajo. Una barandilla de metal negro recorría el lado derecho. Los muros eran de cemento en bruto, sin pintura. Dot descendió primero hasta abajo, donde se detuvo.

Cuando llegué ví el porqué. Las escaleras llevaban a una extensa habitación oscura. El suelo terminaba a mitad del camino frente a ella y, más allá, a izquierda y derecha, bajo un techo en bóveda, había túneles abiertos. De un túnel abierto a otro seguía un par de vías brillantes. Estábamos de pie en el andén de un metro.

Dot caminó hasta un extremo del andén y enfocó la linterna hacia el túnel. Las vías brillaban hasta perderse en la distancia.

—*Esto, claramante, no es una caja fuerte,* - dije yo.

—*Quizá es un refugio antibombas,* - dijo Dot.

Antes de que pudiera encontrar un modo educado de reirme de ella, noté una luz creciendo en el túnel. Sopló una ligera brisa. La luz aumentaba como un foco aproximándose y con ella llegaba un zumbido en el aire. Retrocedí hasta las escaleras pero Dot se quedó a mirar por el túnel.

—*¡Dot!* - llamé.

Me ignoró con un gesto de su mano y, aunque dió un paso atrás, continuó observando. Desde el túnel se deslizó un vagón hasta pararse frente a nosotros. No era mayor que una furgoneta. Forma de lágrima, hecho de metal plateado pulido, su única luz iluminaba la vía a lo lejos. El vagón no tenía ventanas, pero cuando estuvimos delante se deslizó una puerta lateral para abrirse. El interior estaba tenuemente iluminado con elegantes asientos rojos.

Dot avanzó un paso y metió la cabeza dentro.

—*¿Qué estás haciendo?* - pregunté.

—*Está vacío,* - dijo Dot. —*Sin conductor. Vamos.*

—*No lo dices en serio.*

Dot se agachó y entró. Se giró y sacó la cabeza para mirarme desde el umbral.

—*No seas gallina, Sid.*

—*No hagas locuras, Dot. Ni siquiera sabemos qué es esta cosa.*

—*¿No has salido nunca de Mayberry? Es un metro.*

—*¿Pero quién lo construyó? ¿Adónde va? ¿Y qué demonios está haciendo en Jackson County?*

—*¿Y yo qué sé? Quizá podamos averiguarlo.*

El vagón simplemente permanecía allí. El aire estaba inmóvil. La luz rubí tras él proyectaba una sombra en la cara de Dot. La seguí dentro del vagón.

—*No me parece buena idea.*

—*Relájate.*

Había dos filas de asientos, cada una para dos personas, y suficiente espacio en el lado de la puerta para moverse de una a otra. Dot se sentó en uno de los asientos con su gran bolso en el regazo y tranquila como un cristiano con cuatro ases. Yo me senté a su lado. En cuanto lo hice, la puerta se cerró y el vagón comenzó a moverse cogiendo velocidad suavemente, empujándonos contra el firme tapizado. El único sonido era el gradual aumento del zumbido que alcanzó una frecuencia media y se mantuvo ahí. Traté de respirar. No se oía ningún "clack" de las vías ni vibración. Delante, el vagón se estrechaba como una punta de bala y el corazón de esa nariz era una ventana circular. Por la ventana sólo se veía oscuridad. Tras un rato, me preguntaba si aún nos estábamos moviendo cuando

apareció una luz delante, un pequeño resplandor primero y luego más brillante y grande, hasta que nos pasó al lado a una velocidad que me dijo que el vagoncito se movía más rápido de lo que me había preocupado en suponer.

—*Los dueños de esa casa,* - pregunté a Dot, —*¿de qué planeta dijiste que eran?*

Dot buscó en el bolso y sacó una pistola, la apoyó en el regazo y rebuscó de nuevo hasta encontrar un paquete de Fruta Jugosa. Sacó una barra y me tendió el paquete.

—*¿Chicle?* - me ofreció

—*No gracias.*

Dejó el paquete en el bolso y también la pistola. Tiró de la cinta de plástico amarilla de la barra, desenvolvió el papel de su chicle y se lo metió en la boca. Tras envolver el papel con cuidado lo dejó sobre el asiento delante nuestro.

Yo estaba a punto de gritar.

—*¿Adónde coño vamos, Dot? ¿Qué está pasando aquí?*

—*No tengo ni idea de adónde vamos, Sid. Si llego a saber que ibas a ser tan pesado no te habría llamado.*

—*¿Sabías algo de todo esto?*

—*Claro que no. Pero apostaría que vamos a llegar a algún lugar pronto.*

Despegué del asiento y avancé al banco delantero, dándole la espalda. Eso no me calmó los nervios: podía oírla masticando chicle y sentía sus ojos en la nuca. El vagón corría en la oscuridad, interrumpida tan sólo por la ocasional lanza de luz que pasaba. Dado que no parecía que estuviéramos llegando pronto a ningún lugar, tuve tiempo de contemplar las razones por las que era un idiota: la número uno era el modo en que había dejado que una exbailarina de Mebane guiara mi imaginación durante los últimos diez años.

Justo cuando pensaba que no podía estar más enfadado, Dot se levantó del asiento de atrás, se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—*Lo siento, Sid. Algún día te lo compensaré.*

—*¿Sí?* - dije. —*Pues dame un chicle.*

Me ofreció la barrita. Su envoltorio vacío había caído sobre el asiento entre nosotros; arrugué el papel del mío y lo dejé junto al suyo.

No había comenzado a mascar cuando el sonido del vagón disminuyó y sentí que aminorábamos. La ventana frontal se hizo un poco más brillante y el vagón se detuvo. La puerta se abrió.

La plataforma de andén que apareció estaba mejor iluminada que aquella bajo la casa en el Cerro Azul. De pie sobre ella había tres personas, dos hombres y una mujer. Los hombres vestían trajes oscuros idénticos, del tipo que llevan los banqueros con mucho dinero en el centro de Charlotte: los trajes lucían como ninguna ropa me había quedado nunca, cosidos con más esmero que el beso de una madre. La mujer, esbelta, con moño rubio de bibliotecaria, lo único que le daba tal apariencia, llevaba un vestido azul oscuro.

Permanecieron allí durante un momento, luego uno de los hombres dijo:—*Disculpen. Ya han llegado. ¿Van a salir?*

Dot se levantó y me dió un codazo y, finalmente, puse mis piernas dormidas a funcionar. Salimos a la plataforma y las tres personas entraron en el vagón, la puerta se deslizó hasta cerrarse y el vagón desapareció en la oscuridad.

Hacía frio en el andén y una leve brisa surgía del arco del pasillo. En vez del tosco hormigón como en el túnel bajo la casa, aquí el techo y las paredes eran de fino estuco. Tallado sobre el arco había un hombre agachado llevando un tipo de toga romana o griega, portando un libro bajo un brazo y una antorcha en el otro. Tenía una amplia frente, nariz recta y se parecía a un guardia de la Central llamado Pisarkiewicz, solo que mucho mas listo. Una luz dorada se filtraba de los adornos del techo que parecían huevos de rana.

—*¿Ahora qué?* - pregunté.

Dot se dirigió al pasillo abovedado.—*¿Qué podemos perder?*

Pasado el arco, una rampa de escaleras conducía hacia arriba cambiando de sentido cada 10 metros o así. Un par de mujeres, tan bien vestidas como la que vimos en el andén, se cruzó con nosotros yendo en la otra dirección. Tratamos de parecer que pertenecíamos a aquel lugar, aunque el pelo de Dot era un nido de ratas, yo llevaba vaqueros y zapatillas, no me había afeitado desde esa mañana y mi aliento olía a whisky escocés y a Fruta Jugosa.

En lo alto del tercer giro de escaleras brillaba una luz. Frente a nosotros surgía el sonido de unas voces, resonando como si vinieran de una gran habitación. Llegamos al último arco, el suelo se niveló y entramos a un recibidor.

Yo no sabía que había tantos tonos de mármol. El lugar era tan grande como una estación de tren, un gran espacio abierto con suelo de piedra pulida, un techo con domo a decenas de metros sobre nuestras cabezas, media docena de columnas griegas se asentaban en la pared del fondo. Un sol brillante iluminaba a través de las altas ventanas entre las columnas y caía sobre cestas de flores y enormes maceteros con palmeras. Alrededor del recibidor había un número de cabinas como quioscos de información y mostradores con rejillas como en los banco antiguos, en los que educado personal con faldas verde claro atendían a los clientes. Pero no todo era trabajo. Mezcladas entre las personas que portaban maletines, había otras, en grupos de tres o cuatro, sosteniendo pálidas bebidas en vasos de tubo o que se apoyaban casualmente charlando con aquellas que atendían en las cabinas. En una esquina, un hombre con traje verde tocaba jazz en un piano de cola.

Aquello era una mezcla entre la Gran Estación Central y el salón de fiestas en la Biltmore House. Dot y yo destacábamos como caballos de tiro en un cotillón. El par de centenar de personas que se dispersaba por la estupenda habitación de mármol estaba vestida para la gran ciudad. Incluso la gente menos elegante vestía chinos de doscientos dólares con jerseys de cachemir anudados casualmente alrededor de los cuellos. El lugar rezumaba dinero.

Dot me cogió de la mano y tiró de mí por el salón. Localizó una mesa con una fuente y un centenar de vasos de vino en hileras sobre el almidonado mantel blanco. Un querubín de mármol rosa que ponía morritos como un cupido vertía vino blanco de una jarra en la base que había a sus pies. Dot me entregó uno de los vasos y cogió otro para ella. Lo levantó bajo el chorro que caía de la jarra.

Dio un sorbo. —*Sabe bien,* - me dijo. —*Prueba.*

Mientras dábamos sorbos al vino y mirábamos a la gente, un hombre con camisa de uniforme y con una placa de latón cuyo nombre decía "Brad" se acercó a nosotros.

—*¿Desean un lavado y cepillado? Lavado y Cepillado está por alí,* - nos dijo señalando por el salón hacia otro arco de mármol. Tenía acento británico.

—*Gracias,* - dijo Dot. —*Sólo queríamos mojarnos los bigotes primero.*

El hombre le guiñó un ojo.—*Ahora que sus bigotes ya están mojados, no tema usarlos cuando pueda serle de servicio.* - Me lanzó una sonrisa forzada. —*Eso va por usted también, señor.*

—*Que te jodan,* - le dije.

—*Eso ya lo han hecho, señor* - dijo el hombre y se alejó andando.

Dejé el vaso de vino en la mesa. —*Vámonos de aquí,* - dije.

—*Yo quiero ir a ver lo que hay ahí.*

Lavado y Cepillado resultó ser un conjunto de habitaciones donde nos recibió una mujer llamada Elizabeth y un joven llamado Martin. Necesitan limpiarse a fondo, dijeron, y nos separaron. Yo no iba a hacer nada de esto, pero Dot parecía haber perdido la cabeza, pues salió con Martin. Tras gruñir durante un rato, dejé que Elizabeth me llevara a un pequeño vestidor donde me hizo desnudarme y ponerme una bata. Después de eso vino la ducha, el corte de pelo, la sauna y el masaje. Entre la sauna y el mesaje me trajeron comida, algo parecido a una quesadilla, pero mucho mejor que nada que yo hubiera probado en mi vida. Mientras comía, Elizabeth me dejó solo en la habitación con una ventana acortinada. Moví la cortina a un

lado y miré afuera.

La ventana daba, desde gran altura, a una ciudad diferente a cualquiera que hubiera visto. Era como un dibujo en un libro para niños, con cierto estilo persa y japonés. Esbeltas torres verdes, grandes edificios con cúpulas, largas estructuras bajas como almacenes hechos de jade. El sol pegaba despiadadamente sobre ciudadanos que iban de calle a calle entre los elegantes edificios con las cabezas agachadas y pasos pesados. Vi un equipo de cuatro hombres con camisas púrpura tirando de un carro. Vi otros hombres conducir con palos rebaños de niños por un parque. Vi vehículos retumbar dejando atrás cansados obreros en la calle, expulsando nubes de polvo amarillo tan denso que podía degustarlo.

La puerta a mi espalda se abrió y Elizabeth metió la cabeza. Yo solté la cortina como si me hubiera pillado meneándomela.

—*Hora de su masaje,* - me dijo.

—*Bien,* - le dije y la seguí.

Cuando salí, allí estaba Dot, diminuta dentro de su mullida bata, con el pelo limpio y peinado y las uñas de manos y pies pintadas de rosa caracola. Parecía tener catorce años.

—*Bonito corte de pelo,* - me dijo.

—*¿Dónde están nuestras ropas?* - le demandé a Martin.

—*Se las traeremos,* - dijo. Hizo un gesto a uno de los chicos. —*Pero ahora vengan conmigo.*

Luego, nos sentaron delante de la pantalla de un ordenador y nos mostraron un catálogo de ropa que no podrías encontrar fuera de un Neiman Marcus. Tenían imágenes de nosotros, como muñecas de papel 3D que hacían aparecer en la pantalla y que podían vestir como quisieran para que pudieras ver cómo te quedaría. Dot estaba en el séptimo cielo.

—*¿Cuánto nos va a costar?* - le dije.

Martin dio una carcajada como si hubiera hecho un buen chiste.

—*¿Qué tal algunas camisas de seda?* - me preguntó. —*Tiene usted buena constitución. Sé que le van a gustar.*

Para cuando estuvimos vestidos, el chico había vuelto con dos grandes bolsas de compra verdes con asas.

—*¿Qué es esto?* - preguntó Dot cogiendo la suya.

—*Sus antiguas ropas,* - dijo Martin.

Cogí la mía. Me miré en el espejo. Yo vestía una camisa azul, una corbata gris con un nudo raquítico y una larga cola, gemelos de marfil, una chaqueta de seda gris y unos pantalones negros con una raya que podía cortar el hielo. Los zapatos eran de cuero tan suave como la piel de un bebé y tan cómodos como si los hubiera llevado durante tres meses. Mi aspecto era estupendo.

Dot se había arreglado con un vestido color champán de cuello de cisne, vuelo pálido, un sencillo collar de oro y pendientes que destacaban su pelo negro. Olía a violetas y tenía mejor aspecto que el descanso para almorzar en una fábrica de chocolate.

—*Tenemos que salir de aquí,* - le susurré.

—*¡Gracias por visitarnos!* - dijeron Elizabeth y Martin al unísono. Nos escoltaron hasta la puerta. —*¡Vuelvan pronto!*

El salón sólo estaba un poco menos concurrido que antes. —*De acuerdo, Dot. Vamos derechos al metro. Este lugar me pone los pelos de punta.*

—*No,* - dijo Dot.

Me cogió del brazo que no estaba cargando la bolsa de mis viejas ropas y me arrastró por la sala hacia una de las ventanas con rejilla. Nadie reparó en nosotros. Ahora vestíamos igual que todo el mundo y encajábamos allí.

En la ventanilla, otra joven de verde nos saludó. —*Soy la Srta. Goode. ¿En qué puedo ayudarles?*

—*Hemos venido a por nuestro dinero,* - dijo Dot.

—*¿Cuánto?* - preguntó la Srta. Goode.

Dot se giró hacia mí. —*¿Tú qué dices, Sid? ¿Será suficiente con veinte millones?*

—*Ahora mismo,* - dijo la Srta. Goode. —*Por favor, pasen detrás del mostrador hacia mi escritorio.*

Dot empezó a seguirla. Yo la agarré del hombro. —*¿De qué cojones estás hablando?* - le susurré.

—*Tú sígueme el juego y quédate callado.*

La Srta. Goode nos condujo hasta una gran mesa de cristal.

—*Necesitaremos una fotografía, por supuesto. Y un número.* - Le habló a un interfono: —*Daniel, trae dos maletines... Exacto.* - Abrió una página en su ordenador y la examinó. —*Su banco,* - me dijo a mí, —*es el Banque Thaler, Ginebra. Su número es PN68578443. Tendrá que memorizarlo eventualmente. Tome, escríbaselo en la palma de momento.*

Me entregó un bolígrafo muy bonito. Luego le dio otro número a Dot.

Mientras ella hacía esto, salió un hombre de una puerta en la pared de mármol a mi espalda. Trajo dos maletines de metal plateado y los puso en el borde del escritorio de la Srta. Goode frente a Dot y a mí.

—*Gracias, Daniel,* - dijo ella. Se giró hacia nosotros —*¡Adelante, ábranlos!*

Yo me acerqué el maletín y lo abrí. Estaba lleno de apretados fajos de firmes billetes de cien dólares. Treinta de ellos.

—*Esto es maravilloso,* - dijo Dot. —*¡Muchísimas gracias!*

Yo cerré mi maletín y me levanté.

—*Hora de irse, Dot.*

—*Espere un minuto,* - dijo la Srta. Goode. —*Necesitaré su nombre*

completo.

—¿Nombre completo? ¿Para qué?

—Para las cuentas en Suíza. Lo único que tiene ahí son trescientos mil. El resto estará en su cuenta. También necesitaremos su fotografía.

Dot tiró de mi elegante manga.

—Sid se olvida siempre de eso, - le explicó a la Srta. Goode. *—Siempre tiene tanta prisa. Su nombre es Sidney Xavier Dubose. D-U-B-O-S-E. Yo soy Dorothy Gale.*

Yo ya había alcanzado mi punto de ruptura.

—Cállate, Dot.

—En cuanto a las fotografías… - empezó la Srta. Goode.

—No van hacerme una fotografía. - me alejé de Dot. Tenía el maletín en mi mano derecha y la bolsa de ropas en la izquierda.

—No pasa nada, - dijo la Srta. Goode. *—Usaremos sus fotografías del programa de costura. Pueden seguir. ¡Pero vuelvan pronto!*

Yo ya estaba dando zancadas por el salón, mis zapatos nuevos sonaban como metrónomos. La gente se apartaba para dejarme pasar. Fui directo a la rampa que conducía al paso subterráneo. Un hombre delgado que fumaba un largo cigarrillo me observó con curiosidad cuando pasé por una de las mesas. Puse mi mano en su pecho y le derribé. Se quedó espatarrado en el suelo con mirada atónita, pero no hizo nada, nadie hizo nada.

Para cuando llegué a la rampa yo ya estaba trotando. El andén de abajo estaba desierto, las luces burbuja aún relucían en oro y no podías saber si era de día o de noche. Dot apareció sin aliento detrás de mí.

—¡Qué problema tienes! - me gritó.

Me sentía exhausto. No podía saber cuánto tiempo había pasado desde que irrumpimos en la casa de la montaña.

—¿Que qué problema tengo? ¿Qué problema tiene todo esto? Es de locos. ¿Qué van a hacernos? Esto no puede ser real. Tiene que ser alguna clase de estafa.

—Si piensas que es una estafa, dame ese maletín. Yo te lo guardo, estúpido bastardo idiota.

Me quedé allí de pie, malhumorado. No sabía qué decir. Ella me dio la espalda y fue hasta el otro extremo del andén, tan lejos como le fue posible.

Tras unos minutos, la luz creció en el túnel y el vagón, o uno como ese, se deslizó hasta detenerse delante de nosotros. Se abrieron las puertas, yo entré de inmediato y Dot me siguió. Nos sentamos uno junto al otro en silencio. La puerta se cerró y el vehículo cogió velocidad hasta correr tan locamente como lo había hecho unas horas antes.

Dot trató de hablar conmigo, pero yo sólo miraba al suelo. Bajo el asiento vi los dos envoltorios de chicle, uno arrugado en un nudo, el otro limpiamente doblado como si aún estuviera lleno.

Aquella fue la última vez que vi a Dot. Ahora vivo en Francia, pero tengo una casa en México y otra en Toronto. En Canadá aún puedo ir a las carreras de coches, pero ya no me impresionan como solían hacerlo.

Ahora bebo vino en botellas que tienen corchos. Leo libros. Escucho música que no tiene palabras. Todo porque, como resultó, yo tenía una cuenta bancaria suíza de diez millones de dólares. El dinero lo cambió todo, más de lo que pude haber considerado. Era una espada colgando sobre mi cabeza, como una pared entre mí mismo y quien era antes. Dentro de un mes parto a Carolina del Norte. Me pone nervioso permanecer en el estado sabiendo que la casa en el Cerro Azul aún está allí.

A veces siento la tentación de volver y comprobar si realmente hay una puerta en el fondo de aquel armario.

Cuando Dot y yo subimos las escaleras de hormigón y volvimos al interior de la casa, aún era de noche. Podría haber pasado sólo un

minuto desde que bajamos. Salí hacia el salón, me senté en la rústica silla de cuero, cogí el vaso que había dejado junto a él y lo llené hasta el borde de escocés. Mi maletín lleno de trescientos mil dólares se apoyaba en el suelo de parqué junto a la silla. Yo iba vestido por valor de un par de miles de dólares con ropas casuales. Mis zapatos seguramente costaban más que un mes de alquiler en cualquier sitio en el que yo había vivido.

Dot se sentó en el sofá y se sirvió una copa también. Tras un rato, dijo, *—Te dije que te lo compensaría algún día.*

—¿Cómo sabías todo esto? - le pregunté. *—¿Qué es esto?*

—Es un sueño hecho realidad, - dijo Dot. *—No se le miran los dientes a un sueño hecho realidad.*

—El sueño hecho realidad de una persona es la pesadilla de otra, - le dije. *—Siempre hay alguien que tiene pagar.* - yo nunca había hablado así antes pero, mientras hablaba, me iba dando cuenta de que era cierto.

Dot terminó su escocés, recogió su maletín y la bolsa verde con su vieja falda, jersey y zapatos, y se dirigió hacia la puerta. Hizo una pausa allí y se giró hacia mí. Su aspecto parecía de veinte millones de pavos. *—¿Vienes?*

La seguí fuera. Aún había suficiente luz lunar para poder bajar por el camino de tierra hasta mi coche. Los insectos zumbaban en la oscuridad. Dot abrió la puerta del pasajero y entró.

—Espera un minuto. - le dije. *—Dame tu bolsa.*

Dot me entregó su bolsa verde. Yo la volqué en el suelo junto al coche, luego vacié la mía encima. Arrugué las bolsas y las metí bajo las ropas como yesca. Encima de todo yacía la chaqueta que había estado llevando la noche que me arrestaron en el Sears, la que el estado me había guardado mientras cumplía mi tiempo y la que me había puesto el día que salí.

—¿Qué haces? - pregunto Dot.

—Una hoguera, - le dije. *—Adios a los antiguos Dot y Sid.*

—*Pero no tienes cerillas.*

—*Abre la guantera. Hay una caja de Blue Tips.*

FIN

2: Todo Angel es Terrorífico

Every Angel is Terrifying, publicado en Fantasy & Science Fiction en oct./nov. 1998

Bobby Lee cogió el cuerpo de la abuela por las axilas y lo arrastró hasta el otro lado de la cuneta.

—*¿Por qué no me ayudas, Hiram?* - dijo Railroad.

Hiram se quitó el abrigo, bajó a la cuneta tras Bobby Lee y sujetó las piernas de la señora. Juntos, él y Bobby Lee la llevaron por el campo hacia el bosque. Su roto sombrero azul aún estaba sujeto a la cabeza de la mujer, que oscilaba golpeando el hombro de Bobby Lee. La cara de la mujer miró a Railroad todo el camino hacia la sombra de los árboles.

Railroad llevó al gato al Studebaker. Se le ocurrió que no sabía el nombre del gato y ahora que la familia entera estaba muerta, nunca lo sabría. Era un calicó de rayas grises con una amplia cara blanca y nariz naranja.

—*¿Cómo te llamas, gatito?* - le susurró rascándole detrás de las orejas.

El gato ronroneó. Una a una, Railroad rodeó y subió las ventanillas del coche. Había una fractura en zigzag en el parabrisas y la ventana del pasajero estaba rota. Metió el abrigo de Hiram en el agujero de la ventana. Luego metió al gato dentro del coche y cerró la puerta. El gato subió las patas delanteras en el salpicadero y, mirándole, le dió un maullido silencioso.

Railroad se empujó las gafas y se quedó mirando hacia la línea de árboles. Hacía calor y el lugar estaba tanquilo, sólo rompían el silencio los trinos de los pájaros desde algún lugar arriba del embarcadero. Entornó los ojos hacia el cielo sin nubes. Sólo quedaban un par de horas de sol. Se frotó el lugar del hombro donde la abuela le había tocado. De algún modo se lo había

lastimado cuando se había apartado bruscamente de ella.

Lo último que la abuela había dicho se le hubiera quedado: «*Eres uno de mis propios hijos.*»

La vieja le había parecido familiar, pero no hasta el punto de ser su madre. Quizá su padre había sembrado avena a lo loco en los viejos tiempos. Railroad sabía que sí. ¿Podría esta anciana haber sido su madre, de verdad?

Eso explicaría por qué la mujer que le había criado, una dulcísima mujer, vivía entristecida con un hijo tan malo como él.

La idea caló en su cabeza. Deseó haber tenido el sentido común de hacerle a la abuela algunas preguntas. La vieja podría haber sido enviada para decirle la verdad.

Cuando volvieron Hiram y Bobby Lee, encontraron a Railroad inclinado bajo el capó levantado del coche.

—*¿Qué hacemos ahora?* - preguntó Bobby Lee.

—*La polícia podría llegar en cualquier momento,* - dijo Hiram. La sangre le había manchado la pernera de sus pantalones caqui. —*Alguien ha podido oir los disparos.*

Railroad salió de debajo del capó. —*Lo único de lo que tenemos que preocuparnos ahora, Hiram, es cómo conseguir que este radiador deje de gotear. Encuentra una barra de hierro para atornillar neumáticos y aprieta con ella el radiador. Bobby Lee, quítale un cinturón al otro coche.*

Requirió media hora más de lo que Hiram había estimado para llevar el coche de vuelta a la carretera. Para cuando lo hicieron, ya había anochecido y el camino de tierra roja relucía a la sombra de los pinos. Empujaron el Hudson robado que habían estado conduciendo hacia los árboles y entraron en el Studebaker.

Railroad se puso al volante del coche y bajaron botando por el camino de tierra hacia la autopista. Junto a él, con el gorro puesto de nuevo, Hiram rebuscó en la robada cartera del hombre mientras, en el asiento de atrás, Bobby Lee tenía el gato en el regazo y lo

acariciaba bajo la barbilla. —*Gatito gatito gatito gatito gatito,* - susurraba.

—*Sesenta y ocho dólares,* - dijo Hiram. —*Con los veintidós del bolso hacen noventa.* - se giró y le entregó un fajo de billetes a Bobby Lee. —*Deshazte del maldito gato.* - dijo. —*¿Quieres que te guarde esto?* - le preguntó a Railroad.

Railroad alargó el brazo, cogió los billetes y los guardó en el bolsillo de la camisa amarilla con loros azules que llevaba. Había pertenecido al marido que había estado conduciendo el coche. Bailey Boy, le había llamado la abuela. Railroad sintió un cosquilleo en el hombro.

El coche vibraba, las ruedas estaban desalineadas mientras rodaban. Si intentaba pasar de noventa, el coche se agitaría hasta salir de la carretera. Railroad sentía el cálido peso de su pistola dentro del cinturón presionándole la panza. Bobby Lee canturreaba en el asiento de atrás. Hiram estaba callado mirando los árboles en la oscuridad. Sacó su desgastado abrigo de la ventanilla, trató de sacudir del mismo algunos cristales.

—*No deberías usar el abrigo de un hombre sin decírselo* - gruñó.

Bobby Lee habló. —*No quería que se escapara el gato.*

Hiram estornudó. —*¿Quieres tirar ese maldito animal por la maldita ventana?*

—*No ha hecho daño a nadie.* - dijo Bobby Lee.

Railroad no dijo nada. Siempre había imaginado que el mundo era ligeramente irreal, que él estaba destinado a ser un ciudadano de algún otro sitio. Su mente era una caja. Fuera de la caja estaba el reino de la distracción, diversión y aburrimiento. Dentro de la caja era donde pasaba la vida real, la lucha entre lo que sabía y lo que no. Tenía un modo de actuación educada, desapegada, porque así no le molestaban. Cuando le molestaban, se enfadaba. Cuando se enfadaba, pasaban las cosas.

Siempre había sido presa del remordimiento, pero ahora lo sentía

más que cuando era niño. No había prestado suficiente atención. Había ensartado a la vieja como un hipócrita y había regresado a su caja pensando que ella era sólo otra idiota de aquel mundo de marionetas. Aunque cuando ella le tocó, sólo quería confortarle y él le disparó.

¿Qué fue lo que había dicho la mujer?

«*Podrías ser honesto si lo intentaras... Piensa en lo maravilloso que sería reformarse y vivir una vida tranquila sin tener que pensar a todas horas que alguien te persigue.*»

Sabía que ella sólo le estaba diciendo eso para salvar la propia vida. Pero eso no significaba que no pudiera ser un mensaje.

Fuera de la caja, Hiram preguntó, —*¿Qué fue toda esa cháchara con la abuela sobre Jesús? Nosotros haciendo toda la matanza y tú charlando.*

—*Le disparó a la vieja,* - dijo Bobby Lee.

—*Y nos hizo cargarla hasta el bosque cuando podía haber esperado a que la condujeramos allí como los demás. Somos los únicos que tenemos las ropas manchadas de sangre.*

Railroad dijo tranquilamente, —*¿No te gusta el modo como van las cosas, hijo?*

Hiram se movió inquieto en el asiento como si le picara entre los omoplatos. —*Yo no he dicho eso. Sólo quiero salir del estado.*

—*Vamos a Atlanta. En Atlanta podemos perdernos.*

—*¡Voy a conseguir una chica!* - dijo Bobby Lee.

—*Tienen más polis en Atlanta que en el resto del estado junto,* - dijo Hiram. —*En Florida...*

Sin sacar los ojos de la carretera, Railroad aplastó el puente de la nariz de Hiram con la mano derecha. Hiram se apartó, más sorprendido que herido, y su sombrero rodó al negro suelo.

Bobby Lee soltó una carcajada y le devolvió a Hiram su sombrero.

* * *

Fue después de las 11:00 cuando llegaron a las afueras de Atlanta. Railroad paró para cenar en el Lindo Lugar: ladrillo rojo y un techo de asbesto, el aire olía a tabaco y cerdo a la barbacoa. Hiram se sacudió algo de polvo del montón de manchas de sus pantalones. Railroad abrió el maletero y encontró el maletín del muerto lleno de ropa. Lo llevó con él.

En la radio que sonaba sobre un estante tras el mostrador, Kitty Wells cantaba *It Wasnt God Who Made Honky-Tonk Angels.* (No fue Dios Quien Hizo Ángeles Decadentes)

Railroad estudió el menú de arriba a abajo y pidió pastas y salsa. Mientras comían, Bobby Lee rajaba sobre chicas e Hiram fumaba sentado. Railroad sabía que Hiram estaba preparado para intentar algo estúpido. Railroad ya no les necesitaba de modo que, cuando acabaron de comer, dejó las llaves del coche sobre la mesa y se llevó el maletín hasta el cuarto de baño. Pasó el cerrojo a la puerta, sacó su .38 del cinturón, lo puso encima del lavabo y se cambió el mono demasiado apretado por unos pantalones holgados del muerto. Se lavó la cara y las manos. Se limpió las gafas con la cola de uno de los loros de la camisa, metió las faldas de la camisa bajo los pantalones y el .38 dentro de la maleta, y salió al restaurante. Bobby Lee y Hiram se habían ido y el coche ya no estaba en el aparcamiento.

La cuenta estaba en la mesa junto al cigarro aún humeante de Hiram. Seis dólares y ocho centavos.

Railroad se sentó en la cabina a beber su café. En la ventana del local, cerca de la puerta, había visto un cartón que decía,

«*SE BUSCA: COCINERO DE FRITOS.*»

Cuando acabó el café, descolgó el letrero y fue hacia la caja. Después de pagar la cuenta le entregó el letrero.

—*Soy tu hombre,* - dijo.

La cajera llamó al encargado. —*Sr. Cauthron, este hombre dice que es cocinero.*

El Sr. Cauthron tenía quizá treinta y cinco años Su pelo rojo zanahoria destacaba como la cresta de un gallo y asomaba un poco su barriguilla por fuera del cinturón. —*¿Cómo te llamas?*

—*Lloyd Bailey.*

—*Lloyd, ¿qué experiencia tienes?*

—*Puedo cocinar cualquier cosa de este menú,* - dijo Railroad.

El encargado le llevó a la parte de atrás de la cocina.

—*Échate a un lado, Bajito,* - le dijo el jefe al alto hombre negro junto a la plancha. —*Prepárame una tortilla Denver,* - le dijo a Railroad.

Railroad se lavó las manos, se puso un delantal, rompió dos huevos en un cuenco. Tiró puñados de cebolla picada, pimienta verde y cubitos de jamón en la freidora. Cuando las cebollas estuvieron blandas, vertió los huevos batidos sobre el jamón y las verduras, añadió sal y pimienta negra. Cuando deslizó la tortilla terminada sobre un plato, el encargado se inclinó como si inspeccionara el trabajo de pintura de un coche usado.

Se enderezó.—*La paga son treinta dólares a la semana. Ven a las seis de la mañana.*

Fuera en el aparcamiento Railroad dejó su bolsa en el suelo y miró a su alrededor. Las cigarrras cantaban en la cálida noche urbana. Al doblar la esquina del restaurante localizó una gran casa victoriana con un letrero en el porche:

«*Se Alquilan Habitaciones.*»

Estaba a punto de empezar a andar cuando, por el rabillo del ojo, captó movimiento cerca de un cubo de basura. Espió en las tinieblas y vio al gato saltar hasta lo alto para llegar hasta la basura. Él se acercó, extendió la mano. El gato no huyó, le olisqueó y chocó su cabeza contra su palma. Él lo recogió, lo acunó bajo el brazo y lo llevó junto a la bolsa hacia la posada.

Bajo frondosos robles, la casa era una gran mansión de tablones pardos con persianas verdes y cestas colgantes de begonias en el porche. La gruesa ventana ovalada de la puerta estaba biselada en los bordes, el latón del pomo estaba oscurecido por la edad.

La puerta no estaba cerrada con llave. El corazón de Railroad saltó un poco ante la oportunidad, pero al mismo tiempo quería avisar al propietario de tal idiotez.

Fuera, a un lado de la entrada, había una mesita con un jarrón con flores secas sobre el mantel, frente a ella, una placa de latón decía: «*Director.*»

Railroad llamó. Tras un rato, la puerta se abrió y apareció una mujer con cara de ángel. Ella no era jóven, tal vez cuarenta, con piel muy blanca y rubia. Le miró, sonrió, vio el gato bajo su brazo.

—*Qué animal más bonito,* - le dijo.

—*Me gustaría una habitación,* - dijo él.

—*Lo siento. No aceptamos las mascotas,* - le dijo la mujer, no cruelmente.

—*Este de aquí no es una mascota, señora,* - dijo Railroad. —*Este de aquí es mi único amigo en el mundo.*

El nombre de la patrona era Sra. Graves. La habitación que alquilaba era de siete por siete metros con una única cama, un vestidor chapado color cereza, una tosca mesa y una silla, un armario estrecho, cortinas de lazo en la ventana y una vieja manta color piña sobre la cama.

El aire olía a dulce. En la pared frente a la cama había una fotografía en un marco de tienda de todo a un diez centavos con un bote de remos vacío que flotaba en un enfadado océano gris, el cielo nublado, sólo un único haz de luz solar en la distancia de un ocaso que no salía en la fotografía. La habitación costaba diez dólares a la semana. A pesar de la regla de la Sra. Graves contra las mascotas, como por arte de magia, le cogió aprecio al gato de Railroad. Fue casi como si le hubiera alquilado la habitación al

gato, con Railroad incluído en el lote. Después de alguna consideración, él llamó al gato Placer. Era el animal más cariñoso que Railroad había visto nunca. Quería estar con él incluso cuando Railroad le ignoraba. El gato le hacía sentirse querido y eso le ponía nervioso. Railroad preparó una gatera en la ventana de su habitación para que Placer pudiera entrar y salir cuando quisiera, y no quedar confinado en la habitación cuando Railroad estaba en el trabajo.

Los únicos otros residentes de la posada eran Louise Parker, un profesor, y Claude Foster, un vendedor de lencería. La Sra. Graves limpiaba la habitación de Railroad una vez a la semana, barría los suelos, cambiaba la colcha cada semana con una segunda colcha hecha en un patrón rosa que a él le recordaba a su infancia.

Él trabajaba en el restaurante desde las seis de la mañana; cuando abría Maisie, la cajera; hasta que Bajito le remplazaba a las tres de la tarde. La chica de la barra era Betsy y el Servicio lo llevaba un chico negro que atendía las mesas y lavaba los platos. Railroad les dijo que le llamaran Bailey y no hablaba mucho. Cuando no estaba trabajando, Railroad pasaba la mayoría de su tiempo en la pensión o las noches en un cercano parquecito.

Railroad había cogido la Biblia del cajón de la mesa de la posada, comprado el periódico de la tarde y los había llevado con él. Placer a menudo le seguía hasta el parque. El gato se lanzaba tras las ardillas y huía de los perros, bufando mientras se movía de lado. A los gatos les gustaba matar ardillas, a los perros matar gatos, pero no había pecado en ello. Placer no iría al infierno ni al cielo. Los gatos no tenían almas. El mundo estaba lleno de estúpidos como Bobby Lee e Hiram que mataban sin saber por qué.

La vida era una prisión.

Gira a la derecha, había una pared. Gira a la izquierda, había una pared. Mira hacia arriba, había un techo, Mira hacia abajo, había un suelo..

Railroad había entrado de prisión por otros, pero no estaba engañado sobre su propio comportamiento. No creía en el pecado, pero lo sentía. Aún así, no era un perro ni un gato, era un hombre.

«*Eres uno de mis propios hijos.*»

No había razón por la que tuviera que matar gente. Sólo deseaba que ya nunca tuviera que lidiar con ningunos Hirams ni Bobby Lees.

Contempló el letrero de pasta de dientes Ipana pintado en la pared del Piggly Wiggly frente al parque.

«*Más blanco que el blanco.*»

Placer se acurró en el extremo del banco, moviendo las patas traseras mientras observaba a un pinzón brincar por la acera. Railroad lo recogió, le frotó la mejilla por los bigotes.

—*Placer, ¿sabes qué?,* - le susurró. —*Vamos a hacer un trato. Tú me salvas de Bobby Lee e Hiram, y no mato a nadie nunca más.*

El gato le miró con sus ojos amarillo claro. Railroad suspiró. Puso el gato en el suelo. Apoyó la espalda en el banco y abrió el periódico. Bajo el pliegue de la primera página leyó:

«*Convictos a la Fuga Muertos en Accidente en Valdosta. Dos convictos fugados y una pasajera no identificada fueron muertos el martes cuando el último automóbil robado que conducían chocó contra el contrafuerte de un puente mientras eran perseguidos por la Policía del Estado. Los convictos fallecidos, Hiram Leroy Burgett (31) y Bobby Lee Ross (21), fugados el 23 de junio durante un traslado al Hospital del Estado para evaluación psicológica de Enfermos Criminales. Un tercero fugado, Ronald Reuel Pickens (47), aún anda suelto.*»

La hora punta del almuerzo estaba acabando. Había dos personas en el mostrador y cuatro cabinas ocupadas y Railroad había preparado un BLT y un pedido de pollo frito sobre el anaquel cuando Maisie volvió dentro de la cocina y llamó al jefe.

—*La policía quiere hablar con usted, Sr. Cauthron.*

Railroad espió desde detrás de la hilera de papeles de pedidos colgados. Un hombre con traje se sentó a la barra, sorbiendo té dulce. Cauthron salió para hablar con él.

—*Dos náufragos en una balsa,* - pidió Betsy a Railroad.

El hombre habló con Cauthron durante unos minutos, le mostró una fotografía. Cauthron negó con la cabeza, asintió, negó con la cabeza de nuevo. Se reían. Railroad ojeaba la puerta a la espalda del comensal, pero se giró de vuelta hacia la plancha. Para cuando tuvo los tostadas y los huevos fritos, el hombre se había ido. Cauthron volvió a su oficina sin decir nada. A final del turno tomó a Railroad aparte.

—*Lloyd,* - le dijo. —*Necesito hablar contigo.*

Railroad le siguió hacia el cuartito que él llamaba su oficina. Cauthron se sentó detrás de su desordenado escritorio y cogió una carta de la capa superior del caos.

—*Acabo de recibir esta nota de la Seguridad Social que dice que el número que me diste no es válido.* - él alzó la vista hacia Railroad, sus ojos azules achinados eran inescrutables.

Railroad se quitó las gafas y se frotó el puente de su nariz con el pulgar y el índice. No dijo nada.

—*Supongo que sólo es una equivocación,* - dijo Cauthron. —*Igual que ese asunto con el detective de esta tarde. No te preocupes por ello.*

—*Gracias, Sr. Cauthron.*

—*Una cosa más antes de que te vayas, Lloyd. ¿Te dije que tu salario era treinta a la semana? Quise decir veinticinco. ¿Te va bien?*

—*Lo que usted diga, Sr. Cauthron.*

—*Y creo que, para espolear el negocio, empezaremos a abrir a las cinco. Me gustaría que cogieras la hora extra. Empezando el lunes.*

Railroad asintió. —*¿Eso es todo?*

—*Eso es todo, Lloyd.* - Cauthron pareció de pronto divertirse al llamar a Railroad, Lloyd. El nombre se enrollaba en su lengua y observaba su reacción. —*Gracias por ser tan buen cristiano al respecto.*

Railroad regresó a su habitación en la posada. Placer le maulló y

cuando se sentó sobre la cama, saltó a su regazo. Pero Railroad simplemente se quedó mirando la fotografía del bote de remos en la pared opuesta. Tras un rato, el gato saltó sobre la cornisa de la ventana y salió por la gatera hacia el tejado.

Sólo un loco usaría el conocimiento de que un hombre era un asesino para estafarle en la paga. ¿Cómo podía él saber que Railroad no le mataría o huiría o haría ambas cosas? Por suerte para Cauthron, Railroad había hecho un trato con Placer. Aunque ahora no sabía lo que hacer. Si el mensaje de la anciana era verdaderamente de Dios, entonces quizá esta era su primera prueba. Nadie dijo que ser bueno fuera fácil. Nadie dijo que sólo porque Railroad se estaba volviendo bueno, todo el mundo que encontrara sería bueno para siempre jamás. Railroad le había pedido a Placer que le salvara de Bobby Lee e Hiram, no del Sr. Cauthron. Necesitaba consejo.

Deslizó el cajón de la mesa. Junto a la Biblia estaba su .38. Giró el cilindro para abrirlo, comprobó que todas las cámaras estaban cargadas, luego lo volvió a meter en el cajón. Sacó la Biblia, pasó las páginas con los ojos cerrados y posó su dedo índice sobre un verso.

Abrió los ojos.

El verso que estaba señalando era del Deutoronomio: «*De todo lo que está en el agua, de estos podréis comer: todo lo que tiene aleta y escama. Y lo que no tenga aleta y escama no comerás.*»

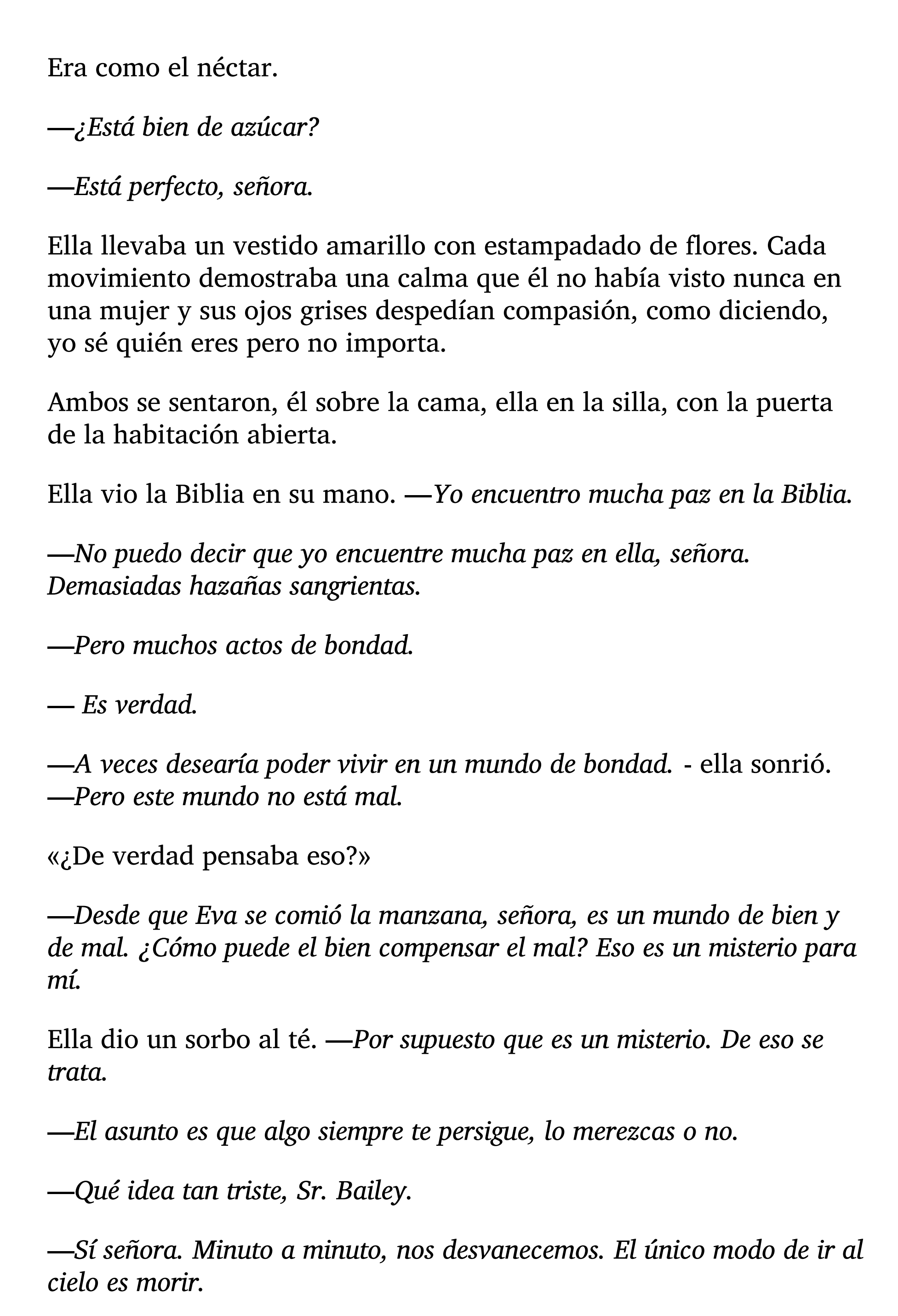
Llamaron a la puerta. Railroad alzó la vista. —*¿Sí?*

—*¿Sr. Bailey?* - era la Sra. Graves. —*Pensé que podría querer un té.*

Sin apartar el dedo de la Biblia para marcar su página, Railroad se levantó y abrió la puerta. La Sra. Graves estaba allí de pie con un par de vasos altos, perlados de sudor, sobre una bandeja.

—*Es muy amable de su parte, Sra. Graves. ¿Le gustaría pasar?*

—*Gracias, Sr. Bailey.* - ella colocó la bandeja sobre la mesa y le entregó un vaso.


Era como el néctar.

—*¿Está bien de azúcar?*

—*Está perfecto, señora.*

Ella llevaba un vestido amarillo con estampadado de flores. Cada movimiento demostraba una calma que él no había visto nunca en una mujer y sus ojos grises despedían compasión, como diciendo, yo sé quién eres pero no importa.

Ambos se sentaron, él sobre la cama, ella en la silla, con la puerta de la habitación abierta.

Ella vio la Biblia en su mano. —*Yo encuentro mucha paz en la Biblia.*

—*No puedo decir que yo encuentre mucha paz en ella, señora. Demasiadas hazañas sangrientas.*

—*Pero muchos actos de bondad.*

— *Es verdad.*

—*A veces desearía poder vivir en un mundo de bondad.* - ella sonrió. —*Pero este mundo no está mal.*

«¿De verdad pensaba eso?»

—*Desde que Eva se comió la manzana, señora, es un mundo de bien y de mal. ¿Cómo puede el bien compensar el mal? Eso es un misterio para mí.*

Ella dio un sorbo al té. —*Por supuesto que es un misterio. De eso se trata.*

—*El asunto es que algo siempre te persigue, lo merezcas o no.*

—*Qué idea tan triste, Sr. Bailey.*

—*Sí señora. Minuto a minuto, nos desvanecemos. El único modo de ir al cielo es morir.*

Después de que la Sra. Graves se hubo marchado, él quedó sentado

pensando en su hermosa cara. Como un ángel. Bonitas tetas también. Y aún así, no quería hacerle daño. Se casaría con ella. Se reformaría como había dicho la abuela. Aunque tendría que conseguir un anillo de compromiso.

Si lo hubiera sabido, podía haber cogido el anillo de la abuela, pero, ¿cómo iba a saber entonces cuando la mató que se enamoraría tan pronto?

Abríó la cómoda, buscó al tacto entre la ropa del muerto hasta que encontró el calcetín, sacó sus ahorros. Sólo había cuarenta y tres dólares. La única ayuda posible era preguntarle a Placer. Railroad caminó por la habitación. Había pasado mucho tiempo y Railroad empezó a preocuparse hasta que el gato volvió. Se coló silenciosamente por la gatera, se tumbó sobre la mesa, como en su casa, en la cuña de luz solar que entraba por la ventana. Railroad se puso de rodillas, el nivel de la cara a la altura de la superficie de la mesa. El gato hizo —*¿Mrrph?* - y levantó la cabeza. Railroad le miró a los atentos ojos.

—*Placer,* - le dijo. —*necesito un anillo de compromiso y no tengo bastante dinero. Consigue uno para mí.*

El gato le observó. Él esperó alguna señal.

Nada ocurrió.

Luego, como una presa reventando, una inundación de confianza fluyó hacia su interior. Supo lo que haría.

A la mañana siguiente silbaba mientras caminaba hacia Lindo Lugar. Pasó gran parte del cambio imaginando cuándo y cómo le pediría su mano a ls Sra. Graves. Tal vez en el columpio porche, ¿el sábado por la noche? ¿O durante el desayuno alguna mañana? Podía dejar el anillo junto a su placa y ella lo encontraría con una nota cuando limpiara la mesa. O podía bajar hasta su habitación en mitad de la noche e irrumpir hasta ella en la oscuridad, hacerla gemir y luego dejar el diamante perfecto sobre su pecho.

* * *

Al final del turno tomó un bistec de la nevera del comedor como una ofrenda para Placer. Pero cuando ingresó en su habitación el gato no estaba allí. Dejó la carne envuelta en papel de carnicería en las escaleras de la cocina. Luego volvió arriba, se puso el ancho traje de Bailey Boy. En la esquina tomó el autobús hacia el centro y entró en la primera joyería que vio. Hizo que la mujer le mostrara varios anillos de oro de compromiso. Entonces sonó el teléfono y, cuando la mujer fue a responder, él se metió un anillo en el bolsillo y salió andando. Ninguna dependienta en su sano juicio sería tan descuidada, pero salió exactamente como él lo había imaginado.

Tan sencillo como respirar.

Esa noche tuvo un sueño. Estaba solo con la Sra. Graves y ella estaba haciendo el amor con él. Pero cuando él se movió contra ella, sentía la piel de todo su pecho desinflarse y arrugarse bajo su mano. Y descubría que estaba haciendo el amor con la abuela muerta, su cara sonriendo con la misma sonrisa vacía que había mostrado cuando Hiram y Bobby Lee la cargaban hacia el bosque.

Railroad despertó aterrorizado.

Placer estaba posado sobre su pecho, con la cara a escasos centímetros de la suya, ronroneando sonoramente como un motor diesel. Levantó al gato con ambas manos y lo lanzó por la habitación. Golpeó la pared con un trastazo, luego cayó al suelo con las uñas resbalando por la dura madera. Correteó hacia la ventana, atravesó la gatera y subió al tejado. El corazón de Railroad tardó diez minutos en calmarse y luego no pudo dormir.

Alguien siempre te persigue.

* * *

Ese día en el comedor, cuando Railroad se estaba tomando un descanso sentado en un taburete frente al ventilador de la ventana, sorbiendo agua con hielo, Cauthron salió de la oficina y le puso la mano sobre el hombro, el que aún le dolía a veces.

—*Un trabajo caluroso, ¿verdad, chico?*

—*Sí, señor.* - Railroad era diez o doce años mayor que Cauthron.

—*¿Adónde va ir a parar este mundo?* - dijo Maisie a nadie en particular.

Había abierto el periódico en la barra y estaba revisando los titulares. —*¿Has leído lo que dice aquí sobre un hombre que robó un anillo de oro delante de las narices de la dependienta en la Joyería de Merriam?*

—*Yo lo he visto,* - dijo el Sr. Cauthron. Y tras un momento, —*Un tipo blanco, ¿verdad?*

—*Lo era,* - suspiró Maisie.

—*Debe de ser alguna basura de los bosques. Uno de esos pobres sin el beneficio de una educación cristiana.*

—*Le atraparán. A los hombres así siempre los cogen.*

Cauthron se apoyó en el umbral de su oficina con los brazos cruzados sobre su panza. —*Maisie,* - dijo Cauthron. —*¿Te he dicho que Lloyd es el mejor cocinero de comida rápida que hemos tenido aquí desde 1947? El mejor cocinero blanco de comida rápida.*

—*Te he oído decirlo.*

—*Me refiero a que hace que te preguntes dónde estuvo antes de llegar aquí. ¿Fue cocinero de comida rápida por toda Atlanta? Parece que no, ¿verdad? Ahora que lo pienso, Lloyd nunca me ha dicho gran cosa sobre dónde estuvo antes antes de aparecer aquel día. ¿Te ha dicho algo a ti, Maisie?*

—*No puedo decir que lo recuerde.*

—*No puedes recordarlo porque no lo ha hecho. ¿Tú qué dices, Lloyd? ¿Por qué será eso?*

—*No hay tiempo para conversar, Sr. Cauthron.* - dijo Railroad.

—*¿No hay tiempo para conversar? ¿Te sientes resentido, Lloyd? ¿No te pagamos suficiente?*

—No he dicho eso.

—Porque si no te gusta estar aquí, lamentaría perder al mejor cocinero blanco de comida rápida que he tenido desde 1947.

Railroad dejó su vaso vacío y se puso su sombrero de papel. *—No puedo permitirme perder este empleo. Y, si no le importa que lo diga, Sr. Cauthron, usted lamentaría si me viera obligado a marcharme.*

—¿No me estás escuchando, Lloyd? ¿No es eso lo que acabo de decir?

—Sí, lo ha dicho. Ahora quizá debamos dejar de molestar a Maisie con nuestra charla y volver al trabajo.

—Me gusta un hombre que disfruta con su empleo, - dijo Cauthron, dando una palmada a Railroad en el hombro de nuevo. *—Tendría que ser un suicida para dejar ir a un buen trabajador como tú. ¿Te parezco un suicida, Lloyd?*

—No, usted no me parece un suicida, Sr. Cauthron.

* * *

—Veo a Placer a todas horas cruzando la manzana para buscar en la basura de Lindo Lugar, - le dijo la Sra. Graves mientras se sentaban en el columpio del porche delantero esa noche. *—Ese gato podría hacerse daño si le deja salir tanto. Es una calle concurrida.*

Foster había ido a un juego de bola y Louise Parker estaba visitando a su hermana en Chattanooga, de modo que estaban solos. Era la oportunidad que Railroad había estado esperando.

—No quiero mantenerlo prisionero, - le dijo Railroad.

La cadena del columpio chirriaba mientras se mecian lentamente adelante y atrás. Él podía oler su perfume de lilas. La curva de su muslo bajo el vestido estampado captaba la luz que llegaba reflejada de la ventana de la habitación delantera.

—Usted es un hombre que ha pasado mucho tiempo solo, ¿no es cierto? - le dijo ella. *—Tan misterioso.*

Él tenía la mano en su bolsillo, el anillo entre sus dedos. Vacilaba. Una pareja que paseaba por la acera les saludó con la cabeza. Él no podía hacerlo aquí fuera donde podía mirar todo el mundo.

—Sra. Graves, ¿subiría hasta mi habitación? Tengo algo que necesito mostrarle.

Ella no vaciló. *—Espero que no haya nada incorrecto allí.*

—No, señora. Es sólo algo que me gustaría rearreglar, - le abrió la puerta y la siguió escaleras arriba.

El reloj del zaguán ticaba sonoramente. Abrió la puerta de su habitación y la hizo pasar, cerró la puerta tras ellos. Cuando ella se giró para encararle, el cayó de rodillas. Sostuvo el anillo en alto con ambas manos, su ofrenda.

—Sra. Graves, quiero que se case conmigo.

Ella le miraba amablemente, con su expresión en calma.

Se prolongó el silencio.

Ella extendió el brazo. Él pensó que iba a coger el anillo pero, en su lugar, le tocó la muñeca.

—No puedo casarme con usted, Sr. Bailey.

—¿Por qué no?

—Porque apenas le conozco.

Railroad se sentía mareado. *—Podría con el tiempo.*

—Oh, Sr. Bailey. Lloyd. No lo comprende… Yo nunca me casaré de nuevo. No es por usted.

No era por él. Nunca era él, nunca había sido él.

Le dolían las rodillas por la dura madera del suelo. Miró el anillo, Bajó sus manos, encerró el anillo en su puño. La Sra. Graves movió su mano de la muñeca hasta su hombro, lo apretó.

Una cuchillada de dolor recorrió todo su brazo.

Sin levantarse, la golpeó en el estómago. Ella jadeó y cayó hacia atrás sobre la cama. Él se lanzó encima de ella en un segundo, con una mano sobre su boca mientras le arrancaba el vestido desde el cuello.

Ella luchó, el sacó la pistola que llevaba a la espalda y la apuntó a su cabeza. Ella se quedó inmóbil.

—*No me detenga ahora,* - mascullló.

Se bajó los pantalones e hizo lo que quería. Ella apenas emitió un sonido.

Qué femenina por su parte guardar tanto silencio.

Mucho más tarde, tumbado sobre la cama con los soñadores ojos concentrados en la instalación de luz del centro del techo, descubrió lo que le había molestado sobre la abuela. Ella había ignorado el hecho de que iba a morir.

«*Habría sido una buena mujer si hubiera habido alguien a punto de dispararla cada momento de su vida,*» le había dicho a Bobby Lee.

Y era cierto. Pero luego, en el último momento, ella se convirtió en una buena mujer. La razón era que, una vez que Railroad la convenció de que iba a morir, ella pudo olvidarse de ello. Al final, cuando extendió el brazo hacia él, no había pensamiento de muerte en su mente. No pensaba en el hecho de que él había matado a su hijo y nuera y nietos y pronto iba a matarla a ella. Todo lo que ella quería era reconfortarle. Ni siquiera le preocupaba que no pudiera ser consolado. Estaba viva en aquel exacto instante, sin recuerdos del pasado y sin mirada hacia el futuro, con el instinto de su alma y nada más..

Como el gato.

Placer vivía así siempre. El gato no sabía de sacrificio, de Jesús, de ángeles o demonios. Ese gato le miraba y veía lo que había ahí. Él se apoyó sobre los codos.

La Sra. Graves yacía muy quieta a su lado, su pelo rubio estaba extendido por la colcha de piña. Él buscó el pulso en su cuello. Era noche cerrada ahora: el chirrido de las cigarras en los robles a través de la ventana, la urgencia del tráfico en el cruce de la calle, la brisa del aire caliente. En silencio, Railroad entró en el zaguán y bajó a la habitación de Foster. Puso el oído en la puerta y no oyó nada. Regresó a su propia habitación, envolvió a la Sra. Graves con la colcha y, tan silenciosamente como pudo, la arrastró dentro del armario y cerró la puerta.

Railroad oyó un ronroneo y vio a Placer posado sobre la mesa, observando.

—*Maldito seas. Que Dios te maldiga al infierno,* - le dijo al gato, pero antes de que pudiera agarrarlo, el calicó había salido disparado por la ventana.

Railroad lo comprendió. La idea de casarse con la Sra. Graves sólo había sido una trampa en la sutil venganza perpretada sobre él por la abuela muerta, usando al gato. Los deseos que Placer había cocedido habían sido el cebo, su pesadilla había sido una advertencia. Pero él no había hecho caso.

Se frotó la herida del hombro. El gesto de la anciana, como semilla de mostaza, había crecido hasta el tamaño de un enorme árbol lleno de cuervos en el corazón de Railroad. Un buena broma que le había jugado el diablo. Ahora, sin importar cuánto se reformara, ya no podría deshacerse de lo que había hecho.

* * *

Hacía calor sin un soplo de aire, como si hubieran amortajado el mundo con una manta de fiebre. El cielo, blanco lácteo. La cocina de Lindo Lugar era calurosa como el horno del Infierno. Bajo la camisa, el sudor de Railroad bajaba hasta lamer la cálida pistola guardada en su cinturón.

Railroad estaba preparando un montón de tortitas de crema de leche cuando entró el detective. El detective caminó despacio hasta el mostrador y se sentó en uno de los taburetes. Maisie no estaba allí, probablemente estaba en el excusado de las damas. El detective

echó un vistazo a su alrededor, luego sacó un menú debajo del servilletero delante de él y empezó a leer. Hank Williams estaba cantando *I am So Lonesome I Could Cry* en la radio.

En silencio, Railroad se desató el delantal y se escabulló por la puerta de atrás. En la calle cerca de los contenedores de basura, examinó el aparcamiento. Estaba a punto de saltar la verja de alambre cuando vio en la esquina la plaza de Cauthron en la luz. Railroad sacó la pistola, se agachó tras un contenedor y apuntó al espacio en el aparcamiento donde solía aparcar Cauthron. Sintió algo golpearle en la pierna.

Era Placer.

—*No me la juegues ahora,* - le susurró Railroad, apartando al animal de un empujón.

El gato volvió a poner sus zarpas delanteras sobre su muslo, ronroneando.

—*¡Maldito seas! ¡Me lo debes, maldito diablillo!* - le siseó.

Dejó bajar el arma y miró al gato.

Placer alzó la mirada hacia él. —*¿Miaow?*

—*¡Qué quieres! Quieres que pare, ¿verdad? Entonces haz que se vaya. Para que nunca mate a nadie más.*

Nada ocurrió.

Sólo era un animal.

En un arrebato de rabia, soltó el arma y agarró al gato con ambas manos. El gato se retorció en su agarre, siseando.

—*¿Sabes lo que se siente cuando te rompen el corazón?* - Railroad se abrió la camisa de un tirón y apretó a Placer contra su pecho. —*¡Siéntelo! ¡Siéntelo latir ahí dentro!*

Placer se retorcía y arañaba, llenando el pecho de Railroad con una tela de araña roja.

—*¡Me lo debes! ¡Me lo debes!* - Railroad estaba gritando ahora. —*¡Haz que se vaya!*

Placer finalmente se zafó de su agarre. El gato cayó, rodó y desapareció corriendo justo bajo el coche de Cauthron cuando este entraba al aparcamiento. Con a saltito, la rueda delantera izquierda del coche le pasó por encima.

Cauthron paró el coche de golpe. Placer aulló, aún vivo, debatiéndose, tratando de alejarse a rastras con las patas delanteras. El gato tenía la columna rota. Railroad miró la verja, miró al gato. se acercó corriendo hasta Placer y se arrodilló. Cauthron salió del coche. Railroad intentó coger al gato, pero le siseaba y le mordía. Sus costados palpitaban con rápidas respiraciones. Sus ojos eran nebulosos. Descansó su cabecita sobre la grava. A Railroad le costaba respirar. Levantó la mirada aún agachado para ver que Maisie y algunos clientes habían salido del restaurante.

Entre ellos estaba el detective.

—*No fue mi intención, Lloyd,* - dijo Cauthron. —*Salió corriendo delante de mí.* - se detuvo un momento.

—*Jesucristo, Lloyd, ¿qué te ha pasado en el pecho?*

Railroad recogió a gato en sus manos sangrientas. —*Nadie se libra nunca de nada,* - dijo. —*Estoy preparado para ir ahora.*

—*¿Ir adónde?*

—*De vuelta a la cárcel.*

—*¿De qué estás hablando?*

—*Hiram, Bobby Lee y yo matamos a todas esas personas en el bosque y nos llevamos su coche. Este era su gato.*

—*¿Qué personas?*

—*Bailey Boy y su madre y su esposa y sus chavales y su bebé.*

El detective se echó hacia atrás el sombrero y se rascó la cabeza.

—Será mejor que entréis todos y charlemos sobre esto.

Entraron al restaurante. Railroad no les dejó que le quitaran a Placer hasta que le entregaron una caja de cartón para meter el cuerpo. Maisie le trajo una toalla para que se limpiara las manos. Railroad le contó al detective, cuyo nombre era Vernon Shaw, todo sobre el Hospital del Estado para los Enfermos Criminales y sobre Hudson y la familia que habían asesinado en el bosque. Mayormente, le habló sobre la abuela y el gato.

Shaw se sentó allí y escuchó con atención.

Al final cerró su bloc de notas y dijo: *—Menuda historia, Sr. Bailey. Pero atrapamos a las personas culpables de aquel asesinato y ninguna es usted.*

—¿Qué quiere decir? Yo sé lo que he hecho.

—Y otra cosa, ¿no cree que yo habría sabido si algún asesino hubiera escapado de la penitenciaría? Nadie se ha escapado.

—¿Qué ha estado haciendo aquí dentro la última semana sino hacer preguntas?

—Estuve almorzando algunas tortitas y café.

—No me lo he inventado.

—Si usted lo dice. Pero a mí me parece, Sr. Bailey, que se ha quedado frente a la estufa caliente demasiado tiempo.

Railroad no dijo nada. sentía que su corazón estuviera a punto de estallar. El Sr. Cauthron le dijo que podría tomarse el resto de la mañana libre y descansar algo.

Railroad se puso de pie, cogió la caja con el cuerpo de Placer y se la puso bajo el brazo. Salió caminando del restaurante. Regresó a la posada. Subió la escalera del porche. El Sr. Foster estaba en la habitación delantera leyendo el periódico.

—Buenos días, Bailey, - le dijo. *—¿Qué llevas ahí?*

—Mi gato ha muerto.

—¡No! Lamento oír eso.

—¿Has visto a la Srta Graves esta mañana? - le preguntó.

—Aún no.

Railroad subió la escalera, caminó lentamente por el zaguán hasta su habitación. Entró. Las motas de polvo danzaban en el rayo de luz que entraba por la ventana. El bote de remos no era tan oscuro como había sido el día anterior. Dejó el gato muerto junto a la Biblia sobre la mesa. La colcha de piñas ya no estaba en la cama, ahora era la rosa. Echó mano al bolsillo y sintió el anillo de compromiso. La puerta del armario estaba cerrada. Fue hacia ella, puso a mano en la maneta de la puerta. La giró y abrió la puerta.

FIN

3: El Teléfono Rojo

The Red Phone, publicado en Lady Churchill's Rosebud Wristlet 16 en julio 2005

Suena el teléfono rojo.

Descuelgas el receptor. —*¿Hola?*

Una voz de mujer. —*Quiero hablar con Edwin Persky.*

—*Un minuto.* - La pones en espera, luego pulsas en las letras: P-E-R-S-K-Y. El sonido de un teléfono llamando.

Responde una mujer. —*¿Hola?*

—*Edwin Persky, por favor.*

—*Espere.*

Te pone en espera y escuchas la grabación pop orquestal de *Intenta Recordar* mientras ella conecta con Persky. Regresa muy rápido.

—*Soy Edwin Persky,* - dice ella. —*¿Qué puedo hacer por usted?*

Vuelves a poner a la mujer en espera y le dices a ella, —*Soy Edwin Persky. ¿Qué puedo hacer por usted?*

La voz de la mujer se torna seductora. —*Quiero tener sexo contigo.*

Conmutas con la interlocutora de Persky. —*Quiero tener sexo contigo.*

Ella habla con Persky, luego repite su respuesta. —*¿Qué llevas puesto ahora mismo?*

De vuelta a la mujer uno. —*¿Qué llevas puesto ahora mismo?*

—*Llevo braguitas de lazo con portaligas. Y nada más.*

Deseas que esta gente mostrara un poco más de imaginación. ¿Y por qué usa portaligas si no lleva medias? Puedes verla como está realmente, sentada en la cocina con un viejo chandal comiendo galletas de chocolate de una caja de plástico.

Le dices a la representante de Persky: —*Llevo braguitas de lazo con portaligas. Y nada más.*

—*Jesús,* - suspira ella. Algo en la forma en que suspira te transmite más intimidad de la que has sentido de nadie en seis meses. Un escalofrío te baja por la espina dorsal.

Ella repite la réplica, luego responde. —*Me estoy quitando los pantalones. Mi erección de mamut sobresale de mis boxers ajustados. Me pongo de rodillas y froto mi barba de tres días en tu barriga.*

Tú pasas el mensaje.

La mujer de las galletas dice, —*Me agacho encima de ti y me pongo tu órgano en la boca. Mi lengua recorre las venas pulsantes.*

Esto es demasiado.

—*No digas eso,* - le dices. —*Dile: saco los términos de tu póliza de seguros de tu escritorio y los enrollo en un tubo. Apoyo el tubo en la punta de tu polla, pongo el otro extremo en mi boca y empiezo a tararear «La Chica de Ipanema».*

—*¿La Chica de Ipanema? ¿Qué es eso?*

—*Da igual. Tú dilo.*

La mujer duda, luego dice, —*Saco la póliza de segur…*

—*Los términos de tu póliza.*

Necesita tres intentos para decirlo bien. Lo pasas a la represante de Persky.

—*Eso ha tardado un rato,* - dice ella después de pasarlo. —*Al menos es original.*

Tú te ríes entre dientes. —*Tuve que ayudarle. ¿Qué está haciendo Persky?*

—*Me imagino que se la está meneando. ¿Debemos especular?*

—*¿Y tiene una réplica?*

—*A ver... Estoy empujando, empujando en tu boca roja. Te pellizco los pezones y... Jesús. No puedo decir esto. Dile que dice: Unto mermelada de guayava en tus alegres lóbulos mientras transfiero trescientos mil en obligaciones postcoitales a tu fondo de inversiones.*

—*Obligaciones... me gusta eso.*

—*Gracias,* - dice ella.

Transmites el mensaje a la mujer de las galletas. Ella responde con algo sobre olas de placer rosa.

No te molestas en ponerle al corrriente esta vez cuando le dices a la interlocutora de Persky,—*Doblo tu inversión y me quedo corta de euros en los mercados de cambio internacionales mientras te afeito las bolas con una incalculable cuchilla de bronce fenicio de inteligente diseño.*

Ella vuelve: —*Mi amígdala vibra con impulso primario mientras la sobrecarga sensorial amenaza con reducir mi CI en cuarenta puntos.*

Esto es lo que tú llamas acción. Y un desafío. Estás inspirado y replicas con una fantasía sobre noches peruanas y el pelaje de terciopelo de la alpaca recién nacida. La cosa continúa así durante un rato. Galletitas empieza a jadear y se alargan las pausas entre las respuestas de Persky. Pronto su interlocutora y tú tenéis tiempo para vosotros.

—*¿Trabajas este martes?* - le preguntas.

—*No. ¿Y tú?*

—*Nihil obstat. ¿Te hace una película?*

—*Suena bien. Soy Janice.*

—Sid. Nos vemos en el Cenador Visual de McMartin. ¿Siete treinta?

—¿Cómo te reconoceré?

—Llevaré braguitas de lazo y portaligas. - Le dices.

—Vale, - dice Janice. *—Busca mi órgano pulsante.*

FIN

Un Cuarteto Lunar

- **Relato 4: El Imperio Invisible**
- **Relato 5: El Enebro**
- **Relato 6: Historias Para Hombres**
- **Relato 7: Bajo el Árbol de la Tartera**

4: El imperio invisible

The Invisible Empire. Publicado en Conjunctions 39, noviembre 2002

Inspirado en la historia de Karen Joy Fowler: «Game Night at the Fox and Goose»

Cuando Henrietta e Hiram Patterson llegaron a la iglesia ese domingo, el brazo de Henrietta estaba vendado a una férula, atado en una honda hecha con un pañuelo azul. En la tranquila conversación de la congregación antes de que entráramos, Henrietta admitió que la mula le había dado una coz, pero no fui yo la única observadora que notó la vigilancia lateral de Hiram y el hecho de que sus dos hijos mantenían a su madre entre ellos y su padre en todo momento.

La congregación quedó abrumada a raíz de las noticias de esa semana. Robert y yo nos sentábamos en el tercer banco; Sarah se sentaba con su esposo y sus tres hijos una fila delante de nosotros. Lidia Field, con el pelo negro recogido bajo un modesto sombrero de paja, vigilaba desde el espacio del coro. La bella Iris se sentaba frente a su novio Henry Fletcher. Louellen no iba a la iglesia, y Sofonsiba asistía a la iglesia de color.

Cuando los Patterson se sentaron en nuestro banco, asentí hacia ellos. Hiram, afeitado y con el pelo bien cortado en el medio, asintió gravemente. Henrietta evitó mi mirada. Su hijo mayor tomó un libro de canto y empezó a hojearlo.

El servicio comenzó con el canto de «Cuando Adán Fue Creado».

Miré a Lidia en el coro. Con los ojos cerrados, ella cantaba tan dulcemente como un ángel; uno la consideraría la imagen de la sumisión femenina. Otro ángel era Sarah, madre y ama de casa.

Ciertamente, Henry Fletcher consideraba a Iris un ángel enviado del cielo para atraerlo.

Cuando Adán fue creado,

Busqué al tacto la mano de Robert y la sostuve mientras cantaba.

Moró en la sombra del Edén,

Esta mujer no fue tomada de la cabeza de Adán, lo sabemos; Y ella no debe gobernar sobre él, evidentemente esto es así.

Al marido se le ordena amar a su novia amorosa y vivir como lo hace un cristiano y para su casa. Se ordena a la mujer que su marido obedezca en todo lo que es lícito hasta el día de su muerte.

Cuando la canción terminó, el reverendo Hines subió al púlpito. Miró hacia abajo durante algún tiempo sin hablar, la luz del triforio brillaba en su calva. Finalmente él comenzó.

—Tomo mi texto, en este día de retribución, de la carta de San Pablo a los Efesios, Capítulo 5. «Esposas, someteos a vuestros propios maridos como al Señor. Porque el esposo es la cabeza de la esposa, así como Cristo es la cabeza de la iglesia: y él es el salvador del cuerpo. Por lo tanto, como la iglesia está sujeta a Cristo, así lo sean las esposas para sus propios esposos en todo».

El ministro apoyó su mano sobre la Biblia. *—Mis hermanos y hermanas, la espada de un Dios justo se levanta sobre las cabezas de esas mujeres rebeldes que caminan entre nosotros hoy. Ellas piensan que al esconderse en la oscuridad no las veremos. Pero para el Señor Dios Todopoderoso, no hay más oscuridad que la oscuridad de la perdición eterna a la que se condenan esas mujeres mismas. Dios vio a Eva cuando ella comió del fruto prohibido; Él os ve ahora.*

¿Vio Dios cuando un padre en Bristol, Connecticut, le hizo tragarse los dientes a su hija de dieciocho años porque ella entretuvo las atenciones de un chico que él no aprobaba? ¿Vio cuando Charles S. Smith, un hombre casado, tuvo un hijo con la ingenua Edith Wilson, de once años, en el condado de Otsego, Nueva York?

—Pero mi mensaje de hoy no es solo para las esposas, - continuó

Hines. *—Hermanos, os pregunto: ¿por qué echaron a Adán del jardín? ¡No fue porque comió de la manzana! Os dije que lo echaron porque sacrificó su juicio por el de su esposa. En cuanto Adán vio a Eva con la manzana de la que ella había comido, él sabía que estaba condenada. El pecado de Adán fue que amaba demasiado a Eva. La amaba tanto que; a pesar de saber que, violando el mandato del Señor Dios, ella había cometido el crimen más grave; no podía soportar perderla, así que también comió de la manzana y se maldijo a sí mismo y a toda su posteridad con ella. De ese acto de sumisión a una mujer equivocada han surgido cinco mil años de sufrimiento.*

—Mi palabra hoy para las esposas es obvia: obedece a tu esposo. Su mano es la mano del Señor. Cuando te vuelves contra un hombre, te vuelves contra el máximo poder del universo. Si has pecado, el Señor te demanda confesión. Recuerda, Jesús perdonó incluso a la mujer tomada en adulterio; él espera tu arrepentimiento con los brazos abiertos en dulce perdón. Para aquellas cuyos corazones están endurecidos, solo la muerte espera. Hablad ahora y sed salvas, o contened vuestras lenguas y condenaos por toda la eternidad.

—Mi palabra hoy para los esposos, en particular y más directamente para aquellos que conocen los pecados de sus esposas, pero que guardan silencio por amor, es simplemente esta: ¡Debéis actuar! Vosotros soportáis la carga del mandato del Señor por ser la cabeza de tu esposa. Su propia salvación, tu salvación y la salvación de la comunidad dependen de ello. No pienses que al protegerla muestras más misericordia que Adán al unirse a Eva. Al proteger el mal, te condenas a ti mismo; a tus hijos y a los hijos de cualquier otro hombre; al mal.

—Por nuestra tierra, en estos días de rebelión, este desafío se presenta a todos, hombres y mujeres. Que no os engañen; no se pueden burlar de Dios: porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

—Oremos.

Mientras el reverendo Hines dirigía la oración del Señor, bajé la cabeza y recité las palabras con los demás, pero me ardían los oídos. A mi lado, los ojos de Robert estaban cerrados. Alcé la vista y vi que Lidia erguía la cabeza rígidamente.

Después de la oración, el reverendo llamó a la congregación a testificar. —¡Ahora es el momento! No tengas miedo de la reacción de tus vecinos. No esperes pensando que tal vez mañana, o la próxima semana, será mejor momento. ¡Mañana podéis estar muertos y ardiendo en el infierno; nadie sabe la hora de su juicio!

Él esperó. La iglesia yacía en silencio. Vi temblar la cabeza dorada de Iris; Iris es una idiota. Recordé cómo se había preocupado por la charla que ella había levantado al usar pantalones rojos para el cotillón. Su compromiso iba un poco más allá de leer copias de contrabando de Woodhull y de El Semanal de Claflin. Pero ella no se levantó.

Al final, nadie lo hizo. El ceño fruncido del reverendo Hines dijo todo lo que necesitaba de su disgusto.

Después del servicio, mientras estábamos bajo el gran roble exterior, hice especial gesto de tomar la mano del reverendo. Le agradecí por habernos llamado a nuestras conciencias y lamenté la falta de respuesta de la congregación.

—Dios tenga piedad de sus almas, - dijo él. —Pues yo no tendré ninguna.

—Espero que su silencio solo signifique el arrepentimiento personal que debe preceder al público, - dije, y di un paso a un lado.

Mientras Robert le estrechaba la mano a Hines, Lidia me tocó el brazo y me mencionó que el círculo de acolchado tenía que reunirse pronto.

Robert es carpintero. Construyó nuestra casa con sus propias manos en un acre de terreno a una milla de la ciudad. Es una casa de mayor calidad que nuestras garantías de ingresos, con dormitorios adicionales que no hemos tenido motivos de utilizar. En verdad, la casa, como nuestras vidas, es un trabajo en progreso que tal vez nunca se termine. Por las noches, después de dejar la carpintería, Robert trabaja colocando suelos de roble, montando molduras de techo, recortando ventanas.

Me enamoré de Robert cuando lo vi trabajar. No es un hombre hablador, pero en su taller se vuelve silencioso, excepto por las melodías sin rumbo y sin tono que tararea sin darse cuenta.

Se inclina sobre el banco, pasa una larga franja de arce por la sierra y bombea el pedal constantemente con el pie. Inspecciona el resultado, lo mide, lo marca y lo desliza en la caja de ingletes. Sus ojos están tranquilos. Sus labios se cierran en una expresión que es el preludio de la más leve sonrisa, pero no una sonrisa en sí misma. Sus manos son precisas. Él levanta una sierra de caja. No se apresura, no pierde el tiempo. Un mechón de pelo le cae en los ojos, se lo quita y este vuelve a caer. Por las mañanas yo sacudo el serrín de su almohada.

Después de regresar de la iglesia y haber cenado, Robert se cambió el traje de los domingos y se fue a trabajar en la barandilla de la escalera en el vestíbulo.

—Es domingo, - le dije secándome las manos. —Día de descanso.

—Pero no somos de los que regulan nuestras vidas según la Biblia, ¿verdad?

No me devolvió la mirada. —¿Te gustaría que fuese el tipo de mujer que Jordan Hines prefiere?

Se quitó la correa de lona del hombro y dejó en el suelo su larga caja de herramientas. —Yo no busco a Jordan Hines como guía. Pero algunas cosas están mal. Matar a un hombre a sangre fría está mal.

—Pero matar a una mujer a pasión caliente está bien. Y romperle el brazo ni merece comentario.

—No pongas palabras en mi boca.

—Henrietta Patterson es un ratón; ella no daría un paso fuera de la cocina sin la licencia de su esposo, es una pena. Nombra a un hombre en esta ciudad que haya sido asesinado.

—Susana, ¿puedes culparme de estar preocupado? Esto no puede continuar mucho tiempo sin que te descubran.

—Por cada mujer descubierta, cien más se levantarán. Laura D. Fair fue asesinada por una multitud en Seneca Falls hace diez años. ¿Detuvo aquello algo?

Él se arrodilló al lado de la caja y levantó uno de los balaustres que había modelado en el torno esa semana. —No estoy casado con Laura D. Fair. Al menos, no pensé que me iba a casar con ella. Me casé buscando amor y una familia, no venganza y violencia.

Le di la espalda y fui a la cocina. Él dejó el balaustre y me siguió. Mientras estaba de espaldas a él, me tocó el hombro.

—No quise decirlo de esa manera, - dijo. —Si nunca tenemos un hijo, aún te tendré a ti. Es eso de lo que estoy preocupado. No podría soportar perderte.

Yo no había visto mi sangrado de mujer en más de un mes, pero no quería ilusionarme y sufrir otra pérdida. —No me quedaré sentada mientras vea a una mujer como Henrietta Patterson fingir ser pateada por una mula cuando todos en la ciudad saben que fue su marido borracho.- Le di la espalda y fui a nuestra habitación. —¡Susana! - Cerré la puerta y me acosté en la cama, ojos secos, llena de fatiga. Él no me siguió. Después de un rato escuché el sonido de sus botas en el pasillo y el chasquido de su regla plegable. Nuestra gata Dinah saltó a la cama y se acurrucó a mi lado. Al caer la tarde me quedé dormida.

Cuando desperté era de noche. Me quité el vestido y me puse unos pantalones y una camisa de hombre. Calzado gastado y resistente, guantes de cuero. Encontré a Robert en la cocina, con las mangas de su camisa de trabajo enrolladas hasta los codos, comiendo pan y queso. Sobre la mesa yacía el periódico del día anterior.

«HERMANAS DE LA FURIA» EJECUTADAS

ASESINAS PRESIDENCIALES AHORCADAS EN FILADELFIA

LA "DEPRESIÓN" CAE A LAS TRES Y TRES MINUTOS

EL PRESIDENTE HENDRICKS DECLARA «SE HA HECHO JUSTICIA»

PROTESTAS FEMENINAS SOFOCADAS

Filadelfia, 22 de julio

El último capítulo de la conspiración para asesinar al presidente ha terminado. Sábado, a las seis de la mañana, a las doce mujeres

condenadas por traición y asesinato en el asesinato del presidente Cleveland se les dio muerte. En ejecución de la sentencia de la Comisión Militar, debidamente aprobada por el Presidente, las prisioneras fueron colgadas por el cuello hasta morir en el patio de la penitenciaría federal en Filadelfia, Pensilvania.

La dolorosa escena careció de cualquier accidente o incidente extraordinario, y se llevó a cabo de la manera más solemne y silenciosa.

Testigos informan que las últimas palabras de Helen Araminta Macready, líder de las mujeres encapuchadas que asaltaron al presidente en mayo pasado, durante el té mensual celebrado en el césped de la Casa Blanca, fueron «Muerte a todos los seductores».

Robert alzó la vista hacia mí. Sus ojos asimilaron lentamente mi ropa. —Voy a salir esta noche, - le dije. —No me esperes despierto.

Las seis nos reunimos en el granero de la propiedad Compton a medianoche. En los campos solo quedaban tallos retorcidos y secos del maíz del año pasado. La cáscara quemada de la casa destacaba a la luz de la luna y la chimenea se alzaba como un centinela sobre la ruina.

Sofonsiba entró hasta el hogar y sacó nuestras túnicas de la chimenea. Se apresuró a regresar al granero, su cara oscura relucía mientras iba entregando las túnicas y capuchas.

Lidia e Iris habían traído los caballos, y montamos y cabalgamos hacia el Este a lo largo de la Carretera Maryville. No soy la mejor montando a caballo. Lidia ha sido jinete desde su juventud, pero mi habilidad superaba a la de las torpes Sarah y Louellen. Aun así, todas habíamos progresado en el último año. El aire nocturno se suspendía denso sin un soplo de brisa. Sentí el sudor acumularse en mi nuca. Las cigarras zumbaban en los robles a lo largo del camino.

La granja de Patterson se encontraba cerca del cruce de Smokes Creek y el Manahoc, cuarenta acres de bosque despejado mal cuidado y plantado con maíz y frijoles. Atamos los caballos en el bosque cerca del camino y nos movimos silenciosamente hasta la ruinosa casa.

La puerta de atrás estaba abierta. Nos colamos por la cocina, pasando la habitación donde dormían los niños, hasta la habitación de sus

padres. Henrietta yacía de espaldas acunando el antebrazo roto ante su pecho, esperándonos, sus ojos brillaban en la oscuridad.

Sofonsiba le indicó que guardara sielncio. Patterson apestaba a whisky y roncaba ruidosamente, perdido para el mundo. Caímos sobre él: una mujer en cada brazo y almohada sobre el rostro.

—¡No! - gritó Henrietta: —¡No le hagáis daño! - Pero era mayormente teatro.

—¡Megara! - le dijo Lidia a Louellen. —Sujétala. - Louellen apartó a Henrietta de la cama. Patterson luchó, pero en un momento lo tuvimos atado y amordazado. Lidia encendió una lámpara. Cuando él vio las figuras encapuchadas de pie alrededor de la cama, abrió mucho los ojos.

Le pusimos en pie a rastras y le empujamos al patio. —No, por favor, - se quejaba Henrietta.

El niño mayor, de no más de ocho o nueve años, se despertó y corrió tras nosotros. Su madre tuvo que retenerlo, envolviendo su brazo bueno sobre él. El chico estaba descalzo en la tierra mirándonos con ojos grandes. Su hermano pequeño salió y se agarró al camisón de su madre. —¿Mamá? - preguntó.

—Calla, - le dijo su madre llorando.

Sarah e Iris fueron a buscar los caballos. Sofonsiba derribó los pies de Patterson y el borracho se desplomó con fuerza. Maldijo a través de la mordaza, rodando en el polvo mientras Lidia le ataba con una larga cuerda al pomo de su silla.

Lo sacamos a rastras hasta el puente sobre el arroyo. Allí lo desnudamos y lo atamos a un poste del puente.

—Su figura está muy lejos del ideal griego, - dijo Iris astutamente.

—Silencio, Tisífone, - ordenó Lidia con voz gutural. Creo que Lidia podría encontrar trabajo como médium y no sería teatro, pues yo había visto suficiente de ella para saber que, cuando hablaba así, de hecho estaba siendo movida por un espíritu que no era del todo ella misma.

—Hiram Patterson, - gruñó Lidia, —somos los fantasmas de mujeres

muertas a manos de los hombres. Nos dijeron que tú venías de una buena familia. Si es así, es hora de que te arrodilles en la iglesia el próximo Domingo, confieses tus pecados y supliques el perdón de tu querida esposa. Estás marcado. Estaremos observando. Si fallas, ten la seguridad de que no hay lugar en el Condado de Greene que esté fuera de nuestro alcance.

Lidia extendió el brazo, señalándolo con un enguantado dedo en negro. —No recibirás otra advertencia. Tendremos buenos esposos o no tendremos ninguno.

Luego se volvió hacia mí. —Alecto, - dijo ella. —Haz tu trabajo.

Sofonsiba avanzó con la antorcha. Yo saqué la navaja de afeitar y desplegué la hoja. Cuando Patterson vio brillar la luz de la antorcha a lo largo del filo, soltó un aullido apagado y perdió el control de su vejiga. La orina me salpicó la parte delantera de la túnica. Le di un bofetón en la cara.

Asqueada, me agaché ante él. El se retorció. —¡Quédate quieto o esto no te irá bien! - le dije. Sus piernas temblaban como las de un perlático. Cuando toqué su entrepierta con la hoja, él se desmayó. Su cuerpo se desplomó y cayó contra la hoja. La sangre brotó y le bajó por la pierna.

—Me temo que le he hecho un corte, - dije.

—Termina rápido.

Él sangraba mucho, pero la herida estaba lejos de ser mortal. Le afeité el vello púbico y corté delicadamente un círculo y una cruz dependiente en el pecho.

Estaba retirando la navaja ensangrentada de mi obra cuando Louellen siseó: —¡Alguien viene!

Media docena de caballos llegaban galopando por el camino.

Sofonsiba arrojó la antorcha al arroyo mientras las demás corríamos hacia nuestras monturas. Mi caballo rehuyó el destello de nuestras túnicas, sacudió la cabeza haciendo resbalar las riendas de mis dedos. Me lancé hacia adelante y las agarré, luego, torpemente, me subí a la silla.

—¡Alto! - gritó uno de los hombres. Un disparo estalló. La cabeza de Sarah se lanzó hacia atrás y ella cayó como una piedra de su caballo. Con el pie atrapado en el estribo, el caballo comenzó a correr, arrastrándola.

Sofonsiba sacó una pistola de debajo de su túnica y disparó a los hombres. Al oír el disparo, su caballo se alzó, casi tirándola. Los hombres se detuvieron y respondieron el fuego. Louellen e Iris ya se habían ido y Sofonsiba pateó los flancos de su caballo y se alejó. Yo dudé pensando en Sarah, pero Lidia agarró mi túnica y tiró. —¡Cabalga! - me gritó, y nos fuimos.

Galopamos por el camino hacia el Nudo Parson, lejos del arroyo. Un par de disparos más pasaron zumbando. Cuando llegamos a la cima del risco, vi a Sofonsiba, a Louellen y a Iris delante de nosotras. En lugar de seguirlas, Lidia viró a la derecha, hacia los árboles.

—Por aquí, - avisó ella. Yo tiré de las riendas, casi perdiendo la silla, y me desvié con ella entre los árboles.

Las nubes habían aparecido y se había levantado un viento. En la oscuridad era difícil ver las ramas que nos pasaban azotando. Yo me agachaba y esquivaba tratando de mantener el ritmo. Bajamos por una serie de barrancos hacia el río. Después de diez frenéticos minutos, Lidia se detuvo y levantó una mano para que guardara silencio. Escuchamos más disparos en la distancia.

—Los hombres deben de haber estado cubriendo el camino, - dijo Lidia. —Querían que huyéramos por ese camino. Louellen las llevó directamente a una emboscada.

—¿Ellas hablarán? - Todas habíamos prometido la muerte antes que la traición.

La cara enmascarada de Lidia se volvió hacia mí. —Louellen no. Sofonsiba, definitivamente, no hablará. Iris podría hablar, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Qué?

—¿Crees que nos encontraron por accidente? Les avisaron. Tenemos

una traidora entre nosotras.

—No puede ser. Si lo sabían, ¿por qué no nos estaban esperando cuando vinimos a por Patterson?

—No lo sé.

Cabalgamos hacia el Norte a lo largo del río, abriéndonos paso tranquilamente entre los árboles. El follaje era tan denso aquí que tuvimos que desmontar y guiar los caballos a pie. Finalmente nos alejamos del río para no salir a la carretera cerca del embarcadero.

Las hojas susurraban en la obstinada brisa, quebrada por el ulular ocasional de un búho. La temperatura estaba cayendo y parecía como si fuese a llover.

Poderé lo que les había pasado a las demás. Sarah seguramente estaba muerta. Si la atrapaban, Sofonsiba recibiría un fusilamiento sumario, ¿y las demás? El invierno pasado, las Marías Martirizadas habían sido ahorcadas en Trenton. El gobernador había prometido "eliminar la víbora de las organizaciones de vigilancia femenina" del estado. La prensa de Victoria Woodhull había sido destruida. Incluso la tímida "La Lila" de Bloomer se veía obligada a imprimir en secreto. A raíz del asesinato del presidente, todos los hombres del país estarían en alerta.

Mi caballo relinchaba nervioso, sacudía la cabeza y yo acorté el agarre de las riendas. Lidia levantó una mano. —La Carretera Willets, -susurró y me entregó las riendas de su caballo. Se asomó para mirar el claro de los árboles, buscando, con su túnica negra, por todo en el mundo como un monstruoso cuervo.

Ella regresó. —Está despejada. Tratemos de llegar al granero. Me llevaré los caballos desde allí y podremos regresar a la ciudad antes del primer amanecer.

Remontamos y cabalgamos hacia el Oeste lejos del río. La carretera estaba desierta y la hundida luna que se sumergía bajo las nubes brillaba fantasmalmente. Los robles con sus racimos de hojas eran negros ante el cielo. Veinte minutos después, cuando la propiedad Compton surgió de la oscuridad, escuchamos el sonido de caballos.

—¡Rápido! - siseó Lidia y pateó su caballo hasta el galope, dirigiéndose al granero justo cuando las nubes se abrieron y comenzó a llover. Galopé tras ella y saltamos de los caballos, empujándolos adentro. Nos asomábamos hacia la carretera, a cien metros de distancia entre el aguacero cada vez mayor, cuando un rayo reveló a tres jinetes que trotaban desde la dirección en la que habíamos venido. Uno de ellos remolcaba un caballo que parecía tener un cuerpo echado sobre la silla.

La lluvia tamborileaba en el techo, chispeando a través de los huecos de las tablas. Ninguna de los dos habló durante algún tiempo. Lidia se quitó la túnica y la metió debajo de la almohadilla de la silla. La mía apestaba a orina de Patterson. La enterré en un poco de paja podrida en la esquina de una caballeriza del establo y metí la capucha en la cintura de mis pantalones. —Llevaré los caballos de regreso al establo de Marta, - dijo Lidia. —Puedes volver a la ciudad a pie.

—¿Quién crees que eran esos hombres? - Le pregunté. —No creo que sean de nuestra ciudad.

—Yo diría que son de Maryville. Tal vez con algunos de la ciudad, pero no muchos. Lo averiguaremos mañana.

—No creo que Iris nos haya traicionado. Los hombres dispararon en cuanto nos vieron. ¿Le dispararían a su propio informador?

—Yo no me complicaría en suponer lo que un hombre podría hacer, - dijo Lidia.

Me senté en la paja del suelo del granero. La oscuridad era profunda. Sentí una telaraña contra mi mejilla mientras me apoyaba en una caballeriza. —Empiezo a preguntarme si alguna vez podremos cambiarlos.

Lidia se volvió hacia mí, su voz fue feroz. —Si los hombres fueran capaces de cambiar, entonces la razón lo habría hecho hace años. Para la mayoría, la única respuesta es la muerte.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Tú y tu precioso Robert! ¿Qué crees que hemos estado haciendo? No estamos cambiando sus pareceres, los estamos obligando a dejar de

abusar de nosotras porque saben que si no se detienen serán castigados.

—No. No lo creo.

—¿Crees que Patterson es capaz de cambiar?

—Tal vez Patterson no, pero otros hombres...

—Cualquier hombre persuadido es considerado por los otros con desprecio. Hombres como Patterson dirigen el mundo.

Yo quise protestar, señalar que nadie había respondido a la llamada de Hines en la iglesia. En lugar de eso medité. —Si se trata de una guerra entre hombres y mujeres, las mujeres perderán.

Ella tiró de la capucha en mi cintura. —¿Por qué crees que te pones esto?

Justo en ese momento mi caballo relinchó y retrocedió en la oscuridad. A través del sonido de la lluvia llegaron voces desde la carretera. Nos asomamos por la puerta del granero y pudimos distinguir tres figuras inmóviles en sus sillas de montar. Recé para que pasaran. En cambio, se alejaron de la carretera hacia nosotras.

Lidia encontró las riendas de su caballo, ajustó su bota en el estribo y se subió a horcajadas. —Escabúllete por la parte de atrás. Quédate en el bosque. Voy a ir al frente y los dejaré atrás.

Sin esperar mi protesta, pateó los flancos de su caballo, se agachó detrás de la cabeza del animal y salió galopando del granero. Los hombres se sobresaltaron. Lidia pasó de largo y salió a la carretera. Uno sacó una pistola y disparó. Vi el hocico del arma destellar en la oscuridad.

No esperé a ver qué pasó después. Me arrastré por la parte trasera del granero y corrí resbalando por el barro hacia la línea de árboles, cincuenta metros a través del maizal abandonado de Compton. No miré atrás hasta que estuve bajo los árboles. Los hombres se habían ido, persiguiendo a Lidia por el camino de Maryville.

Corrí por mucho tiempo. Yo había jugado en estos bosques de niña, corriendo con los niños, trepando árboles, construyendo fuertes, luchando contra el general Lee y Napoleón y contra el malvado rey Juan

en mil juegos infantiles. Pero aunque conocía bien el bosque, en la oscuridad y la lluvia me fue difícil mantener la dirección, y me perdí. Quizá fue una reacción tardía, o miedo, o comprendí tarde lo loco que había sido nuestro proyecto, pero me encontré sentada debajo de los árboles, empapada hasta la piel, sollozando. Cuando cerré los ojos, volví a ver la cabeza de Sarah lanzarse hacia atrás por la fuerza del disparo. Recé para que Lidia estuviera equivocada acerca de Iris. Me pregunté si las demás habían escapado, y me di cuenta de que, si no lo habían hecho, sería mejor para mí que las hubieran matado. Sin embargo, ¿cómo podría enfrentar el día esperando un desastre así?

Al acercarse el amanecer, la lluvia paró y las nubes se fueron volando. Pude distinguir mi entorno y me di cuenta de que no estaba lejos de casa. Traté de ponerme de pie, pero una ola de náuseas se apoderó de mí y apoyé una mano contra el tronco de un árbol, me incliné y vomité.

Metí mi capucha en un tronco hueco y me abrí paso en la oscuridad cada vez más oscura de vuelta a casa. Sentía las piernas tan pesadas como el hierro.

Cuando llegué a casa, entré sigilosamente en la cocina, me desnudé y me lavé la cara y las manos con agua de la bomba de la cocina. Dinah entró y se sentó sobre sus cuartos traseros a observarme con imperturbabilidad felina. Metí mi camisa y mis pantalones en el fondo del cesto de la ropa.

Cuando volví a la cama, Robert levantó la cabeza. —Llevo despierto toda la noche. ¿Esto se detendrá, Susana?

—Se ha detenido, - dije descansando mi cabeza en su brazo.

—Gracias a Dios, - dijo. —¿Estás bien?

—Estoy bien.

Me besó en la mejilla y se durmió. Me quedé allí esperando el amanecer, con la mano descansando sobre el vientre, pensando si quería que fuese un niño, una niña o nada en absoluto.

FIN

5: El Enebro

The Juniper Tree. Publicado en Science Fiction Age, enero 2000

Uno de los trasplantes más exitosos a la colonia establecida por la Sociedad de los Primos en el lado oculto de la luna fue el enebro. Poco después de que Jack Baldwin y su hija Rosalind emigraran en 2085, un proyecto bajo la dirección de Baldwin plantó enebros en las laderas interiores del cráter abovedado, donde estos prosperaban en un ambiente de baja humedad. Los visitantes de la Sociedad de hoy pueden ser excusados si, paseando por el bosque sobre las tierras agrícolas del suelo del cráter; la fragancia del follaje, bajo el cielo azul proyectado de la cúpula, les hace pensar por un momento que están en algún sueño de baja gravedad de Nuevo México.

Fue bajo un enebro que Jack dispuso los restos de Carey HijoDeEva, el niño de catorce años que mató.

Hielo

El pase central del equipo azul se deslizó cruzando la raya del área de meta, donde Maryjane abanicó el disparo. El disco se deslizó hacia las tablas, rebotó en la zona neutral, y Roz, que había sido promovida al equipo rojo para la práctica de hoy, lo recogió para iniciar una carrera en la dirección opuesta. Carey la vio desde el otro lado de la pista y partió paralelo a ella. Habían pillado a los azules por sorpresa, con solo Thabo entre ellas y la portera. Thabo se adelantó para empujarla. Roz giró a la derecha, luego hizo una dejada para Carey.

Pero Thabo llevó su palo entre las piernas de Roz y desvió la dejada. Mientras Roz y Carey avanzaban ahora detrás de la jugada, Thabo le devolvió el disco a Maryjane.

La escapada del equipo fue interrumpida por el pitido del silbato de la entrenadora HijaDeInga. La entrenadora patinó sobre el hielo y le

gritó a Roz. —*¿Qué clase de jugada ha sido esa? ¿Tienes un dos contra uno y vas por el pase de dejada? ¡DISPARA EL DISCO*

—*Pero si Thabo me hubiera seguido, Carey habría tenido una red abierta.*

—*¡Si si si* - Ella alzó los ojos hacia el techo de la caverna, muy por encima. —*¿Por qué crees que Thabo no te siguió? ¡Sabía que harías una dejada, porque tú NUNCA disparas! Si no estableces que eres una amenaza, siempre van a ignorarte. ¡Por una vez, deja que el CHICO pille el rebote!*

La cara de Roz ardía. Los equipos azul y rojo se quedaron mirándola aguantar la bronca. Carey estaba mirando hacia abajo, pasando la hoja de su palo por el hielo.

La entrenadora HijaDeInga de repente agarró a Roz por los hombros, la atrajo hacia adelante y le plantó un beso en los labios. —*Pero ¿qué puedo esperar de una niña de padres casados?* - dijo ella soltando a Roz. Alguien se rio. —*Descanso de diez minutos,* - dijo HijaDeInga, y dio media vuelta.

Roz casi se le pega un golpe con el palo cuando ella giró para retirarse. En su lugar, miró más allá de la entrenadora hacia las gradas donde se encontraban unos trabajadores de presión fuera del turno, con los cascos echados hacia atrás sobre los hombros, observando la práctica. Más allá de la pista, el suelo de la cueva era una enorme masa de hielo azul, jorobada y arrugada, refractando las luces y desvaneciéndose en la distancia. La entrenadora patinó para hablar con su asistente. La mayor parte del equipo se acercó al refrigerador junto al banquillo local. Roz patinó hasta el área de castigo, abrió la puerta y se sentó.

Era difícil ser la única inmigrante en el equipo de hockey. Los primos se burlaban de ella y la llamaban. - lta-G. - Roz había pensado que salir a jugar hockey sería una forma de hacer algunas amigas que pudieran integrarla en una de las camarillas. Necesitabas una familia para llegar a algún lado entre los primos. Necesitabas una madre. Un padre no tenía ninguna consecuencia: todos tenían una docena de padres, o ninguno en absoluto.

En vez de eso, ella conoció a Carey. Y, por suerte, eso pareció haber funcionado. La abuela de Carey, Margaret HijaDeEmma, había conocido a Nora Sobieski personalmente. La madre del chico era Eva HijaDeMaggie, presidenta de la Junta de Matronas, en cierta medida la mujer más poderosa de la colonia.

Algunos de los jugadores comenzaron a patinar en grandes círculos por la pista de gran tamaño. Ella observó a Carey a la cabeza de la conga, sonriendo, cabello rubio ondeando tras él. En la siguiente ronda se quitó el guante, pasó junto al área de castigo, le guiñó un ojo y le chocó los cinco mientras pasaba volando. El pesado anillo de oro que él llevaba le dejó a Roz un verdugón en la palma. Era propio de Carey lastimarla sin querer, pero ella no pudo evitar sonreír.

La primera vez que conoció a Cary ella casi lo mata. Roz no se había acostumbrado por completo al patinaje a un sexto de G, a lo difícil que era comenzar y detenerse, sino también que allí se iba más rápido que en la Tierra. Carey se había llevado la peor parte del choque de ella y se había estrellado de cabeza contra las tablas. El partido se detuvo. Todos se reunieron alrededor mientras él yacía inmóvil en el hielo.

Carey se dio la vuelta y se puso en pie tambaleándose, solo se le veía la frente sobre las hombreras. Su voz provenía de algún lugar dentro de su camiseta. —*Tened cuidado con esas mujeres de la Tierra, gente*.

Todos se rieron y Carey asomó la cabeza por debajo de sus almohadillas. Sus brillantes ojos verdes se habían centrado en los de Roz, y ella se había puesto a a reír también.

Cuando el padre de Roz se mudó con Eva, Carey se convirtió en el hermano que ella nunca había tenido. Él era audaz donde ella era tímida, divertido donde ella era sobria.

La entrenadora hizo sonar su silbato e hicieron ejercicios «dos sobre uno» durante el resto de la práctica. Después, Roz se sentó en un banco en el vestuario a dar golpecitos con el dedo en la hoja de su palo. Al final del banco, Maryjane coqueteaba con Stella entre susurros alternos. Roz trató de ignorarlas.

Carey, envuelto solo en una toalla, se sentó junto a Roz y comprobó que las entrenadoras no estaban cerca y pudieran oírles. A ella le gustaba ver la forma en que los músculos del pecho de Carey y sus brazos se deslizaban bajo su piel, tanto que trataba de no mirarlos. Él se inclinó hacia ella. —*Hola, Alta-G. ¿Te interesa unirte al Club Primeras Impresiones?*

—*¿Qué es eso?*

Él la tocó en la pierna. Él siempre la tocaba, encuentros aparentemente casuales, el hombro con el codo, rodilla a pantorrilla, su frente acariciando su cabello. —*Un grupo nos encontraremos en las fuentes de la cúpula,* - dijo Carey. —*Cuando el festival se ponga muy loco, nos vamos a colar hasta la superficie. Necesitarás tu traje de presión... y asegúrate de que el respiradero del depósito de desechos está funcionando*.

—*¿Depósito de desechos? ¿Para qué?*

—*¡Baja la voz*

—*¿Por qué?*

—*Vamos a subir al Cerro Shiva y a mear en la cima de la montaña*. - Le dio golpecitos en la pierna con el dedo. Su tacto era cálido.

—*Si tu madre se entera, te vas a meter en serios problemas*.

Él sonrió. —*Nunca llegarás a ser una mujer alfa con esa actitud, Alta-G. Madre habría inventado este club si se le hubiera ocurrido*. - Él se levantó y fue a hablar con Thabo.

Dios, ¡qué estúpida era! Era el comienzo de la Semana de los Fundadores y había esperado que Carey fuera su guía y compañero durante el festival. Había pasado toda la semana preocupada sobre qué ponerse. Ahora ella lo había estropeado todo. Se puso la camisa verde de manga asimétrica que había elegido con tanto cuidado para destacar su pelo rojo.

Roz se quedó al margen mientras Carey bromeaba con los demás. Ella trataba de reír en los momentos correctos, sintiéndose miserablemente fuera de lugar. Después vestirse se fue con Carey,

Thabo y Raisa hacia el festival. Triangulares letreros amarillos rodeaban la esclusa de presión en el pasillo que unía la caverna de hielo con el tubo de lava. Roz luchaba para mantener el paso con Carey; quien, como todos los niños nacidos en la luna, era más alto que Roz. Raisa se apoyaba en Thabo. Raisa le había dicho a Roz el día anterior que estaba pensando en mudarse y conseguir su propio apartamento. Raisa tenía trece años, seis meses menos que Roz.

El tubo de lava tenía hasta cuarenta metros de ancho, treinta de alto, y giraba y giraba, se levantaba y caía, revelando diferentes vistas a medida que avanzaban. Tiendas y apartamentos se aferraban a las paredes. Los jardines crecían a lo largo de la nave bajo los heliostatos que transformaban la luz transmitida desde la superficie durante el día lunar en un ciclo de veinticuatro horas. A menos que salieras, podías olvidar si era de día o de noche en la superficie.

Ahora era de "noche". Cuando entraron al cráter desde el tubo de lava, la extensión completa de la colonia se extendió ante ellos. El cráter tenía casi dos kilómetros de diámetro. Incluso a un sexto de G, la cúpula era un triunfo de la ingeniería, soportada por una aguja central de acero y vidrio de 500 metros de altura. Roz apenas podía creerlo, pero una leyenda de la escuela decía que Carey había escalado una vez la aguja para pintar con spray el nombre de una chica que le gustaba en el interior de la cúpula.

En el exterior, la cúpula estaba cubierta con cinco metros de regolito para proteger el interior de la radiación, y bajo los puntales acanalados que se extendían desde la aguja como los de un paraguas, la superficie interior era una pantalla en la que se podía proyectar un cielo diurno o un campo estelar nocturno. Justo ahora relucían miles de brillantes estrellas. Marte y Júpiter se suspendían en brillante conjunción en lo alto.

Desde los lados oeste y sur del cráter, muchos niveles de apartamentos con balcón daban al interior. La mayor parte del suelo del cráter se destinaba a la agricultura, pero en la base de la torre se encontraba el Parque Sobieski, el principal lugar de encuentro para los 2.500 habitantes de la colonia. Una elaborada fuente rodeaba la torre. Había un teatro al aire libre. Árboles y césped, regado lujosamente en una exhibición de conspicuo

consumo de agua, se extendían desde el centro.

Roz y los demás bajaron por el sendero en zigzag desde el tubo de lava y atravesaron las tierras de cultivo hasta el parque. Bajo cuerdas de luces de colores colgadas en los árboles, hombres y mujeres bailaban al son de una banda de tambores. Juerguistas desnudos se abrían paso entre la multitud. Ambos sexos llevaban cintas brillantes y fragantes en el pelo. El «Cirque Jacinthe» realizaba acrobacias de baja gravedad en el escenario del anfiteatro. Los niños pequeños entraban y salían corriendo de las fuentes, mientras que hombres y mujeres, en parejas o tríos y de toda combinación de sexos, se apoyaban en los brazos del otro.

En la hierba sombreada, Roz observó a un anciano y a una niña tumbados uno al lado del otro, sin tocarse, apoyando la cabeza en los codos, hablando en voz baja con la cara a centímetros de distancia. ¿Qué podían tener que decirse el uno al otro? Thabo y Raisa se desvanecieron entre los bailarines alrededor de la banda, y Roz se quedó a solas con Carey. Carey le trajo un helado y se sentó en la hierba a su lado. La banda de percusión estaba armando un gran escandalo y la gente bailaba más rápido ahora.

—*Siento que la entrenadora esté encima tuya tanto,* - dijo Carey. Le tocó el hombro suavemente. Los Primos siempre se tocaban. Con ellos la línea divisoria entre tocar por sexo y tocar solo por tocar se borraba.

Dios, Roz deseaba poder descubrir lo que ella quería. ¿Era él su hermano o su novio? Si ya era bastante complicado en la Tierra, entre los primos era imposible.

Como ella no respondió de inmediato, Carey dijo: —*Regresa la niña invisible*.

—*¿Qué?*

—*Estás desaparecida de nuevo*.

Roz observó a la niña con el hombre en el césped. La niña no era mayor que Roz. La distancia entre los dos había desaparecido; ahora la niña estaba subiendo sobre el hombre.

Carey pasó el dedo por el brazo de Roz, luego la atrajó suavemente. Roz le apartó de un empujón. —*No, gracias*.

Carey intentó besarla en la mejilla y ella le dio la espalda. —*Ahora no, ¿de acuerdo?*

—*¿Qué pasa?*

—*¿Es que tiene que pasar algo? Cualquier chica de los Primos puede decirte que no. No actúes como si solo fuera porque soy de la Tierra*.

—*Lo es*

—*No lo es*

—*No voy a violarte, Alta-G. Los primos no violan*.

—*¿Qué se supone que significa eso?*

—*Absolutamente nada. Pero sabes lo jodido que está todo allí abajo en la Tierra*.

—*Un montón de cosas que la gente hace aquí estaría mal en la Tierra*.

—*Correcto. Y la gente allí se dispara entre sí si alguien los toca*.

Los primos podían ser tan arrogantes que la hacían querer escupir. —*Tú nunca has visto la Tierra, y mucho menos has estado allí.*

—*Te he visto a ti, Roz*.

—*No eres mi dueño*.

Él sonrió. —*No. Tu padre lo es*. - Él le acarició el cuello con la nariz.

Roz le dio un golpe. —*¡Aparta de encima, cerdo* - se levantó y salió corriendo.

Festival

Cuarenta miligramos de serentol, una bocanada o dos de THC y una onza de alcohol de grano: Jack Baldwin se tambaleaba entre la

multitud de juerguistas en el Parque Sobieski. Bajo la noche somática, sintiendo solo una pizca de ansiedad, buscó a Eva entre los rostros.

El parque estaba lleno de hombres y mujeres jóvenes, sus cuerpos perfectos en los brazos del otro. El sexo era su pasatiempo favorito, y ¿quién podría culparlos? Lo hacían como si sus vidas dependieran del próximo acoplamiento. Eso era biología en marcha, suponía él, pero si solo eran genes a su rollo dominando el cuerpo humano, ¿a qué venía toda esa confusión emocional?: ¿Me ama ella?, ¿con quién se está acostando él?, no puedo soportarlo cuando ella le mira así, qué injusto tratarme como un juguete, quién se piensa que es él, no puedo soportarlo, moriré si no puedo tenerla esta noche...

¿Dónde estaba Eva? Él sonrió. Al parecer, los genes no abandonaban tu mente solo porque estuvieras cerca de los cuarenta. El sexo había sido un problema en la Tierra: siempre había algún problema con las compañeras de trabajo, problemas con las compañeras de piso, distracciones. Aquí, el sexo era la moneda común del contacto interpersonal; como el gusto por el sabor de helado, no se juzgaba (pero algunas personas hacían una religión del gusto), fácil como el hablar (pero el hablar no siempre era fácil), frecuente como el comer (pero algunas personas se morían de hambre en medio de la abundancia). ¿Dónde lo dejaba a él eso? ¿Era él simplemente una víctima de la cultura que lo había criado? ¿O era su frustración puramente personal?

¿Dónde estaba Eva?

Hombres y mujeres, desnudos, perfumados y sonrientes, se abrían paso entre los celebrantes, ofreciéndose a quien quisiera tomarlos. Era el único día del año en que la Sociedad de los Primos se ajustaba a la imagen cliché de la orgía polimorfa que los forasteros tenían de ella. Una de ellas, una joven morena (morena como Eva) pasó los dedos por la mejilla de Jack y luego se alejó meciendo una deliciosa cadera.

Pero Eva era más alta, más delgada. Los senos de Eva eran pequeños, su cintura era estrecha, a pesar de la blandura del vientre que había dado a luz a Carey, y cuando hacían el amor, los huesos de la cadera se le clavaban. Ella tenía cuarenta años y había canas

en su cabello negro. Esta chica bailando podría satisfacer su lujuria y, tal vez si llegara a conocerla, llegara a convertirse en una persona tan compleja como Eva. Pero ella no sería Eva: esa combinación de idealismo y practicidad, ese temperamento que la metía en problemas porque no podía mantener la boca cerrada. Feroz cuando luchaba por lo que le importaba, pero de corazón abierto para aquellos que se oponían a ella, con la incapacidad de ser exitosamente maquiavélica, esa era su gracia salvadora.

Había conocido a Eva un mes después de que él y Roz hubieran llegado a la colonia. Jack estaba trabajando en un nuevo nematodo que, combinado con un proceso de compostaje diseñado genéticamente, produciría tierra viva a partir del regolito de manera más eficiente que los tediosos métodos químicos que se habían utilizado para crear el entorno inicial de Fowler. Su especialidad en nematodos había sido el pasaporte para él y para Roz en la protegida Sociedad de los Primos, el último puente disponible después de una sucesión de puentes que él había quemado tras ellos. Ciertamente, él no había planeado terminar en la luna. La ruptura con Helen. La pelea por Roz, que había terminado con él llevándola en contra de la orden judicial. La sucesión de empleos. La visa falsificada.

Eva, recién elegida jefa de la junta, también era jefa del subcomité ambiental. Ella había pasado por el laboratorio de biotecnología en el búnker periférico. Jack no sabía quién era aquella mujer alta y llamativa con el traje de presión de estampado de telaraña. Ella hizo preguntas a Amravati, la jefa del proyecto, luego se acercó para observar a un Jack hasta los tobillos en el barro, examinando las bacterias a través del visor de un microscopio electrónico.

El coqueteo llevó a una reunión social, más coqueteo llevó al sexo. Sexo... ese vórtice que las mujeres escondían tras sus ombligos, ese lugar en el que él a veces tenía tan ansiosamente que estar que cualquier otro pensamiento se desvanecía y él se perdía una y otra vez. ¿O se estaba encontrando a sí mismo? La especialidad de Eva era la física, algún tipo de imagen cuántica que él no entendía y cuyos beneficios prácticos no podía imaginar. Pero una relación que había comenzado como una oportunidad mercenaria, para sorpresa de Jack, se había convertido en algo parecido al amor.

Cuando Jack se sentó en el borde de la fuente, esperando encontrar a Eva entre la multitud, vio a Roz. La cara de la chica estaba nublada; sus oscuros y grandes ojos marrones con cierta preocupación. —*¡Roz* - llamó él.

Ella oyó su voz, alzó la vista y lo vio. Roz dudó un momento, luego se acercó.

—*¿Cuál es el problema?* - preguntó él.

—*Nada.* - Ella se sentó a su lado. Estaba molesta por algo.

Al otro lado de la plaza, dos de los acróbatas hacían malabares en baja gravedad con tres niños de la misma forma que alguien en la Tierra podría hacer malabares con bolsas de frijoles. Los niños, metidos en bolas, chillaban de alegría mientras se alzaban y caían como las aguas de la fuente.

—*¿No es esto asombroso?* - preguntó Jack.

—*«Asombroso», papá... eso es muy perceptivo.*

—*¿Qué?*

—*Este lugar es asqueroso. Mira a ese viejo espeluznante manoseando a esa chica.*

—*Los Primos hacen las cosas de manera diferente. Pero no hacen nada en contra de la voluntad de nadie.*

—*Para ti todo está bien, siempre y cuando te acuestes todas las noches.*

Él le puso la mano sobre la pierna. - ¿Qué está pasando?

Ella se apartó. —*¡No está pasando nada! Estoy cansada de verte aprovecharte de la gente. Mamá nunca me habría traído aquí.*

Roz nunca mencionaba a su madre. Jack trató de concentrarse. —*No sé, niña. Tu madre tenía sus propios problemas de adaptación.*

—*La única razón por la que vinimos aquí es porque no pudiste conseguir un trabajo en la Tierra.*

Trató de hacer que Roz le mirara, pero ella estaba mirándose sus enormes zapatos de plástico. —*¿Estamos hostiles esta noche?* - dijo él. Ella no respondió. Vio por primera vez cuánto se había convertido su perfil en el de una mujer adulta. —*Lo admito. El trabajo tuvo algo que ver con esto. Pero Roz, aquí tienes la oportunidad de convertirte en alguien que nunca podrías ser en la Tierra, si haces un esfuerzo. Las mujeres son importantes aquí. ¡Diablos, las mujeres dirigen esto! ¿Crees que me gusta la idea de ser un ciudadano de segunda clase? Renuncié a mucho para traerte aquí.*

—*Lo único que te importa es meterte en la cama de Eva,* - dijo Roz a los zapatos. —*Te está usando, y te abandonará sin más después de que haya tenido suficiente, como a todos estos otros primos*.

—*¿Crees que no tengo menor elección?*

Eso la hizo mirarlo. La cara de ella estaba arrugada. La música de la banda de percusión se detuvo de repente y la gente aplaudió. —*¿Cómo sabes que Eva no va a tratar de meterme en la cama con ella también?*

Jack dio una carcajada. —*No lo creo*.

Ella se puso en pie. —*¡Dios, eres tan presumido! ¡No puedo decirte nada!*

—*Roz, ¿qué es lo...?*

Ella dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.

—*¡Roz* - él la llamó. Ella no se volvió.

Junto a él, una delgada mujer negra que sostenía a un niño había estado escuchando. Jack se alejó para escapar de su mirada. La banda comenzó otra canción. Bailando interiormente, escuchó la música durante unos minutos, mirando a la gente bailar. Cualesquiera que hubieran sido sus fallos, ¿no había hecho siempre lo mejor para Roz? No esperaba que ella estuviera de acuerdo con él siempre, pero ella tenía que saber cuánto la amaba.

El desprendimiento divertido con el que había entrado en el festival había desaparecido. Los tambores de acero le daban dolor de

cabeza. Cruzó la plaza. Antes de haber dado diez pasos vio a Eva. Estaba entre la multitud de bailarines, emparejada con una mujer de cara redonda. La mujer sonreía ferozmente, empujada contra Eva, deslizaba su vientre contra el de Eva. Eva levantó los brazos en el aire y también estaba sonriendo, apretando las caderas.

Mientras Jack observaba, alguien se acercó a él. Era Hal HijoDeKeiko, que trabajaba en agricultura. Hal tenía cuarenta y tantos años y todavía vivía con su madre (una situación común entre los Primos).

—*Oye, Jack. ¿Quién era esa chica con la que te vi hablar? ¿Esa del pelo rojo? Es mona.*

Jack seguía observando a Eva y a la mujer. Eva aún no le había visto. —*Esa era mi hija,* - le dijo a Hal.

—*Interesante*. - Hal se balanceaba un poco, agarrando una copa en su sudorosa mano.

Jack debía olvidar el tema, pero no pudo. —*¿Qué significa eso?*

—*Nada. Debe de tener catorce o quince años ya, ¿verdad?*

—*Tiene catorce años*.

—*Y tal vez ella no sea tu hija*. - Hal soltó una risita.

Jack lo miró fijamente. —*¿Qué?*

—*Quiero decir, ¿cómo podría estar segura su madre, o tal vez ella te mintió?*

—*Cierra el puto pico*.

—*Ey, no es asunto mío con quién te acuestes*.

—*Yo no me acuesto con ella*.

—*Cálmate, cálmate, primo*. - Hal tomó un sorbo de su taza. Miró benignamente las figuras que se retorcían en las sombras bajo los árboles. —*Es una lástima,* - dijo en voz baja, y se echó a reír.

Jack se alejó de allí para no darle un puñetazo.

La banda de percusión ahora era más fuerte, y también el balbuceo de la creciente multitud. Jack pasó junto a un grupo de cantantes borrachos. Cerca del anfiteatro vio a uno de los niños acróbatas tambaleándose en círculos, riéndose. Jamira HijaDeTamla, una amiga de Eva, trató de saludarle, pero él pasó a su lado con un movimiento de la mano. La cabeza de Jack palpitaba. Más allá de los árboles que marcaban la frontera del Parque Sobieski, siguió un sendero a través de campos secos de soja, maíz y patatas. No había nadie aquí, la mayoría de los primos estaban en el festival ahora.

Un kilómetro después, el sendero giraba hacia las tierras abiertas del pendientes de cráter. La dura hierba baja blancoazulada cubría el suelo. Pero el sonido de la banda aún flotaba sobre los campos y, girando, Jack pudo ver la torre central iluminada por las luces de colores. La pendiente estaba iluminada lateralmente solo por esa luz distante y la luz estelar proyectada desde la cúpula. En algún lugar a su izquierda, un pájaro nocturno cantaba en un pino. Él le dio la espalda al festival.

Fue un ascenso fácil en una sexta parte de G y, cuando llegó el borde de cemento del cráter que sostenía la cúpula, siguió la carretera perimetral hacia la esclusa norte. El quería salir. El mejor refugio que se le ocurrió fue el laboratorio de biotecnología.

Debido al festival, la esclusa de aire estaba desierta. Jack sacó su traje de presión de su taquilla, se vistió y pasó por la esclusa de personal. Pasó a través de los deflectores de radiación hacia la superficie.

Aunque era de noche dentro de la cúpula, aquí afuera era la tarde lunar. Las sombras intensas yacían bajo los campos de colectores solares que bordeaban el camino a los laboratorios. Jack saltó por el camino marcado de huellas, levantando un fino polvo. A pesar de su dolor de cabeza, escuchaba el sonido de su propia respiración en los auriculares.

La pelea que había tenido con Roz había sido como una de sus peleas finales con Helen, llena de resentimientos enterrados y suposiciones falsas. Las acusaciones de Roz picaban porque había

un elemento de verdad en ellas. Pero Roz se equivocaba al decir que Jack no se preocupaba por ella. Desde el momento de su nacimiento, Jack se había comprometido con Roz sin reservas. Claramente, él no había prestado suficiente atención a sus problemas, pero haría cualquier cosa para protegerla.

Roz no entendía que las cosas eran difíciles para Jack. «Todos los hombres son niños,» decían los primos. En el caso de un imbécil como HijoDeKeiko, podría admitir la verdad del dicho. Pero aquello era tanto por un producto de la forma en que vivían como de los hombres mismos. Las mujeres de los primos deleitaban a sus niños con sus placeres, los mantenían adolescentes hasta la edad adulta. Era una forma de control por privilegio.

A Jack le molestaba la forma en que rara vez se respetaba a un hombre de la colonia por sus logros, sino más bien por quiénes eran su madre y su abuela. Odiaba la forma en que las mujeres se referían a él una vez sabían que él era el último compañero de la hija de Eva Maggia. Odiaba las miradas de reojo que recibía sobre su relación con Roz. Él era el padre de Roz. No era el niño de nadie.

Los laboratorios de biotecnología se ubicaban en un búnker a un kilómetro al norte de Fowler. Entró en la esclusa de personal, limpió el polvo del traje y se lo quitó. Al igual que la esclusa de aire, el laboratorio estaba desierto. Pasó a través de las hileras de enebro y piña de plántulas del invernadero hasta el laboratorio de suelos. La temperatura en su último lote de tierra de nematodos era de treinta centígrados. Se puso unas botas, hizo retroceder la tapa del depósito y se metió en la tierra arcillosa. El rico olor a compuestos de nitrógeno llenó sus pulmones, y se sintió momentáneamente mareado por la relajación.

Tomando un rastrillo del armario de herramientas, trabajó sobre la superficie del suelo. Sus nematodos estaban haciendo bien su trabajo, aumentando el contenido de agua, descomponiendo los compuestos orgánicos y hospedando las bacterias fijadoras de nitrógeno. Una vez que su equipo obtuviera la aprobación del comité ambiental de la colonia, comenzarían una plantación de prueba utilizando el suelo y las plántulas de invernadero en la pendiente este de Fowler.

No había estado trabajando mucho tiempo cuando escuchó la alerta de la esclusa de aire. Sobresaltado, dejó caer el rastrillo y se levantó. Unos minutos más tarde, una figura emergió del invernadero y miró por encima de la trituradora de rocas. *—¿Jack?*

—Por aquí, Carey, - dijo Jack.

El chico se acercó. Era más alto que su madre, y rubio en lugar de moreno. Jack se preguntó una vez más quién sería su padre. Carey todavía llevaba puesto su traje de presión, sin casco.

—¿Qué haces aquí? - preguntó Jack. *—¿Cómo sabías que estaba aquí?*

—Estaba entrando en la esclusa de aire del norte cuando te vi salir, - dijo Carey. *—Cuando me puse el traje, ya no estabas, pero pensé que podrías estar aquí. Quería hablar contigo sobre Roz, Jack*.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo que lo está pasando mal, - dijo Carey. *—Creo que es posible que quieras prestar más atención a lo que está pasando con ella. Padres como tú hacen eso, ¿verdad?*

—¿Padres como cuáles?

—Vamos, Jack, ya sabes, padres de la Tierra.

—¿Qué le pasa a Roz? - preguntó Jack.

—Parece tener algunos bloqueos sexuales. ¿No ha hablado contigo sobre eso? Ella habla de ti a todas horas.

—No creo que Roz tenga ningún problema. Además, eso no es asunto tuyo, Carey.

—Bueno, más o menos lo es. Al menos, si ella no te está contando estas cosas y tú te preocupas por ella, entonces creo que necesito decírtelo. Como que después de que nos acostáramos la primera vez, ella lloró.

—¿Te has acostado con ella?. - La propia voz de Jack sonaba plomiza en sus oídos.

—*Claro. Pensé que lo sabías*. - Carey no estaba autoconsciente. —*Quiero decir, todos estamos en el mismo apartamento. ¿Ella tampoco te dijo eso?*

—*No.*

—*Necesita ayuda. Está progresando un poco con los chicos del equipo de hockey, pero por cada paso adelante da un paso atrás. Creo que está demasiado obsesionada contigo, Jack*.

—*No me llames Jack*.

Carey parecía confundido. —*¿Disculpa?*

—*Que no me llames Jack, zoquete. No sabes nada de mí ni de Roz*.

—*Sé que sois inmigrantes y que yo no lo entiendo todo, pero mucha gente está empezando a pensar que necesitáis vivir por separado. No eres el dueño de Roz.*

—*¿De qué demonios estás hablando?*

—*Ella es una mujer. Puede tomar sus propias decisiónes*.

La cara del chico era un mapa abierto de sincera y presumida inocencia. Jack no pudo soportarlo. —*¡Maldita seas, ella no es tu puta*.

Carey se echó a reír. —*¿Una puta? Eso es algo de la Tierra, ¿verdad? ¿No es una de esas prácticas de propiedad sexual?*

Jack dio un paso, agarró el cuello del traje de presión del niño y tiró de él hacia adelante. Los pies de Carey quedaron atrapados en el borde del embalse. Mientras caía, giró y Jack perdió el equilibrio y empujó a Carey hacia abajo para evitar caerse. Mucho más rápido de lo normal en G lunar. Carey golpeó el suelo. Su cabeza giró con un chasquido hacia un lado contra el rastrillo.

Al recuperar el equilibrio, Jack esperó a que Carey se levantara. Pero este no se levantó. Jack se agachó sobre el niño. Carey había caído sobre la cabeza del rastrillo; Uno de los dientes de cerámica de seis centímetros le había penetrado la sien. La sangre se filtraba

en el suelo.

Con cuidado, Jack sacó el diente y dio la vuelta al cuerpo. Carey temblaba y la sangre fluía más libremente. La respiración del niño era superficial, sus ojos estaban desenfocados. Mientras Jack observaba, la respiración de Carey se detuvo.

Después de diez minutos de inútil MCV, Jack retrocedió del cuerpo inerte de Carey y se sentó pesadamente en el borde del depósito.

Jesucristo. ¿Qué había hecho? ¿Qué iba a hacer ahora? ¡Eva! ¿Qué pensaría ella?

Había sido un accidente. Pero eso no importaba. Él era un inmigrante, un forastero, un hombre. Seguramente alguien lo acusaría de asesinato. Lo drogarían hasta la insensibilidad, le rebanarían el cerebro. En el mejor de los casos, lo expulsarían de la colonia, y Roz con él, o peor aún, podrían no expulsar a Roz. Se sentó allí frente a la fría realidad de sus treinta y ocho años de vida jodida.

La cabeza de Carey yacía en la tierra, con la boca abierta. —*Eres un idiota arrogante,* - le susurró Jack al chico muerto. —*Lo has jodido todo*.

Miró por la habitación. Frente a él estaba la cámara de reducción, la trituradora, el depósito de tierra. Temblando, volvió al cofre de herramientas y encontró un machete. Arrastró el cuerpo de Carey sobre el borde del embalse, levantando tierra hasta los codos. El suelo era rico en calor de la descomposición.

Jack le quitó el traje a Carey. Estaba a punto de comenzar a cortar los brazos del chico cuando volvió a sonar la alerta de la esclusa de aire. Él entró en pánico. Salió a trompicones del embalse, tratando de levantar el cuerpo de Carey hacia la tolva de la trituradora. Antes de que pudiera ocultar el cuerpo, escuchó pasos tras él.

Era Roz. Ella se quedó parada durante un momento, observándole mientras él sostenía el tobillo desnudo de Carey en su mano. —*¿Papá?*

—Vete, Roz

Ella se le acercó. *—Papá, ¿qué está pasando?* - Vio el cuerpo. *—Jesús, papá, ¿qué ha pasado?*

—Un accidente. Cuanto menos sepas, mejor.

Ella se acercó un par de pasos más. *—¿Carey? ¿Está bien?*

—Que te MARCHES, Roz

Roz se llevó la mano a la boca. *—¿Está muerto?*

Jack soltó a Carey y se acercó a ella. *—Fue un accidente, Roz. Yo no quería hacerle daño. Se cayó.*

—¡Carey! - Ella se acercó al cuerpo, luego retrocedió hasta que chocar con la trituradora de rocas. *—¡Está muerto! ¿Qué ha pasado? ¡Papá! ¿Por qué lo hiciste?*

Jack no sabía qué hacer. Volvió a mirar a Carey, quien yacía torpemente en el suelo de hormigón con el machete al lado de su pierna. *—Fue un accidente, Roz. Lo agarré, se cayó. Yo no pretendía ...*

—Carey, - dijo ella. *—Carey.* - No miraba a Jack.

—Roz, yo nunca le habría hecho daño a propósito. Yo...

—¿Por qué estabais peleando?

—No fue una pelea. Él me dijo que habíais dormido juntos. Supongo que eso me impactó. Supongo que...

Roz se dejó caer al suelo. *—¿Fue por mi culpa?*

—No. Fue un accidente.

—No puedo creerlo, - dijo ella. Miró el cuerpo de Carey. Jack pensó en la última vez que ella debía de haberle visto desnudo. *—¡Vas a ir a la cárcel* - Dijo Roz. *—Incluso podrían matarte. ¿Quién va a cuidar de mí?*

—Yo voy a cuidar de ti. Por favor, Roz, no pienses en esto. Tienes que

salir de aquí.

—*¿Qué vamos a hacer?*

—*¡Tú no vas a hacer nada más que salir! ¿No lo entiendes?*

Roz lo miró durante un largo momento. —*Puedo ayudar*.

Jack se sintió helado. —*¡No quiero tu ayuda! ¡Soy tu padre, maldita sea*

Ella se sentó allí, con los ojos llenos de lágrimas. Él se sentó a su lado y la rodeó con el brazo. Ella lloró en su hombro. Pasó mucho tiempo y ninguno de los dos habló.

Eventualmente, ella se apartó de él. —*Esto es culpa mía,* - dijo ella. —*Debería haberte dicho que le amaba*.

Jack cerró los ojos. Podía escuchar su propio pulso en sus oídos. La tierra del embalse olía rica y fértil. —*Por favor, no digas nada más*.

—*Oh, Dios, ¿cómo pudiste hacer esto?* - la oyó susurrar él. —*Carey ….* - Ella lloró en el hombro de Jack un poco más.

Luego, después de un rato, tragándose las lágrimas, Roz dijo: —*Si nos deshacemos de su traje … si nos deshacemos de él, pensarán que se perdió en la superficie*.

Él abrió los ojos y la miró. Ahora estaba asustado. ¿Quién era esta chica?

—*¿Qué quieres decir?* - preguntó él.

Comer

Eva esperaba que Jack apareciera en el festival eventualmente y no quería perderse la fiesta. Su madre vino con algunos de sus compinches, y luego Eva se encontró bailando con HijaDeAngela, la artista más famosa de la colonia. Diez años atrás, cualquier sesión de chismes en la sauna dedicaba diez minutos a la sexy escultora y a su amante físico. Desde entonces, Angela se había vuelto panzuda, pero su sonrisa era tan perversa como siempre.

Durante un descanso en la música, Eva compartió una bebida con Jamira HijaDeTamla. Jamira le dijo a Eva que había visto a Jack antes. *—Es tan guapo, Eva,* - dijo Jamira. *—Eres tan afortunada. Es como un dios*.

Eva sonrió pensando en el firme cuerpo de Jack tendido sobre su cama. *—¿Adónde fue?*

—No lo sé. Espero que esté aquí en alguna parte.

Pero Jack no apareció. Entre una cosa y otra fue mucho después de la medianoche cuando Eva regresó a su apartamento. Jack estaba sentado en el suelo con un vaso frente a él.

—Así que aquí estás, - dijo Eva. *—Pensé que nos veríamos en el festival*.

Él la miró y sus ojos azules estaban tan tristes que ella se derritió. *—No pude encontrarte,* - dijo en voz baja.

Ella se sentó a su lado. *—Me liaron en el laboratorio*. - Ella y Víctor habían estado trabajando horas extras en la programación de ensambladores. *—¿Carey y Roz están aquí?*

—No.

—Bien. Entonces podemos entretenernos... a menos que estas cosas que viertes en ti mismo hagan eso innecesario.

Jack la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí y apoyó su frente en la de ella. *—Sabes que siempre te necesito,* - susurró. Eva pudo oler el especiado alcohol en su aliento. Ella lo jaló hacia el suelo y se besaron.

Eventualmente encontraron el camino hacia el dormitorio. Después de hacerlo, ella estaba canina de hambre. Como miembro de la Junta, se había ganado el privilegio de una pequeña cocina: se metió en ella desnuda y regresó a la habitación con un plato, un cuchillo, una manzana y un trozo de queso.

Jack estaba estirado sobre la cama, tal como ella lo había imaginado, los músculos de su vientre se relajaban bajo la tenue

luz. Ella se sentó a su lado con las piernas cruzadas, cortó una rodaja de la manzana y se la ofreció. —*Aquí estamos, en el Jardín del Edén. Eva te ofrece una manzana*.

—*No, gracias*.

—*Vamos, Adán. Diviértete*.

Sus ojos se apartaron de ella, la comisura de su boca se torció. —*Ya me he divertido bastante,* - dijo al techo.

Ella le pasó la rodaja de manzana desde el pecho hasta el ombligo. —*Siempre hay más de dónde vino esta*.

—*Estoy preocupado por Roz. No debería estar fuera tan tarde*.

—*Tu hija es demasiado sensata para hacer algo arriesgado*. - Eva escuchó abrirse la puerta del apartamento, el sonido de alguien andando por el pasillo y entrando en la habitación de Rosalind. —*¿Ves?* - Eva dijo. —*Ahí está*.

—*¿Qué pasa con Carey?*

—*Carey, por otro lado, sin duda está ocupado metiéndose en algún problema. Nos ocuparemos de él por la mañana*.

Ella le pasó la mano por el pene y este se puso rígido. Él no dijo nada, pero finalmente levantó la mano para tocarle el cabello, y luego se acercó a ella y le hizo el amor con una intensidad que la dejó sin aliento y relajada. Él se durmió a su lado y ella yació mirando el plato y las rodajas de manzana a la tenue luz. «Pronto», pensó ella, pronto serían capaces de reproducir cualquier cosa. Ella probaría que los Primos no eran ninguna atrasada colmena dominada por mujeres. Iban a aturdir al mundo. Soñando con eso, con el brazo de Jack a su alrededor, se quedó dormida.

Por la mañana Carey no había regresado.

Durante el desayuno, Eva se terminó la manzana (ahora marrón). Le preguntó a Roz qué había pasado después de la práctica de hockey. Después de negar un poco, Roz finalmente admitió que Carey y algunos otros habían usado la cobertura del festival para

escabullirse de la colonia hacia la superficie. El Club Primeras Impresiones, en la superficie lunar muerta, las marcas de su orina en el polvo durarían tanto como si estuvieran grabadas en piedra.

Eso sonaba a típico de Carey, hasta el desperdicio de agua. Eva llamó a los amigos de Carey. Averigüó que Carey los había dejado en el festival, diciéndoles que los alcanzaría en la esclusa de aire. Después de esperarlo, habían salido sin él esperando que los encontrara en el Cerro Shiva.

El traje de presión de Carey no estaba en su taquilla de la esclusa norte. Eva trató de no entrar en pánico. Alertó a la seguridad de la colonia. Cientos de voluntarios se unieron en una búsqueda de superficie. Con la ayuda de los amigos de Carey encontraron las huellas del grupo, pero ninguna de Carey. Los satélites de posicionamiento lunar no podían alcanzar el localizador de su traje. Grupos escanearon las localizaciones más destacadas, pero volvieron con las manos vacías.

Los siguientes días se convirtieron en una pesadilla. Eva pasaba todas sus horas de vigilia en la superficie con los grupos de búsqueda, entrando solo para recargar su suministro de aire y dormir una o dos horas. Sus ojos decayeron a un guiño permanente por el brillo de la superficie. Durante las primeras veinticuatro horas, Eva aún esperaba que Carey pudiera ser encontrado con vida. Él se habría quedado inconsciente a la sombra de una roca, se dijo a sí misma, la hipotermia mantendría su metabolismo bajo para que no agotara su oxígeno.

A medida que pasaban las horas, Eva mantuvo a raya la desesperación ocupándose con más empeño. El tercer día la encontró parte de una línea de veinte primos, a intervalos de cien metros, barriendo el Cerro Shiva por cuarta vez. Algo iba mal con su visor frontal: este estaba rompiendo todo el paisaje gris en partículas, ningún pedazo de la luna estaba conectado a ningún otro pedazo, y todo estaba muerto. Las voces de los otros buscadores que se llamaban unos a otros sonaron en el auricular de su oído. *—Nada aquí.*. - *—¿Dónde es aquí?* - *—Estoy en el extremo este de la cresta, bajo Roca Negra*.

Eva se sentía entumecida. Llegó al borde de un tubo de lava cuyo

techo se había caído. Estaba a cincuenta metros del fondo en sombras. Incluso en la gravedad lunar, una caída sería fatal. Ella se balanceaba en el borde, con problemas para respirar. Tenía la boca seca y le picaban los ojos.

Alguien la agarró del brazo y la apartó. —*No,* - la voz de él llegó desde el auricular, tan cerca como sus propios pensamientos. Era Jack. La envolvió en un abrazo de oso y la atrajo hacia atrás. La hizo regresar con él a Fowler, para comer, tomar unas pastillas y dormir durante catorce horas.

Después de eso, Eva ya no se atormentaba con imposibilidades. Jack se quedaba con ella cada minuto de su tiempo en superficie. A pesar de su angustia, ella todavía esperaba que el cuerpo de Carey apareciera para poder descubrir lo que había sucedido. Pero cuando otra semana más de búsquedas siguió sin traer nada, ella pidió que se suspendieran. La investigación oficial dictaminó la desaparición de Carey, presuntamente muerto por accidente fortuito.

Ella volvió a su trabajo. El proyecto era su única esperanza ahora. Era más que una cuestión de demostrar el valor de la ciencia de los Primos. En los siguientes meses se completaron los primeros ensamblajes usando escaneos de compuestos orgánicos. Produjeron proteína de soja comestible y avanzaron hacia la compota de manzana.

En las reuniones en la sala de juntas que miraban hacia los campos verdes de la cuenca de Fowler, las otras matronas la miraban por el rabillo del ojo. Eva controlaba su voz, operaba su cuerpo como si fuera a distancia. Todo es normal, se decía a sí misma. Algunas mañanas se despertaba y escuchaba a Carey dando vueltas por el apartamento, solo para levantarse de la cama y escuchar el silencio. Ella escondió las fotos de su hijo. Aunque no quiso vaciar su habitación, cerró la puerta y nunca más entró. Eva iba a ver jugar al equipo de hockey. Otros primos sentados a su lado hacían alarde de tratarla con normalidad.

El hockey era un juego muy violento, un juego de chicos. ¿Lo habían adoptado los primos por esa misma razón, para ir en contra de la percepción de que las mujeres eran blandas? Eva observó a Roz lanzarse por el hielo como un demonio. ¿Qué impulsaba a una

chica tan tímida a competir tan duro?

Por la noche Eva permanecía despierta y pensaba en Carey. Lo imaginaba allá fuera en la superficie, sin aire. ¿Qué tenían los chicos y los hombres que siempre asumían riesgos tan grandes? No se podía protegerles. Si lo intentabas, se ponían de mal humor y se deprimían. Ella nunca había cuestionado el lugar que los primos habían preparado para los chicos en su mundo, cómo su agresión y deseo de dominio habían sido frustrados y canalizados. «Mantén a tu hijo cerca; deja ir a tu hija», era la homilía. ¿Había sido ella justa con Carey? Si lo tuviera de vuelta con ella en este momento, ¿podría ella evitar agobiarle?

Jack volvió a su propio trabajo: su equipo había plantado un matorral de enebros, pinos, salvia y flores silvestres en las laderas orientales de Fowler, transportando cargas de su nuevo suelo que prometía una mejor tasa de crecimiento que los suelos preparados químicamente. Él llegaba a casa cada noche con tierra bajo las uñas, se frotaba en la ducha y caía exhausto. Jack y Eva no habían hecho el amor después de esa noche que Carey desapareció. Al principio, Eva no tenía deseos, y luego, después de que su necesidad regresó y podría haber sentido un consuelo de tener a Jack abrazándola, él parecía tan deprimido por la pérdida de Carey que no podía tocarla. Eva vio que preocuparse por ella había alejado a Jack de Roz.

—*Lo siento,* - prometió a la forma dormida de Jack una noche. —*Puedo hacerlo mejor*.

Desde la desaparición de Carey, Roz pasaba menos tiempo en casa. Eva veía el dolor en los ojos de Jack cuando observaba a Roz. Se preguntó cómo debía de ser para Roz tener esta fuerte presencia masculina siempre presente en su vida. Les debía a Roz y a Jack más de lo que ella les había estado dando, y el esfuerzo de ocuparse de ellos la ayudaría a dejar de pensar en Carey.

Ella hizo arreglos para que Roz pasara sus prácticas de segundo semestre en las cooperativas de materiales de la colonia. Qué hacer con la relación de Jack con Roz era más difícil de entender. Eva era física y nunca había prestado mucha atención a las teorías de Nora Sobieski y los otros fundadores. Tampoco es que un hombre interesado en la educación de su hija fuese necesariamente

antinatural. Pero Eva notaba que; al igual que ella con Carey, por miedo a perder a Roz; Jack corría el riesgo de asfixiarla. «Mantén a tu hijo cerca; deja ir a tu hija». Tanto si Jack era capaz de verlo como si no, era hora de que Roz comenzara a encontrar su propio lugar en el mundo.

Jack había llevado a casa acelgas, lechuga romana y zanahorias de los jardines. Trajo un enebro en maceta para el balcón donde comían. Una noche, durante la cena, Eva le sugirió a Jack que Roz se mudara.

Jack pareció asustado. —*Solo tiene catorce años, Eva*.

—*Si no comienza a liberarse ahora, tendrá más dificultades más tarde*.

—*Entiendo eso. Solo que no es la forma en que ha crecido. Ella y yo no llevamos aquí tanto tiempo. Y con ... con Carey desaparecido ...*. - su voz se apagó.

Eva lo miró. —*Jack, sé que he estado distante. Sé que ha sido difícil para ti. Si no quieres estar a solas conmigo, lo entenderé. Solo espero que no vivas con Roz*.

—*¡Por Dios, Eva! ¿No crees en el amor?*

Ella se sorprendió. —*Por supuesto que sí.*. - removió la ensalada con el tenedor.

—*Bueno, amo a Roz. Amo ... te amo a ti*.

Eva se sintió fuera de esa profundidad. ¿Qué quería decir cuando él decía la palabra amor? Miró el hermoso rostro de Jack: ojos azules, cabello rizado de bronce, mandíbula cuadrada. Cuánto, mientras él parecía tan herido, le recordaba a Carey. Jack la miraba atentamente. Él estaba tratando de comunicar algo, pero ella no tenía idea de qué era.

—*Sé que nos amas,* - dijo Eva. —*Esa no es la cuestión. Pero si Roz alguna vez va a encajar aquí, necesita comenzar a conectarse ... incluso podría decir lo mismo de ti*.

—*Conectarse*. - Él se quedó quieto como una piedra.

Actuaba tan herido; la estaba excitando allí mismo. ¿Se trataba de sexo? —*No estoy tratando de alejarte, Jack. No soy yo quien se ha alejado todas las noches en la cama*.

—*Me doy cuenta de eso,* - dijo a la defensiva. —*Pensé que todavía estabas afligida por Carey*.

Dios, ella no era buena en estas cosas interpersonales. Eva miró hacia otro lado. Probó la ensalada cultivada en los jardines que él y su equipo habían plantado. —*Deja que yo maneje mi aflición a mi manera,* - dijo.

Él no dijo nada. Parecía más triste que enojado. Comieron en silencio. Después de un rato él le preguntó: —*¿Cómo está la ensalada?*

—*Lo mejor que he probado en mi vida. Y los piñones, ¿son de los nuevos árboles?*

—*Sí,* - dijo él.

—*El enebro huele de maravilla*.

—*Es tuyo,* - dijo. —*Lo planté para ti*.

Transformación

Cuando Roz le contó a Jack los planes de Carey para reunirse con el Club Primeras Impresiones, Jack recogió el traje de presión de Carey. Dejó el traje en el suelo, lo ajustó para que el localizador quedara plano contra el hormigón y clavó el talón en él hasta partir el chip. —*Está bien,* - dijo Jack. —*Coge sus cosas y las pierdes en algún lugar de la superficie donde nunca las encontrarán*.

Roz sabía que la verdadera razón de Jack para que ella saliera rápidamente era evitar que lo viera deshacerse del cuerpo de Carey. Ella no se opuso. Metió la ropa de Carey en el traje, lo selló y, mientras su padre giraba al cuerpo, se dirigió hacia la esclusa.

—*Espera,* - dijo Jack. —*Toma esto*.

Temerosamente, ella se volvió. Jack había tomado algo de la mano

del cuerpo. Era el anillo de Carey.

Ella metió el anillo dentro de su propio traje, luego se apresuró a través de la esclusa de aire hacia la superficie lunar.

Las sombras de la tarde lunar yacían exactamente como lo habían hecho cuando había ingresado al laboratorio una hora antes, una niña buscando disculparse con su padre. Entre entonces y ahora, algo se había roto.

Jack parecía tan sorprendido, tan culpable, tan viejo. La piel bajo sus ojos era oscura y parecida al papel, como si no hubiera dormido en una semana. ¿Parecía tan cansado cuando ella había discutido con él en la plaza? Esto le hizo preguntarse sobre lo que había estado pasando todo este tiempo. ¿Cómo podría Jack haber matado a Carey? ¿Había él estado tan cerca de estallar todo el tiempo? Mientras ella arrastraba los pies por la gibada superficie polvorienta, luchó por no volver a llorar por lo horrible de la muerte de Carey y la precariedad de la situación de ambos.

Durante la mayor parte de su vida, habían estado solos ella y su padre. La madre de Roz, Helen, era una estudiante graduada en patología de plantas cuando Jack la había conocido en Purdue. El primer recuerdo de Roz era estar sentada en la bañera mientras su madre le enseñaba a contar con los dedos de los pies. Cuando Roz tenía seis años, los crecientes episodios de depresión de su madre separaron el matrimonio. Helen tuvo la custodia de Roz durante más de un año antes de que Jack la rescatara, y Roz recordaba vívidamente ese año: tardes pasando el rato con los niños en el apartamento vecino, cenas de hojuelas de maíz, Helen regresando infeliz de sus clases, Roz tratando de despertar a Helen para llevarla a trabajar por las mañanas, Helen le gritaba a Jack cada vez que venía a recoger a Roz para las visitas. Cuando Jack le robó a Roz, aunque él nunca dijo nada malo sobre Helen, Roz sintió que nunca volvería a extrañar a su madre.

Ahora Roz deseaba saber dónde estaba Helen, qué estaba haciendo en ese momento. ¿Por qué habría pasado Helen cuando tenía catorce años? Nada tan malo como esto.

Mientras se alejaba de Fowler a través de la superficie lunar, Roz

trató de permanecer en las sombras. Pero había pocas posibilidades de que alguien la viera. Lo que tenía que hacer era perder el traje de Carey en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlo durante treinta o cuarenta años.

No debería ser tan difícil. Estas eran las rocosas tierras altas, un paisaje de colinas, crestas, cráteres y eyecciones. Alrededor de la colonia, el suelo estaba rayado con un millón de huellas. Roz ocultó las suyas entre estas, botando por debajo del borde oriental de Fowler.

Luego se lanzó a lo largo de una pista lateral de huellas que apuntaba hacia el Noreste. Un par de kilómetros más adelante, se separó del camino y dio un largo salto hacia una escarpada pendiente rocosa descubierta de polvo. Aterrizó torpemente pero a salvo, y no dejó marcas de botas. Procedió en esta dirección una cierta distancia, yendo de roca en roca para dejar la menor cantidad de pisadas posible. El corto horizonte hizo que Roz se sintiera como un insecto en un plato, acercándose al borde del mundo. Mantuvo su orientación notando periódicamente algún punto adelante y atrás para no perderse. Ese era el mayor peligro de saltar en la superficie, y el origen de la regla que dictaba nunca hacer tal cosa uno solo. Sería fácil explicar la desaparición de Carey como un chico intoxicado que se pierde y se queda sin aire. Una radio rota, un localizador defectuoso.

Un kilómetro más adelante, Roz encontró un pozo tras un grupo de rocas de eyección. En lo profundo de la sombra, en el lado norte del más grande, desenterró la capa superior de regolito y metió el traje en el pozo. Empujó la tierra tapando el traje. Para cuando hubo terminado, sus manos estaban heladas. Se puso de pie sobre un peñasco e inspeccionó el lugar. Ella había mantenido en las sombras la mayoría de los rastros que había creado, los cuales no cambiarían mucho durante algún tiempo en el lento día lunar. Roz regresó por el camino por el que había venido, roca a roca, dando largos pasos en la baja gravedad hasta encontrarse nuevamente con la pista que había recorrido. Muy arriba sobre ella, a un tercio del camino por el cielo negro desde el sol, un Marte enojado brillaba junto a Júpiter como un ojo naranja.

Su suministro de aire estaba en rojo cuando llegó a la esclusa norte

de Fowler. Pudo cruzarla sin ver a nadie, el festival todavía estaba animado.

Roz guardó su traje en un taquilla vacía, cerró la combinación y caminó de vuelta por el borde del camino hacia el apartamento de Eva (la ruta larga), haciendo un circuito de tres cuartos del cráter. En la ladera sureste se detuvo y observó las luces del festival. Cuando finalmente llegó a casa, encontró un vaso vacío en el suelo de la sala y la puerta de la habitación de Jack y Eva cerrada. Fue a su habitación, cerró la puerta y se desvistió. Allí encontró el anillo de Carey en su bolsillo, caliente por el calor de su propio cuerpo.

Durante todo el interrogatorio de Eva sobre Roz a la mañana siguiente, Jack se sentó a beber zumo, ignorándolas a ambas. Roz estaba aturdida por lo tranquilo que parecía. ¿Qué pasaba ahí dentro? No había pensado que podrían estar sucediendo cosas dentro de su padre que no eran aparentes en la superficie.

Entonces comenzaron las búsquedas. Una y otra vez Roz tuvo que volver a relatar su historia de despedida de Carey en el festival. ¿A qué hora había visto por última vez a Carey? ¿Qué había dicho Carey? ¿En qué dirección se había ido Carey? Jack se unió a la "búsqueda", pero cada vez que Roz le miraba, ella veía que él la estaba observando a ella.

Mientras la búsqueda se extendía más allá de los primeros días, los amigos de Carey aparecieron y simpatizaron con Roz. Por primera vez los chicos, quienes la habían mantenido siempre a distancia de un brazo, confiaban en ella. Compartían su conmoción y dolor. Roz supuso que por fuera su propio terror parecía conmoción. La seguridad de la colonia utilizó voluntarios de la escuela en las búsquedas, y Roz participó en ellas, aunque nunca en las del cuadrante noreste. Cada vez que una de esas partidas regresaba, ella quedaba petrificada ante la posibilidad de que volvieran con el traje de presión de Carey.

Cerca del final del tercer día, Roz estaba sentada en el apartamento, apretando el anillo de Carey en su mano cuando Jack trajo a Eva de regreso con él. Eva estaba tan mareada que Jack casi tenía que sostenerla. Jack alimentó a Eva, la obligó a tomar unas pastillas y a dormir. Salió de su habitación y cerró la puerta.

—*¿Qué ha pasado?* - preguntó Roz.

Jack sacó a Roz de la puerta. —*Atrapé a Eva al borde de un precipicio. Creo que estaba a punto de saltar*.

—*¡Oh, Jesús! ¿Qué vamos a hacer?*

—*Ella estará bien después de que descanse un poco. Tenemos que cuidarla.*

—*¡Cuidarla! ¡Hemos matado a su hijo*

—*Baja la voz. Nadie ha matado a nadie. Fue un accidente*.

—*Yo no creo que pueda soportar esto, papá.*

—*Lo estás haciendo muy bien, Roz. Necesito que seas una chica fuerte. Tú solo actúa normal.*

Solo actúa normal. Roz trató de concentrarse en la escuela. El partido de hockey contra Shackleton fue pospuesto, pero las prácticas continuaron. Cuando se hizo evidente que Carey no iba a regresar, Maryjane se movió para ocupar el puesto de Carey en la línea de Roz. Por la noche, Roz cerró los ojos con fuerza, los presionó con las palmas para sacar de su imaginación los pensamientos sobre el cuerpo de Carey. No quería hablar con Jack al respecto, y en sus pocas palabras apresuradas con ella, él nunca hablaba de aquella noche.

Roz odiaba escuchar el sonido de la voz de Jack cuando hablaba con Eva o cualquier otra persona, tan casualmente modulada, tan "sensata". Solo actúa normal. Cuando hablaba con Roz, su voz sonaba con pánico. Roz prometió que nunca en su vida tendría dos voces.

Quizás Eva también tuviera dos voces. Después del fin de las búsquedas, Eva parecía angustiosamente normal. Roz podía saber que Eva estaba molesta solo por la firmeza con la que hablaba, como si lo estuviera pensando todo dos o tres veces, y por la absoluta calidad de sus silencios.

Al principio, Roz tenía miedo de estar cerca de Eva, ella parecía

mantener el control. Sin embargo, Roz notaba que, a cierto nivel, Eva estaba profundamente herida de una manera que ella no conseguía ver en Jack. La única palabra que se le ocurría a Roz para describir a Eva era una palabra tan absurdamente anticuada que se habría avergonzado de decirla en voz alta: noble. Eva era la persona más fuerte que Roz había conocido. Esto hacía que Roz quisiera consolarla, pero Roz tenía demasiado miedo.

Pasaron las semanas y reanudaron una simulación de vida cotidiana. Eva se interesó en Roz de un modo que no había hecho cuando Carey todavía estaba vivo. Para las prácticas del segundo semestre de Roz, Eva hizo los arreglos necesarios para que Roz trabajara meses sucesivos en las cuatro cooperativas de materiales de la colonia, Aire, Agua, Agricultura y Fabricación. Roz se alegró de pasar más tiempo fuera del apartamento.

En Aire, Roz trabajaba en el exterior del área industrial suroeste, ayudando a mover el regolito lunar al molinillo. Varios elementos traza, incluido el H_3utilizado en los reactores de fusión, eran extraídos y almacenados. Después de la molienda, el regolito se colocaba en una cámara de reducción con grafito en polvo y se calentaba para producir monóxido de carbono, el cual se reintroducía en el regolito de una segunda cámara para producir CO_2. El dióxido de carbono era separado por una célula electroquímica alimentada por energía solar. El carbono se reciclaba como grafito y el O_2 se licuaba. El exceso se vendía a otras colonias lunares o se cambiaba por nitrógeno.

En Agua trabajaba en el extremo más alejado de la caverna de hielo, donde el hielo era triturado, vaporizado, destilado y congelado. Parte del agua se electrolizaba para proporcionar oxígeno y carbono, un elemento raro en la luna.

En Agricultura recogía con pala la mierda de las ovejas y conejillos de indias, y trasladaba los desechos de las aves al reciclaje para fertilizar.

En Fabricación hacía control de calidad para la producción anhídrica de cables de fibra de vidrio recubiertos de hierro. Cualquier contaminación de la fibra de vidrio con agua comprometía su resistencia y durabilidad. Los materiales

estructurales eran una de las otras principales exportaciones de la colonia.

Todo lo que aprendía durante las prácticas era muy lógico. Todo lo que sentía cuando estaba en el apartamento con Eva y su padre era una locura. Mientras trabajaba, cuando podía olvidar la expresión en el rostro de Jack de pie sobre el cuerpo desnudo de Carey, la colonia era como estar en casa. Pero en el momento en que pensaba en el lugar que se suponía que era su hogar, se sentía perdida. Mirando hacia abajo desde el balcón de su apartamento en el interior del cráter, veía la aguja que sostenía la cúpula como un gran árbol extendido sobre las vidas de los Primos. Detrás suyo oyó las voces de Jack y Eva, tan humanas, tan misteriosas.

Eva le preguntaba a Roz sobre las prácticas cada pocos días. Debido a que ambas solo hablaban sobre los problemas prácticos de dirigir la Sociedad, estas conversaciones eran un alivio para Roz. Ella pensaba que también eran un alivio para Eva. Roz podía hacer cualquier pregunta, siempre y cuando se tratara de ingeniería. Eva se inclinaba al lado de Roz sobre la tableta y hacía clic en diagramas de síntesis química, retorciendo las puntas de su cabello con los dedos.

Una noche, mientras pasaban por una de estas sesiones, Jack se enojó con ellas, quejándose del ruido o algo así. Temeroso de que pudiera decir algo que hiciera sospechar a Eva, Roz fue a pasear con él para hablar sobre lo que le estaba molestando. Cuando ella le dijo que estaba pensando en mudarse, él amenazó con contarle a Eva lo que le había sucedido a Carey. Su paranoia era tan densa en el aire que ella podía olerla. Roz le rogó que no dijera nada.

Roz se dio cuenta de que estaba atrapada. Sería más seguro para ella y para Jack si ella se mudaba del apartamento. Raisa aún estaba buscando una compañera de cuarto y a Roz solo le llevaría unos pocos días hacer los arreglos y trasladar sus cosas. Pero no había nada que ella pudiera hacer.

Un día, ya tarde en las prácticas de Roz, Eva la llamó para que fuera al laboratorio de investigación de Fabricación. Roz se dio cuenta de que no era accidental que la última parada en su gira de prácticas fuese Fabricación, y que la última parada de Fabricación fuese la

investigación, el área de Eva. Roz sintió un repentino temor de que Eva supiera algo, que desde el festival ella hubiera estado plantando una trampa, una trampa que estaba a punto de saltar.

Al igual que el laboratorio de biotecnología en el que trabajaba su padre, para evitar la contaminación, el laboratorio de nanotecnología estaba separado de la colonia.

Al final del tubo de lava noroeste, Roz se vistió y pasó a través de una esclusa hacia la superficie. Habían pasado meses desde la desaparición de Carey, y era plena noche ahora. Marte y Júpiter ya no eran visibles. Venus brillaba intensamente en el horizonte. Ella siguió una serie de luces hasta el laboratorio, entró y se quitó el traje.

Eva la recibió en recepción. *—Gracias por venir, Roz. Sígueme. Quiero mostrarte la Matriz del Escáner Cuántico No Destructivo*.

El laboratorio del MECND era el más grande de la instalación. El escáner parecía no más que una inmensa canica azul del tamaño de un elefante, dividida en el ecuador. Eva hizo que los técnicos levantaran el hemisferio superior para exponer el área objetivo. — *Lo que hacemos aquí es obtener una instantánea del universo. Sorteamos el principio de incertidumbre a nivel subatómico midiendo los sujetos de prueba por debajo de la longitud de Planck-Wheeler*.

—No sé tanta física, - dijo Roz.

Eva puso la mano sobre el hombro de Roz. A pesar del gesto afectuoso, no estaba sonriendo. *—Hemos avanzado mucho en los últimos seis meses*.

—¿Para qué sirve esto?

—Hay cientos de propósitos, algunos de ellos bastante revolucionarios. En el nivel más básico, si podemos escanear con suficiente precisión, y si el equipo ensamblador puede tener éxito en producir un ensamblador programable que pueda usar el escaneo, entonces habremos creado el sistema de fabricación más flexible de la historia. Cualquier objeto que escaneemos podría duplicarse en el ensamblador.

—*¿No es eso caro?*

—*Chica lista. Sí, es muy costoso en términos de tecnología, energía y tiempo. No tiene sentido económico usar un sistema como este para fabricar cosas simples como, por ejemplo, un motor eléctrico. Eso sería como realizar una resonancia magnética para verificar si tienes chicle en el bolsillo. Pero para cosas más complicadas, compuestos orgánicos, por ejemplo, tiene posibilidades fascinantes. Deja que te muestre algo*.

Ella llevó a Roz a una habitación lateral separada del laboratorio por una gran ventana. En la esquina había un refrigerador. De ella, Eva sacó dos manzanas. Se las entregó a Roz. —*¿Qué opinas de estas dos?*

Roz las miró. Eran del mismo tamaño, la misma forma. Ambas tenían un tacto fresco en sus palmas. De hecho, parecían exactamente iguales. Ella las miró más de cerca. Había un rociado de pecas cerca del tallo de la manzana en su mano derecha. Sostuvo la otra al lado de esta, la giró hasta que estuvieron en la misma posición. Un idéntico rociado de pecas marcaba la segunda manzana.

—*Son iguales*.

—*Sí. Ahora compara esta*. - Eva sacó una tercera manzana del refrigerador. Esta ya había pasado su mejor momento; su piel era más oscura y blanda, y olía dulce. Sin embargo, tenía exactamente el mismo patrón de pecas que las otras dos.

—*Las tres manzanas se ensamblaron a partir del mismo escaneo cuántico. Escaneamos la manzana original hace seis meses. Estas dos manzanas se ensamblaron a partir del MEC ayer, la otra hace una semana. Si cargamos las materias primas correctas en el ensamblador, podemos crear tantas manzanas idénticas como queramos*.

—*¡Eso es asombroso!*

—*Sí. Aunque es una forma demasiado costosa de hacer manzanas. De hecho, no hay muchas cosas que justifiquen el gasto de reproducción por parte del MEC.*

Eva recogió las manzanas. Puso la vieja y una nueva en el refrigerador. Luego pulió la tercera en su manga y la mordió. Masticando, se la entregó a Roz. —*Prueba*.

Roz dio un mordisco. Sabía crujiente y agria. Otro trabajador del laboratorio entró y sacó una botella de la nevera. Asintió a Eva, sonrió a Roz y salió.

—*Al principio esperaba poder superar la pérdida de Carey,* - dijo Eva. Miró por la ventana hacia el gran mármol azul. —*Me dije a mí misma que él solo era una persona, que todos morimos eventualmente, que fue su imprudencia lo que lo mató, y que yo nunca quise que él fuera distinto a como era*. - Ella se rozó el ojo con el dorso de la mano. —*Pero se supone que un hijo no debe morir antes que su madre. Todo se ve de modo diferente después. Todo es solo una colección de átomos*.

Eva se volvió hacia Roz. —*¿A qué sabe la manzana?*

—*Bien*.

—*Me alegro. Ahora, Roz, quiero decirte lo que voy a hacer. Es algo que nadie ha hecho antes. Por eso todavía no es un crimen, pero si no se vuelve tan común como para ser ordinario en el futuro, estoy segura de que se convertirá en un crimen*.

—*¿De qué estás hablando?*

—*Hace unos meses, el proyecto había alcanzado una etapa en la que podíamos escanear un organismo vivo. Escaneamos varios conejillos de indias, incluso una oveja. Una noche, mientras el laboratorio estaba vacío, traje a Carey aquí y lo escaneé*.

—*He estado esperando hasta que solucionáramos los errores del ensamblador. Hace tres días recreamos uno de los conejillos de indias a partir de un escaneo de hace cuatro meses. ¿Sabes lo que eso significa?*

Roz contuvo el aliento. —*Creo que sí*.

—*Si ese conejillo de indias no sufre consecuencias, voy a reconstituir a Carey. Y quiero que tú me ayudes*.

El cielo se abrió y un torrente de pura alegría bajó disparado llenando a Roz por completo. Ella no podía creerlo. Abrazó a Eva, enterró la cabeza en el pecho de la alta mujer. Era un milagro. Era la salida.

Fuego

Los nematodos constituían la mayor parte de la vida animal en la Tierra, en masa, se recordó Jack. Estaban en todas partes. La cantidad de variedades parasitarias era minúscula en comparación con las beneficiosas. Nada de qué preocuparse.

Pero le picaban las manos. Y su piel le ardía.

No le había llevado mucho tiempo a Jack cortar el cuerpo de Carey, pasarlo por la cámara de reducción, picar los restos en la trituradora y mezclarlos en el suelo del proyecto. Había lavado la trituradora y el suelo del laboratorio. Fuego, tierra, agua. En una semana, no quedaría nada de Carey más que sus elementos químicos en la tierra.

Aún así, las imágenes de Carey estaban impresas en el interior de los párpados de Jack. Soy un espectáculo de monstruos, pensaba una docena de veces al día, bajando la cuesta hasta el suelo del cráter, podando las plántulas en el invernadero y sentándose en el borde de la piscina en el Parque Sobieski. Acostado en la cama con Eva. Soy un macho letal en una sociedad construida para evitar que los hombres se vuelvan letales. Ni siquiera sabía que esto estaba sucediendo. Soy un jodido maníaco y nadie se da cuenta.

Nadie había notado nada... al menos él creía que no lo habían hecho. Tuvo una tarde difícil el día en que transfirieron el suelo de prueba al sitio del proyecto piloto en la ladera este de Fowler. Él había insistido en enmendar el suelo él mismo, plantar los enebros con sus propias manos. Llevaba guantes protectores.

Cuando Amravati había dicho algo al respecto, él respondió rápidamente: —*No quiero arriesgarme con estos nuevos bichos*.

—*Si hay algún error que no conocemos, entonces todos estamos en problemas,* - dijo.

Las plántulas florecieron. Las tasas de crecimiento se elevaron hasta un quince por ciento. En tres meses, el proyecto había progresado lo suficiente como para programar un recorrido para la Junta de Matronas. Eva y las demás pasearon por las laderas entre el crecimiento bajo y fragante. Mientras Eva caminaba por el suelo que contenía todo lo que quedaba de su único hijo, una ola de calor se apoderó de Jack. Sintió que su cara estaba enrojecida, le ardía la frente.

La Junta aprobó el proyecto. La semana siguiente votaron a Amravati para una recomendación, con especial atención a la contribución de Jack. —*Si no tienes cuidado, Jack, te quedarás atrapado aquí,* - había dicho Hal HijoDeKeiko.

—*¿Qué?* - dijo él.

Hal le sonrió. —*Quiero decir que te estás convirtiendo en un Primo, primo*.

Un Primo por fuera, un extraño por dentro. Había muchos aspectos difíciles en las secuelas de la muerte de Carey, entre ellos el problema de Eva. Por ejemplo, a pesar del hecho de que durante la búsqueda él había salvado la vida de Eva al borde del precipicio, le era imposible tocarla en la cama. Había descubierto lo parecido que eran sus ojos a los de Carey. Acostado a su lado por la noche, con las manos ardiendo, fingía dormir hasta oír el leve ronquido de Eva, y fingía dormir después de eso por miedo a despertarla. Jack se sentía más solo que nunca desde que tenía cinco años. Una noche escuchó a Eva moverse a su lado, levantarse sobre un codo y mirarle. La escuchó susurrar: —*Lo siento. Puedo hacerlo mejor*. - ¿Por qué tenía ella que sentir pena? ¿Cómo era posible que le estuviera pidiendo perdón?

La clínica de la colonia le prescribió un ungüento para la piel que no hacía más que hacerle oler a azufre. Soy el Mefistófeles lunar, pensaba. Recurrió a la magia: si alguna parte de Carey volvía para atormentar a Jack, tal vez llevar a Carey a casa calmaría a su fantasma. Jack puso en macetas uno de los enebros y lo colocó en su balcón. Alimentaba a Eva con lechuga del invernadero para ver qué efecto tendría en ella. Esto le hizo sugerir a Eva que Roz debería mudarse.

Roz. Eso era lo peor, lo peor de todo. Jack se sorprendió de que Roz se hubiera arriesgado tan fácilmente para salvarlo. Aunque aquello había sido (a cierto nivel él tenía dificultad en admitirlo) inmensamente gratificante, y había eliminado cualquier duda que él hubiera tenido de que ella le amaba, ahora no podía mirar a Roz de la misma manera. Estaba endeudado con su hija y, como una roca a la que ambos estaban encadenados, esa deuda los uníia tanto como se interponía entre ellos en todo momento.

Cuando Roz inició sus prácticas en Fabricación, ella comenzó a pasar más tiempo con Eva. Jack las veía bromear juntas sentadas en el apartamento o cuando subían los escalones en la manufactura de vidrio para la construcción. Sus cabezas estaban tan juntas, el cabello rojo de Roz y el marrón de Eva. El chillidito de las risitas tontas y agudas de Roz, por alguna razón, le hacía querer gritar.

—*Te ríes demasiado,* - dijo él.

Ambas le miraron, con silencio absoluto, idéntico asombro en sus caras.

—*¿No puedes ser más silenciosa?* - le dijo él.

—*Lo siento, papá,* - murmuró Roz. —*No sabía que no se me permitía reír*. - Apartó la tableta lejos de ella. —*Tengo algo que necesito decirte*.

Jack trató de mantener el pánico fuera de su voz. —*¿El qué?*

—*Creo que me voy a mudar. Hay un apartamento en el que Raisa y yo podemos mudarnos en la antigua sección de la pared sur*.

—*¿Raisa? Pensé que ella ni siquiera te caía bien*.

—*Creo que yo solo estaba proyectando; ella es una muy buena persona. Nunca es mala*.

Jack quiso discutir, pero se sintió intimidado por la presencia de Eva. Eva le había metido a Roz esta idea en la cabeza. —*Ven conmigo,* - le dijo a Roz. —*Salgamos a dar un paseo. ¿Te importa, Eva? Necesitamos hablar de esto de padre a hija*.

—Adelante

Roz pareció hosca, pero se fue con él. Bajaron del apartamento, caminaron hacia el suelo del cráter. El interior de la cúpula era un brillante cielo sin nubes. En el campo bajo ellos, una cosechadora rociaba soja en la tolva de un camión. *—¿Esto es por Carey?* - preguntó Jack.

Roz cruzó los brazos sobre el pecho y se miró los pies. *—No quiero hablar de Carey,* - dijo ella.

—Tú sabes que fue un accidente, Roz, yo...

Ella botó sobre los dedos de los pies y saltó dos metros en el aire, bajando muy por delante de él. Una mujer que iba en dirección contraria la miró y sonrió. Jack se apresuró a alcanzarla.

Roz seguía sin querer mirarle. *—No voy a hablar de Carey, papá. Esto no se trata de él. Tengo catorce años y una chica de los Primos de catorce años que no se va de casa está enferma*. - Ella botó de nuevo.

Él no sabía qué decir. Sabía que ella estaba mintiendo, que aquello tenía que tener algo que ver con Carey. Pero él no iba a suplicar.

—Vas a decirle a Eva la verdad, - dijo él cuando lo alcanzó.

—¡No seas estúpido! - Dijo Roz. *—He renunciado a demasiado para eso. No quiero volver a cambiar de vida*.

Estúpido. Lo estúpido fue decidir venir aquí. *—Te traje aquí para evitar que nos separáramos*.

—Papá, ¿creías que iba a estar contigo eternamente?

Él se frotó los antebrazos con las palmas hacia arriba y abajo, pero eso solo empeoró la picazón. *—¿Me llamarás?*

—Te veré todos los días.

Jack dejó de seguirla. Roz continuó por el camino hacia el Parque Sobieski y no miró atrás.

—*¿Qué piensas tú, Carey?* - susurró él en voz alta mientras veía a su hija alejarse. —*¿Es esta una de esas cosas de la Tierra? ¿Una de esas prácticas de propiedad sexual?*

Jack trató de imaginar cómo sería estar solo con Eva en uno de los apartamentos más grandes de la colonia. Quizás no estuviese tan mal. Podía plantar una docena de enebros en el balcón. Podía preparar todas las comidas. Demonios, podría traer una cama de tierra con Carey dentro y dormir en ella.

Él comenzó a encontrarse con Jamira HijaDeTamla en la sauna del gimnasio. Reclamaban uno de los nichos privados y follaban. El calor de la sauna le hacía olvidar el ardor en la piel. No había nada malo en ello. No había nada correcto en ello. Roz siempre estaba fuera. Eva se mantenía alejada aún más en los laboratorios, a veces no volvía por la noche hasta que él estaba dormido. Las misteriosas ausencias crecieron hasta que una noche pasaron veinticuatro horas sin que Jack hubiera visto a Eva o a Roz. Aquel era terreno fértil para la preocupación. O alguien había encontrado el traje de presión de Carey o Roz no lo había escondido lo suficientemente bien, y ahora él estaba en problemas. O Eva la había engañado para que Roz lo admitiera. Ella se había derrumbado, cediendo ante la culpabilidad.

Sonó su teléfono. Él tocó «contactar» en su muñeca.

—*¿Papá? ¿Puedes encontrarte conmigo en Investigación de Fabricación?*

La voz de Roz estaba cargada de emoción. Él no la había escuchado sonar tan joven en meses. —*¿Qué pasa, Roz?*

—*No te lo vas a creer. ¡Todos nuestros problemas han terminado! ¡Vamos a resucitar a Carey!*

—*¿Qué?*

—*El ensamblador. No puedo decirte más ahora, alguien podría oírlo. Ven a las 0300. Si alguien pregunta, diles que vas a otra parte.*

—*¿Está Eva allí?*

—*Sí. Tengo que irme ahora. Nos vemos a las 0300.*

—*Roz…*

Se sintió mareado. ¿Resucitar a Carey? Roz debía de haberle contado a Eva lo que había sucedido.

Aún así, ¿qué podría hacer él sino acudir? Jack paseó por las habitaciones durante horas. Se fue después de la medianoche somática. La carretera perimetral hacia la esclusa norte estaba tranquila. Había una ligera brisa, un zumbido de insectos alrededor de las luces. Jack le dijo al encargado de la esclusa que iba a biotecnología.

Cuando selló su traje, sintió que no podía respirar. Revisó las lecturas repetidamente, pero a pesar de la evidencia de que nada funcionaba mal, se sentía sofocado. El sudor le chorreaba por el cuello.

Fuera, el sol golpeaba como un martillo y el resplandor de la cocida superficie ocultaba las estrellas. Él aumentó la polarización en su visor frontal, pero aún así le dolían los ojos. Siguió el camino desde la esclusa de aire, entre los campos de los colectores solares, hasta la entrada de la rampa al Laboratorio de Investigación de Fabricación. Atravesó el laberinto de radiación y abrió la puerta exterior de la esclusa del laboratorio. Cuando se quitó el traje, su camisa estaba empapada en sudor. Se pasó el brazo por la frente y los dedos por el pelo sudoroso. Esperó. No abrió la puerta interior.

¿Y si, por algún milagro, recreaban a Carey? Roz había dicho que todos sus problemas habían terminado. Que podrían volver a ser quienes eran.

Vana esperanza. Él había confiado en que venir a la Sociedad le ofrecería a Roz una libertad que ella no podría conseguir en la Tierra. Nadie en la luna conocía a Jack. E incluso si volvía a fracasar, entre los Primos las faltas de un padre no determinaban cómo otros verían a su hija. Roz podría ser ella misma, no un reflejo de él.

Mientras estaba allí, parado frente a la puerta de la esclusa interior, tuvo un repentino recuerdo de Helen, en la luna de miel. En la playa de San Cristóbal. Helen lo había sorprendido llevando un

bikini nuevo, tan pequeño que cuando se quitó los pantalones cortos y la camiseta ella estaba claramente cohibida. Pero orgullosa, de alguna manera. Él recordaba haberse sentido protector con ella, desconcertado y un poco arrepentido. Se le ocurrió por primera vez que ella estaba usando su cuerpo en una lucha por su atención, y pensó en lo triste que aquello debía de resultar para ella, por un lado saber que ella tenía este poder sobre él que provenía simplemente de su sexualidad, y por el otro que ella, Helen, era alguien completamente separada de ese cuerpo que le atraía a él como un imán. Por un momento él se había visto desde afuera. Se había avergonzado de su propia sexualidad y de la forma en que esta amenazaba con deformar su relación. ¿Quién era ella realmente? ¿Quién era él?

En aquel momento él la había tomado en sus brazos, sonreído, la había elogiado. Se había sentido seguro de que, con el tiempo, ambos se conocerían por completo. Qué patetico. Después de la ruptura, él al menos había pensado que podría llegar a conocer a su hija. Por eso necesitaba a Roz, para poder amar a alguien sin que se interpusiera el sexo. Amar a alguien sin preocuparse de sí mismo.

Qué estúpido había sido. Tanto si hubieran venido aquí como si no, inevitablemente ella le habría visto de otra manera, o habría quedado destruida al tratar de no hacerlo. Tanto si él había matado a Carey como si no, Roz tendría que luchar para escapar del espejo que el le sostenía.

Con una sensación de malestar en el estómago, se dio cuenta de que había perdido a su hija.

Sentía mucho calor. Estaba ardiendo. Cerró los ojos e intentó no ver ni oír nada, pero había un rugido en sus oídos como una turbulenta tormenta, y sus ojos le ardían y brillaban como relámpagos.

Se sentiría mejor si salía. En lugar de abrir la puerta de la esclusa interior, volvió a ponerse el traje de presión y abrió la puerta exterior. Se estaba brillante y cálido en la superficie, pero en las sombras de las rocas se estaba frío. Salió de la sombra del deflector de radiación, subió la rampa hacia la superficie polvorienta. En lugar de seguir el camino de regreso a la colonia, se lanzó entre las hileras de colectores solares hacia un peñasco gigante que se cernía

en el horizonte. Mientras caminaba, en el teclado de su manga introdujo el código de anulación de fallos de presión de su traje.

Para cuando había llegado a la fría sombra de la roca, lo único que había entre él y el alivio era la liberación manual del casco. Se llevó la mano al cuello y buscó el cierre. Hacía tanto calor. Él estaba ardiendo. Pero pronto volvería a estar frío de nuevo.

Final feliz

Cuando los indicadores mostraron que la esclusa de aire estaba ocupada, esperaron a que Jack ingresara al laboratorio. En cambio, después de unos minutos, la puerta exterior de la esclusa se volvió a abrir y él salió al exterior nuevamente. Roz estaba preocupada.

—*Voy a ver qué está haciendo,* - le dijo a Eva.

Se puso su traje de presión y esperó los enloquecedores minutos que le tomó a la esclusa reciclar el aire. Tan pronto como se equilibró la presión, ella abrió la puerta exterior y corrió por la rampa. No había señales de su padre en el camino de regreso a Fowler. Pero mientras seguía las huellas lejos de la rampa, vio una figura en la distancia que se dirigía hacia las colinas.

Roz se apresuró tras esta, saltando lo más rápido que pudo sin chocar sobre los colectores solares.

Cuando ella lo alcanzó, él estaba de rodillas a la sombra de una gran roca, sacudiéndose espasmódicamente. La extrañeza de su movimiento la alarmó. Nunca había visto a nadie moverse así. Antes de que ella pudiera alcanzarlo, él disminuyó la velocidad, se detuvo y cayó lentamente de lado. Con calma, en silencio. Menos como una caída, más como la deriva de una pluma. Ella se apresuró a su lado y vio que él había roto el sello de su casco.

—*¡No* - gritó ella, y el sonido de su voz resonó en sus oídos. La cara de Jack era del púrpura de los vasos sanguíneos rotos, sus ojos estaban inyectados en sangre. Él estaba muerto.

Alta-G la llamaban, porque era muy fuerte, y eso era algo bueno mientras llevaba el cuerpo de su padre al laboratorio de fabricación.

Fue idea de Roz poner el cadáver de Jack en el ensamblador, para añadir los materiales de su cuerpo a los átomos utilizados para recrear a Carey. Habría un infierno que pagar con seguridad, pero Eva aceptó hacerlo.

El ensamblado llevó siete días. Cuando los demás en la colonia descubrieron lo que Eva estaba haciendo, hubo un debate, pero dejaron que el proceso continuara. Al final de la semana, el líquido que sostenía las nanomáquinas fue drenado, revelando el cuerpo perfecto de Carey. Carey se estremeció y tosió, y lo ayudaron a salir del ensamblador.

Para él eran seis meses atrás y su madre acababa de completar su exploración. Le llevó mucho tiempo aceptar que no había caído en un sueño solo unos segundos después de haber sido colocado en la canica, para despertarse en aquella tina de fluido tibio. Pensaba que él era el original, no la copia. A todos los efectos prácticos, tenía razón.

Más tarde, cuando encontraron un traje de presión que podía adaptarse al tamaño de Carey para llevarlo a casa, le preguntó a Roz: —*¿Dónde está Jack?*

El enebro

Todo esto sucedió hace mucho tiempo.

Nora Sobieski fundó la Sociedad de los Primos para liberar a las chicas como Roz de la sensación de que deben depender de sus padres o novios para su sentido de identidad, y ciertamente para liberar a los chicos como Carey de la necesidad de demostrar que son superiores a otros chicos, siendo dueño de chicas como Roz. Las chicas aún atraviesan infautaciones, aún se enamoran, sienten la influencia de los hombres y de las mujeres. Pero Roz y Eva, al final, en realidad están en el mismo bote… un bote que no contiene a Jack, ni siquiera a Carey.

Los jóvenes enebros se ponen de color gris fantasmal por la noche. El aire es fragante a pino. En la delgada y clara luz de las estrellas, Roz puede ver flores silvestres que florecen bajo los árboles: aguileña, poleo y tierra. Se sienta en la ladera y saca el anillo de

Carey de su bolsillo. El anillo está modelado con la imagen de dos vides que se entrelazan, cada una sin principio ni fin, cada una eternamente separada de la otra.

Roz sostiene el anillo en el centro de su palma, preguntándose si debería deshacerse de él al final, sabiendo que nunca podrá devolverlo y que debe guardar el secreto de su padre.

FIN

6: Historias para Hombres

Stories For Men. Publicado en Asimov's SF, octubre/noviembre 2002

Uno

Erno no pudo llegar al club hasta una hora después de su apertura, por lo que, por supuesto, el lugar estaba abarrotado y él se quedó atrapado detrás de tres reinas cuya conversación ruidosa y sin rumbo lo ponía nervioso.

El nunca estaba menos que nervioso, de todos modos. Erno, aprendiz de biotecnología de diecisiete años conocido por la torpe y sincera intensidad con la que se proponía a casi todas las chicas que conocía.

Había más personas que las Erno había visto en el Almacén de Oxígeno. A pesar de que Tyler Durden aún no había subido al escenario, todas las mesas estaban llenas, y la gente estaba en la barra de tres niveles. Rosamund, la dueña, se movía de un lado a otro proporcionando bebidas, su cara relucía por el sudor. El empuje de la gente no hacía sino irritar a Erno. Él había sido uno de los primeros en seguir a Durden, y la los que llenaban la sala, algunos de los cuales probablemente habían venido por su propia recomendación, le parecían usurpadores.

Erno se abrió paso hasta la barra y compró una tintura. Tyrus y Sid, amigos suyos, asintieron con la cabeza desde el otro lado de la habitación. Erno dio un sorbo a la fría bebida con sabor a regaliz, abrió los oídos y gradualmente sus pensamientos adquirieron una intelectualidad arquitectónica e intrincada.

Un amigo de su madre estaba sentado con un par de hijos que le anticiparon a ella lo que iba a ver.—*No es solo un comediante, es un filósofo,* - dijo el flaco. Su pie, cruzado sobre la rodilla, rebotaba al ritmo del jazz que se escuchaba de fondo. Erno lo reconoció de una

fiesta a la que había asistió unos meses atrás.

—*Nosotros tenemos filósofos,* - dijo la matrona.—*Hasta tenemos comediantes*.

—*No como Tyler Durden,* - dijo el otro chico.

—*Tyler Durden... ¿quién le dio puso ese nombre?*

—*Creo que es histórico,* - dijo el primer chico.

—*No es de la historia que yo haya escuchado,* - dijo la mujer.—*¿Quién es su madre?*

Erno notó que había más mujeres en la habitación de las que había visto en ninguna actuación. Las matronas ya estaban apalanzándose. No se podía escapar de su curiosidad fraternal, su tiranía maternal. Erno notó que tenía los hombros encogidos y rodó la cabeza para tratar de aflojar los músculos tensos.

El Almacén de Oxígeno estaba ubicado en lo que había sido una tienda en el distrito comercial del tubo de lava del Noroeste. Era una zona de libre empresa y nadie se había opuesto a la adición de un bar de tinturas, aunque se habían alzado algunas cejas al descubrirse que una de las tinturas vendidas era alcohol. El escenario era simplemente una plataforma elevada en una esquina. Alrededor de la habitación había mesitas con sillas. La barra abarcaba una pared y la otra presentaba una falsa ventana que mostraba un paisaje urbano nocturno del Viejo Nueva York.

Rosamund HijaDeDemis, que había inaugurado el club, al principio contrataba músicos de jazz locales. Su idea era presentar lo más próximo posible a una atmósfera retro de la Tierra en el lado oculto de la luna, donde pocos de los habitantes habían visto la Tierra. Su clientela consistía en unos cuantos inmigrantes y un grupo más grande de rebeldes jóvenes Primos en busca de algo de vanguardia. Erno sabía que su madre no aprobaría que él fuese al Almacén, por lo que fue allí de inmediato.

Sacó su paquete de cigarrillos ignífugos del bolsillo interior de su traje negro del siglo XX, sacó un cigarrillo agitando el paquete, lo

encendió inhalando y se imaginó viviendo en la Tierra de hacía cien años. Exhalando una nube de humo frío y rancio, vislumbró su corte de afeitar en el espejo detrás de la barra, luego se ajustó el nudo de su estrecha corbata.

Después de unos minutos, la puerta al lado de la barra se abrió y salió Tyler Durden. Este se inclinó e intercambió algunas palabras con Rosamund. Algunos de los hombres silbaron y vitorearon. Rosamund lanzó un vaso de brandy al aire, donde alcanzó las luces del techo mientras giraba en la baja G antes de caer lentamente de nuevo hasta su mano. Habiendo atraído la atención de la audiencia, ella saltó encima de la barra y subió al pequeño escenario.

—*¿No tenéis nada mejor que hacer?* - gritó ella.

Un coro de rudos comentarios.

—*Bienvenidos a El Almacén de Oxígeno,* - dijo ella.—*Quiero decir antes de llamarle al escenario que no me hago responsable de las opiniones expresadas por Tyler Durden. Él no es mi chico*.

Durden subió al escenario. El público estaba callado, un poco nervioso. Él se pasó la mano por la cabeza rapada y mostró una sonrisa juvenil. Era un hombre grande, de unos treinta años, que llevaba el mono azul de un técnico ambiental. En la cintura llevaba un cinturón con herramientas colgando, como si acabara de salir del turno.

—*¡Haz el amor, no la guerra!,* - dijo Durden.—*¿Recordáis eso? Lo aprendisteis de vuestra madre, en la escuela. Nunca me gustó eso. «Haz el amor, no la guerra», te dirán. Lo odio. Yo quiero hacer el amor y la guerra. No quiero que mi polla sea solo una polla. ¡Quiero que afirme algo!*

Un interlocutor del público gritó.—¿Es que no se pone firme sola?

Durden sonrió.—Vamos a preguntarle. -Se dirigió a su entrepierna.—¡Ey, hijo! - Llamó allí abajo.—¿No te gusta follar?

Durden miró hacia el techo, su rostro se volvió simple y él fingió ser su polla respondiendo.—¡Oy, papá! - él chilló.—¡Claro, me gusta follar!

Durden le guiñó un ojo a un par de chicos con maquillaje y encaje en la primera fila, y luego volvió a mirar hacia abajo.—¿Chicos o chicas?

Su polla.—¿Qué día de la semana es?

—Jueves.

—Entonces no importa. El jueves es el día del mamífero invitado.

—Excepcional, hijo.

—Soy un Buen Socio.

Los maricones se rieron. Erno también lo hizo.

—¿Quieres que te lo muestre?

—Ahora no, hijo, - le dijo Tyler a su polla.—Estate callado un minuto y déjame explicar algo a la gente, ¿de acuerdo?

—Claro. Estoy aquí si me necesitas.

—Soy consciente de ello. - Durden se dirigió a la audiencia de nuevo.—Recordad lo que dice mamá, amigos: mantened al hijo cerca; dejen ir su semen. - Recitó el eslogan con un ritmo exagerado, moviendo su dedo hacia ellos, sobrio como una abuela regañona. A la audiencia le encantó. Algunos entonaron con él el eslogan.

Durden se estaba calentando.—¿Pero es joder todo lo que hay en una polla? ¡Yo digo que no!

—Una polla es un signo de poder. Es un bastión. Es el árbol de la vida. Es un arma. Es una incisiva herramienta de lógica. Es el buscador de la verdad.

—Mamá dice que ser hombre no es más que una actuación. ¿Sabéis lo que yo digo a eso? ¡Actúa con esto, nena! - Agarró su polla imaginaria con ambas manos y puso una cara estúpida.

Vitores.

—¡Pero claro, ellas no pueden actuar con esto! No me importa cómo

planches los genes, mamá no tiene la maquinaria. No solo eso, ella no tiene la programación. Pero mamá quiere programarnos a nosotros con su esquema a medias de lo que las mujeres quieren que sea un hombre. Todo esto se trata de joder del todo nuestro hardware con su software.

Él se estaba riendo ahora. Gotas de sudor destacaban en su cuero cabelludo a la luz brillante.

—Mamá dice: No confundas tu pene con un falo. - Asumió un balanceo femenino con sus caderas, levantó la barbilla y entornó los ojos: así sin más, era una matrona arquetípica, su voz se transmutó en un afrutado contralto.—Sí, vosotros muchachos tenéis esas bonitas vergas, pero vivimos en una sociedad postfálica. Un pene es simplemente un apéndice biológico.

Ahora él era su hijo, respondiendo.—¿Como un pie, mamá?

Mamá.—Sí, hijo. Exactamente como un pie.

Rápido como una chispa, volviendo a su propia voz.—¿Cuántos de vosotros le habéis puesto nombre a vuestro pie?

Risa, una muestra de manos.

—Pero mamá dice que el pene está diseñado únicamente para la propagación de la especie. El sexo da placer para alentar la procreación. Un falo, por otro lado... cualquiera que sea el lado que prefieras, yo prefiero con la izquierda ...

Más risas.

—un falo es una idea, una creación cultural del muerto patriarcado, una funda simbólica aplicada sobre el pene para darle significados que no tienen nada que ver con la biología ...

Durden se agarró la polla invisible de nuevo.—Aplica mi funda simbólica, nena ... oohhh, sí, me gusta ...

Erno había escuchado a Tyler hablar sobre su funda simbólica antes. Aunque había variaciones, observó a la audiencia. ¿Lo entendían? La mayoría de los hombres parecían estar comprometidos y riéndose. Un borracho en la primera fila se inclinó hacia adelante, con las manos

sobre las rodillas, aullando a cada palabra de Tyler.

Gays inclinaban las cabezas y sonrían. Caras relucían en el aire cerrado. Pero muchas de las risas de los hombres eran nerviosas, y algunos no se reían en absoluto.

Algunas de las mujeres, en su mayoría las más jóvenes, estaban riendo. Algunas parecían ligeramente divertidas. Perplejas. Algunas parecían aburridas. Otras se quedaban sentadas como estatuas con expresiones que solo podían indicar rabia.

Erno no sabía qué sentir respecto de las mujeres que se reían. Sentía hostilidad hacia aquellas que parecían aburridas: por qué habéis venido, quería preguntarles. ¿Quién crees que eres? Prefería a aquellas que parecían enojadas. Eso era lo que él quería de ellas.

Luego se dio cuenta de aquellas que parecían tranquilas, interesadas, alertas pero no divertidas. Estas mujeres le asustaban.

En el fondo de la sala había unos gendarmes uniformados de verde, hombres y mujeres, portando bastones, luces rojas brillaban en la esquina de sus espejos spex, grabando. Al mirar por la sala, Erno localizó al menos media docena de ellos. Uno, vio sobresaltado, era su madre.

Él se agachó detrás de un hombre alto a su lado. Quizá ella aún no lo había visto, pero le vería tarde o temprano. Por un momento consideró confrontarla, pero luego se escabulló detrás de una fila de espectadores hacia las salas del fondo. Otro gendarme, con su esbelto físico lunar distorsionado por los abultados músculos de una chica de testosterona genéticamente modificada, estaba de pie junto a la puerta. Ella no miró a Erno pues estaba mirando a Tyler, quien había vuelto a conversar con su polla.

—Estoy harto de estar confinado, - decía la polla de Tyler.

—¿Te sientes constreñido? - preguntó Tyler.

Él levantó la vista con expresión boba.—¡Estoy atrapado dentro de tus pantalones todo el día!

Mirando hacia abajo.—Puedo dejarte salir, pero primero dime, ¿eres un

pene o un falo?

—Esa es una distinción sin diferencia.

—¡Al contrario, hombrecito! No te has enterado de nada.

—No destaco por mi habilidad para escuchar.

—A mí me parece que eres un falo, - le dijo Tyler a su polla.—Tenemos mucho espacio para los penes, pero mamá no permite falos por aquí.

—¡Deja ir a mi gente!

—Buen intento, pero color equivocado. Mira, hijo. Es arriesgado cuando sales. Podrías resultar dañado. El movimiento de liberación fálica está en su infancia.

—Pensé que a vosotros los Primos os iba la libertad.

—En teoría. En la práctica, los falos libres son peligrosos.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, Debra, y también Mary, Sue y Jamina casi siempre que la veo, y hubo una conferencia en la clase Nosotras Nos Quejamos-Vosotros escucháis la semana pasada, y Ramona también lo dice, y, por supuesto, más enfáticamente Baba, y luego está esa perra de Nora...

Erno vio a su madre moviéndose hacia su parte de la sala. Él pasó junto a la gendarme hacia el pasillo. Quedaba el baño y un par de puertas más. Una ráfaga de risas llegó del club tras él en el clímax de la historia de Tyler; maldiciendo a su madre, Erno entró en el baño.

No había nadie allí. Él todavía podía escuchar la risa, pero no la causa de esta. La presencia de su madre lo había sacado de la comunidad de espectadores masculinos tan efectivamente como si ella hubiera usado un bastón. Erno se sentía asesinamente enojado. Encendió un urinario y echó una meada.

Sobre el urinario, una ventana representaba una escena de Central Park, de la Tierra de cien años atrás. Una escena nocturna de un camino bajo algunos árboles, árboles tan grandes como los más grandes del Parque

Sobieski. Una hilera de luces eléctricas en postes arrojaba charcos de luz a lo largo del camino, y entre los charcos de luz paseaban un hombre y una mujer. Estaban hablando, pero Erno no podía escuchar lo que decían.

La mujer llevaba un vestido ceñido a la cintura, cuya falda se ensanchaba rígidamente, terminando hasta la mitad de sus pantorrillas. La parte superior de su vestido tenía un escote bajo que mostraba sus senos. El hombre llevaba un traje oscuro como el de Erno. Ambos estaban completamente diferenciados por su vestimenta, como si fueran de diferentes culturas, incluso especies. Erno se preguntó de dónde había sacado Rosamund la imagen.

Mientras Erno observaba, el hombre empujó a la mujer a un lado del camino, debajo de uno de los árboles. Él deslizó sus manos alrededor de su cintura y presionó su cuerpo contra el de ella. Ella cedió suavemente a su abrazo. Erno no podía ver sus caras en las sombras, pero estaban a centímetros de distancia. Sintió que su polla se endurecía en su mano.

Dio un paso atrás del orinal, lo apagó y se abrochó los pantalones.

Cuando el zumbido del reciclador murió, la puerta del baño se abrió y entró una mujer. Miró a Erno y se dirigió a uno de los baños. Erno se acercó al mostrador y metió las manos en la aspiradora. La presencia de la mujer encendió su ira.

Sin girarse para mirarla, pero observando por el espejo, él dijo.—¿Por qué estás aquí esta noche?

La mujer levantó la vista (había estado estudiando sus uñas) y sus ojos se clavaron en los de él. Era más joven que su madre y tenía una bonita cara con forma de corazón.—Tenía curiosidad. La gente habla de él.

—¿Crees que los hombres te quieren aquí?

—No sé lo que quieren los hombres.

—Sí. De eso se trata, ¿no es así? ¿Estás aprendiendo algo?

—Quizá. - La mujer volvió a mirarse las manos.—¿No eres el hijo de Pamela HijaDeMeg?

—Eso me dice ella. - Erno sacó sus hormigueantes manos del limpiador.

La mujer usó el bidé y se secó. Tenía un culo estupendo.—¿Te trajo ella o la trajiste tú? - le preguntó.

—Nos trajimos nosotros mismos, - dijo Erno. Salió del baño. Volvió a mirar hacia el club, escuchando el ruido. La multitud era más ruidosa y más estridente. Los gritos de aliento de los hombres eran como ladridos, con la risa afilada por la ira. Su madre todavía estaba allí. Él no quería verla, ni que ella lo viera.

Volvió pasando el baño hasta el final del pasillo. El pasillo hacía un ángulo recto en un callejón sin salida, pero cuando Erno entró en la curva vio, detrás de una pila de cajas de plástico, una vieja puerta. Acomodó las cajas a un lado y abrió la puerta solo lo justo para colarse.

La puerta se abría a un espacio oscuro, lúgubre. Los pasos de Erno resonaban. Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz, vio que era una habitación muy grande excavada en la roca, vacía excepto por algunos estantes que debían de contener cilindros de oxígeno líquido de los primeros días de la colonia, cuando este lugar había sido un Almacén de Oxígeno real. La luz provenía de antiguas unidades bioluminiscentes en las paredes. El club debía de haberse creado en este espacio años atrás.

La tintura todavía le daba a Erno un ligero impulso agresivo, y él gritó. —¡Soy Erno, Rey de la Luna!

—¡...uuna... uuna! - Los ecos volvieron, desvaneciéndose a la quietud. Él dio una patada a un cilindro vacío, el cual rodó tristemente unos metros antes de detenerse. Erno deambuló por la fría inmensidad. En la pared del fondo una de las sombras más oscuras resultó ser un nicho en la piedra. Puesta en la parte trasera, apenas visible a la tenue luz, había una antigua puerta presurizada.

Erno decidió no trastear con ella, esa puerta podría llevar hacia el vacío. Volvió a la puerta del club y se coló hasta el pasillo.

Al doblar la esquina, dos hombres acababan de salir del baño y Erno los siguió como si acabara de regresar también. El club estaba más lleno que nunca. Cada espacio abierto estaba ocupado por hombres de pie, y otros

se sentaban con las piernas cruzadas al frente. Su madre y otro gendarme se habían desplazado hacia el borde del escenario.

—¡...el problema de tener sexo a todos horas es que no puedes pensar! -estaba diciendo Tyler.—Quiero decir, La sangre es limitada en el cuerpo humano. Por eso esos viejos católicos de la Tierra le pusieron un candado a la polla del Papa. El hombre tenía que llevar un imperio: cuanto más tiempo pasara con Juanito, menos pasaba pensando en formas de sacar dinero de los campesinos. El secreto de nuestras mamás es que, si mantienen esa sangre fluyendo por debajo del cinturón, nunca volverá a fluir por encima del cuello de la camisa. ¡Eso contiene la frecuencia de ideas masculinas radicales!

Tyler se inclinó hacia el borracho en la primera fila.—¿Sabes de lo que estoy hablando, soldado?

—Puedes apostar, - dijo el hombre. Trató de ponerse en pie, se tambaleó, se sentó, trató de levantarse otra vez.

—¿Dónde trabajas?

—Lunox. - El hombre encontró el equilibrio.—Tienes razón, tú...

Tyler le dio unas palmaditas en el hombro.—Un chico de oxígeno. Tú sabes a lo que me refiero, estás en la línea de procesamiento, y estás pensando en que si tal vez agregaras un poco más de grafito a la cámara de reducción podrías aumentar la eficiencia en un 15 por ciento, y justo entonces Mary Ellen Memeacaderas pasa con su tensopiel y ¡bam! -Tyler puso la cara de un hombre súbitamente palote.—Ey, ¿en qué estaba pensando?

La audiencia aulló.

—Cuarenta puntos de C.I han caído al foso. ¡Y nada, NADA va a cambiar hasta que nos ocupemos de esto! ¿Estoy en lo cierto, hermanos?

Más aullidos, llenos de ira.

Tyler estaba sudando, riendo, temblando como si estuviera cargado de electricidad.—¡Mantén a tu hijo cerca!¡Pene, no! ¡Falo, si!

Vitores ahora. Los hombres se pusieron de pie y levantaron los puños. El

borracho vio a la madre de Erno en el borde del escenario y dio un paso hacia ella. Él dijo algo, y mientras ella y su compañera permanecían irresolutas, él le puso su gran mano sobre el pecho y la empujó.

La otra gendarme descargó su bastón eléctrico contra el hombre. Los brazos del borracho volaron hacia atrás, golpeando a un espectador, y otros dos hombres avanzaron y tumbaron a la gendarme de un puñetazo. La madre de Erno levantó su propio bastón. Más gendarmes avanzaron a empujones hacia el escenario, usando sus bastones, y más hombres se levantaron para detenerlos. Se volcó una mesa, gritos resonaron, la habitación estaba caliente como el infierno y convirtiéndose en un motín, el primer motín de la Sociedad de los Primos en cincuenta años.

Mientras la multitud avanzaba hacia las salidas o hacia los gendarmes, Erno regresó al pasillo. Dudó, y luego Tyler Durden salió tambaleándose del combate cuerpo a cuerpo. Echó un rápido vistazo a Erno.—¿Y ahora qué, chaval?

—Ven conmigo, - dijo Erno. Agarró a Tyler por el brazo y lo arrastró por la curva al final del pasillo, pasando las cajas hasta la puerta del almacén. Cerró tras ellos con un portazo y apoyó un cilindro de oxígeno vacío contra la puerta.—Podemos escondernos aquí hasta que la cosa se calme.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Erno.

—Bueno, Erno, ¿estamos seguros de que queremos escondernos? Ahí fuera es más interesante.

Erno decidió no decirle a Tyler que uno de los gendarmes era su madre. —¿Hablas en serio?

—Siempre hablo en serio. - Durden avanzó de la puerta hacia la penumbra de la caverna. Dio una patada a un trozo de escombros, el cual se elevó por de la habitación y chocó contra la pared a treinta metros de distancia.—Este lugar debe llevar aquí desde el principio. Me sorprende que estén desperdiciando espacio. Probablemente está lleno de tóxicos.

—¿Tú crees? - Dijo Erno.

—¿Quién sabe? - Durden fue hacia el fondo del almacén y Erno lo siguió. Hacía frío y el aliento dejaba un halo en el aire.—¿Quién hubiera pensado que las luces seguirían creciendo? - Dijo Durden.

—Una colonia bien establecida puede durar cincuenta años o más, - dijo Erno.—Mientras haya suficiente humedad en el aire. Rompen la roca.

—Lo sabes todo sobre ello.

—Trabajo en biotecnología, - dijo Erno.—Soy un hácker genético.

Durden no dijo nada y Erno sintió la torpeza de su alarde.

Llegaron a la pared del fondo. Durden encontró la puerta presurizada instalada en la oscura alcova. Sacó una linterna de su cinturón. Las señales triangulares amarillas de advertencia alrededor de la puerta se desvanecieron. Él buscó al tacto la costura de la puerta.

—Probablemente deberíamos dejar eso en paz, - dijo Erno.

Durden le entregó a Erno la linterna, sacó una palanca de su cinturón de herramientas y la empujó hacia el borde de la puerta. La puerta se resistió. Luego, con un estridente chirrido, se abrió un par de centímetros. Erno saltó ante el sonido.

—Ayúdame aquí, Erno, - dijo Durden.

Erno pasó los dedos por el borde de la puerta y los dos se prepararon. Durden puso los pies en la pared y usó las piernas y la espalda para hacer fuerza. Cuando la puerta se abrió súbitamente, Erno fue lanzado hacia atrás y se golpeó la cabeza. Durden perdió el agarre, salió disparado de lado hacia la alcoba, rebotó una vez y resbaló por el polvoriento suelo. Mientras Erno sacudía la cabeza para aclararse la visión, Durden se sentó con las piernas abiertas, riendo.—¡Bingo! - dijo. Se levantó con un brinco.—¿Estás bien, Erno?

Erno se tocó la parte posterior del cráneo. No estaba sangrando.—Estoy bien, - dijo.

—Veamos qué tenemos aquí entonces.

Más allá de la puerta, un corredor oscuro cortaba el basalto. Durden entró en el camino marcado por su luz. Erno quería volver al club, a estas alturas las cosas ya debían haberse calmado, pero lo siguió.

Poco después de la puerta, el corredor se tornaba un tubo de lava estrecho. Los primeros colonos habían nivelado el suelo del tubo errático formado por el drenaje de lava fría varios miles de millones de años atrás. Entre las paredes que se habían erigido para formar habitaciones había un sendero de grava volcánica roja muy parecida a los adoquines de la fábrica de oxígeno. Espumosa gravilla irregular saltaba con las pisadas y resonaban en las paredes. Apliques de lámparas apagadas interrumpían el techo a intervalos. Tyler se detuvo para hacer brillar su luz en un par de puertas, y en la tercera entró.

—Esto lleva aquí desde el comienzo de la colonia, - dijo Erno.—Me pregunto por qué ha sido abandonado.

—Esto es un poco claustrofóbico. - Durden iluminó por la pequeña habitación.

La luz cayó sobre un pequeño objeto rectangular en la esquina. Durden sacó de su cinturón otra herramienta, que se extendió en una sonda.

—¿Siempre llevas este equipo? - preguntó Erno.

—Estate preparado, - dijo Durden. Bajó la luz y se agachó sobre el objeto. Parecía una cajita de unos centímetros de grosor.—¿Has oído hablar de los Boy Scouts, Erno?

—¿Es alguna colonia lunar temprana?

—No. Algo así como la Casa de los Hombres, solo que diferente. - Durden forzó la sonda bajo un borde, y un lado se levantó como si fuera a salir.—¡Bien, bien!

Dejó la sonda en el suelo y recogió el objeto. Lo sostuvo de punta, apoyó los pulgares contra el lado largo y lo abrió. Este se dividía limpiamente en láminas planas unidas en el otro lado largo.

—¿Qué es eso? - preguntó Erno.

—Es un libro.

—¿Y todavía funciona?

—Este es un libro sin energía. Las palabras están impresas en estas hojas. Están hechas de papel.

Erno había visto libros tan anticuados en videos.—Debe de ser muy viejo. ¿De qué es?

Durden pasó cuidadosamente las páginas.—Es un libro de cuentos. - Durden se levantó y le entregó el libro a Erno.—Toma. Guárdalo. Hazme saber de qué trata.

Erno intentó distinguir la escritura, pero sin la linterna de Tyler estaba demasiado oscura.

Durden plegó su sonda y la colgó del cinturón. Se pasó la mano por la cabeza, manchando una línea de polvo sobre el cuero cabelludo.—¿Tienes frío? Supongo que deberíamos encontrar la manera de salir de aquí. - Inmediatamente salió de la habitación y regresó por el pasillo.

Erno sintió que se estaba quedando atrás en más de un sentido. Con el libro en la mano, siguió a Durden y a su oscilante luz. En lugar de regresar al Almacén de Oxígeno, el comediante continuó por el tubo de lava.

Eventualmente, el tubo terminaba en otra antigua puerta presurizada. Cuando Durden tocó el panel de teclas a su lado, sorprendentemente, se encendió.

—¿Qué piensas? - Dijo Durden.

—Que deberíamos volver, - dijo Erno.—No sabemos si la puerta de la cerradura del otro lado sigue siendo hermética. Las cajas de seguridad se pueden estropear. Podríamos abrir la puerta al vacío. - Sostuvo el libro debajo de la axila y se sopló las manos frías.

—¿Cuántos años tienes, Erno?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete? - Los ojos de Durden brillaron en las cuencas de los ojos en sombras.—Diecisiete no es edad para ser cauteloso.

Erno no pudo evitar sonreír.—Tienes razón. Vamos a abrirla.

—¡Eres mi hombre, Erno! - Durden le dio una palmada en el hombro. Abrió la puerta con teclado. Escucharon el gemido de un motor eléctrico sin usar desde hacía mucho tiempo. Erno podía sentir los latidos de su corazón, la sangre corriendo rápidamente por sus venas. Al principio no pasó nada, luego la puerta comenzó a abrirse. Se escapó una bocanada de aire del tubo de lava y el polvo se levantó. Pero el viento se detuvo tan pronto como comenzó, y la puerta se abrió por completo hacia una vieja esclusa de aire, llena de piso a techo con cajas y paquetes de puntales de fibra de vidrio.

Les llevó media hora mover cajas y abrirse paso a través de la esclusa de aire para emerger al otro extremo, a otro almacén, este todavía en uso. Avanzaron por los estantes de materiales de construcción hasta llegar a la entrada, y se colaron en el corredor de la colonia más allá.

Estaban en el extremo más alejado de Norte Seis, el tubo de lava gigante que daba servicio al ala industrial de la colonia. Los pocos trabajadores que se encontraron en el turno tarde podrían haber notado el traje de Erno, pero no dijeron nada.

Erno y Tyler se encaminaron de regreso. Tyler hacía bromas sobre los gendarmes hasta que emergieron al vasto espacio abierto del cráter abovedado que formaba el centro de la colonia. Arriba, en la enorme cúpula, se proyectaba un campo estelar nocturno. A lo lejos, por las laderas de las paredes cubiertas de enebros, a través del suelo del cráter, las luces brillaban entre los árboles en el parque Sobieski. Erno tomó una gran bocanada de aire.

—El mundo que nos dieron nuestros antepasados, - dijo Tyler, moviendo el brazo como si se lo ofreciera a Erno.

Cuando Tyler se giró para irse, gritó Erno impulsivamente.—¡Menuda aventura!

—La primera de muchos, Erno, - dijo Tyler, y se alejó al trote.

***

Día del Celibato

En el Día del Celibato, todos tienen un día libre para el sexo.

Algunos protestan contra esta práctica, pero son relativamente pocos. La mayoría de los hombres aprovechan la oportunidad para retirarse a las Casa de Hombres informales que, aunque no tienen una sanción legal, surgieron en la primera generación de colonos.

En la Casa de Hombres, hombres y chicos hablan sobre lo que es ser un hombre, un amante de otros hombres y mujeres, un padre en un mundo donde la paternidad no es más que un concepto biológico. Se quejan de su suerte. Cuentan chistes viles y cantan canciones. Luchan. Cotillean. Heteros y gays y todos los demás comparan especulaciones sobre lo que creen que quieren las mujeres de verdad y si es importante. Intentan descubrir qué es ser un verdadero hombre.

De niño, Erno iba a la Casa de Hombres con la pareja actual de su madre o uno de los otros hombres involucrados en la casa. Algunos de los hombres le enseñaron cosas. Aprendió sobre la masturbación, y las verificaciones cruzadas y la Teoría del Micro Lenguaje.

Pero sin importar cuán bien se suponía que debían recibirse los hombres entre sí (y hablaran sobre hermandad a todas horas) siempre había cierta pequeño odio cuando encontrabas a otro chico allí, o esa cautela necesaria cuando hablabas con un adulto. Los hombres iban a la Casa de Hombres para pasar tiempo juntos y recordar ciertas congruencias, pero solo un chiflado querría vivir únicamente en compañía de hombres.

Dos

Dos

Los fundadores de la Sociedad de los Primos tenían una visión de las mujeres como agentes independientes, librepensadoras que formaban alianzas con otras mujeres para crear un vínculo social tan fuerte que los hombres no podían abrumarlas. Solidaridad, hermandad, maternidad. Pero la madre de Erno no era como esas mujeres. Esas mujeres solo existieron en videos históricos, sentadas en círculos de reuniones, riendo, haciendo planes, seguras de sí mismas y completas.

La madre de Erno era policía. Tenía los ojos entornados de un policía y la sospecha de un policía de cualquiera que se saliera de la norma.

Tenía la falta de imaginación de un policía, excepto que podía imaginar lo que la gente haría mal.

Erno y su madre y su hermana Celeste y su tía Sophie y sus primos Lena y Aphra, y varios hombres, algunos de los cuales pudieron haber sido padres, algunos de ellos Buenos Socios, y otros simplemente hombres, vivían en un departamento en Sanger, en el tercer nivel del cuadrante noreste, un pequeño lugar con vistas hacia las granjas que llenaban el suelo del cráter que llamaban Fowler, aunque el verdadero Fowler era un cráter mucho más grande a cinco kilómetros de distancia.

Erno tenía su propia habitación. No pensó en el hecho de que las chicas tenían que compartir una habitación y se veían obligadas a mudarse cuando cumplían catorce años.«Mantén a tu hijo cerca; deja ir a tu hija», era el aforismo del que Tyler se había burlado. La madre de Erno no estaba dispuesta de desafiar ningún aforismo. Erno recordó la expresión de su madre cuando había dado un paso al frente para arrestar al borracho: una lástima que este hombre la hubiera obligado a ello, y determinado a hacerlo. Ella estaba cómoda en el mundo, no veía la necesidad de alternativas. Sus brujillas se pasaban por rl apartamento y compartían café y rumores, y eran como todas las otras madres, hermanas y tías. Ninguna de ellos era extraordinaria.

Tampoco es que ninguno de los hombres que Erno conocía fueran extraordinarios. Excepto Tyler Durden. Y ahora Erno conocía a Durden y ambos habían pasado una noche rompiendo las reglas y saliéndose con la suya.

Celeste y Aphra estaban sirviendo avena cuando Erno regresó al departamento esa mañana. —¿Dónde estabas? -preguntó su madre. Ella alzó la vista de la mesa, más curiosa que molesta, y Erno notó un hematoma en su sien.

—¿Qué te ha pasado en la frente? - preguntó Erno.

Su madre se tocó la frente con la mano, como si lo hubiera olvidado y agitó la mano quitándole importancia.

—Hubo problemas en un club en el distrito empresarial, - dijo la tía Sophie. —Los agentes tuvieron que intervenir y tu madre fue agredida.

—¡Fue un motín! - dijo Lena con entusiasmo. —Hoy habrá una gran reunión al respecto en el parque. - A Lena le faltaba un mes para cumplir catorce años y estaba deseando votar.

Erno se sentó a la mesa. Mientras lo hacía, sintió el libro que se había metido en el cinturón en la parte baja de la espalda, bajo la chaqueta del traje ahora arrugada. Se inclinó hacia delante, se acercó un tazón de avena y tomó una cuchara. Mirando hacia el cuenco para evitar los ojos de alguien, preguntó distraídamente: —¿Para qué es la reunión?

—Uno de los alborotadores cayó en coma, - dijo Lena. —El comité de orden social quiere que este comediante, Tyler Durden, se vuelva invisible.

Erno se concentró en su cuchara. —¿Por qué?

—¿Has oído algo de él? -preguntó su madre.

Antes de que tuviera que pensar en una respuesta, Nick Farahsson, el compañero de su madre, entró en la cocina. —Señor, Pam, ¿es que prestas atención? Erno es uno de sus mayores admiradores.

Su madre se volvió hacia Erno. —¿Es así?

Erno levantó la vista de su tazón y la miró a los ojos. Ella parecía herida. —He oído hablar de él.

—¿Has oído hablar de él? - dijo Nick. —Erno, apuesto a que estuviste allí anoche.

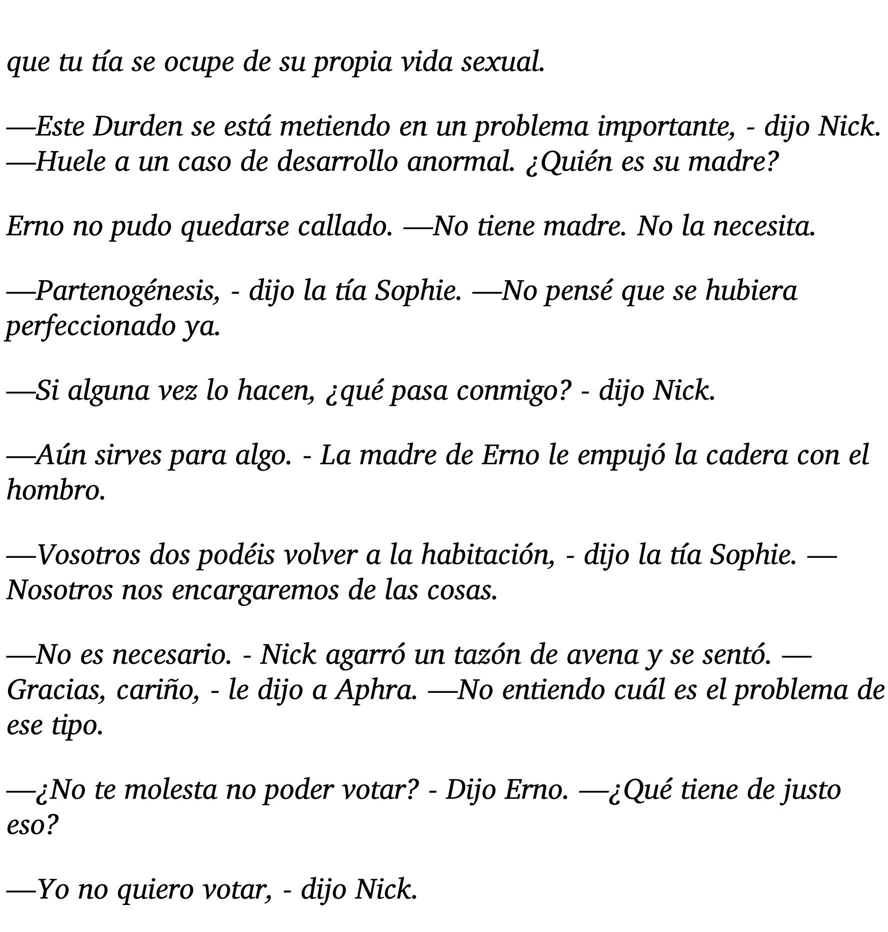
—Apuesto a que tú no estuviste allí, - dijo Erno.

Nick se estiró. —No necesito escucharle. No tengo quejas. - Se acercó a la madre de Erno, le acarició la nuca y le agarró un pecho con la mano.

Ella levantó la cara y le besó en la mejilla. —Espero que no.

Lena hizo una mueca. —Heteros. Estoy deseando salir de aquí. - Recientemente ella se había declarado lesbiana y era bastante crítica al respecto.

—Será mejor que llegues a tu práctica, Lena, - dijo la tía Sophie. —Deja



que tu tía se ocupe de su propia vida sexual.

—Este Durden se está metiendo en un problema importante, - dijo Nick. —Huele a un caso de desarrollo anormal. ¿Quién es su madre?

Erno no pudo quedarse callado. —No tiene madre. No la necesita.

—Partenogénesis, - dijo la tía Sophie. —No pensé que se hubiera perfeccionado ya.

—Si alguna vez lo hacen, ¿qué pasa conmigo? - dijo Nick.

—Aún sirves para algo. - La madre de Erno le empujó la cadera con el hombro.

—Vosotros dos podéis volver a la habitación, - dijo la tía Sophie. —Nosotros nos encargaremos de las cosas.

—No es necesario. - Nick agarró un tazón de avena y se sentó. —Gracias, cariño, - le dijo a Aphra. —No entiendo cuál es el problema de ese tipo.

—¿No te molesta no poder votar? - Dijo Erno. —¿Qué tiene de justo eso?

—Yo no quiero votar, - dijo Nick.

—Eres un completo zángano.

Su madre frunció el ceño. Erno apartó su tazón y se fue a su habitación.

—¡Tú eres el que tiene tutoría especial! - Avisó Lena. —La ropa bonita. ¿Qué trabajo haces?

—Cállate, - dijo Erno en voz baja, pero le ardieron las orejas.

No tenía nada que hacer hasta su tutorial de biotecnología 1100, y ni siquiera tenía que ir si no quería. Lena tenía razón en eso, de todos modos. Tiró el libro sobre su cama, se desvistió y encendió la pantalla. En la portada había un informe de actividad solar que se acercaba a su pico de once años, con advertencias de radiación emitidas para toda la actividad en superficie. Erno colsultó el calendario. Ahí estaba: una

discusión sobre Tyler Durden estaba programada en el anfiteatro a las 16:00. Enlazado había un video de los disturbios y un foro para comentarios abiertos ciudadanos. Un primo llamado Tashi Yokiosson había sido golpeado durante la pelea y estaba en coma, sometido a nanorreparación.

Erno no lo conocía, pero eso no evitó su ira. Consideró llamar a Tyrus o a Sid, averiguar qué les había sucedido y hablarles sobre su aventura con Tyler. Pero eso estropearía el secreto y podría llegar hasta su madre. Sin embargo, no podía dejar sin celebrar haber pasado una noche con Tyler. Abrió su diario y escribió un poema:

Salir del cráter

encontrar los túneles perdidos

de la libertad

y la fuerza masculina.

Buscando con tu hermano

hombro con hombro

como hombres.

Llegar bajo la superficie

de una sociedad sofocante

haciendo sonar tu grito XY.

Ondeando tus colores

como un antiguo pájaro espartano

orgulloso, erecto, nunca ser ablandado

por el abrazo silencioso de la mujer

Nada de mujeres en voz alta.

Nada mal. Tenía algo de la cruda honestidad de los «Beats». Lo leería en

la próxima reunión del Club de Poetas. Lo guardó con los otros cuatrocientos poemas que había escrito el último año: Erno se enorgullecía de ser el poeta más prolífico de su clase. Ya había ganado cuatro premios Laurel, uno a la mejor Letra de Canción, otro al mejor Soneto y dos por la mejorVillanelle [NdT: poema escrito en tercetos, pero con solo dos rimas. El primer y tercer verso de la primera estrofa alterna como el tercer verso de cada estrofa sucesiva y forma un pareado como clausura.]; más un «Rapidito» por el mejorlimerickdel 2097. Estaba seguro de llegar a Bardo a una edad más temprana que nadie desde Patrick Maurasson.

Erno apagó la pantalla, se tumbó en la cama y recordó el libro. Lo sacó de debajo de su ropa desechada. Este tenía una cubierta azul, descolorida a púrpura cerca de la encuadernación, hecha de algún tipo de tela. En relieve en el frente había una antorcha rodeada por una corona de laurel. Abrió el libro en su página de título:«Historias Para Hombres: Una antología de Charles Grayson. Publicado en agosto de 1936, en los Estados Unidos de América.

Como fanático de la cultura de la Tierra, Erno sabía que la mayoría de las sociedades de la Tierra usaban el patronímico, por lo que ese Gray, el padre de Grayson, sería un hombre, no una mujer.

Historias para hombres. Los autores en la página de contenido eran todos hombres, excepto quizá por nombres extraños como Dashiell. A pesar del interés de Erno en el arte popular del siglo XX, solo un par eran familiariares. William Faulkner, que él conocía, era considerado uno de los principales escritores de la Tierra, y él había visto el nombre de Hemingway antes, aunque solo lo había asociado con un estilo de mobiliario. Pero incluso suponiendo que todas las historias hubieran sido escritas por hombres, el título decía que el libro era historias PARA hombres, no historias POR hombres.

¿Cómo difería una historia para un hombre de una historia para una mujer? Erno nunca había considerado antes la idea. Había oído narradores en el parque y leido libros en la escuela: Murasaki, Chopin, Cather, Ellison, Morrison, Ferenc, Sabinsdaughter. Cuando era niño, le habían encantado los libros de Alicia y de Tierra Plana, y las historias de niños de Maria Hidalgo, y Seuss. Ninguna de estas historias parecía particularmente masculina o femenina.

Supuso que los primos tenían sus propias historias para hombres. A Nick le encantaban las series interactivas, torturados cuentos románticos de angustia interpersonal ambientadas en el mundo patriarcal, donde los hombres luchaban contra la injusticia hasta que encontraban a las mujeres adecuadas y cuidaban de ellos. Erno se aferraba a la poesía. Su novela favorita era «La Sangre Oscura» *de* Tawanda HijaDeTamika, *la historia de las luchas de un joven primo incomprendido contra su dominante madre, la cual llegaba a su clímax cuando su padre se revela milagrosamente y la pone a sus pies. En la Casa de Hombres, también había visto lo suyo de thrillers porno ambientados en la Tierra, donde los hombres obligaban a las mujeres a hacer lo que ellos quisieran, y a ellas les gustaba.*

Pero este libro no parecía de porno. Una nota al principio prometía que el libro contenía material para «interesar, alarmar, divertir, instruir y/o, posiblemente lo más importante de todo, entretener». Erno se preguntó que Tyler hubiera encontrado este libro particular de 160 años en el tubo de lava. Parecía demasiado improbable que fuese una coincidencia.

¿Qué tipo de cosas entretendrían a un terrestre de 1936? Erno pasó a la primera historia, «El Embajador de Póker» *de* Achmed Abdullah.

Pero el texto arcaico era frustrantemente pasivo, solo tenía letra negra impresa físicamente en las páginas, sin enlaces ni explicaciones. Después de un párrafo, más o menos, plagado de oscuras referencias culturales: «esparteñas cordobesas», «bermudas», «Condado Sligo», «un cuatro en mano». La noche de Erno sin dormir lo alcanzó y se quedó dormido.

Heroes

¿Por qué un hombre permanece en la Sociedad de los Primos cuando tendría mucha más autoridad fuera de ella, en una de las otras colonias lunares o en la Tierra?

Por un lado, el sexo es genial.

Los hombres son valorados por su sexualidad, alabados por su potencia, las mujeres compiten por ellos. Desde antes de la pubertad, tanto hombres como mujeres educan a un niño sobre cómo dar placer. Un hombre que puede dar tal placer tiene un alto estatus. Es reconocido y respetado en toda la colonia. Es bienvenido a cualquier cama. Es

admirado y envidiado por otros hombres.

Tres

Erno se despertó súbitamente, sudoroso y desorientado, siguiendo la bruma de un sueño que se desvaneció antes de que pudiera recordarlo. Miró su reloj: 1530. Iba a perderse la reunión.

Se lavó la cara, se aplicó bacterias de higiene personal, se puso el mono bordado y salió corriendo del departamento.

El anfiteatro en el Parque Sobieski se estaba llenando cuando llegó Erno. Quinientas o seiscientas personas ya estaban allí. Otros primos estarían observando remotamente. La cúpula presentaba un cielo azul claro y el anillo de heliotropos alrededor de su cenit inundaba el aire de luz solar. Una leve brisa agitaba los viejos robles, flotando sobre las filas semicirculares de asientos como vetustas abuelas. Gente venía en parejas o tríos, adultos y niños, por los senderos que conducían desde la carretera perimetral de la colonia a través de las granjas hasta el parque. Otros emergían de las puertas en la base de la aguja central que sostenía la cúpula. Erno encontró un asiento en la fila superior, lejos del escenario, en un lado donde los asientos daban paso a la hierba.

Presidiendo la reunión estaba Debra HijaDeDebra. HijaDeDebra era una mujercita de sesenta años que, aunque había ocupado cargos públicos con poca frecuencia y nunca durante mucho tiempo, era una de las primas más respetadas. Había sido maestra de Erno cuando él tenía seis años, y él recordaba cómo ella se había sentado con él y le había ayudado a superar su enemistad con Bill Grettasson. Debra le había enseñado a jugar en el equipo de fútbol. En el campo de fútbol ella era rápida y súbita como un insecto. Tenía una cálida risa y profundos ojos marrones.

En el escenario, HijaDeDebra estaba abrazando a la secretaria. Después, otra persona abrazó a HijaDeDebra. Ambas abrazaron de nuevo a la secretaria. Un anciano de aspecto torpe estaba sentado en la primera fila, y las tres se bajaron de la plataforma y lo abrazaron. Él pasó la mano por el muslo de HijaDeDebra, pero era evidente que su corazón no estaba en él. Ella le besó en la mejilla y volvió a subir al escenario.

Un volador de alas rojas se abalanzó sobre el anfiteatro y se elevó

nuevamente, bateando lentamente el aire. Otro par de voladores recorrían en círculos el perímetro del cráter, recortados ante los grupos de apartamentos construidos en las paredes del cráter. A mil metros sobre él, Erno podía espiar a un par de otros voladores en el borde de la plataforma de lanzamiento en la parte superior de la aguja. Mientras observaba, entornando los ojos a la luz del sol, una de las pequeñas figuras extendió sus alas y saltó; al principio bajando muy lentamente, ganando velocidad luego con un movimiento de alas, elevándose a nivel. Erno podía sentir en sus propios hombros el estrés que esa maniobra ejercía sobre los brazos. A él no le gustaba volar. Incluso en la gravedad lunar las posibilidades de una caída eran demasiado grandes.

La voz amplificada de HijaDeDebra lo llevó de vuelta al anfiteatro. —Gracias, primos, por venir, - dijo ella. —Por favor, orden.

Erno vio que Tyler Durden se había sentado a un lado del escenario. Llevaba un flamante mono rojo, como un grito.

—Una moción se ha hecho para imponer un decreto de invisibilidad contra Thomas Marysson, conocido como Tyler Durden, por un período de un año. Nos encontramos aquí para la primera de las dos discusiones sobre este asunto, antes de celebrar un voto en toda la colonia .

Salvo el destierro, la invisibilidad era la máxima sanción social de la colonia. Si la moción seguía adelante, Tyler sería formalmente condenado al ostracismo. Etiquetado por una IA, monitoreado continuamente, otros Primos no lo reconocerían. Si intentara dañar a alguien, la IA activaría receptores en su tallo cerebral para dormirlo.

—Esta moción fue motivada por los disturbios que se produjeron como resultado de las actuaciones públicas de Thomas Marysson. La sala está ahora abierta a discusión.

Una mujer muy alta, que había estado esperando ansiosamente, se puso en pie y, como si fuera un arreglo previo, HijaDeDebra la reconoció. Los micrófonos flotantes recogieron su aguda voz. —Soy la hija de Yokio Kumios. Mi hijo está en el hospital como resultado de este episodio vergonzoso. Es un buen chico. Es el tipo de chico que todos queremos, y no entiendo cómo llegó a parar a aquel lugar. Rezo para que se recupere y viva para convertirse en el buen hombre que sé que puede ser.

—No debemos permitir que esto le pase al hijo de otra persona. Por lo menos, la invisibilidad le dará a Thomas Marysson la oportunidad de reflexionar sobre sus acciones antes de provocar otra tragedia.

Otra mujer se levantó. Erno vio que era la Rosamund HijaDeDemis.

—Con el debido respeto a la Prima HijaDeKumios, no creo que los disturbios en mi club hayan sido culpa de Tyler. Su hijo se buscó esto él mismo. Tyler no es responsable de las acciones de los clientes. ¿Desde cuándo castigamos a las personas por el mal comportamiento de los demás?

—El verdadero error fue enviar gendarmes, - continuó Rosamund. —Tanto si los agravios a los que Tyler da rienda suelta son reales o solo percibidos, debemos permitir que cualquier Primo exprese lo que piensa. Los fundadores entendieron que los hombres y las mujeres son diferentes. Al enviar oficiales armados a ese club, amenazamos el derecho de aquellos hombres que fueron a ver a Tyler Durden para ser diferentes.

—¡Fue una estrategia estúpida" - Alguien interrumpió. —Podían haber arrestado a Durden fácilmente después del espectáculo.

—¿Lo arrestaron? ¿Por qué motivo? - preguntó otra mujer.

Rosamund continuó. —Ya lo dijo Adil Al-Hafez cuando ayudó a Nora Sobieski a recaudar dinero para esta colonia: «Los Primos son un nuevo comienzo para los hombres tanto como para las mujeres. No buscamos cambiar a los hombres, sino ofrecerles la oportunidad de ser diferentes de lo que han sido.

Un hombre que Erno reconoció de la fábrica de biotecnología tomó la palabra. —Está muy bien citarnos a los fundadores, pero ellos también eran realistas. Los hombres SON diferentes. El poder masculino personalizado ha hecho de la historia de la Tierra una larga historia de masacre, opresión, violación y guerra. Sobieski y Al-Hafez y los demás también lo sabían: la masacre de California los envió aquí. Las incitaciones de Durden inevitablemente causarán problemas. Ese chico no se habría lastimado sin él. No podemos quedarnos al margen mientras se plantan las semillas de agresiones masculinas institucionalizadas.

—¡Este es un problema de libertad de expresión" - gritó una joven.

—No se trata de expresión, - se opuso el hombre. —Se trata de violencia.

HijaDeDebra llamó al orden. El hombre pareció acobardado y se sentó. Una mujer de mediana edad con expresión preocupada se puso en pie. —¿Qué tal organizar una nueva ronda de juegos? Dejemos que lo resuelvan en el cuadrilátero, en el drome volador, en el campo de juego.

—Tenemos juegos de todas las descripciones, - respondió otra mujer. —¿Crees que podemos obligar a Durden a que se una al equipo de hockey?

El anciano de la primera fila gritó: —¿Visteis ese partido de la semana pasada contra Aristarco? ¡Les vendría bien un poco más de agresión masculina organizada" - Eso provocó un coro de risas entre la multitud.

Cuando el ruido se calmó, una anciana tomó la palabra. —Llevo siendo Prima desde hace setenta años, - dijo. —He visto alborotadores. Siempre habrá alborotadores. Pero, ¿qué ha pasado con los Buenos Socios? Recuerdo el reventón del tubo Norte del año 32. Sesenta personas murieron. La vida aquí era brutal y peligrosa. Pero hombres y mujeres trabajaban juntos hombro con hombro. Compartíamos las alegrías y las penas de los demás. Éramos buenos compañeros de cama entonces. ¿Dónde está ese espíritu ahora?

Erno había escuchado esas cansinas sermonetas sobre los viejos tiempos cien veces. La discusión se convirtió en una cacofonía de voces.

—¿Qué vamos a hacer? - dijo otra mujer. —¿Privar a los hombres del derecho a hablar?

—¡Los hombres ya están privados del voto! ¿Cuántos votantes son hombres?

—Al vivir con el estipendio de la colonia, los hombres ELIGEN no votar. Nadie te impide ir a trabajar.

—¡Ya trabajamos! ¿Cuántas ciencias básicas hacen los hombres? Mira el trabajo que hizo Laurasson sobre la energía libre. Y la mayoría de los artistas son hombres.

—... tienen tiempo para dedicarse a la ciencia y el arte DEBIDO al apoyo material de la comunidad. Tienen el lujo de la búsqueda intelectual.

—Y todas las decisiones sobre lo que hacer con su obra son tomadas por mujeres.

—Las decisiones, las cuales afectarán a las vidas de todos en la sociedad, no son tomadas por mujeres, sino por votantes.

—Y la mayoría de los votantes son mujeres.

—¡De vuelta al comienzo de la discusión" - Gritó alguien. —Vuelva a cargar el programa y repita.

Una pequeña carcajada saludó el sarcasmo. HijaDeDebra sonrió. —Estos son problemas generales, y hasta cierto punto me alegra dejar que se aireen. Pero ¿influyen directamente en la moción? ¿Qué, si es que hay algo, debemos hacer respecto a Thomas Marysson?

Ella miró a Tyler, quien le devolvió fríamente la mirada, con las piernas cruzadas.

Una mujer con uniforme de policía se levantó. —El problema de Thomas Marysson es que él reclama los privilegios de la expresión artística, pero en realidad no es un artista. Es un provocador.

—La mayoría de los artistas de la historia han sido provocadores, - respondió un hombrecillo oscuro.

—Él me hace reír, - dijo otro.

—Es inteligente. En lugar de competir con otros hombres, quiere organizarlos. Los alienta a unirse.

El parloteo continuó de un bando a otro. A pesar del intento de HijaDeDebra de mantener el orden, la discusión se topó con caminos irrelevantes, argumentos circulares, vagas solicitudes de cortesía y declaraciones generales de agravios masculinos y femeninos. Erno había debatido todas estas cosas un millón de veces con los chicos del gimnasio. Le molestaba que HijaDeDebra no obligara a los oradores a mantenerse en el asunto. Pero esto era típico de una reunión de los

Primos: hablaban sin cesar, dejandd que todo bobo tuviera su opinión, antes de llegar a decidir algo de verdad.

Una joven se levantó para hablar y Erno vio que era Alicia HijaDeKeikos. Alicia y él habían compartido un tutorial en matemáticas y ella había sido la segunda chica con la que él había tenido sexo.

—Por supuesto que Durden quiere ser visto como un artista, - dijo Alicia. —No hay mística en el tipo que trabaja a tu lado en la fábrica. ¿Quién quiere acostarse con él? La verdad ..."

—¡Yo quiero" - interrumpió a Alicia una mujer guapa.

La asamblea se echó a reír.

—La verdad ..." Alicia intentó continuar.

La mujer la ignoró. Se puso en pie con la mano sobre la cabeza de la niñita a su lado y se dirigió directamente a Tyler Durden. —¡Creo que necesitas echar un polvo" - Se giró hacia los demás. —¡Envíadmelo a mí! Ya me encargaré yo de cualquier impulso revolucionario que pueda tener. - Más risas.

Erno pudo ver que los hombros de Alicia caían y ella se sentó. Era un caso típico de una matrona que ignoraba a una joven. Él se levantó, avanzó por el pasillo y se deslizó en el asiento junto a ella.

Alicia se volvió hacia él. —Erno. Hola.

—No es culpa tuya que no te escuchen, - dijo él. Alicia llevaba una camisa de satén ajustada y Erno no pudo evitar mirarle los pechos.

Ella lo besó en la mejilla. Se giró hacia la reunión y luego se giró hacia él. —¿Qué crees que van a hacer?

—Apuesto a que van a dejarle en el ostracismo.

—Le vi por el enlace. ¿Le has visto?

—Estuve allí anoche.

Alicia se inclinó más cerca. —¿En serio? - dijo ella. Su aliento era

fragante y sus labios carnosos. Alicia tenía una cualidad táctil que Erno encontraba profundamente sexy: cuando hablaba contigo, te tocaba en el hombro o golpeaba su rodilla contra la tuya, como para asegurarse de que estabas realmente allí. —¿Te metiste en la pelea?

Una mujer al otro lado de Alicia se inclinó. —Si vosotros dos no vais a prestar atención, al menos callaos para que los demás podamos.

Erno comenzó a decir algo, pero Alicia le puso la mano en el brazo. —Vamos a dar un paseo.

Erno estaba partido por la mitad. Aburrida o no, no quería perderse la reunión, pero era difícil ignorar a Alicia. Ella era un año menor que Erno, pero ya estaba sola viviendo con Yasmin HijaDeSharon mientras estudiaba trabajo social ambiental. Una vez, Erno la había oído discutir con Sharon sobre si era cierto que las mujeres de la Tierra no podían usar los ascensores porque si lo hacían, serían violadas inevitablemente.

Ambos abandonaron del anfiteatro y caminaron por el parque. Erno le contó a Alicia su versión de los disturbios en el club, sin mencionar su exploración con Tyler del tubo de lava desierto.

—Aunque no lo hagan invisible, - dijo Alicia, —sabes que alguien se asegurará de que él reciba el mensaje.

—Él no ha lastimado a nadie. ¿Por qué no tenemos una reunión sobre el gendarme que aporreó a Yokiosson?

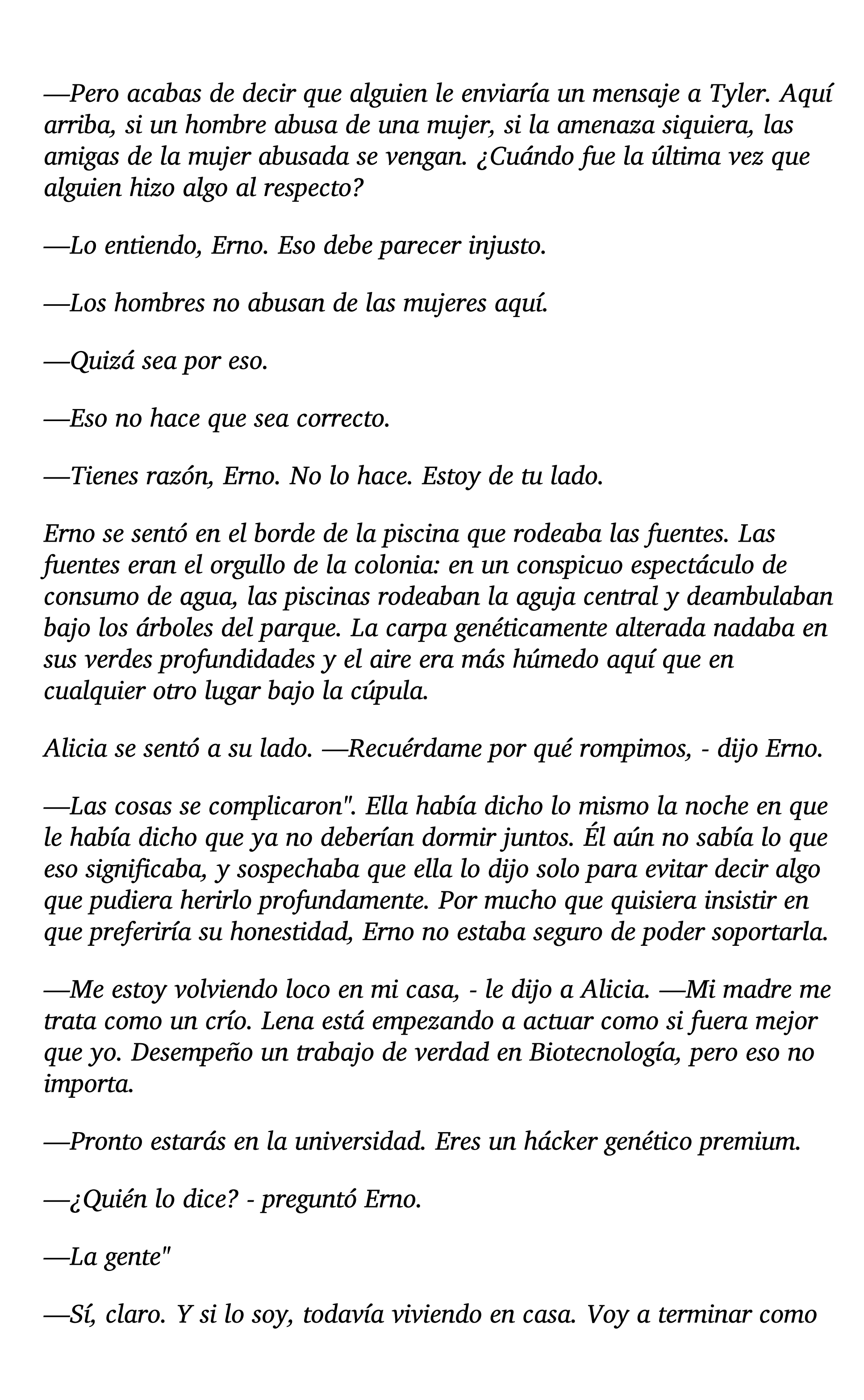
—El gendarme fue atacado. Muchos primos se sienten amenazados. Ni siquiera estoy segura de cómo me siento yo.

—La Ley No Escrita, - murmuró Erno.

—¿La qué?

—Tyler hace algo de ello. Era una costumbre de la Tierra, en la mayoría de los patriarcados. La Ley No Escrita decía que si una esposa tenía relaciones sexuales con alguien que no fuera su esposo, el esposo tenía derecho a matarla a ella y a su amante, y ningún tribunal lo declararía culpable.

—Eso es porque los hombres tenían todo el poder.



—Pero acabas de decir que alguien le enviaría un mensaje a Tyler. Aquí arriba, si un hombre abusa de una mujer, si la amenaza siquiera, las amigas de la mujer abusada se vengan. ¿Cuándo fue la última vez que alguien hizo algo al respecto?

—Lo entiendo, Erno. Eso debe parecer injusto.

—Los hombres no abusan de las mujeres aquí.

—Quizá sea por eso.

—Eso no hace que sea correcto.

—Tienes razón, Erno. No lo hace. Estoy de tu lado.

Erno se sentó en el borde de la piscina que rodeaba las fuentes. Las fuentes eran el orgullo de la colonia: en un conspicuo espectáculo de consumo de agua, las piscinas rodeaban la aguja central y deambulaban bajo los árboles del parque. La carpa genéticamente alterada nadaba en sus verdes profundidades y el aire era más húmedo aquí que en cualquier otro lugar bajo la cúpula.

Alicia se sentó a su lado. —Recuérdame por qué rompimos, - dijo Erno.

—Las cosas se complicaron". Ella había dicho lo mismo la noche en que le había dicho que ya no deberían dormir juntos. Él aún no sabía lo que eso significaba, y sospechaba que ella lo dijo solo para evitar decir algo que pudiera herirlo profundamente. Por mucho que quisiera insistir en que preferiría su honestidad, Erno no estaba seguro de poder soportarla.

—Me estoy volviendo loco en mi casa, - le dijo a Alicia. —Mi madre me trata como un crío. Lena está empezando a actuar como si fuera mejor que yo. Desempeño un trabajo de verdad en Biotecnología, pero eso no importa.

—Pronto estarás en la universidad. Eres un hácker genético premium.

—¿Quién lo dice? - preguntó Erno.

—La gente"

—Sí, claro. Y si lo soy, todavía viviendo en casa. Voy a terminar como

Nick, - dijo, —el macho mascota en una familia llena de hembras.

—Tal vez algo saldrá de esto. Las cosas pueden cambiar.

—Ojalá, - dijo Erno malhumorado. Pero estaba sorprendido y satisfecho de tener el ánimo de Alicia. Tal vez ella se preocupaba por él después de todo. —Hay una cosa, Alicia ... podría mudarme contigo.

Alicia alzó una ceja. Él siguió presionando. —Como dices, estaré estudiando en la universidad la próxima temporada ..."

Ella puso la mano sobre su pierna. —No hay mucho espacio con Sharon y conmigo. No podríamos darte tu propia habitación.

—No tengo miedo de compartir una cama. Puedo alternar entre vosotras.

—¡Qué varonil, Erno" - bromeó ella.

—Mi objetivo es complacer, - dijo él, e hizo una pose. Por dentro se encogió. Era una estupidez decir aquello, como un niño tratando de hacerse el importante.

Alicia hizo algo generoso: dio una carcajada. Había afecto y comprensión en ella. Le hizo sentir que formaban parte de algún club juntos.

Erno no se había dado cuenta de lo asustado que estaba de que ella se burlara de él. Ninguno de los dos dijo nada por un momento. Un pinzón aterrizó en la rama sobre ellos, giró la cabeza hacia un lado y los inspeccionó. —¿Sabes?, tú podrías ser como Tyler Durden, Erno.

Erno se sobresaltó: ¿qué había querido decir con eso? La miró a la cara. Los ojos de Alicia eran tranquilos y verdes, salpicados de oro. No la había mirado a los ojos desde que habían sido amantes.

Ella le besó. Luego le tocó los labios con el dedo. —No digas nada. Hablaré con Sharon.

Él le pasó el brazo alrededor de ella y ella se fundió con él.

En la distancia, los sonidos del debate fueron interrumpidos por un

estallido de carcajadas. —Volvamos, - dijo ella.

—De acuerdo, - dijo él reluctantemente.

Regresaron al anfiteatro y encontraron asientos en la fila de arriba, junto a dos veinteañeras que bromeaban entre ellas.

—Este tipo no es Derek Silviasson, - dijo una de ellos.

—Si pudiera follar como Derek, eso sí sería una comedia, - dijo su socia rubia.

HijaDeDebra estaba llamando al orden.

—No podemos obligar a ningún primo a disfrutar del sexo contra su voluntad. Si elige ser célibe y alienta a sus seguidores a ser célibes, no podemos evitarlo sin socavar las libertades que vinimos a establecer aquí.

Nick Farahsson, con la cara roja y la voz contorsionada, gritó: —¡Acabas de decir la palabra clave: seguidores! No necesitamos seguidores aquí. Los seguidores han cedido su autonomía a una jerarquía. Los seguidores son la herramienta de la falocracia. Los seguidores comenzaron los disturbios". Erno vio a su madre, sentada junto a Nick, tratando de calmarlo.

Otro hombre habló. —¡Menudo chiste! ¡Todos somos un montón de seguidores! Los Primos siguen las costumbres tan servilmente como cualquier patriarca de la Tierra.

—Lo que no entiendo es, - alguien gritó directamente a Tyler, —si odias tanto estar aquí, ¿por qué no te vas? No dejes que la puerta de la esclusa te pince el culo al salir.

—Esta también es mi casa, - dijo Tyler.

Él se puso en pie y se giró hacia HijaDeDebra. —Si no te importa, me gustaría hablar.

—Nos complacería escuchar lo que tienes que decir, - dijo HijaDeDebra. El rastro de una sonrisa en su pálido rostro la hizo parecer joven, a pesar de su cabello gris. —Hablando por mí misma, lo he estado

esperando.

Tyler se pasó la mano por el rapado cuero cabelludo y llegó al frente de la plataforma. Miró a sus conciudadanos y sonrió. —Creo que habéis esbozado todas las posiciones con bastante claridad hasta ahora. Observo que Tashi Yokiosson no ha dicho nada, pero tal vez nos responda más tarde. Esta ha sido una discusión reveladora y ahora me gustaría pediros que me ayudéis con una demostración. ¿Haríais esta cosilla por mí?

—Me gustaría que todos os pongáis la mano sobre los ojos. Así ..." Se tapó los ojos con la palma de la mano y se asomó. La mayoría de la asamblea hizo lo que le pidió. —¿Todos tenéis los ojos tapados? ¡Bien!

—Porque, cariños, esto es lo más cerca que voy a llegar a la invisibilidad.

Tyler abrió mucho los brazos y dio una carcajada.

—¿Hacerme invisible? ¡No podéis verme ahora! No reconocéis a un hombre cuya palabra es acero, cuya realidad no depende de las reglas. Los hombres han luchado, sangrado y muerto por vosotros. Los hombres pusieron sus vidas en la línea de fuego a cada microscópico paso hacia adelante que nuestra lamentable raza ha dado. Nada es más visible que los sacrificios que los hombres han hecho por el bien de sus esposas e hijas. Sí, mujeres también murieron, pero eran VERDADERAS mujeres, eran mujeres no intimidadas por la existencia de la masculinidad.

—¿Veis esa torre? - Tyler señaló la aguja de mil metros que se cernía sobre sus cabezas. —¡Yo puedo subir a esa torre! Puedo follarme a todas las verdaderas mujeres de este anfiteatro. Como mucha comida, bebo mucho alcohol y tomo muchas drogas. Soy MÁS GRANDE que vosotros. Sudo más. Aullo como un perro. Hago ruido. ¿Créeis que alguien puede hacer más ruido que yo?

—¡De una forma u otra, mamá, voy a mantenerte despierta toda la noche! ¿Y CREES que tú eres la chica que puede detenerme?

—¡Mi tío Dick [NdT: La palabra «dick» es también una forma coloquial de llamar al pene] dijo cuando era niño, hijo, no la saques a menos que tengas intención de usarla! ¡Bueno, pues la tengo fuera y está en uso!

¡Maldita sea, Melopea. Joder joder, Luisa, esto es de risa. Toda esta discusión ha sido un desperdicio de oxígeno. Soy real, estoy aquí, acostúmbraos.

—¿Invisible? Simplemente INTENTAD no verme"

Luego Tyler se agachó y saltó tres metros en el aire, se encogió y rodó. Al bajar aterrizó sobre sus manos e hizo un salto mortal, segundos después de que sus pies tocaran la plataforma, salió disparado a un lado y corrió, dando largos y rápidos pasos fuera del parque y atravesando los campos de maíz.

Un murmullo confuso se extendió por la asamblea, interrumpido por algunos gritos enojados. Muchas miradas perplejas. Algunas personas se pusieron de pie.

HijaDeDebra llamó al orden. —Pido a la asamblea que se calme, - dijo ella.

Gradualmente, la calma llegó.

—Estoy segura de que todos estamos estimulados por esa declaración tan original. No creo que lleguemos más lejos hoy y noto que está llegando la hora de que los remplazos de turno se marchen, así que, a menos que haya serias objeciones, me gustaría pedir la conclusión de esta reunión.

—Las leyes exigen una segunda reunión abierta dentro de una semana a partir de hoy, seguida de un período de votación de tres días; al final del cual, la voluntad de la colonia se hará pública y se promulgará. ¿He de oír alguna discusión adicional? "

No había ninguna.

—Entonces aplazo esta reunión. Nos reuniremos nuevamente dentro de una semana a partir de hoy a las 1600 horas. Cualquiera que desee publicar una declaración sobre este asunto puede hacerlo en el sitio de la colonia, donde habrá una sala abierta continuamente para debate. Gracias por su participación.

La gente comenzó a salir, hablando. Las dos mujeres junto a Erno, bromeando, salieron del teatro.

Alicia se levantó. —¿Era esa una de sus rutinas?

El discurso de Tyler había despertado algo en Erno que le hizo querer gritar. Él sonreía de oreja a oreja. —Es de risa, - murmuró él.

Alicia agarró la muñeca de Erno. Sacó un bolígrafo del bolsillo, giró la mano para abrirle la palma y en ella escribió «Gilman 334».

—Antes de que hagas algo estúpido, Erno, - dijo, —llámame.

—Define estúpido, - dijo él.

Pero Alicia se había dado la vuelta. Él sintió el cosquilleo de la escritura en su mano mientras la observaba alejarse.

***

Obra

Se alienta a los hombres a solicitar una exención de la mita: el trabajo semanal obligatorio que cada primo dedica al apoyo de la colonia. El coste de esta exención es la pérdida del derecho de voto. Como artistas, escritores, artesanos, atletas, artistas, y especialmente como ientíficos, los hombres tienen un camino más fácil que las mujeres. Sus intereses están respaldados hasta los límites de los recursos de los primos. Pero esto no se otorga a la designación del trabajo, y toda decisión práctica sobre qué hacer con cualquier creación de su arte o descubrimientos que puedan hacer, se deja a los votantes, que son abrumadoramente mujeres.

Los hombres que eligen tales carreras son elogiados como voluntarios de espíritu público que se sacrifican por el bien de la comunidad. Al mismo tiempo, viven una vida de relativa facilidad, persiguiendo sus intereses. Compiten entre sí por las atenciones de las mujeres. Pueden ejercer influencia, pero no tienen responsabilidades legales y ninguna otra responsabilidad, excepto cuando las elijan. Viven como sultanes, pero sin poder. O como gigolos. Pavos reales y adornos.

¿Y los que eligen trabajar? Trabajo... ah, el trabajo es diferente. El trabajo es trabajo mundano dirigido hacia el apoyo de la colonia. Los trabajadores varones no ganan honores, no acumulan estatus. Y debido

a que los hombres siempre son superados en número por las mujeres en tales trabajos, tienen pocas posibilidades de ascender a una posición de autoridad. Simplemente no pueden conseguir los votos.

*****

Veinticinco Pavos

Erno comenzó a descifrar algunas de las historias para hombres. Una se refería a un "luchador de premios, - un hombre que luchaba contra otro por dinero. Este viejo luchador está de acuerdo con un promotor para luchar contra un hombre más joven y fuerte por "veinticinco pavos, - que según el contexto que Erno entendió, era una pequeña suma de dinero. El boxeador pasa su tiempo en el ring evitando ser golpeado. Durante una pausa entre los "asaltos" de la pelea, el promotor acude a él y se queja de que no está luchando lo suficiente, y jura que no le pagará al boxeador si "se tira a la lona". Entonces, en el siguiente asalto, el boxeador se involucra de veras en la brutal batalla, y en un minuto es vencido dejado inconsciente.

Pero como esto sucede inmediatamente después de que el promotor le haya hablado, a la vista de la audiencia, la audiencia asume que el promotor le ha dicho al boxeador que se tire a la lona. Ellos protestan. En lugar de defender al boxeador, el promotor le niega los veinticinco dólares de todos modos.

El boxeador, inconsciente mientras el promotor y el público discuten, muere de una hemorragia cerebral.

La historia enfureció a Erno. Parecía tan mala. ¿Por qué el boxeador se metió en la pelea? ¿Por qué se dejó golpear tanto? ¿Por qué el promotor traiciona al boxeador? ¿Qué sentido había tenido la muerte del boxeador al final? ¿Por qué el escritor (alguien llamado James T. Farrell) había inventado aquella macabra historia?

Cuatro

Una semana después de la reunión, cuando Erno abrió sesión en la escuela, encontró un mensaje para él de «Ethan Edwards». Este rezaba:

« Te vi con esa chica. Qué mono. Pero sin sexo, Erno. Cuento con

hombres como tú.»

Erno envió una respuesta: «Me prometiste otra aventura. ¿Cuándo?»

Luego hizo bioquímica («Delinear los pasos en la síntesis de la hormona del crecimiento humano») y leyó «Géenero Y Arte» durante tres horas hasta que tuvo que ponerse con su práctica en Biotecnología.

Para reducir el riesgo de que bichos extraviados quedaran sueltos en la colonia, las fábricas de biotecnología se ubicaban en un búnker separado del cráter principal. Los trabajadores tenían que ponerse trajes de presión y viajar en autobús durante un par de kilómetros a través de la superficie lunar. Una multitud de otros trabajadores de biotecnología ya llenaban el vestuario en la esclusa de aire norte cuando Erno llegó.

—Tyrus me ha dicho que te estás follando a la hija de Alicia Keikos, Erno, - dijo Paul Gwynethsson, cuya taquilla estaba al lado de la de Erno. -Él estaba fuera volando. Te vio en el parque.

—¿Y? ¿A quién estás follando tú? - preguntó Erno. Se puso la tensopiel. La tela, con su red de termorreguladores, se selló sola, el sistema de ambiente del traje se encendió y Erno se encajó el casco. El indicador del visor del casco estaba verde. Él y Paul fueron a la esclusa de aire, pasaron sus tarjetas de identificación por el lector y entraron con los demás. La señal de salida publicó la advertencia de tormenta solar. Paul bromeó con Erno sobre Alicia mientras el aire circulaba por la esclusa y ellos salían por el laberinto de radiación hacia la superficie.

Se subieron al autobús que había dejado el turno biotecnológico anterior. El autobús se alejó en cámara lenta por la carretera graduada. Era avanzada la tarde lunar, probablemente solo un día o así de luz antes de la noche de dos semanas. Si se detectaba una tormenta y sonaba la alerta, tendrían unos veinte minutos para encontrar refugio antes de que el flujo de radiación golpeara la superficie expuesta. Pero el viaje al laboratorio transcurrió sin incidentes.

Un hombre justo al lado del funicular de Tsander estaba haciendo una práctica en el laboratorio. Se llamaba Cluny. Como muchos terrícolas, era bajo e impresionantemente musculoso, y hablaba despacio, con un acento extraño. Cluny aún no era ciudadano y no había adoptado el nombre de los Primos. Aún estaba entrenando para solicitar la exención

de la «mita».

Erno interrumpió a Cluny cuando este llevaba varios bastidores de bombillas de microambiente al esterilizador. Le preguntó a Cluny qué pensaba de Tyler Durden.

Cluny era tumba, tal vez pensaba que Erno le estaba probando: "Creo que si no le gusta estar aquí, puedo indicarle muchos lugares en la Tierra donde estarían felices de aceptarlo.

Erno lo dejó continuar con su trabajo. Cluny iba a pasar momentos duros en los próximos seis meses. El choque cultural no era nada comparado a la manipulación genética a la que tendría que someterse para ajustarse a la baja G. La esperanza de vida de un humano no modificado en la luna era cuarenta y ocho años. Ningún régimen de ejercicio o medicamentos podrían prevenir la atrofia cardiovascular y la pérdida de masa ósea que sufrirían los humanos para la Tierra.

Pero los retrovirus podrían alterar el genoma humano para producir huesos fibrolaminares sólidos a un sexto de G, prevenir la acumulación de placa en las arterias, garantizar la salud pulmonar y prevenir una docena de otros síndromes fatales de la baja G.

Al mismo tiempo, la licencia de los descubrimientos biotecnológicos era la principal fuente de divisas de la colonia, por lo que la investigación estaba bajo estricta seguridad. Erno apoyó el pulgar en el escáner de genes. Tenía que pasar por tres niveles de autorización para acceder al experimento en el que había estado trabajando. Alicia tenía razón: Erno estaba obteniendo prebendas por su rápido aprendizaje en técnicas genéticas, y ya tenía un representante. Aún mejor, le gustaba. Podría pasar horas haciendo una lluvia de ideas de combinaciones sinérgicas de alteraciones en ratones, adaptando los genotipos de la Tierra para su explotación.

En este momento estaba asignado a la sección de diseño ecológico bajo Lemmy Odillesson, el principal genobotánico agrícola. Lemmy estaba trabajando en plátanos gigantes. Tenía una visión de bosques subterráneos biodiseñados, ecosistemas enteros introducidos a los recién abiertos tubos de lava que transformarían inmensidades muertas y sin aire en biosferas habitables. Quería vivir en una ciudad de casas árbol subterráneas lunares.

El turno de seis horas de Erno pasó demasiado pronto. Él subió a la superficie y tomó el autobús de regreso a la esclusa norte. Mientras el turno salía, una figura se acercó a Erno desde las sombras del laberinto de radiación.

Era un hombre corpulento con una tensopiel a rayas de tigre, con el visor frontal opaco. Erno se alejó de él, pero el hombre levantó las manos, palmas hacia arriba, para indicar que no había amenaza. El hombre se acercó, se inclinó hacia delante. Erno se apartó. El hombre tomó el hombro de Erno, suavemente, y lo empujó hacia adelante hasta que el visor negro de su casco besó el de Erno.

—Hola, Erno". La voz de Tyler Durden, transmitida desde una cara que Erno no podía ver, resonó como el propio pensamiento de Erno.

Erno trató de recuperar la calma.—El Sr. Durden, supongo.

—Cambia tu traje al Canal Seis, - dijo Tyler. —Encriptado". Se apartó, tocó la almohadilla en su brazo y señaló a Erno. Cuando Erno hizo lo mismo, su radio encontró la longitud de onda de Tyler y escuchó la voz de Tyler en su oído.

—Sabía que podría pillarte aquí fuera.

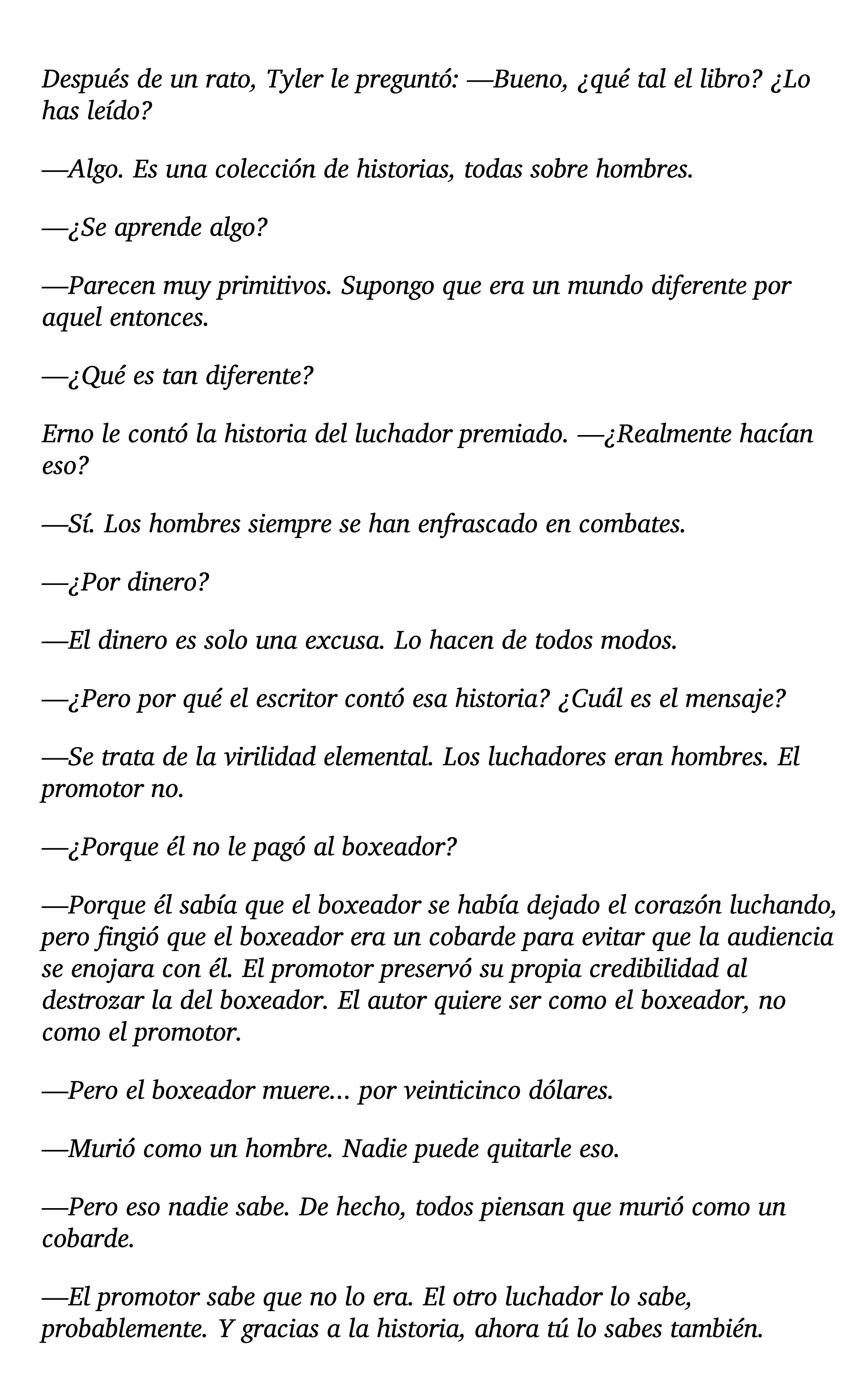
Todos los demás trabajadores habían pasado. Estaban a solas. —¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Quieres aventuras? Tendremos aventuras.

—¿Qué aventuras?

—Ven conmigo"

En lugar de dirigirse hacia el laberinto, Tyler condujo a Erno de vuelta a la superficie. El abanico de hormigón estaba desierto, el bus lanzadera ya había regresado al laboratorio y a las fábricas. De una esquina Tyler sacó una mochila, se la colocó a los hombros y partió hacia el Este, a lo largo del camino gradual que rodeaba Fowler. El borde montañoso se elevaba a su derecha, coronado por el comienzo de la cúpula; a su izquierda estaban los escombros de las colinas quebradas. Tyler avanzaba a un ritmo rápido, dando grandes pasos en la baja G con un mínimo de esfuerzo.



Después de un rato, Tyler le preguntó: —Bueno, ¿qué tal el libro? ¿Lo has leído?

—Algo. Es una colección de historias, todas sobre hombres.

—¿Se aprende algo?

—Parecen muy primitivos. Supongo que era un mundo diferente por aquel entonces.

—¿Qué es tan diferente?

Erno le contó la historia del luchador premiado. —¿Realmente hacían eso?

—Sí. Los hombres siempre se han enfrascado en combates.

—¿Por dinero?

—El dinero es solo una excusa. Lo hacen de todos modos.

—¿Pero por qué el escritor contó esa historia? ¿Cuál es el mensaje?

—Se trata de la virilidad elemental. Los luchadores eran hombres. El promotor no.

—¿Porque él no le pagó al boxeador?

—Porque él sabía que el boxeador se había dejado el corazón luchando, pero fingió que el boxeador era un cobarde para evitar que la audiencia se enojara con él. El promotor preservó su propia credibilidad al destrozar la del boxeador. El autor quiere ser como el boxeador, no como el promotor.

—Pero el boxeador muere... por veinticinco dólares.

—Murió como un hombre. Nadie puede quitarle eso.

—Pero eso nadie sabe. De hecho, todos piensan que murió como un cobarde.

—El promotor sabe que no lo era. El otro luchador lo sabe, probablemente. Y gracias a la historia, ahora tú lo sabes también.

Erno seguía teniendo dificultades para comprender exactamente la metáfora que Tyler pretendía cuando usaba el término «hombre». Aquello no tenía nada que ver con la genética. Pero antes de que pudiera interrogar a Tyler, el hombre mayor se detuvo. Para entonces ya habían rodeado una cuarta parte de la colonia y estaban a la sombra de la pared del cráter. Tyler encendió la luz de su casco y Erno hizo lo mismo. El termorregulador de Erno bombeaba calor a lo largo de las microfibras enterradas en la piel de su traje, compensando el cambio repentino del brutal calor de la luz solar lunar al brutal frío de la oscuridad lunar.

—Aquí estamos, - dijo Tyler mirando hacia la pared del cráter. —¿Ves ese camino?

No era un camino, solo un revoltijo de rocas que conducían al lateral del cráter, pero una vez que lo alcanzaron, Erno pudo ver que siguendo los parches de pintura luminiscente en las rocas se podía escalar el borde de la montaña hasta la cima. —¿A dónde vamos? preguntó Erno.

—A la cima del mundo, - dijo Tyler. —Desde allí te mostraré el imperio que te daré si me sigues.

—Estás de broma.

Tyler no dijo nada.

Fue un duro ascenso hasta el saliente del cráter, donde un borde de hormigón formaba los cimientos de la cúpula. Desde aquí, la cúpula parecía un tramo de mar hinchada de forma poco natural, absurdamente regular, cubierto de regolito lunar. En cuanto se construyó la cúpula sobre el cráter, unos seis metros de tierra lunar se extendieron uniformemente sobre su superficie para proporcionar un escudo de radiación para el interior. Los anillos concéntricos a cada diez metros evitaban que el suelo se deslizara por el campo de la cúpula. Era más fácil escalar aquí, aunque era surrealista. El horizonte de la cúpula se adelantaba a medida que avanzaban y era difícil juzgar las distancias.

—Hay una advertencia de tormenta solar, - dijo Erno. —¿No estás preocupado?

—No vamos a estar fuera mucho tiempo.

—Estuve en la reunión, - dijo Erno.

—Te vi, - dijo Tyler. —Chica guapa, la de piel oscura. Ten cuidado. ¿Sabes lo que decían en la Tierra?

—¿Qué?

—Si las mujeres no tuvieran el control de toda la almeja, habría recompensas por sus cabezas.

Erno se echó a reír. -¿Cómo puedes decir eso? Son nuestras hermanas, nuestras madres.

—Y siguen teniendo el control de toda la almeja.

Escalaron el exterior de la cúpula.

—¿Qué vas a hacer para evitar que te vuelvan invisible? - preguntó Erno.

—¿Qué te hace pensar que van a intentarlo?

—No creo que tu discurso haya cambiado la opinión de nadie.

—¿Y? No importa lo que te enseñen, mi visibilidad no está construida socialmente. Esa es la lección de hoy.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Vamos a demostrar este hecho.

Delante de ellos, una estructura apareció a la vista. En el vértice de la cúpula, justo encima de la aguja central, había una esclusa de mantenimiento. Normalmente, esta sería la forma en que los trabajadores saldrían para inspeccionar o reparar el exterior de la cúpula, no la forma en que Erno y Tyler habían venido. Esto no era una esclusa pública, y el código de entrada estaría encriptado.

Tyler los condujo hasta la puerta. De la bolsa del cinturón sacó una tarjeta y la metió en el lector. Erno podía escucharlo tararear una canción en sus auriculares. Después de un momento, la puerta se abrió.

—Vamos, Erno, - dijo Tyler.

Entraron en la esclusa de aire y esperaron a que el aire se reciclara. —Esto podría meternos en problemas, - dijo Erno.

—Sí, podría.

—Si puedes entrar en la esclusa de aire, puedes sabotearla. Una brecha en la esclusa de aire podría matar a cientos de personas.

—Tienes toda la razón, Erno. Por eso solo personas completamente responsables como nosotros deberían entrar en las esclusas de aire.

La puerta interior se abría a una pequeña cámara que daba a un ascensor. Tyler dejó la mochila, rompió el sello de su casco y comenzó a quitarse su llamativo traje. Debajo solo llevaba unos calzoncillos. Rizado vello púbico color óxido sobresalía de los bordes de los calzoncillos. La piel de Tyler era pálida, los músculos de sus brazos y pecho bien desarrollados, pero su vientre era blando. Su piel estaba entrecruzada con una red de líneas rosadas donde el sistema termorregulador del traje lo había marcado.

Sintiéndose cohibido, Erno se quitó el traje. Ambos eran de la misma altura, pero Tyler lo superaba por veinte kilos. —¿Qué hay en la mochila? - preguntó Erno.

—Equipo de rappel". Tyler recogió su traje y la mochila y, ignorando el elevador, abrió la puerta al lado de una escalera. —Deja tu traje aquí, - dijo abandonando el suyo en un rincón.

La escalera era empinada y el frío aire sabía rancio, a Erno le ponía la piel de gallina. Aferrando la mochila a su pecho, Tyler bajó las escaleras hasta el siguiente nivel. La pared junto a ellos estaba salpicada de aislamiento gris. La luz de los bioluminiscentes dejaba su piel de un tono amarillo verdoso.

En lugar de continuar bajando por el pozo hasta la cima de la aguja, Tyler se detuvo en una puerta al costado de la escalera. Tecleó un código. La puerta se abrió a una vasta oscuridad, el espacio entre los depósitos exteriores e interiores de la cúpula. Tyler iluminó con su luz el interior: tres metros de altura, interrumpida por puntales de refuerzo, la

cavidad se extendía desde ellos hacia la oscuridad, curvándose ligeramente al caer. Tyler cerró la puerta detrás de ellos y, a la luz de su linterna, sacó un cuaderno del paquete y consultó un mapa. Lo estudió por un minuto y luego llevó a Erno hacia la oscuridad.

A la derecha, unos diez metros, una pared impenetrable era una de las grandes costillas cermet de la cúpula que se extendía como el armazón de un paraguas desde la aguja central hasta el borde del cráter distante.

En poco tiempo, Tyler se detuvo e iluminó el suelo. -Aquí está.

—¿El qué?

—Compuerta de mantenimiento. Tienen que inspeccionar periódicamente el interior del domo, reparar la fibra óptica". Tyler se agachó y comenzó a abrir la cerradura.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a colgarnos del techo como arañitas, Erno, y dejar un regalo para nuestros primos.

La compuerta se abrió y Erno vislumbró el espacio que se abrió debajo. Mil metros debajo de ellos, las filas semicirculares de asientos del anfiteatro del Parque Sobieski brillaban con un blanco fantasmal a la luz de la noche artificial. Tyler sacó sogas y mosquetones de su mochila, y del fondo, un dispositivo oblong de unos cincuenta centímetros cuadrados envuelto en tela de fibra óptica que brillaba a la luz de la linterna. En un extremo había un temporizador. El objeto emitía un aura de amenaza que era tanto aterradora como instantáneamente atractiva.

—¿Qué es esa cosa? ¿Es una bomba?

—¿Una bomba, Erno? ¿Estás chiflado? - Tyler amarró una de las cuerdas alrededor de un puntal de refuerzo. Se puso un arnés y le entregó otro idéntico a Erno. —Ponte esto.

—Tengo miedo a las alturas.

—No seas bobo. Esto es seguro como un beso. Más seguro, tal vez.

—¿Qué estamos intentando conseguir?

—Esa es una pregunta algo metafísica.

—Ese chisme no me parece metafísico.

—Sin embargo, lo es. Llámalo la piedra filosofal. Vamos a fijarla al interior de la cúpula.

—No voy a reventar ningún agujero en el domo.

—Erno, yo no podría hacer un agujero en la cúpula sin suicidarme. Te garantizo que, como resultado de lo que haremos aquí, yo sufriré las consecuencias que sean como todos. Más que nadie, incluso. ¿Te parezco suicida, Erno? "

—A decir verdad, no lo sé. Seguro que haces algunas cosas arriesgadas. ¿Por qué no me dices lo que tramas?

—Esto es una prueba. Quiero ver si confías en mí.

—Eres tú quien no confías en mí lo suficiente para decirme nada.

—La confianza no se trata de ser persuadido. La confianza es cuando haces algo porque tu hermano te lo pide. No tuve que pedirte que vinieras en esta aventura, Erno. Confié en ti". Tyler estaba allí agachado mirando tranquilamente a Erno. —Bueno, ¿tienes las pelotas para hacer esto?

El momento se alargó. Erno se puso el arnés de escalada.

Tyler pasó las cuerdas por el arnés, le dio un par de guantes a Erno y le mostró cómo frenar la cuerda a la espalda. Luego, con la Piedra Filosofal posible bomba colgada al hombro, Tyler cayó por la compuerta. Sintiendo que estaba a punto de dar un paso del que nunca podría volverse atrás, Erno salió tras él.

Tyler lo ayudó a soltar tres o cuatro metros de cuerda. El peso de Erno hacía que la cuerda se retorciera, y el mundo comenzó a girar vertiginosamente. Estaban tan cerca de la superficie interna de la cúpula que las "estrellas" que brillaban allí eran enormes manchas borrosas de luz en la superficie trenzada de fibra de vidrio. Las tierras de cultivo del suelo del cráter estaban envueltas en sombras, pero alrededor del borde del cráter, extrañamente retorcidas desde la perspectiva de los ojos de

Dios, las luces de los distritos de apartamentos proyectaban abanicos luminosos en los jardines colgantes y en la carretera perimetral. Erno podía distinguir algunas figuras microscópicas allí abajo. No muy lejos de Tyler y de él, la parte superior de la aguja central oscurecía su vista hacia el Oeste. El escenario volante, a treinta metros de donde la aguja se unía con el techo, se cerraba durante la noche, pero una lechuza que anidaba debajo salió volando ante su aparición y voló en círculos debajo de ellos.

Tyler empezó a columpiarse adelante y atrás al final de su cuerda, aumentando gradualmente la amplitud hasta que, en el máximo de uno de sus balanceos, se enganchó en la superficie interna del domo. —¡Vamos, Erno! ¡El tiempo apremia"

Erno se armó de valor para copiar la actuación de Tyler. Le costó esfuerzo balancearse, y una vez que lo hizo, los arcos fueron pesados y lentos. Tuvo problemas para orientarse de modo que un extremo de su oscilación lo dejara cerca de Tyler. En la parte superior de cada balanceo, la gravedad desaparecía y su estómago se sacudía. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad de intentos, Erno se acercó lo suficiente para que Tyler extendiera la mano y le enganchara por la pierna.

Tiró de Erno a su lado y ató la cuerda del cinturón de Erno a una anilla en la superficie del domo. El corazón de Erno latía rápido.

—Ahora sabes que estás vivo, - dijo Tyler.

—Si alguien nos pilla aquí, nuestros traseros están fritos.

—Nuestros traseros están siempre fritos en todas partes. Esa es la condición humana. A trabajar.

Mientras Tyler sacaba el dispositivo de la bolsa, Erno extendió el pegamento sobre la superficie del domo. Cuando se fijó el pegamento, los dos presionaron la Piedra Filosofal hasta que esta quedó firmemente fijada. Debido a su superficie reflectante, sería invisible desde el suelo del cráter. —Ahora, ¿a qué hora dijo Debra HijaDeDebra que era la reunión mañana?

—1600, - dijo Erno. -Ya lo sabías.

Tyler abrió la tapa del temporizador de la Piedra y pulsó algunas teclas. —Sí, lo sabía.

—Y no necesitabas mi ayuda para hacer esto. ¿Por qué me hiciste venir?

El temporizador pitó. La lectura digital comenzó una cuenta atrás. Tyler cerró la tapa. —Para darte la oportunidad de traicionarme. Y si quieres, aún tienes..." miró su muñequera, —catorce horas y trece minutos.

Comportamiento de Dominación Masculina

Erno había comenzado a construir su reserva de resentimiento cuando tenía doce años, en la clase de biotecnología molecular de Eva HijaDeEva. Eva HijaDeEva provenía de una familia ilustre: su madre había sido la miembro más antigua del consejo de colonias. Su abuela, Eva Kabatsumi, encarcelada con Nora Sobieski en California, había originado el sistema matronómico.

Erno tardó un tiempo en darse cuenta de que eso no hacía de HijaDeEva una buena maestra. Él era el niño más brillante de la clase. Creía en los Primos, respetaba la autoridad y adoraba a mujeres como su madre e HijaDeEva.

HijaDeEva era una mujer alta que vestía ajustadas túnicas de manga corta para realzar sus pequeños senos. Erno había comenzado a notar tales cosas, el juego sexual era del interés de todos ese semestre, y recientemente había tenido varias sesiones de caricias eróticas con chicas de la clase.

Un día estaban estudiando ingeniería de proteínas. A Erno le encantaba. Le gustaba cómo podías hacer que un gen saltara por los aros si eras lo bastante inteligente. Él estaba adelantado en la lección. Ese día le preguntó a Eva HijaDeEva sobre la mutagénesis de proteínas dirigida, un tema que no debían estudiar hasta el semestre siguiente.

—¿Puedes hacer macro modificaciones en las proteínas? Quiero decir, reemplazar secuencias enteras para obtener nuevas enzimas". Él tenía una curiosidad genuina, pero a cierto nivel también estaba buscando la aprobación de HijaDeEva de su trabajo extra.

Ella se volvió hacia él fríamente. —¿Estás hablando del uso de

mutagénesis local dirigida o síntesis química de oligonucleótidos? -

Erno nunca había oído hablar de mutagénesis local dirigida. —Me refiero al uso de oligonucleótidos para cambiar los genes".

—No puedo responder a menos que sepa si estamos hablando de oligonucleótidos sintetizados o localmente dirigidos. ¿Cuál de los dos?

Erno sintió el color de su cara. Los otros estudiantes lo estaban mirando. —Yo, no lo sé.

—Sí, no lo sabes, - dijo HijaDeEva alegremente. Y en lugar de explicarlo, volvió a la lección.

Erno no recordó nada más durante el resto de la clase, excepto mirarse los zapatos. ¿Por qué ella le había tratado así? Lo había hecho sentir estúpido. Sí, ella sabía más biotecnología que él, ¡pero ella era la maestra! ¡Por supuesto que ella sabía más! ¿Significaba eso que tenía que humillarlo?

Cuando se quejó a su madre, ella solo dijo que tenía que hacer caso a la maestra.

Poco a poco, Erno notó que HijaDeEva había mostrado lo que siempre le habían enseñado que era comportamiento de dominación masculina. Él le había presentado un desafío a su superioridad, y ella lo había aplastado como una mosca. Después de aplastarlo, ella podía darse el lujo de tratarlo amablemente. Pero solo le enseñaría después de que él admitiera que era su inferior.

Ahora que tenía los ojos abiertos, veía ese comportamiento en todas partes. Todos los días, los Primos afirmaban su superioridad para lastimar a los demás. Le habían mentido y sus mayores eran unos hipócritas.

Sin embargo, cuando él trató de mostrar su superioridad, le dijeron que se portara bien. Superior/inferior es erróneo, le dijeron. La diferencia lo es todo.

Cinco

Una cosa que Tyler había dicho era indudablemente cierta: esto era una prueba. ¿Cuán dedicado era Erno a la Sociedad de Primos? ¿Era él buen juez del carácter de Tyler? ¿Estaba muy ansioso de ver a su madre y al resto de su mundo incomodado? y ¿cuánto malestar creía él que era justificado? ¿Hasta dónde llegaba el enfado de Erno?

Después regresar a su habitación, Erno permaneció despierto, incapaz de dormir. Pasaba cada momento de su noche con Tyler en su mente, analizaba cada oración y examinaba cada palabra ambigua. Tyler nunca había negado que la Piedra Filosofal fuese una bomba. Erno buscó el término en el diccionario: la piedra filosofal era «una sustancia imaginaria buscada por los alquimistas con la creencia de que esta cambiaría los metales básicos en oro o plata».

Erno no pensaba que el cambio que fuese a traer la piedra de Tyler tuviera algo que ver con el oro o la plata.

Se miró la palma, limpia hacía mucho tiempo, donde Alicia le había escrito su número. Ella le había pedido que la llamara antes de hacer algo estúpido.

A las 15.45 del día siguiente, Erno estaba sentado en el anfiteatro entre la multitud de primos. Había más personas de las que habían venido la semana anterior, y el zumbido de su conversación, interrumpido por risas ocasionales, llenaba el aire. Erno miró hacia la cúpula para intentar averiguar dónde habían colocado la piedra. El domo tenía dispositivos de seguridad automáticos para sellar cualquier fuga leve de aire, pero no podría sobrevivir a un agujero reventado en ella. Frente al cielo azul artificial, Erno vio un par de voladores dando vueltas como halcones.

A las 1552. llegó Tyler tras un grupo de seguidores, en su mayoría hombres jóvenes intentando parecer insolentes. Tyler había acudido… ¿qué significaba eso? Erno notó que esta vez Tyler vestía de negro. Parecía tan tranquilo como antes, y conversaba casualmente con los demás, luego los dejó para tomar asiento en el escenario.

A las 1559 Debra HijaDeDebra ocupó su asiento. Erno miró el reloj.

1600.

No pasó nada.

¿Era esta la prueba? ¿Ver si Erno entraría en pánico y caería en una trampa? Intentó llamar la atención de Tyler, pero no consiguió nada.

HijaDeDebra carraspeó pidiendo orden. Las filas de primos comenzaron a calmarse, a sentarse más erguidos. Casi había caído el silencio cuando HijaDeDebra comenzó a hablar.

—Nuestra segunda reunión para discutir..."

Un destello de luz chamuscó el aire por encima de ellos, seguido de un segundo después por una conmoción. Gritos, algunos chillodos.

Erno alzó la vista. Una nube de humo negro se disparaba rápidamente desde un punto en el azul. Un volador baciló, tratando de recuperar el equilibrio. El otro había buceado cien metros buscando un lugar de aterrizaje. La gente señalaba y gritaba. El cielo azul parpadeó dos veces, se puso blanco mientras el sistema de imágenes se debatía, luego se recuperó.

La gente salió del anfiteatro y se dirigió a un refugio presurizado. Erno no podía ver si se había roto la cúpula. El humo, en lugar de disiparse, se extendió en un arco y luego se aplastó contra la cúpula. Formaba zarcillos, formas. Erno se quedó allí, congelado. Se dio cuenta de que no era humo en absoluto, sino pintura inteligente.

Los nanodispositivos esparcieron la pintura negra por el interior del domo. La pintura se arrastraba y tomaba formaba ella sola, componiendo letras. Las letras, como un mensaje de Dios, formaron un gran letrero en el interior del despejado cielo azul:

—¡BANG! ¡ESTÁS MUERTO"

¡Estás muerto!

Una de las otras Historias para Hombres era sobre Harry Rodney y Little Bert, dos insignificantes delincuentes en un transatlántico que choca contra un iceberg y se está hundiendo, sin suficientes botes salvavidas para todos los pasajeros. La costumbre patriarcal era que las mujeres y los niños tenían prioridad para los espacios en los barcos. Harry cede su plaza en un bote a favor de una chica. Bert le quita un

abrigo y una bufanda a una mujer herida, le roba las joyas, abandona las cubiertas inferiores y usa la ropa para colarse en un bote salvavidas.

Resulta que ambos hombres sobreviven. Pero Harry está tan disgustado por el crimen de Bert que lo convence de huir y fingir que está muerto. Durante años, cada vez que Bert contacta con Harry, Harry le dice que se mantenga alejado o la policía podría descubrirlo. Bert nunca regresa a casa por temor a ser descubierto.

Seis

En el pánico y la confusión, Tyler Durden desapareció. En su asiento en la reunión había una nota: "Yo lo hice.

Como primer paso para responder a la amenaza a la colonia, la Junta de Matronas inmediatamente llamó a la cuestión del ostracismo y, al anochecer, la población votó: Tyler Durden fue declarado invisible.

Como si eso importara. Nadie podía encontrarlo.

Siete

La escritura tardó varios días en borrarse del domo.

Una cacería humana no encontró a Tyler. Los nervios estaban al límite. Surgieron rumores, circularon, fueron negados. Tyler Durden todavía estaba en la colonia, disfrazado. Una camarilla de seguidores lo estaba escondiendo. No, él y sus confederados tenían un puesto secreto a diez kilómetros al norte de la colonia. Durden estaba al servicio del gobierno de California. Había almacenado armas y estaba planeando un ataque. Tenía una bomba atómica.

En la entrada del gimnasio, las AI verificaban las huellas de ADN y Erno estaba consciente, como nunca antes, de las cámaras en cada habitación. Se preguntó si algún monitor habría captado su excursión con Tyler. A cada momento esperaba una llamada en su muñeca para acudir a las oficinas de la asamblea.

Cuando Erno entró en la sala de entrenamiento, encontró a Tyrus y a otras personas con camisetas blancas con las letras: ¡BANG! ¡ESTÁS MUERTO!

Erno tomó la máquina de remo desocupada al lado de Ty. Ty estaba hablando con Sid al otro lado.

Una mujer cruzó la habitación para usar las máquinas. Estaba muy musculosa y su cabello oscuro iba recogido hacia atrás en su sudoroso cuello. Mientras se acercaba, los jóvenes se quedaron en silencio y se giraron para mirarla. Ella dudó. Erno vio algo en su rostro que rara vez había visto antes en el rostro de una mujer: miedo. La mujer dio media vuelta y salió del gimnasio.

Ninguno de los muchachos dijo nada. Si los demás habían reconocido lo que acababa de suceder, no lo dejaron ver.

Erno trabajó en su máquina. Sintió que los músculos de sus piernas se anudaban. -Camiseta chula, - dijo él.

—Tyrus también quiere ser invisible, - dijo Sid. Sid no llevaba una de las camisas.

—Eventualmente alguien verificará los videos de las actuaciones de Tyler y me verá allí, - dijo Ty entre remadas. —No me da vergüenza ser fan de Tyler". A los trece años, Erno y Ty habían estado buscando amantes, probando su sexualidad. Ahora Ty era un tipo franco y musculoso que se reía como una hiena. No se reía ahora.

—Fue juzgar a la ligera, - dijo uno de los otros muchachos. —Tyler no ha daño a un primo. Fue libertad de expresión.

—Podría fácilmente haber hecho un agujero en la cúpula, - dijo Erno. —¿Necesitan más justificación para el uso de la fuerza?

Ty dejó de remar y se volvió hacia Erno. Donde había sudado a través de la tela, el "¡Bang" - en su camisa se había vuelto rojo sangre. —Quizá esto llegue a la fuerza. Hacemos el mismo trabajo y somos ciudadanos de segunda clase". Comenzó a remar nuevamente, tiraba furiosamente de la máquina, cincuenta repeticiones por minuto, respirando rápidamente.

—Ese Durden tiene un par, ¿que no? - Sid dijo. Sid era un chico de estudios popular. Su grueso cabello castaño se hundía debajo de un ojo. —Deberías haber visto la expresión de Rebecca cuando estalló la

explosión.

—He oído que, si lo atrapan, el consejo no se detendrá en la invisibilidad, - dijo Erno. —Lo echarán.

—La invisibilidad no retrasará a Tyler, - dijo Ty. —¿Obedecerías tú el decreto? - le preguntó a Sid.

—¿Yo? Soy demasiado hermoso para dejarme patear. Si a Tyler Durden le gustan tanto los masculinistas, deja que se vaya a una de las otras colonias o a la Tierra. Yo me estoy acostando con demasiada frecuencia.

Las entrañas de Erno se tensaron. —Lo echarán. Mi madre votaría por ello en un segundo.

—Deja que lo intenten, - gruñó Ty todavía remando.

—¿Por eso trabajas tanto últimamente, Ty?, - dijo Sid. —¿Estás planeando mudarte a la Tierra?

—No. Solo estoy planeando patearte el culo.

—Sospecho que no patear lo que quieres hacer con mi culo.

—Ya. Tu culo tiene mejores usos.

—Mi madre dice que Tyler ha roto el contrato social, - dijo Erno.

—¿Tu madre..." dijo Ty todavía remando —te guarda las bolas debajo de su almohada?

Sid se echó a reír.

Erno quiso agarrar a Ty y decirle: Yo estuve allí. ¡Le ayudé a hacerlo! Pero no dijo nada. Tiró de la máquina. Su cara le ardía.

Después de un minuto, Erno recogió su toalla y fue a la máquina de pesas. Nadie le prestó atención. Veinte minutos después entró en la sauna. Sudando al calor, hosco, resentido. Él había estado allí, había corrido un riesgo mayor que cualquiera de estos chicos fans.

Al salir de la sauna, vio a Sid dirigirse a las salas de sexo, donde cualquier mujer interesada podía encontrar un compañero que estuviese dispuesto. Erno consideró publicarse en una de las habitaciones. Pero él no era un semental, él era solo un anónimo hombre menor. No tenía seguidoras. Sería humillante sentarse allí esperando a alguien, o peor, ser seleccionado por alguna vieja bolsa.

Un día después, Erno consiguió una de las camisetas. Llevarla no lo hacía sentirse mejor.

Se le ocurrió que tal vez esta era la prueba que Tyler pretendía: no si Erno hablaría sobre la Piedra Filosofal antes de que sucediera, sino si admitiría que había ayudado a colocarla después de ver el alboroto que había causado en la colonia .

Si esa era la prueba, Erno estaba fallando. Pensó en llamar al departamento de Tyler, pero los gendarmes seguramente vigilaban ese número. Un nuevo rumor decía que Tyler había sido capturado y que estaba bajo custodia protectora (se habían hecho amenazas contra su vida) hasta que la Junta de Matronas pudiera decidir cuándo y cómo imponer la invisibilidad. Erno se imaginó a Tyler en una desnuda habitación blanca, con el cerebro inyectado con nanosondas, el cuello equipado con un collar.

En Biotecnología, Erno se dio cuenta de algo que nunca antes había notado: que las mujeres asumían la primera selección de los postres en la cafetería. Luego, más tarde, cuando pasaron junto a su mesa, cuatro mujeres se echaron a reír. Él se volvió y las miró, pero ellas no le miraron.

Otro día estaba hablando con un grupo de ingenieros en el descanso: tres mujeres, otro hombre y Erno. Hana, de materiales contó una chiste: —¿Qué tienes cuando tienes dos bolitas en la mano?

Las otras mujeres sonrieron. Erno miró al otro hombre. Estaba de pie como en una trampilla, con una sonrisa tentativa en su rostro. El hombre se estaba preparando para reír, porque eso era lo que se hacía cuando la gente contaba chistes, fueran o no divertidos. Formaba parte del contrato social: alguien entraba en el modo de contar chistes y tú en el modo de escuchar chistes.

—La completa atención de un hombre, - dijo Hana.

Las mujeres rieron a carcajadas. El hombre sonrió.

—¿Cómo puedes saber cuándo un hombre está excitado? - Dijo Pearl.
—Porque está respirando.

—Eso no tiene gracia, - dijo Erno.

—¿En serio? Yo ceo que sí, - dijo Hana.

—Eso es cosificación. Los hombres son como las mujeres. También tienen emociones.

—Cálmate, Erno, - dijo Pearl. —Esta no es una clase de igualdad de género.

—No hay igualdad de género aquí.

—Que alguien le compre a Erno una camiseta.

—Erno quiere ser invisible.

—¡Ya somos invisibles" - dijo Erno, y se alejó. Salió del laboratorio, se puso su traje y tomó el siguiente bus de regreso a la cúpula. Dejó de ir a su práctica: ya no se dejaría usar nunca más. Que le condenaran si volvía allí de nuevo.

Una reunión para discutir qué hacer con el comediante desaparecido fue interrumpida por un grupo de jóvencitos que marchaban y cantaban fuera de la sala de reuniones. Había gendarmes apostados en lugares públicos, con bastones. En las salas de debate online, la gente abogaba abiertamente por el cierre de las Casas de Hombres por temor a que se tramaran conspiraciones en ellas.

Y Erno recibió otro mensaje. Este era de «Harry Callahan».

«¿Estás mirando, Erno? Si crees que nuestra situación de género es GROSERA, puede cambiarla. Comprueba la exposición.»

Delitos de Violencia

La incidencia de los crímenes de violencia entre los primos es muy pequeña. Los archivos de la colonia registran ocho asesinatos en sesenta años. Cinco de ellos fueron de hombre contra hombre, dos de hombre contra mujer y uno de mujer contra mujer.

Esto no cuenta los actos de vigilancia de mujeres contra hombres, pero a pesar de la falta de estadísticas oficiales, estos incidentes también son raros.

Ocho

—No es un truco ser célibe cuando no te gusta el sexo.

—Ese es el asunto, - insistió Erno. —Le gusta el sexo. Le gusta el sexo bien. Pero está haciendo un sacrificio para dejar su mensaje: no va a ser prisionero de su polla.

Erno estaba sentado en el borde de la terraza frente a su apartamento, arrojando piedrecitas al contenedor de reciclaje en la esquina y discutiendo con su prima Lena. Había estado discutiendo con mucha gente últimamente y no había llegado a ninguna parte. Todas las mañanas salía como si fuera a Biotecnología, pero pasaba el rato en el parque o en el gimnasio. Le llevaría un tiempo a su madre darse cuenta de que él lo había dejado.

Lena se lanzó a una diatriba, y Erno de repente estaba muy cansado de todo. Antes de que ella pudiera ganar impulso, arrojó un último guijarro que se rebotó en el contenedor, se levantó y, sin decir una palabra, se retiró al apartamento. Podía escuchar el graznido de Lena detrás de él.

Fue a su habitación y abrió una pantalla en su pared. La última noticia fue que Tashi Yokiosson había recuperado la conciencia, pero que había sufrido un daño neurológico que podría tardar un año o más en reparar. El debate sobre la situación se extendió por la red. Erno abrió su casillero de documentos y jugueteó con un melancólico soneto en el que estaba trabajando, pero no estaba de humor.

Volvió al críptico mensaje de Tyler. «Puedes cambiarlo. Verifica la exposición». Esto tenía algo que ver con Biotecnología, Erno estaba bastante seguro. Había probado las bases de datos públicas, pero no había encontrado nada. Había bases de datos accesibles solo a través de

los laboratorios de biotecnología, pero tendría que volver a su práctica para verlas, y eso implicaba que tendría que explicar su ausencia. No estaba listo para eso todavía.

Por impulso, Erno buscó a Tyler en la base de datos del genoma de la colonia. ¿Cómo lo había llamado HijaDeDebra? Marysson, Thomas Marysson. Encontró el genoma de Tyler. Nada sobre ello destacaba.

Debatientes había vinculado la biografía de Tyler con el genoma. Marysson había nacido treinta y seis años atrás. Su madre era una Prima de segunda generación; su abuela había llegado con el tercer contingente de colonización en 2038. Él había recibido una educación general, sin sobresalir ni fallar en nada. Su madre había muerto cuando él tenía veinte años. Se había mudado al dormitorio, había trabajado sin incidentes en la construcción y reparación durante catorce años, sin mostrar signos de rebeldía antes de reinventarse como Tyler Durden, el comediante.

Hasta hace dos años, absolutamente nada lo había distinguido de ninguno de los mil Primos.

Aburrido, Erno buscó su propio genoma.

Allí yacía en filas de pares de bases, limpio como un suelo de baldosas. En Biotecnología, algunos insistían en que todo lo que eras estaba fijado en esas secuencias en blanco y negro. Erno no se tragaba eso. ¿Dónde estaba el gen del deseo, o la esperanza, la desesperación o la frustración? ¿Dónde estaba el gen que decía que él se sentaría frente a la pantalla de una computadora a la edad de diecisiete años, hirviendo de ira?

Consultó el genoma de su madre. Allí estaban sus secuencias. Algunas eran iguales a las suyas. Por supuesto, no había información sobre su padre. Para evitar graves consecuencias sociales, su padre debía permanecer en blanco en su historia, en lo que respecta a la Sociedad de los Primos. Tal vez algunas familias hacían un seguimiento de tales cosas, pero en ninguna parte de las bases de datos estaban vinculados padres e hijos.

Por supuesto, no podían evitar que él lo descubriera. Conocía a otros que lo habían hecho. El genoma de su padre estaba en algún lugar de la

base de datos con fines médicos. Si él eliminaba del propio aquellas secuencias que pertenecían a su madre, entonces lo que quedara (al menos las secuencias que ella no hubiera alterado cuando lo había planeado), pertenecían a su padre. Podía hacer una verificación cruzada con los genomas de todos los hombres de la colonia.

De su tabla eliminó esos genes que coincidían con los de su madre. Usando lo que quedaba, preparó un motor de búsqueda para clasificar a los machos de la colonia.

El resultado fue una lista de seis nombres. Tres eran hermanos: Stuart, Simon y Josef Bettesson. Verificó la información pública disponible sobre ellos. Todos tenían noventa años, cuarenta años más que la madre de Erno. Del resto de los hombres, dos eran de su edad: Sidney Orindasson y Micah Avasson. De esos dos, Micah Avasson tenía la mayor correlación con el genoma de Erno.

Leyó los registros públicos de Micah Avasson. Nacido en 2042, tendría cincuenta y seis años. Una dirección física: dormitorio de hombres, tubo de lava Este Cinco. Lo anotó en su cuaderno.

Sin llamar, su madre entró en la habitación. Aunque no tenía motivos para avergonzarse de su búsqueda, Erno se metió el cuaderno en el bolsillo.

Ella no se dio cuenta. -Erno, tenemos que hablar.

—¿Por hablar te refieres a una interrogación o a una conferencia?

La cara de su madre se puso rígida. Por primera vez notó él las patas de gallo en las esquinas de sus ojos. Ella se movió por su habitación, recogiendo su ropa, clasificándola y guardándola. —Deberías mantener tu habitación más limpia. Tu habitación es un reflejo de tu mente.

—Por favor, madre.

Se llevó una de las camisas a la nariz, la olisqueó e hizo una mueca. —¿Alguna vez te habké sobre el momento en que me arrestaron? Tenía trece años, y Derek Silviasson y yo estábamos jodiendo detrás del escenario en medio de una función de «Una Casa de Muñecas». Nos dejamos llevar un poco. Cuando Nora abrió la puerta para irse al final

del segundo acto, se tropezó con Derek y conmigo en nuestro segundo acto.

—¿Te arrestaron? ¿Por qué?

—La jefa de la Junta era una mojigata. No habría importado tanto, pero «Una Casa de Muñecas» era su obra favorita.

—¿Tú y Derek Silviasson fuisteis amantes?

Ella se sentó en la cama a un metro de él y se inclinó hacia delante. —Después de la bomba de pintura, Erno, volvieron a examinar las grabaciones del spex de los oficiales en el motín del Almacén de Oxígeno. ¿A quién crees que, para mi sorpresa, encontraron allí?

Erno giró en su silla para evitar sus ojos. —Nick ya te dijo que estuve allí.

—Pero tú no. No solo estabas allí, sino que en cierto momento estuviste junto a Durden.

—¿Qué estaba yo haciendo?

—No seas difícil. Estoy tratando de protegerte, Erno. La única razón por la que sé de esto es porque Harald Gundasson me lo hizo saber a escondidas. Otro informe dice que Durden te conoció un día fuera de la esclusa norte. Es probable que te llamen para interrogarte. Quiero saber qué está pasando. ¿Estás involucrado en alguna conspiración? "

Su madre parecía tan triste que a él le resultó difícil ser hostil. —Hasta donde yo sé, no hay conspiración.

—¿Tuviste algo que ver con la bomba de pintura?

—No. Por supuesto que no.

—Descubrí que no has estado en tu práctica. ¿Qué has estado haciendo?

—He estado yendo al gimnasio.

—¿Estás planeando un viaje a la Tierra?

—No seas estúpida, madre.

—Honestamente, Erno, no puedo adivinar lo que estás pensando. Estás actuando como un espía.

—Tal vez soy un espía.

Su madre soltó una carcajada.

—¡No te rías de mí!

—No me estoy riendo porque seas gracioso. ¡Me estoy riendo porque tengo miedo! Este es un asunto feo, Erno.

—Basta, madre. Por favor"

Ella lo miró fijamente. Él intentó no apartar la mirada. —Quiero que me escuches. Tyler Durden es un destructor. He estado en Aristarco, en Tycho. He visto el patriarcado. ¿Quieres eso aquí?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Yo nunca he estado allí" - Sus ojos se posaron en la copia de «Historias para Hombres». —No me cuentes historias sobre violaciones y matanzas, - dijo mirando la portada del libro. —Las he escuchado antes. Me las metiste en la garganta con mis papillas.

—Son ciertas. ¿Las niegas?

Erno apretó la mandíbula e intentó pensar. ¿Tenía ella que intimidarlo? —¡No lo sé"

—No se trata solo de una carnicería. Es un desperdicio y una locura. ¿Quieres saber cómo son? Una vez tuve una conversación con un hombre de seguridad en Shackleton. Extraían hielo lunar para la masa de reacción en los transbordadores.

—Le dije que usar hielo lunar como combustible para cohetes era un desperdicio criminal. El agua es el bien más preciado en la luna, y aquí la están lanzando al espacio.

—Me dijo que era más barato usar hielo lunar que transportar agua desde la Tierra. Mi discusión no era con él, me dijo, sino con las leyes del mercado. Como la mayoría de ellos, fue condescendiente conmigo,

como si fuera una niña o una idiota. Pensaba que invocar el libre mercado solucionaba el problema, como si ir en contra del mercado fuera en contra de las leyes de la naturaleza. El objetivo de conquistar el espacio justificaba el gasto, dijo, que lo obtendrían más agua en otro lugar cuando agotaran el hielo lunar.

—Tiene cierta razón.

—¿El mercado como ley de la naturaleza? ¿Conquistando el espacio?' ¿Cómo se conquista el espacio? Ese no es un objetivo, es una enfermedad.

—¿Qué tiene esto que ver con Tyler Durden?

—¡Durden está trayendo la enfermedad aquí"

—¡Está luchando contra la opresión! Los hombres no tienen poder aquí; son sofocados e ignorados. No hay Primos varones reales.

—Hay muchos Primos varones. Hay muchos modelos a seguir. Piensa en Adil Al-Hafaz, en Peter Sarahsson... ¡Piensa en Nick, por el amor de Dios!

—¿Nick? ¿Nick? - Erno se rio. Se levantó. —Es mejor que se vaya ahora, oficial.

Su madre pareció herida. -¿Oficial?

—Por eso estás aquí, ¿no?

—Erno, sé que no te gusto. Soy aburrida y convencional. Pero no ser convencional, en sí mismo, no es una virtud. Soy tu madre.

—Y eres policía.

Eso la detuvo por un momento. Ella respiró hondo. —Te amo mucho, Erno, pero si piensas ..."

Ese tono de voz. Lo había escuchado toda su vida: todas las anécdotas personales han terminado ahora. Hemos terminado con la persuasión y es hora de que hagas lo que te digo.

—¡Tú no amas mucho nada" - Grito Erno. -¡Lo único que quieres es controlarme"

Ella comenzó a levantarse. —Te he dado todas las oportunidades ..."

Erno le arrojó «Historias para Hombres». Su madre se apartó y el libro la golpeó en el pecho, este cayó lentamente al suelo. Parecía más sorprendida que herida, mirando caer el libro, cayendo, con las hojas abiertas; Pareció que intentaba entender lo que era, pero cuando lo miró de nuevo, sus ojos se nublaron. Temblando, lívida, se puso en pie y comenzó a hablar. Antes de que pudiera decir una palabra, Erno salió corriendo de la habitación.

Propiedad

Un hombre solo está completamente aislado. Otros hombres pueden ser sus amigos o amantes, pero si él tiene una conexión legal con alguien, es con su madre.

Más allá de cierto punto, la propiedad entre los Primos es la posesión de la comunidad. La propiedad privada se transmite de mujer a mujer, pero solo fuera del segundo grado de relación sanguínea. Una mujer nunca hereda de su madre biológica. Una mujer elige a sus amigos y compañeros, y en el caso de su muerte, su propiedad va a estos. Si una mujer muere sin nombrar a un heredero, su propiedad va a la comunidad.

La propiedad de un hombre generalmente se limita a las posesiones personales. Por supuesto, en la mayoría de las familias él es acogido y tiene acceso a más recursos que cualquier mujer, pero las posesiones le son obtenidas por su madre o su pareja, y le pertenecen. Qué propiedad podría tener más allá de eso pertenece a su madre. Si no tiene madre, entonces le pertenece a su hermana mayor. Si no tiene hermana, entonces va a la comunidad.

Un hombre que abandona a su familia no tiene adónde ir.

Nueve

Los grandes hombres de jazz fueron todos minorías perseguidas. Hombres negros como Armstrong, Ellington, Coltrane, Parker. Y los

comediantes eran todos judíos y negros. Al abandonar el apartamento de su madre, Erno se vio a sí mismo como el último en la larga historia de luchadores abusados por la libertad expresiva.

Erno merodeaba por el camino perimetral con la cabeza baja. A su izquierda, más allá del parapeto, la ladera interior del cráter; plantada con tierra, flores silvestres y resistentes modificaciones de matorral desértico de baja G; descendía hacia los campos agrícolas, hacia el parque y, a dos kilómetros de distancia, a través de las montañas bajas. aire húmedo, las laderas opuestas boscosas de álamos. A su derecha se alzaban las filas de apartamentos, refectorios, dormitorios, edificios públicos y laboratorios, grupos de cajas oblongas que crecían porcinamente con patas altas, plantadas con enredaderas y jardines colgantes, divididas por rampas y escaleras y pasillos, una ciudad de acantilados de alta tecnología en colores pastel. hormigón brillante con cristales de ilemenita. Un pequeño lagarto verde se escabulló a través del compuesto de guijarros de la carretera y desapareció entre la cubierta del suelo.

Erno ignoró a las personas en su camino al trabajo y de regreso, hablando o jugando. Tenía ganas de romper algo. Pero romper cosas no era el comportamiento apropiado de los Primos.

En el patio suroeste giró por una rampa hacia un distrito residencial. Estas eran estructuras más nuevas, productos de la planificada expansión de viviendas de la última década, ocupadas en su mayor parte por nuevas familias.

Se subió con saltos constantes, sintiendo la tensión en sus piernas, disfrutando del ardor que esto generaba.

Cerca de la parte superior de la pared del borde encontró Gilman 334. Presionó el botón de la puerta. La pantalla permaneció en blanco, pero después de un momento la voz de Alicia llegó desde el altavoz. -Erno. Pasa dentro.

La puerta se abrió y él entró en el apartamento. Este consistía principalmente en un salón abierto, amueblado con muebles tejidos, un par de salitas contiguas. Seis mujeres jóvenes estaban sentadas inhalando potenciadores de estado de ánimo, escuchando música. La música era Monk, "Brilliant Corners". Erno se lo había dado a Alicia;

ella nunca habría encontrado jazz del siglo XX de otra forma.

Iba algo mal con Monk en este contexto. Estas chicas deberían estar escuchando algo de música lunar, uno de los grupos corales mixtos, o "Luz Sola o Roca" de Shari HijaDeNube. En este círculo de mujeres, las líneas del saxo de Sonny Rollins, los ritmos extendidos del piano de Monk, parecían robadas. O peor aún, estudiadas por una tripulación de alienígenas para quienes las mismas no podían significar lo mismo que significaban para Erno.

—Hola, - dijo Erno. —¿Estoy invadiendo vuestra fiesta?

—No estás invadiendo". Alicia lo tomó del brazo. —Este es Erno, - dijo a las demás. —Algunas ya le conocéis.

Sharon estaba allí, una de las mujeres más atractivas de la cohorte de Alicia en la escuela: había escuchado a Sid hablar de ella. Reconoció a Betty HijaDeSara, Liz HijaDeBeth, ambas, como Alicia, estudiaban trabajo social, quienes habían rechazado a Erno en un momento u otro. A Erno le gustaban las mujeres como individuos, pero en grupo, sus risas íntimas, chismes y chistes privados, tan completamente inocentes como podrían ser, le hacían sentir que no sabía nada sobre ellas. Atrajo a Alicia a un lado. —¿Podemos hablar en privado?

—Claro". Ella llevó a Erno a una de las habitaciones. Se sentó en la cama y señaló una silla. —¿Qué pasa?

—Tuve una pelea con mi madre.

—Para eso son las madres, que yo sepa.

—Y los gendarmes me van a llamar para interrogarme. Creen que podría estar involucrado en alguna conspiración con Tyler Durden.

—¿Sabes tú dónde está?

Surgieron las defensas de Erno. —¿Te importa?

—No quiero saber dónde está. Si lo sabes, guárdatelo para ti. Yo no soy tu madre.

—Podría estar en problemas.

—Muchos de nosotras te respaldaremos en esto, Erno. Sharon y yo lo haríamos". Ella extendió la mano para tocarle el brazo. —Yo bajaré al centro contigo.

Erno se trasladó a la cama a su lado. Deslizó la mano hacia su cintura, cerró los ojos y frotó su mejilla contra su cabello. Para su sorpresa, sintió la mano de Alicia entre los omóplatos. La besó y ella se echó hacia atrás. Él la miró a la cara: sus ojos verdes, preocupados, buscaron los de él. La besó de nuevo, deslizó la mano sobre el pecho de ella y sintió el pezón tensarse debajo de su camisa.

Dejando a un lado la extrañeza (luchar por quitarse la ropa, la distracción de "Straight, No Chaser" de la otra habitación, el momentáneo pensamiento de Erno de que las mujeres se preguntaban qué estaba pasando aquí) era la cosa más fácil del mundo. Se deslizó dentro de Alicia como si volviera a casa. Aunque su cabeza giraba con deseo, trató de contenerse, de darle lo que ella quería. La besó por todas partes. Ella se rió y se burló de él y retorció los dedos en su cabello para atraerlo hacia ella, mordiéndole el labio. Durante quince o veinte minutos, la Sociedad de los Primos desapareció.

Erno observó su rostro, sus ojos cerrados y sus labios abiertos, mientras se concentraba en su placer. Aquello le daba una sensación de poder. La piel de Alicia se sonrojó, ella jadeó, se estremeció, y él llego.

Apoyó la cabeza sobre su pecho, con los ojos cerrados, respirando profundamente, saboreando la sal de su sudor. El pecho de ella subía y bajaba, y él podía escuchar su corazón latir rápido, luego más lento. La abrazó con fuerza. Ninguno de los dos dijo nada durante mucho tiempo.

Después de un rato, él le preguntó en voz baja: —¿Puedo quedarme aquí?

Alicia le acarició el hombro, se deslizó por debajo de él y comenzó a ponerse la camisa. —Hablaré con Sharon.

Sharon. Erno se preguntó con cuántas de las otras mujeres en la habitación contigua Alicia estaba durmiendo. Alicia era parte de toda esa escena, hombres y mujeres jóvenes jugando juegos de apareamiento complejos en los que Erno no era bueno. No tenía idea de lo que podría implicar «hablar con Sharon», pero Alicia actuaba como si la idea de

que él se mudara fuese una completa sorpresa.

—No has tensado ni un músculo ni nada que se estire para comprender el concepto, - dijo Erno en voz baja.

Alicia reaccionó de inmediato. —Erno, nunca hemos intercambiado dos palabras sobre la asociación. ¿Qué esperas que diga?

—Hablamos de eso en el parque. Dijiste que hablarías con Sharon entonces. ¿Por qué no lo hiciste?

—Por favor, Erno". - Ella se subió los pantalones y la tela se cerró sobre sus hermosas y largas piernas. —Cuando estás callado, eres tan dulce.

Dulce. Erno se sintió vulnerable, acostado allí desnudo con el semen secándose sobre su vientre. Cogió su ropa. —De acuerdo, - murmuró, —lo había olvidado. El sexo es el pegamento social. Fóllatelo para que no cause ningún problema.

—No todo se trata de tu pene, Erno. Durden te está convirtiendo en un chico autodestructivo. Crece un poco."

—¿Crecer? - Erno se puso los pantalones. —Tú no quieres que crezca. Quieres al chico dulce, para siempre. Lo he descubierto ahora... nunca estás conmigo, excepto tal vez tu cuerpo. Al menos, creo que eras tú.

Alicia lo miró fijamente. Erno reconoció esa exasperación completa: la había visto en su madre. Desde la habitación contigua salió el sonido de "Blue Monk, - y las mujeres se rieron.

—Sharon tenía razón, - dijo Alicia, sacudiendo la cabeza. Y ella soltó una risita, un jadeo triste, como diciendo: «No puedo creer que esté hablando con este tipo».

Erno dio un paso adelante y le dio un bofetón en la cara. -Perra, - siseó él. -Jodida perra.

Alicia cayó hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. La cabeza de Erno giró. Huyó de la habitación, corrió a través de la fiesta y salió del apartamento.

Era noche cerrada ahora, la cúpula estaba salpicada de estrellas. Erno

recorrió las rampas de regreso hacia el carretera perimetral, a través de la luz arrojada por las sucesivas lámparas, en un andar de piernas rectas que le sacaba del pavimento a cada paso. Esperaba que cualquiera que lo viera notara su furia y lo considerara peligroso. En la carretera se paró en el parapeto, respirando por la boca y escuchando el zumbido de los insectos en los campos de abajo.

A la luz de la lejana lámpara a su izquierda, apareció una persona con uniforme verde. Por impulso, Erno saltó el parapeto hacia la pendiente. En lugar de esperar a que pasara el gendarme, rebotó hacia el suelo del cráter, deslizándose por la pendiente, sus zapatos levantaban polvo. Él ganó velocidad con saltos de cuatro o cinco metros, arriesgándose a caer cada vez que sus pies se tocaban.

Iba demasiado rápido. Treinta metros por encima del suelo tropezó y salió volando de frente. Cayó de lado, rodó y se golpeó la cabeza mientras rodaba y se detenía. Yació en la pendiente tratando de recuperar el aliento. Sentía las extremidades rotas. Se le había rasgado la camisa y le dolía el hombro. Se levantó y bajó los últimos metros hasta el suelo del cráter, luego cojeó por los campos hacia el Parque Sobieski.

En pocos minutos llegó allí, sin aliento y sudando. En la fuente se echó agua en la cara. Se palpó el hombro con cuidado, luego se dirigió al anfiteatro. Al principio pensó que el teatro estaba desierto, pero luego vio, en el escenario, a un par de mujeres besándose, ajenas a él.

Se paró en la fila donde había visto a Alicia algunas semanas antes. Él la había golpeado. No podía creer que la había golpeado.

Diez

Erno durmió en el parque y por la mañana se dirigió a su turno en biotecnología como si nunca hubiera dejado de ir. Nadie en la esclusa de aire le preguntó nada. Al parecer, a pesar de que su mente era un caos, su aspecto era perfectamente normal. La advertencia de radiación había sido renovada, los monitores solares informaban de condiciones maduras para una eyección de masa coronal. A los Primos obligados a salir a la superficie se les aconsejaba mantenerse dentro del alcance de un refugio antirradiación.

Cuando Erno llegó al búnker fue al laboratorio de Lemmy Odilleson. Lemmy aún no había llegado. Se sentó en su puesto de trabajo, inició sesión en el sistema, puso su pulgar en el escáner de genes y accedió a la base de datos.

Probó en el índice general. No había ningún archivo llamado "exposición". Siguiendo la referencia de Tyler a "grosera, - buscó referencias del número 144. Nada. Nada sobre las estructuras groseras de los nucleótidos, tampoco. Intentó llegar desde el índice de virus. Los Primos habían diseñado docenas de virus para tratar problemas, desde los microbios del suelo hasta las averías celulares causadas por la exposición a la radiación en superficie. No había ningún virus llamado "exposición.

Mientras estaba sentado allí, Lemmy apareció. No dijo nada de la aparición repentina de Erno después de su prolongada ausencia. —Estamos avanzando en la integración de los genes de crecimiento morfológico en los prototipos, - dijo con entusiasmo. —Las secuencias para extraer silicio del suelo están encajando en su sitio.

—Eso es bueno, - dijo Erno. Se ocupó de limpiar el caos que Lemmy solía dejar en sus notas. Después de un rato, preguntó casualmente: —Lemmy, ¿alguna vez has oído hablar de un virus llamado exposición?

—¿X posición? - dijo Lemmy vagamente sin levantar la vista de un estante de bulbos de prueba. —Esos prefijos van con factores ligados al sexo femenino. La posición Y es el masculino.

—Oh, cierto"

En cuanto Erno estuvo seguro de que Lemmy estaba ocupado en su trabajo de laboratorio, volvió a los archivos. Primero fue a Géneros, una base de datos que él conocía principalmente por su concentración de modificaciones contra el cáncer. La posición X lo llevó a una enciclopedia de información sobre el cromosoma X. Erno solicitó una serie de archivos, pero no vio ningún sentido en buscar al azar en bibliotecas de genes. Encontró un archivo de experimentos sobre síndromes ligados a mujeres desde osteoporosis hasta afecciones cardíacas posmenopáusicas.

Por capricho, hizo una búsqueda en «grosera».

Apareció un archivo llamado «Repeticiones de Nucleótido». Cuando Erno abrió el archivo, el encabezado decía:

Deshazte

De Las

Chicas Babosas

Los sonidos del laboratorio a su alrededor se desvanecieron mientras leía el documento.

Este describía un método para aumentar el número de repeticiones de trinucleótidos inestables en el cromosoma X. Todos los humanos tenían secuencias repetidas cuya presencia se asociaba con diversas enfermedades: atrofia muscular espinal y bulbar, frágil retraso mental X, distrofia miotónica, enfermedad de Huntington, ataxia espinocerebrelar, atrofia dentatorubralpallidoluysian y enfermedad de Machado-Joseph. Todos estos trastornos neurológicos bien entendidos.

En el ADN normal, las repeticiones estaban por debajo del nivel de expresión de la enfermedad. Las pruebas estándar del cigoto aseguraban esto. El documento GROSERO decía cómo construir dos virus: el primero plantaba una bomba temporal en el huevo. En una etapa particular del desarrollo embrionario, explotaría la repetición de trinucleótidos. El segundo virus plantaba secuencias compensadoras en el cromosoma Y.

Crear los virus sería un problema complicado pero no imposible en la ingeniería de plásmidos. Su efecto, sin embargo, sería devastador. En los hombres, el cromosoma Y suprimiría las enfermedades ligadas al X, pero en las mujeres se expresarían los síndromes de los trinucleótidos. Cuando las repeticiones se activaban, el feto desarrollaba cualquiera de una serie de trastornos neurológicos debilitantes o fatales.

Por supuesto, una vez que se reconociera el trastorno, otros ingenieros genéticos trabajarían para curarlo, o al menos identificar a los poseedores prenatalmente. El virus GROSERO no destruiría la raza humana, pero podría sobrecargar a una generación de mujeres con enfermedades y muerte prematura.

Tyler había guiado a Erno hasta esta monstruosidad. ¿Qué se suponía

que debía hacer con ella?

Aún así, Erno descargó el archivo en su cuaderno. Acababa de terminar cuando Cluny entró en el laboratorio.

—Hola, profesor Odillesson, - le dijo Cluny a Lemmy. Vio a Erno e hizo una doble toma. Erno le devolvió la mirada.

—No soy profesor, Michael, - dijo Lemmy.

Cluny señaló a Erno. —¿Sabes que los gendarmes le están buscando?

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Erno se levantó. —No te molestes en explicarlo. Me iré.

Cluny se movió para detenerlo. -Espera un minuto.

Erno puso la mano sobre el hombro de Cluny para empujarlo a un lado. Cluny agarró el brazo de Erno.

—¿Qué está pasando? - preguntó Lemmy.

Erno intentó liberarse de Cluny, pero el agarre del Hombre de la Tierra era firme. Cluny tiró de él y el dolor le atravesó el hombro que Erno se había herido en el derrape de ayer. Erno golpeó a Cluny en la cara.

La cabeza de Cluny se echó hacia atrás, pero él no le soltó. Su mandíbula se apretó y su expresión se endureció con determinación animal. Forcejeó con Erno, ambos perdieron el equilibrio y, a cámara lenta, tropezaron contra un banco de laboratorio. Lemmy gritó y dos mujeres entraron corriendo desde el laboratorio adyacente. Antes de que Erno se diera cuenta, estaba inmovilizado en el suelo.

***

Hombre muerto

Muchas de las historias para hombres eran sobre asesinatos. Los antiguos escritores de la Tierra parecían fascinados con el asesinato y escribieron sobre ello desde una docena de perspectivas.

En una de las historias un detective, cuyo trabajo es arrojar a los pasajeros ilegales de los trenes de carga, encuentra a un hombre indigente, un vagabundo, escondido en el tren. Mientras es brutalmente golpeado por el detective, el vagabundo contraataca y lo mata involuntariamente.

El castigo por tal asesinato, incluso accidental, es la muerte. Aterrorizado, sabiendo que tiene que ocultar su culpa, el vagabundo se apresura a regresar a la ciudad. Finge que nunca ha salido del albergue donde ha pasado la noche anterior. Se deshace de su ropa, sucia con polvo de carbón del tren.

Luego lee un informe periodístico. Se ha encontrado el cuerpo del detective, pero los investigadores suponen que se cayó del tren y murió por accidente, y no está buscando a nadie. El vagabundo está completamente libre de sospechas. Su reacción inmediata es ir a la estación de policía más cercana y confesar.

Once

Erno esperaba en una salita blanca en el cuartel general de la policía. Cuando era niño, Erno había venido muchas veces con su madre, pero ahora todo parecía diferente. Estaba sujeto a la fuerza del estado. Esa jodida vaca de Cluny. Los gendarmes le habían quitado el cuaderno. ¿Era eso proforma, o lo registrarían hasta encontrar el archivo GROSERO?

Se preguntó qué habría hecho Alicia después de que él había salido de su apartamento el día anterior. ¿Qué le habría dicho a sus amigas?

La puerta se abrió y entraron dos mujeres. Una de ellas era alta y atractiva. La otra era pequeña, con una cara angosta y cabello rubio muy corto. Parecía ser un poco más joven que su madre. Fue esta la que se sentó frente a él, la alta permaneció de pie.

—Esto puede ser simple, Erno, si dejas que lo sea, - dijo la mujercita. Tenía un extraño acento que, combinado con su baja estatura, hizo que Erno se preguntara si era de la Tierra. —Dinos dónde está Tyler Durden. Y háblanos sobre la conspiración.

Erno cruzó los brazos. —No sé dónde está. No hay ninguna

conspiración.

—¿Tenemos que mostrarte imágenes de él y tú juntos durante los disturbios en El Almacén de Oxígeno?

—Nunca lo vi antes ni desde entonces. Nos estábamos escondiendo en la habitación de atrás.

—¿No tuviste nada que ver con la explosión de pintura inteligente?

—No."

La mujer alta, que aún no había hablado, parecía preocupada. La rubia interrogadora se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa. —Se encontró tu ADN en la compuerta de acceso donde se instaló el dispositivo.

Erno se retorció en el asiento. Imaginó una secuencia de tripletes de nucleótidos inestables multiplicándose en las células de la mujer. —Me pidió que le ayudara. Yo no tenía idea de lo que era.

—No tenías ni idea. Así que podría haber sido una bomba lo bastante potente como para hacer un agujero en la cúpula. Y aún así no se lo dijiste a nadie.

—Sabía que él no iba a matar a nadie. Pude saberlo.

La interrogadora se echó hacia atrás. —Espero que disculpes a los demás si cuestionamos tu juicio.

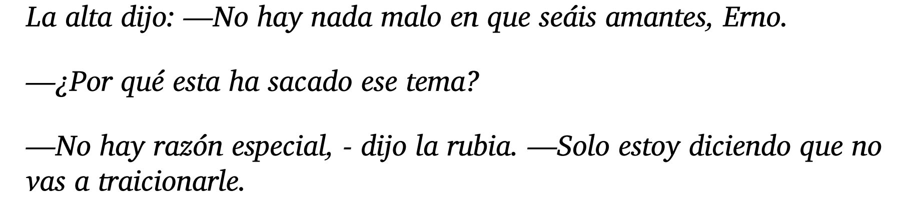
—Créame, yo nunca haría nada para lastimar a un primo. Pregúntele a mi madre.

La mujer alta habló por fin. —Lo hemos hecho. Ella afirma eso, pero tienes que ayudarnos, Erno. Estoy segura de que puedes entender lo molesto que todo esto ha puesto al estado.

—Olvídalo, Kim, - dijo la otra. -Erno no va a traicionar a su amante.

—Tyler no es mi amante, - dijo Erno.

La interrogadora rubio sonrió. -Ya, claro.



La alta dijo: —No hay nada malo en que seáis amantes, Erno.

—¿Por qué esta ha sacado ese tema?

—No hay razón especial, - dijo la rubia. —Solo estoy diciendo que no vas a traicionarle.

—Bueno, pues no somos amantes.

—Qué lástima, - murmuró la rubia.

—Tienes que ayudarnos, Erno, - dijo la alta. -De lo contrario, aunque te dejáramos salir, estarás en riesgo de violencia por parte de otros primos.

—Solo si le habláis a todos sobre mí.

—Así que deberíamos dejarte ir y no importunarte diciéndoles a otros la verdad sobre ti, - dijo la rubia.

—¿Qué verdad? Ustedes no me conocen.

Ella salió de su silla, inclinándose hacia adelante con los puños apretados. Su cara estaba sonrojada. —¿Que no te conozco? Lo sé todo sobre ti.

—Mona, cálmate, - dijo la otra mujer.

—¿Cálmate? ¡La historia de la Tierra está llena de esto! Los hombres subliman su atracción sexual en reclamos de hermandad, con el fetichismo militar que acompaña, la comparación del pene, los movimientos suicidas de conquistar o morir. Durden se dirige a uno de esos clásicos Armagedones orgásmicos: Masada, Hitler en el búnker, David Koresh, 11 de septiembre, la masacre de California.

La alta la agarró del hombro e intentó tirar de ella hacia atrás. -Mona.

Mona se apartó la mano que la contenía y acercó su cara a la de Erno. —Si dejamos ir este mierdecilla, te garantizo que estará involucrado en algún acto destructivo trascendente, suicidamente valiente, suicidamente cobarde, dirigido a todos nosotros. Tiene un letrero encima". Su saliva volaba hacia la cara de Erno.

—Estás chiflada, - dijo Erno. —Si quisiera joderle, simplemente le jodería.

La alta lo intentó de nuevo. -Salga, oficial.

Mona agarró a Erno por el cuello. —¿Dónde está?

—¡Salga ahora" - La policía alta tiró de la mujercita y esta se echó hacia atrás. Fulminó a Erno con la mirada. La otra, tirándola del brazo, la sacó de la sala.

Erno trató de recuperar el aliento. Se pasó la manga por la sudorosa cara. Se quedó allí solo durante mucho tiempo, tocandose la piel irritada donde ella le había agarrado por el cuello. Entonces se abrió la puerta y entró su madre.

—¡Mamá!

Ella llevaba algunas cosas en las manos, las puso sobre la mesa. Era el contenido de sus bolsillos, incluido su cuaderno. —Levántate"

—¿Qué está pasando?

—Calla y ven conmigo. Te vamos a dejar libre.

Erno se tambaleó de la silla. —Esa oficial está chiflada.

—No te preocupes por ella. No estoy segura de que no tenga razón. Depende de ti demostrar que no la tiene.

Ella lo sacó de la oficina y lo llevó al pasillo. En segundos, Erno se encontró, mareado, en la plaza fuera de la sede. —No te has librado de los problemas. Ve a casa y quédate allí, - dijo su madre antes de apresurarse a entrar.

Los transeúntes en Norte Seis lo observaban mientras él se arreglaba la ropa. Fue a sentarse en el banco bajo las acacias en el centro del tubo de lava. Contuvo el aliento.

Erno se preguntó si la policía cumpliría con su amenaza de hablar sobre su ayuda con la explosión. Se sentía vulnerable de nuevo, pero no era solo vulnerabilidad lo que sentía. Nunca había visto a una mujer perder

la cabeza tan claramente como lo había hecho la interrogadora. Él la había provocado de una manera que nunca había conseguido con una matrona en su vida. ¡Estaba ASUSTADA de él de verdad!

¿Y ahora qué? Metió la mano en el bolsillo y palpó el cuaderno.

Lo sacó. Lo encendió. El archivo GROSERO seguía allí, y también la dirección que había escrito antes.

***

Un sueño.

Erno tenía diez años cuando nació su hermana menor, Celeste. Después del nacimiento, su madre cayó en una depresión severa. Le gritaba a Erno, peleaba con tía Sophie y se quejó de uno de los esposos hasta que este se mudó. La forma de Erno de hacer frente a esto era desaparecer; la de su prima Aphra era portarse mal.

Un día Erno regresó de la escuela y se encontró un incendio en medio del suelo de la cocina, y un jaleo de robots de seguridad apagándolo con espuma, su madre gritando y Aphra, que al parencer había sido quien había comenzado el incendio. gritándole a ella. Patinando sobre la espuma, Erno se interpuso entre los dos, puso las manos en el pecho de Aphra y la hizo ir hasta su habitación.

Durante todo el tiempo, su madre no dejó de gritar. Erno estaba más enfadado con ella que con Aphra. Se suponía que ella era la responsable. Cuando regresó de calmar a Aphra, su madre fue corriendo a su habitación y cerró la puerta de golpe. Erno limpió la cocina y esperó a que tía Sophie volviera a casa.

La noche del incendio Erno tuvo un sueño. Estaba solo en la cocina, y luego un hombre estaba allí. El hombre lo llevó a un lado. Erno no podía distinguir su rostro. —Soy tu padre, - dijo el hombre. —Déjame mostrarte algo". Hizo que Erno se sentara y abrió una imagen sobre la mesa. Era la madre de Erno de niña. Estaba sentada con las piernas cruzadas, encorvada sobre unos bloques, su cara arrugada en una introspección problemática. —Esa es su segunda fase de expresión laboral, - dijo el padre de Erno.

Con sorpresa, Erno reconoció la expresión en el rostro de la niña como la que había visto hacer a su madre mientras se concentraba.

—Ella odia esta foto, - dijo el padre de Erno, como para persuadir a Erno de no juzgarla: ella todavía contenía esa inocencia, ese deseo de luchar contra un problema que no podía resolver. Pero Erno estaba enojado. Mientras se resistía, el padre presionó y comenzó a perder la cabeza también. Terminó gritándole a Erno: —¿No puedes soportarlo? ¡Yo te haré ver! ¡Te haré ver!

Erno se cubrió los oídos con las manos. La voz del hombre sin rostro se retorció de ira. Finalmente dejó de gritar. —Ya pasó, ya pasó, - dijo el padre en voz baja, acariciando el cabello de Erno. -Tú eres igual que ella.

Doce

En su camino hacia el metro de Este Cinco, Erno consideró la queja de la oficial. Quizá Tyler quería acostarse con él. ¿Y qué? Lq oficial era una especie de homófoba y debía ser relevada. Ella despotricando sobre la violencia mientras lo encerraba a él en una sala. Y luego tratando de estrangularlo. Sí, tenía el archivo GROSERO en el bolsillo, sí, había golpeado a Alicia, pero él no era un terrorista. La acusación solo fue una forma para que la policía ignorara las legítimas injusticias de los hombres.

Pero no debían de haber verificado el archivo, o no lo habían entendido si lo habían hecho. Si hubieran descubierto el contenido del archivo GROSERO, él nunca habría sido liberado.

Al principio de la vida de la colonia, el tubo de lava Este Cinco había sido su principal centro agrícola. Los depósitos de levadura ahora solo producían forraje animal, pero las granjas hidropónicas todavía funcionaban, principalmente para artículos de lujo. El trabajo de rutina de cuidar los bastidores recaía en los primos que no expresaban ambición de hacer algo más desafiante. Vivían en las madrigueras del tubo según el Estándar de Vida Mínimo de la colonia.

Una pintura estilizada de un centauro adornaba la entrada de la madriguera de hombres del Cinco Este. Como el artista probablemente nunca había estudiado un caballo real, la postura de la criatura le

parecía a Erno profundamente sospechosa. En la interfaz del vestíbulo, Erno llamó al asistente de inteligencia artificial. La IA apareció en pantalla como una mujere piel marrón oscuro con una camisa verde brillante.

—Estoy buscando a Micah Avasson, - solicitó Erno.

—¿Quién llama?

—Erno HijoDePamela.

—Está en turno ahora mismo.

—¿Puedo hablar con él?

—Sírvete tú mismo". El avatar señaló fuera de la pantalla hacia un pasillo poco iluminado al otro lado de la habitación. Ella apareció en la pared cerca de la puerta y llamó a Erno: —Por aquí. Sigue este pasillo, tercera salida a la izquierda hacia el tubo Ag.

Fuera del vestíbulo, los pasillos y las habitaciones aquí tenían la brutal calidad utilitaria marca de la colonia temprana, cuando la supervivencia había sido la primera preocupación y la idea del diseño humano había sido poner un espejo al final de una habitación para intenta convencer al ojo de que no estabas viviendo en una estrecha madriguera a unos metros bajo la superficie de un mundo muerto. Aquí un trabajador social ambiental sentiría escalofríos.

La tercera salida a la izquierda estaba cubierta con una barrera transparente permeable. Desde niño, a Erno no le había gustado atravesar estas barreras permeables. Odiaba la sensación electrostática rozándole la cara. Tomó una máscara del dispensador, se la colocó sobre la nariz y la boca, cerró los ojos y entró por el tubo de Ag. Arriba, capas de masilla gris sellaban el techo del tubo; abajo, un suelo de hormigón sostenía largas hileras de estanterías bajo luz transmitida por fibra óptica desde los heliostatos. Varios trabajadores con monos y máscaras de oxígeno se movían arriba y abajo de las hileras atendiendo de los estantes. El aire con alto contenido de CO_2estaba cargado de humedad, e incluso a través de la máscara olía a fosfatos.

Erno se acercó a un hombre inclinado sobre un cajón de plántulas que

había sacado de un estante. El hombre sostenía un medidor desde el cual los cables colgaban de un tubo sumergido en el fluido hidropónico. —Disculpe, - dijo Erno. —Estoy buscando a Micah Avasson.

El hombre levantó la cabeza, inspeccionó a Erno y luego, sin hablar, se giró. —¡Micah" - Llamó por la hilera.

Un hombre alto un poco más allá en el pasillo alzó la vista y miró hacia ellos. Tenía la cabeza llena de cabello oscuro y una forma aviar de erguir los hombros. Después de un momento dijo: —Yo soy Micah Avasson.

Erno caminó hacia él. Erno estaba desconcertado: el hombre se había quitado la máscara de la boca y estaba fumando un cigarrillo usando fuego real. No, un cigarrillo no... un porro.

—¿Se puede fumar aquí? ¿Qué pasa con las normas contra incendios?

—Nosotros en las profundidades no tenemos un estándar tan alto como vosotros". Micah dijo esto absolutamente inexpresivo, como si no hubiera una pizca de broma. —No hay suficiente O_2para hacer un fuego decente de todos modos. Se necesita práctica solo para obtener un buen colocón de esto aquí dentro sin desmayarse.

Con el porro colgando de su labio inferior, el hombre se volvió hacia el estante. Llevaba guantes de goma amarillos y estaba arrancando los brotes de la bandeja de plantas verdes de hojas rechonchas. Erno las reconoció como una sensamilla de hoja ancha modificada.

—Estáis utilizando las instalaciones de la colonia para cultivar marihuana.

—Este es mi cultivo personal. Cada uno de nosotros recibimos un estante personal. Activa la iniciativa". Micah seguía pellizcando los brotes. —¿Quieres probar un poco?

Erno se recompuso. —Mi nombre es Erno HijoDePamela. Vine a verte porque..."

—Eres mi hijo, - dijo Micah sin mirarlo.

Erno lo miró buscando palabras. De cerca, las líneas en las esquinas de

los ojos del hombre eran distintas, y tenía un poco de hundimiento en la barbilla. Pero la forma del rostro de Micah le recordaba a Erno su propio reflejo en el espejo.

—¿Sobre qué querías verme? - Micah cerró el cajón del estante y miró a Erno. Como Erno se quedó mudo allí, Micah giró el carrito de acero inoxidable junto a él hasta el siguiente estante. Tomó un recipiente de plástico del carrito, se agachó, abrió el cajón inferior del estante y comenzó a cosechar tomates cherry.

Finalmente, las palabras llegaron a Erno. —¿Por qué nunca te he visto antes?

—Montones de chavales nunca conocen a sus padres.

—No estoy hablando de otros padres. ¿Por qué no estáis juntos tú y mi madre?

—Estás asumiendo que estuvimos juntos. ¿Cómo sabes que no nos encontramos en la sauna una noche, solo una vez?

—¿Así fue como ocurrió?

Micah levantó un tomate parcialmente amarillo en la punta de sus dedos, luego lo dejó en la vid para madurar. Él sonrió. —No. Tu madre y yo estábamos enamorados. Nosotros vivimos juntos durante veintidós meses. Y dos días.

—Entonces, ¿por qué os separasteis?

—Eso no lo recuerdo muy bien. Debimos de haber tenido nuestras razones. Todo el mundo tiene sus razones.

Erno le tocó en el hombro. —No me sueltes ese rollo.

Micah se puso en pie, balanceándose un poco. Erno lo agarró del brazo para sostenerlo. —Gracias, - dijo Micah. —Estas rodillas ya no son lo que eran". Dio una larga calada al porro y exhaló en el techo muy por encima. —De acuerdo entonces. La razón por la que rompimos es que tu madre es una perra de hierro fundido. Y yo soy un bastardo de hierro fundido. Los detalles de nuestra ruptura se derivan de esos simples hechos y yo no los recuerdo. Sin embargo, recuerdo que nos divertimos

mucho haciéndote. Eso lo recuerdo bien.

—Apuesto a que sí"

—Eras un buen bebé, tal y como van los bebés. No llorabas demasiado. Tenías una disposición alegre". Dio una calada final al porro y dejó caer la colilla en la badeja de los tomates. —Eso parece que no ha durado mucho.

—¿Estuviste allí cuando yo nací?

—De modo que vamos a tener esta conversación". Micah exhaló la última nube de humo, deslizó su máscara hacia abajo y finalmente fijó sus acuosos ojos marrones en Erno. —Estuve allí. Estuve allí hasta que tuviste unos seis o siete meses. Luego me fui.

—¿Te hizo ella marcharte?

—En realidad no". Su voz ahora estaba amortiguada. —Ella quedó prendada de mí por el glamour... Yo era acróbata en... ¿el Circo Jacinto? Pero su hermana estaba en el matrimonio y en sus amigos. Ella tenía su mentor, su grupo de apoyo Yo solo era el padre. Estuvo bien mientras fue divertido, y tal vez pensé que era algo más cuando nos juntamos por primera vez, pero después de un tiempo dejó de ser divertido.

—¡Es que no querías la responsabilidad"

—Erno, para decirte la verdad, la responsabilidad no tuvo mucho que ver con ello. Me gustaba tenerte en el regazo y rascarte con mi barba. Te reías. Te lanzaba al aire y te atrapaba. Te gustaba eso. Pero también enloquecía a tu madre: «vas a lastimarlo», no paraba de decir.

Erno tuvo un repentino recuerdo de ser lamzado a lo alto, flotar, cayer. Reír.

—¿Y por qué te fuiste?

—Pam y yo simplemente no nos llevábamos bien. Yo conocí a otra mujer que se ponía caliente y Pam ya no parecía necesitarme más. Yo había cumplido mi propósito.

La emoción operó en Erno. Él se movía de un pie a otro. —No entiendo a los hombres como tú. ¡Te han encerrado aquí en un dormitorio! Eres viejo y no tienes nada.

—Tengo todo lo que necesito. Tengo amigos.

—Las mujeres se cagan encima de ti y no te importa.

—Hay mujeres que son iguales que yo. Tenemos lo que queremos. Trabajo. Leo. Cultivo mis plantas. No deseo cambiar el mundo. El mundo funciona para mí como está.

—El genio de los fundadores, Erno..." Micah abrió otro cajón y comenzó en el siguiente estante de tomates. —fue que redujeron al mínimo el contacto de varones y mujeres. Hicieron de ello algo puramente voluntario. ¿Te das cuenta de cómo durante muchos siglos, hombres y mujeres se hicieron pedazos debido a la intimidad forzada? En cada matrimonio, ¿de las décadas de mentiras que pagaron por cada semana de placer? ¿Que la gran mayoría de hombres y mujeres, cuando hablaban honestamente, lamentaban el día en que se habían casado? "

—¡No tenemos poder!

Micah hizo un ruido de disgusto. —Nadie tiene poder. En la Tierra, para cada privilegio, los hombres tenían seis obligaciones. Lamento que sientas que te han quitado algo. Si te sientes así, te sugiero que trabajes en construir tus propias relaciones. Cásate , por el amor de Dios. Nada te detiene.

Erno agarró a Micah por la muñeca. -¡Mírame!

Micah miró. -¿Sí?

—Tú sabías que yo era tu hijo. ¿No significa eso que me has estado prestando atención?

—Desde la distancia. Te deseo lo mejor, ya entiendes.

—¿Sabes que fui responsable de la explosión en la reunión? ¿Que los gendarmes me arrestaron?

—No. ¿En serio? Eso suena a problemas, Erno.

—¿No quieres preguntarme nada?

—Dame tu número. Si pienso en algo, te llamaré. Asumiendo que no estés desterrado para entonces.

Erno se gitó. Recorrió la hilera de hidropónicos.

—¡Vuelve a verme, Erno" - avisó Micah. -En cualquier momento. Lo digo en serio. ¿Te gusta la música?

El siguiente hombre estaba mirando a Erno ahora. Él cruzó la puerta del tubo de Ag, se quitó la máscara y la lanzó.

Parte de la barrera permeable debió de haber rozado la cara de Erno cuando este pasó, porque cuando salió del Este Cinco descubrió que no podía evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

El complejo de la Tribuna

Dos corredores de motocicletas han sido rivales durante mucho tiempo. El que cuenta la historia, Tony Lukatovich, ha estado ganando al otro en cada carrera. Tony toma riesgos cada vez mayores para ganar la aprobación de la multitud, sin éxito. Finalmente hace una apuesta con el narrador: quien gane la próxima carrera, el perdedor se suicidará.

El narrador piensa que Tony está loco. No quiere apostar. Pero cuando Tony amenaza con decirle al público que es un cobarde, él acepta.

En la siguiente carrera, Tony y otro motorista van por delante del narrador hasta la última curva, donde la moto de Tony golpea a la del líder y ambos se estrellan. El narrador gana, pero Tony muere en el accidente.

Luego, el narrador descubre que, antes de la carrera, Tony le había dicho a un periodista que el narrador había decidido retirarse después del siguiente accidente fatal. ¿Tony se mató deliberadamente para hacerle retirarse?

Sin embargo, a pesar de la noticia, el ganador no tiene que retirarse. Puede decir que ha cambiado de opinión. Tony no ha ganado nada, ¿verdad? Si así fuese, ¿qué?

Trece

Erno no había salido del apartamento en días. Después de su entrevista con la policía, su madre lo había acosado como el mal humor, y eso fue todo lo que él podía hacer para evitar su mirada de reproche. Tía Sophie y Lena, e incluso Aphra, actuaban como si él tuviera alguna enfermedad terminal contagiosa. Tenían la intención de llenarle de vergüenza hasta aplastarle. Erno se escondió en su habitación a escuchar una grabación antigua, "Black and Blue, - de Louis Armstrong. El jazzman, muerto hacía mucho tiempo, gruñó: "¿Qué hice para sentirme tan negro y triste?

Un hombre de verdad respondería. Tyler lo haría. Y todos sabrían que les habían tomado el pelo y sabrían en el fondo del corazón de su suposición de superioridad. Algo que mostraría permanentemente a las mujeres que los hombres no deben ser ignorados.

Erno abrió su cuaderno e intentó escribir un poema.

Cuando golpeas a alguien

Eso cambia su cara.

Tu madre parece sorprendida y vieja.

Alicia parece más joven.

Los hombres llamados Cluny se vuelven aún más estúpidos de lo que son.

Te duele el puño.

Te duele el hombro.

La mayor sorpresa: puedes hacerlo.

Tu puño está allí al final de tu brazo

Esperando

En cualquier momento

Tanto si lo sabes como si no.

En cuanto sabes esto

El mundo cambia.

Observó las líneas durante unos minutos y luego las borró. En su lugar, intentó escribir un chiste.

P: ¿Cuántas matronas se necesitan para meter una bombilla?

R: A las bombillas no les gusta que las matronas se las metan.

Apagó la pantalla y se tumbó en la cama, con las manos detrás de la cabeza, y miró al techo. Él podría diseñar el virus GROSERO. Ni siquiera necesitaría acceso a las instalaciones de biotecnología; él sabía dónde podría conseguir casi todo lo requerido de los almacenes dentro de la colonia. Pero necesitaría un lugar lo bastaste secreto para que nadie le descubriera.

De pronto conocía el lugar. Y con eso, supo dónde Tyler se estaba escondiendo.

El tubo de lava del noroeste estaba bastante ocupado cuando Erno llegó a las 2300. Los primos cambio de turno entraron en los clubes abiertos, y las tiendas de libre empresa estaban haciendo su trabajo más pesado. La puerta del Almacén de Oxígeno estaba oscura y había un aviso público publicado en ella. La puerta estaba cerrada y Erno no quería llamar la atención tratando de forzarla.

Entonces regresó al almacén de materiales de construcción en el Norte Seis. Poco tráfico aquí, y Erno pudo entrar sin previo aviso. Se mantuvo detrás del pasillo más alejado hasta llegar a la pared del fondo y hasta la esclusa de aire abandonada que se estaba utilizando para el almacenamiento. Le llevó unos minutos mover los puntales del edificio y colarse hasta el otro extremo. La puerta se abrió y él estaba en el desierto tubo de lava.

Estaba completamente oscuro. Usó su linterna para volver sobre sus pasos de hacía unas semanas.

Poco después, Erno escuchó un leve ruido delante. Apagó la linterna y vio, más allá de varias curvas en la distancia, una luz tenue. Avanzó de puntillas hasta llegar a una sección donde la luz caía de una serie de

puertas abiertas. Se deslizó junto a la primera y escuchó.

Las voces del interior se detuvieron. Después de un momento, una de ellos avisó: "Entra.

Nervioso, Erno salió a la luz de la puerta abierta. Entornó los ojos y vio a Tyler y a un par de otros hombres en una sala repleta de mesas, cajas de comida seca, paquetes de oxígeno, ropa dispersa, mantas, trajes de superficie. Sobre la mesa había lectores de libros, bulbos de jugo medio llenos y bastones de gendarme.

Uno de los hombres más jóvenes se acercó a Erno y le dio una palmada en la espalda. —Erno. ¡Mi hombre" - Era Sid.

Los otros observaron especulativamente a Erno. Tyler estaba recostado contra la mesa. Llevaba una tensopiel de superficie; a su lado yacía su cinturón de herramientas. Su cabello se había convertido en un centímetro de cerdas rojas. Él sonrió. —Supongo que has traído las mercancías, Erno.

Erno sacó su cuaderno de su bolsillo. —Sí"

Tyler tomó el cuaderno y, sin apartar los ojos de los de Erno, lo puso sobre la mesa. —Puedes hacerlo, ¿verdad?

—Erno es un mago, - dijo Sid. —Puede hacerlo durmiendo.

Los otros jóvenes solo miraron a Erno. Les importaba lo que él iba a decir.

—Puedo hacerlo"

Tyler se rascó la comisura de la nariz con el dedo índice. —¿Lo harás?

—No lo sé"

—¿Por qué no lo sabes? ¿Es esta una decisión difícil?

—Por supuesto que sí. Morirán muchos niños. Nada volverá a ser lo mismo.

—Tenemos la impresión de que esa es la idea, Erno. Ven conmigo, - dijo

Tyler, saliendo de la mesa. —Tenemos que hablar.

Tyler ordenó a los demás que volvieran al trabajo y llevó a Erno a otra habitación. Esta tenía una cuna, un montón de ropa y bulbos de alcohol por todas partes. En una pantalla de pared había un esquema de la subestructura de la colonia.

Tyler empujó un montón de ropa de una silla. —Siéntate"

Erno se sentó. —Tú conocías este sitio antes de que viniéramos aquí la noche del disturbio.

Tyler no dijo nada.

—Me preguntaron si había una conspiración, - continuó Erno. —Les dije que no. ¿La hay?

—Claro que sí. Eres parte de ella.

—Yo no soy parte de nada"

—Ese es el problema con los hombres de los Primos, Erno. No somos parte de nada. Si un hombre no es parte de algo, entonces no le sirve a nadie.

—Ayúdame, Tyler. No lo entiendo.

—Dicen que los hombres no pueden vivir solo con otros hombres. No lo creo. ¿Alguna vez has estudiado la cultura guerrera?

—No."

—Hombres unidos: por deber, honor, clan. Así vivía el guerrero a lo largo de la historia. Esa era la definición de hombría.

—Las matronas dicen que los hombres son extremos, que puede llegar a hacer cualquier cosa. Tienen razón. Un hombre se entraría corriendo en un edificio derrumbado para rescatar a un completo desconocido. Por eso, durante la mayor parte de la historia humana, el guerrero fue necesario para la supervivencia del clan, más tarde para la nación.

—Pero el siglo XX drenó todo su significado. Primero, las grandes

naciones industriales explotaron la ética guerrera, destruyendo a los mejores de sus hijos por dinero, por ganancias materiales, por ideología política. Luego creció el movimiento feminista, que no entendía al guerrero y lo temía y ridiculizaba. Incluso persuadieron a algunos hombres para que rechazaran la masculinidad.

—Todo esto eventualmente borró el propósito de lo que quedaba de la cultura guerrera. Ahora, si la ética guerrera puede acaso existir, ha de ser personal. Deber, honor, el yo.

—¿El yo?

—El yo. De alguna manera siempre fue así. El sacrificio por los demás no trata de los demás, es la máxima afirmación del yo. Es el yo, después de todo, quien decide poner valor en el prójimo. Lo importante es el yo y el sacrificio, no la causa por la que te sacrificas. En el análisis final, todos los sacrificios están al servicio del yo. La afirmación masculina pura.

—No estamos hablando de entrar corriendo en un edificio colapsando, Tyler.

Tyler dio una carcajada. -¿Aún no lo entiendes, Erno? ¡Vivimos en un edificio colapsando"

—Si producimos este virus, morirá gente.

—Vivir como un hombre entre los Primos es la muerte. Ellos destruyen ciertas cosas, cosas que son buenas... solo esta sociedad las define como malas. Paternidad. Protección de los débiles por los fuertes. No hay fuerza en esto, Erno. No hay crecimiento. Los Primos son un callejón sin salida evolutivo. En tiempos de paz esto puede parecer bien y elegante, pero en tiempo de guerra, sería eliminado en un momento.

Erno no sabía qué decir.

—Esto no es un plan en busca de poder, Erno. ¿Crees que estoy en esto por alguna teoría abstracta? Esta es la sangre de la vida. Esto..."

Sid salió corriendo del pasillo. -Tyler, - dijo. —¡La puerta del almacén ha vuelto a girar"

Tyler se levantó al instante. Agarró a Erno por la camisa. —¿A quién se lo has contado?

—¿Contado? ¡A nadie"

—¡Busca a los demás!, - le dijo Tyler a Sid. Pero en cuanto Sid salió de la sala, una explosión sacudió el pasillo y las luces se apagaron. Tyler aún sujetaba a Erno por la camisa y le arrastró al suelo. El aire se llenó de humo picante.

—¡Sígueme si quieres vivir!, - susurró Tyler.

Se arrastraron lejos de la puerta del pasillo hacia el fondo de la habitación. A la luz de la pantalla de la pared, Tyler volcó el catre y abrió una puerta de un metro cuadrado colocada en la pared. Como Erno dudó, Tyler lo arrastró al oscuro túnel más allá.

Se arrastraron a gatas durante bastante tiempo. Los ojos de Erno se llenaron de lágrimas y tosió hasta vomitar. Tyler lo arrastró en la oscuridad hasta que llegaron a una cámara, tenuemente iluminada en rojo, donde pudieron levantrse. Al otro lado de la cámara había una puerta presurizada.

—Ponte esto, - dijo Tyler empujando un traje de superficie en los brazos de Erno. -¡Rápido"

Erno luchó por ponerse la tensopiel, todavía sin aliento. —Juro que no tuve nada que ver con esto, - dijo él.

—Ya lo sé, - dijo Tyler. Se selló su propio traje y cerró su casco con rayas de tigre.

—Prepárate. Esto no es una esclusa de aire, - dijo Tyler, y pulsó el control en la puerta exterior.

En el momento en que la puerta mostró un hueco, el aire salió de la cámara, casi derribando a Erno. Cuando esta se abrió lo suficiente, entraron tambaleándose hacia una grieta. La humedad en el aire que escapaba se congeló y cayó como escarcha en el vacío a su alrededor. Erno se preguntó si sus perseguidores podían sellar el tubo o regresar detrás de una puerta de presión antes de desmayarse.

Tyler y Erno emergieron de la grieta hacia un pozo inclinado, la mitad del cual estaba iluminado por el resplandor de la intensa luz solar. Subieron la pendiente a través de seis centímetros de polvo y llegaron a la superficie.

—¿Y ahora qué? - Dijo Erno.

Tyler sacudió la cabeza y apoyó la mano en la placa frontal de Erno. Se inclinó y tocó su casco con el de Erno. -Privado seis, encriptado.

Erno cambió la radio de su traje.

—No estarán fuera en nuestra busca por algún tiempo, - dijo Tyler. - Puesto que hemos dejado ese libro tuyo de Judas, puede que ni siquiera sepan dónde estamos.

—¿Libro de Judas?

—Tu cuaderno: debes de haberlo llevado contigo cuando los gendarmes te interrogaron.

—Sí. Pero no sabían lo que significaba el archivo o no me lo habrían devuelto.

—¿Te lo devolvieron? Tonto del culo. Le pusieron un rastreador.

Erno podía ver los oscuros ojos de Tyler a través del visor frontal, a centímetros de los suyos, pero separados por poco más que vidrio y vacío. —Lo siento"

—Olvídalo"

—Cuando regresemos, nos arrestarán. Podrían desterrarnos.

—No vamos a volver todavía. Sígueme"

—¿Adónde podemos ir?

—Hay una caseta de construcción en una mina de ilemenita abandonada al sur de aquí. Es una caminata, dos o tres horas, pero ¿qué mejor cosa que hacer en una mañana tan buena?

Tyler se giró y saltó por la superficie. Erno se quedó boquiabierto por un momento, luego lo siguió.

Se dirigieron hacia el Sur a lo largo del lado occidental del cráter. El suelo era mucho más rocoso, lleno de enormes rocas y pozos donde los antiguos tubos de lava se habían derrumbado milenios atrás. El traje que usaba Erno era demasiado apretado y le pellizcaba en las axilas y entrepierna. Sus termorreguladores lucharon contra la luz solar abierta, y él sintió su cuerpo dentro de la tensopiel pegajoso por el sudor. La tensión en la entrepierna se convertía en un dolor punzante a cada zancada.

Alrededor del lado sur de Fowler, atacaron hacia el Sur. Tyler siguió una línea de huellas en el polvo de botas y tractores. La tierra se elevaba hacia el Cerro de Adil después de un par de kilómetros, desde donde Erno miró atrás y vio, por primera vez, todo el cráter abovedado donde había pasado toda su vida.

—¿Es habitable esa caseta de construcción? - preguntó.

—La tengo equipada.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí eternamente.

—No lo haremos. Se calmarán. Olvidas que no hemos hecho nada más que rociar un mensaje de broma en la cúpula. Soy un comediante. ¿Qué esperan de un comediante?

Erno no le recordó a Tyler las posibles lesiones por descompresión que su escapada podría haber causado. Bajó la cabeza y se concentró en mantener el ritmo constante del gran hombre. Respiró hondo. Saltaron sin hablar durante una hora o más. A su izquierda, Erno notó una línea de pilones distantes, con hebras de cable colgados entre ellos. Era la ruta del funicular desde Fowler a Tsander, varios cientos de kilómetros al Sur.

Tyler comenzó a hablar. —Estoy trabajando en material nuevo para mi actuación de regreso. Se trata de la diferencia entre el amor y el sexo.

—Vale. ¿Y cuál es la diferencia?

—El sexo es como un bistec fresco. Huele genial, salivas, lo consumes en

un par de minutos, estás satisfecho, te sientes genial y te quedas dormido.

—¿Y el amor?

—El amor es completamente diferente. El amor es como la comida congelada: dura para siempre. Frío como el hidrógeno líquido. Lo sacas cuando lo necesitas, lo calientas. Te persuades a ti mismo de que es tan bueno como el sexo. Las personas que promueven el amor dicen que es aún mejor, pero esa es una mentira construida por necesidad. Lo único en lo que es mejor es morir de hambre.

—Tienes que trabajarlo más, - dijo Erno. Después de un momento, agregó: —Hay una historia en «Historias para hombres» sobre el amor.

—Creía que las historias para hombres serían sobre sexo.

—No. No hay sexo en ninguna de ellos. Casi no hay mujeres en absoluto. La mayoría de las historias son sobre hombres que compiten con otros hombres. Pero hay una sobre un hombre rico que apuesta a un joven pobre que el hambre es más fuerte que amor. Él encierra al pobre hombre y a su amante en habitaciones separadas con una ventana entre ellos, durante siete días, sin comida. Al final de los siete días están muertos de hambre. Luego los junta en una habitación con una única hogaza de pan.

—¿Quién se la come?

—El hombre la agarra, y está a punto de comérsela cuando alza la vista hacia la mujer, casi inconsciente por el hambre. Él se la da. Ella la rechaza, dice que él debería quedársela porque tiene más hambre que ella. Así que ellos ganan la apuesta.

Tyler dio una carcajada. -Si hubiera sido un bistec, habrían perdido". Continuaron caminando por un tiempo. —Esa historia no habla del amor. Habla del pobre venciendo al rico.

Erno lo consideró. -Quizá.

—Bueno, ¿qué has aprendido de ese libro? ¿Algo?

—Bueno, hay muchos asesinatos, es como si los escritores estuvieran

obsesionados con matar. Los personajes matan por diversión, por deporte, dinero, libertad o respeto. O por mujeres.

—Así era entonces, Erno. Los hombres..."

La voz de Tyler fue borrada por un tono que sonó a través de sus auriculares. Después de quince segundos, apareció la voz de una IA:

—Los satélites informan de una gran eyección de masa coronal solar. El flujo de partículas comenzará a aumentar en veinte minutos, alcanzando niveles letales dentro de treinta. Todas las personas en superficie deben buscar refugio de inmediato. Abstenerse de la exposición hasta la señal de todo despejado.

—Repito: se ha producido un evento importante de radiación solar. Todas las personas deben refugiarse de inmediato.

Ambos se detuvieron. Erno escudriñó el cielo, frenético. Por supuesto que no había diferencia. El sol mostraba la misma severa mirada de siempre. El corazón de Erno le latía en los oídos junto a las respiraciones profundas de Tyler en sus auriculares.

—¿Está muy aislada esa caseta? - le preguntó a Tyler. —¿Puede soportar una tormenta solar?

Tyler no respondió por un momento. —Lo dudo.

—¿Qué hay de la mina? ¿Hay un refugio contra la radiación? ¿O un túnel?

—Era una mina a cielo abierto. Además, - dijo Tyler con calma, —no podríamos llegar allí en veinte minutos.

Estaban a más de una hora al sur de la colonia.

Erno examinó el horizonte, buscando alguna señal de refugio. Una grieta, un tubo de lava, quizá se les acabara el aire, pero al menos no se freirían. Vio, nuevamente, las hebras de las torres de cable hacia el Este.

—¡La línea del funicular" - Dijo Erno. —Tiene refugios de radiación para los vagones en todo el trayecto.

—Si podemos alcanzar uno a tiempo.

Erno comprobó la lectura de su reloj. 0237. Se figuró que tenían hasta las 0300. Saltó hacia el Este, hacia las torres de cable. Tyler le siguió.

Los siguientes quince minutos pasaron en trance, una carrera surrealista a cámara lenta a través del polvo y las rocas hacia los pilones al Este. Erno se impulsó al límite de sus fuerzas, hasta que una neblina de manchas surgió ante sus ojos. Parecía moverse con agonizante lentitud.

Estaban a 500 metros del pilón del cable. 300 metros 100 metros. Estaban debajo de él.

Cuando llegaron al pilón, Erno buscó refugio en ambas direcciones. La línea de funicular estaba diseñada como protección contra la radiación para sumergirse bajo tierra periódicamente a lo largo de toda la ruta. La distancia entre los túneles estaba determinada por la velocidad máxima del vagón y la cantidad de advertencia anticipada que los pasajeros probablemente recibirían de un evento solar. No había forma de saber a qué distancia estaban de un refugio ni en qué dirección se encontraba el más cercano.

—Sur, - dijo Tyler. —La colonia es el siguiente refugio al Norte, y está demasiado lejos para que podamos correr, por lo que nuestra única opción debería ser el Sur.

Eran las 0251. Corrieron hacia el Sur, sus saltos ya no eran fuertes y bajos, sino que ahora tenían una desesperación cansada. Erno mantenía los ojos fijos en el horizonte. Los cables gemelos se extendían por encima de ellos como hilos de telaraña, plateados a la luz del sol, desapareciendo muy por delante, donde el siguiente pilón con forma de T se alzaba como la línea de meta en una carrera.

La T creció y, de repente, estaban sobre ella. Más allá, en su siguiente arco, el cable descendía hacia el horizonte. Siguieron corriendo, y cuando se acercaron, Erno vio que un túnel se abría en la distancia, y el cable entraba en él. Jadeó un gemido, que fue todo el grito que podía hacer.

Ya casi estaban allí cuando Erno se dio cuenta de que Tyler había disminuido la velocidad y ya no mantenía el ritmo. Se obligó a

detenerse, torpemente, casi arrojándose de cara al regolito. Miró atrás. Tyler había reducido la carrera a un paseo.

—¿Qué pasa? - jadeó Erno.

—Nada, - dijo Tyler. Aunque Erno podía escuchar el aliento irregular de Tyler, no había prisa en su voz.

—¡Vamos" - Gritó Erno.

Tyler se detuvo por completo. —Las mujeres y los niños primero.

Erno trató de recuperar el aliento. Su reloj marcaba las 0304. —¿Qué?

—Sigue adelante. Salva tu patética vida.

—¿Estás loco? ¿Quieres morir?

—Por supuesto que no. Quiero que entres primero.

—¿Por qué?

—Si no puedes descubrirlo ahora, yo no puedo explicarlo, Erno. Es una historia para un hombre.

Erno se quedó estupefacto.

—Ven aquí a la luz del sol conmigo, - dijo Tyler. -Se ve bonito desde aquí afuera.

Erno dio una carcajada. Retrocedió un paso hacia Tyler. Este dio otro. Se quedaron uno al lado del otro.

—Ese es mi hombre, Erno. Ahora, ¿cuánto tiempo se puede permanecer aquí fuerw?

El sol golpeaba brillantemente. La boca del túnel se abría cinco metros delante de ellos. Las 0307. Las 0309. Cada uno miraba al otro, ninguno se movió.

—Mi vida no es patética, - dijo Erno.

—Depende de cómo lo mires, - respondió Tyler.

—¿No crees que valga la pena salvar la tuya?

—¿Qué te hace pensar que se trata de una alerta de radiación real, Erno? La transmisión podría ser un truco para hacernos volver.

—Llevan anunciando advertencias desde hace semanas.

—Eso solo lo convierte en un truco más plausible.

—Esa no es razón para arriesgar nuestras vidas... ante la posibilidad de....

—No creo que sea un truco, Erno. Entraré en ese túnel. Después de ti.

Erno miró el oscuro túnel que tenía delante. 0311. Un solo salto hacia la seguridad. Incluso ahora los niveles letales de radiación podrían estar fluyendo a través de sus cuerpos. Una gota de sudor le picó en el ojo.

—¿Así que esto es lo que significa ser un hombre? - dijo Erno suavemente, tanto para sí mismo como para Tyler.

—Esto es todo, - dijo Tyler. —Y yo soy mejor hombre que tú.

Erno sintió una oleada de adrenalina. -No eres mejor que yo.

—Ya lo veremos.

—Tú no has logrado nada"

—No necesito que me digas lo que he logrado. Adelante, Erno. Vuelve a tu cueva.

0312. 0313. Erno podía sentir la radiación. Estaba destrozando proteínas y ADN en todo su cuerpo, rompiendo las paredes celulares, convirtiendo las moléculas orgánicas milagrosamente ordenadas de su cerebro en lodo. Pensó en Alicia, en la curva de su pecho, en la luz en sus ojos. ¿Le había dicho a sus amigas que él la había golpeado? Y vio a su madre. Vio el impacto y la sorpresa en su rostro cuando el libro la había golpeado. Qué enojado había estado. Quiso explicarle por qué lo había tirado. No debería ser tan difícil de explicar.

Vio que su sombra se extendía a su lado, aguda y estable, dos brazos,

dos piernas y una cabeza, un simio transportado de alguna manera a la luna. No, un simio no, un hombre. Qué milagro que un hombre pudiera mantenerse con vida en aquel lugar hostil, no solo mantenerlo con vida, sino también convertirlo en un hogar. Todo el intelecto, la planificación y el trabajo que se había dedicado para llevarlo hasta aquí, de pie en el exterior bajo el brutal sol, dejando que lo exterminara.

Miró a Tyler, fijo como una piedra.

—Esto es una locura, - dijo Erno, luego corrió hacia el túnel.

Un segundo después de refugiarse dentro, Tyler estaba allí a su lado.

Catorce

Encontraron el refugio de radiación a mitad del túnel, se encerraron adentro, se quitaron los trajes, bebieron un poco de agua, respiraron el aire fresco. Se apiñaron en la pequeña habitación de piedra, oliéndose el sudor del otro. Erno comenzó a sentirse enfermo: tenía escalofríos, sentía náuseas. Tyler lo obligó a beber agua, rodeó los hombros de Erno con el brazo.

Tyler dijo que era envenenamiento por radiación, pero dijo Erno que no. Quedó sentado sin palabras en la esquina las nueve horas que tardó en llegar la señal de todo despejado. Luego, ignorando a Tyler, se vistió y se dirigió de regreso a la colonia.

Quince

De modo que esta es la historia de cómo Erno descubrió que él no era un hombre. En eso, de hecho, Tyler tenía razón, y en que no había lugar para los hombres en la Sociedad de los Primos. Y que él, Erno, a pesar de sus quejas y rabia, era un primo.

El coste de este descubrimiento fue el propio destierro de Erno, y una cosa más.

Cuando Erno se entregó en el cuartel general de la policía, ansioso por hablarles sobre GROSERO y listo para ayudarlos a encontrar a Tyler, se sorprendió de su reacción moderada. No le hicieron preguntas. Lo miraron raro, con los ojos llenos de ira y algo más que ira. ¿Horror?

¿Aversión? ¿Lástima? Lo pusieron en la misma habitación blanca donde lo habían sentado antes, y lo dejaron allí solo. Después de un rato, la interrogadora rubia, Mona, entró y le dijo que tres personas habían resultado heridas cuando Tyler y Erno habían roto el sello de vacío mientras escapaban. Una que había insistido en arrastrarse detrás de ellos a través del túnel de escape, había quedada atrapado allí y muerto: la madre de Erno.

Erno y Tyler fueron juzgados por separado, y la colonia votó: debían ser expulsados. El destierro de Tyler fue permanente; Erno era libre de solicitar la readmisión después de diez años.

La noche anterior a su partida, a Erno, acompañado por un gendarme, se le permitió visitar su casa. Sabiendo lo completamente inadecuado que era, se disculpó con su hermana, su tía y sus primas. Tía Sophie y Nick lo trataron con rígida rectitud. Celeste, que de alguna manera no sentía la ira contra él que se merecía, lloró y le abrazó. Le dejaron empacar una bolsa de lona con varios artículos de su habitación.

Después de irse, le preguntó al gendarme si podía detenerse un momento en la terraza fuera del apartamento antes de volver a la cárcel. Echó un último vistazo al cráter abovedado desde el lugar donde había vivido todos los días de su vida. Respiró hondo y cerró los ojos. Su madre parecía estar en todas partes a su alrededor. Lo único que podía ver era a ella gateando, sobre manos y rodillas en la oscuridad, tratando desesperadamente de salvarlo de sí mismo. Qué enojada debe haber estado y qué asustada. ¿Qué debió haber pensado cuando el aire salió volando y sintió su próxima muerte? ¿Se arrepintió de haberle dado a luz?

Abrió los ojos. Allí en la terraza se encontraba el reciclador al que había arrojado piedras durante años. Metió la mano en su mochila, sacó Historias para Hombres y caminó hacia la papelera.

Alicia dobló una esquina. —Hola, Erno, - dijo ella.

A un paso de la papelera, Erno sostenía el libro torpemente en su mano, tratando de pensar en algo que decir. El gendarme los observaba.

—No puedo decirte cuánto lo siento, - le dijo a Alicia.

—Sé que no quisiste que esto sucediera, - dijo ella.

—No importa lo que quisiera. Sucedió.

Por impulso, le entregó la copia de Historias para Hombres. —No sé qué hacer con esto, - dijo. —¿Me lo guardarás?

A la mañana siguiente lo subieron al funicular para Tsander. Su exilio había comenzado.

FIN

7: Bajo El Árbol De La Tartera

Under The Lunchbox Tree. Publicado en Asimov's SF, julio 2003

El lunes comenzaron las horribles olimpiadas del retiro con pista y campo en el biódromo, y Mira, con un salto de cinco metros, quedó en último lugar en el salto amplio, y eso fue todo: ella prometió salir fuera de allí para el final de la semana. La enfermería era el Plan A, pero no estaba funcionando.

Se sentó en la mesa de examen con los pies colgando, tratando de parecer enferma. La enfermería era solo dos habitaciones, una oficina y una sala de tratamiento que contenía la mesa con el escáner múltiple flotando sobre ella como una gran mantis depredadora. La parte de arriba del escáner era de color blanquecino, que debía de haber sido diseñado para tranquilizar a los pacientes cuando este era nuevo hace veinte años. El color le recordó a Mira a la leche en mal estado. Una de las paredes estaba sintonizada con un paraíso tropical, probablemente Hawai o Filipinas, si ella recordaba los paisajes terrestres. Un volcán verde en forma de cono en la distancia se cernía sobre un campo verde bordeado por una cerca blanca, donde los caballos pastaban hierba o con el vientre hinchado, ojos somnolientos y la cabeza gacha, sus dulces rostros pensando pensamientos de caballos, agitando hombro o pata trasera de vez en cuando para desalojar una mosca. Ni los caballos mejoraron el estado mental de Mira.

—*No veo ningún signo de infección,* - avisó la enfermera desde la otra habitación. Entró en la sala de examen y colocó la ventana de diagnóstico junto a Mira sobre la mesa. —*¿Lo ves?*

Los gráficos de barras estaban todos en verde.

—*Me duele el estómago,* - insistió Mira.

—*No hay indicaciones.* - La enfermera era una aspirante a pálida matrona con un corte de pelo de rata.

—*Quizá me siento un poco mejor ahora,* - admitió Mira. —*Supongo que volveré a mi grupo.*

—*¿Necesitas que te lleve?* - preguntó la enfermera de una manera que dejaba completamente claro que lo último que le gustaría sería preocuparse por una fingidora de doce años más tiempo del necesario.

—*Estaré bien,* - dijo Mira. Ella saltó de la mesa. —*Gracias.*

—*No hay de qué.* - La enfermera se retiró a la oficina. Mientras Mira salía de la clínica, agarró la ventana de diagnóstico, se dio de alta colocando el pulgar, la arrugó y se la metió en el bolsillo.

Huyó de la clínica por el pasillo. Actuó como si volviera a los campos de juego que ocupaban la mitad de la burbuja volcánica que contenía Campo Pantanoso. Pero cuando llegó al arco que se abría a los campos verdes y al gran techo blanco, se apresuró a pasar al hábitat forestal experimental, tratando de pensar en el Plan B.

Mientras saltaba por el pasillo, cantaba:

—*Mi traje espacial tiene tres agujeros*.

—*Mi traje espacial tiene tres agujeros*.

—*Si no tuviera tres agujeros,*

—*No sería mi traje.*

—*Un agujero para la cabeza,*

—*Un agujero que se usa en la cama,*

—*El otro agujero significa,*

—*¡Santos Frijoles!*

—*¡Estoy muerta!*

Al pasar la sauna giró a la izquierda hacia el invernadero. Más allá

de la barrera semipermeable, el aire era húmedo y los árboles de hojas gruesas se alzaban sobre los senderos. Brillante luz del sol desde los heliotropos en el techo se filtraba a través de sus ramas. Oía el zumbido de los insectos y el canto de los pájaros.

Lo que odiaba del retiro era la fraudulenta fraternidad de las chicas. No era que a Mira no le gustaran algunas de las chicas (Kara y Rita eran incluso sus amigas) era que se suponía que tenías fingir tener cierta conexión mística con gente con la que no te verían casándote ni muerta.

A lo largo del camino encontró un árbol de la tartera. Las cajas más cercanas al tronco eran pequeñas y verdes, pero las más alejadas y altas, en las grandes ramas, eran cuadradas, blancas y maduras. Mira saltó un par de metros o más y logró pillar una. Aterrizó torpemente, acunando la caja en su regazo. Las letras en relieve en el celuloide rezaban*ALMUERZO*: ella tiró de la parte superior y la abrió. Dentro había un sándwich, una galleta, un odre de limonada y una manzana. Partió el sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada de su tallo interior y le dio un mordisco. Mientras comía, sacó a Cometa de su bolsillo. Ella le dio la vuelta en sus dedos y le pasó la uña del pulgar a lo largo de su helada melena negra.

Como Veronica... era el truco de Veronica en el retiro para dar un gran espectáculo de fraternidad, cuando en la colonia ella era la más grande apuñaladora por la espalda de la escuela. Ella revelaba secretos y contaba mentiras. Cuando Mira lr había revelado sus planes de conseguir un caballo, Veronica se lo contó a todos en la escuela. Mira apenas pudo asomar la cara durante un mes.

Mira tenía más en común con su hermano Marco de lo que tendría nunca con Veronica. Pero los consejeros actuaban como si no pudieras tener esa conexión con un chico. A Mira le gustaban los chicos (y no solo la parte sexual). La mayoría de los chicos, si les gustabas o no les gustabas, no podían ocultarlo. No fingían ser amigo tuyo y luego te apuñalaban cuando no estabas cerca (o si un chico lo intentaba, no se le daba bien eso). Pero en el círculo de confianza, Mira tenía que guardarse tales pensamientos para sí misma o la acusarían de disforia de género.

Y absolutamente lo peor de todo, el retiro era aburrido.

Mira separó el odre de limonada del lateral de la tartera y chupó por el tallo. La limonada estaba un poco agria, pero buena.

Metió a Cometa en un bolsillo y sacó la ventana de diagnóstico del otro. La alisó, tiró de las esquinas superiores para ponerla rígida. Era una pantalla de una sola hoja con una pipeta retráctil a lo largo del borde para tomar muestras de sangre.

Jugueteó con los controles. Tomó la pipeta y la metió en la limonada; después de un momento la clavó en el suelo al lado de ella.

La pantalla de temperatura se puso naranja. Las lecturas de sangre cambiaron a varios tonos de rojo. Mira sopló dentro de la pipeta y la volvió a colocar a un lado de la ventana. Dio un mordisco a su manzana.

—*¿Qué estás haciendo aquí?*

Sobresaltada, Mira alzó la vista. Era un hombre. Ella creía que no había hombres en Campo Pantanoso.

El hombre vestía un mono verde y llevaba un carrito lleno de botellas de spray y guantes de plástico. —*Se supone que las chicas del retiro no deben entrar al invernadero. Tenemos muchos experimentos en desarrollo aquí.*

Mira inclinó la cabeza. —*Lo siento,* - dijo ella.

—*Y no deberías tomar almuerzos de los árboles.*

Mira parpadeó un par de veces y se sintió complacida de generar un par de lágrimas. Con los ojos llenos de lágrimas, alzó la vista hacia al hombre. Era pequeño, con el pelo blanco disminuyendo en la parte superior, lo bastante largo en los costados para ser recogido y atado en un nudo en la nuca. Tenía la cara redonda sin barbilla. Sus ojos eran de un azul inocente.

Él vio sus lágrimas, y su tono cambió. Bajó del carrito. —*¿Qué pasa?*

—*Mi…mi madre,* - dijo Mira. Ella señaló la ventana de diagnóstico. —*Se está muriendo.*

—*¿Qué?* - El hombre echó un vistazo a las lecturas de la ventana. —*¿De dónde has sacado esto?*

—*La directora me llamó a la clínica. No me dijeron de qué se trataba, y cuando llegué allí, el doctor, el doctor* - Mira lanzó un pequeño temblor en su voz. —*dijo que madre había contraído un retrovirus de los Aristarcanos. Dijeron que estaba en cuarentena, que solo podía verla por remoto, y me dieron esto. Dijeron que no me haría ningún bien volver a casa, que no podría verla. Por eso me hacen quedarme aquí durante el resto del retiro.*

—*No.*

—*Sí. Y que yo no podía volver a las reuniones, así que me escapé y me escondí aquí. Y tenía hambre, y…*

El hombre se arrodilló a su lado. —*Está bien, chica. Lo entiendo.*

—*No puedo volver al retiro.*

—*En realidad no hay otra cosa que puedas hacer. Tal vez si le preguntas a la directora.*

—*¡Ella es la que dice que tengo que quedarme aquí!*

—*No sé qué decir.*

—*¿No puedes llevarme a casa?*

—*Oh, no. No podría.*

—*¿Sabes dónde hay un rover?*

—*Bueno…*

—*Debes tener uno, si trabajas por aquí. Por favor, ¿me llevarás a casa? ¿Por favor?*

—*Chica, eso no me compete decidirlo a mí. Yo solo soy un técnico.*

Mira comenzó a llorar en serio. Era casi como si su madre estuviera enferma y muriendo de verdad. La imaginó, en lugar de estar de vacaciones con Richard, flotando en un tanque de líquido lechoso sobre el que las nanomáquinas trabajaban desesperadamente. Pequeños indicadores parpadeaban en rojo y verde en los monitores de la silenciosa y oscura habitación. *—Por favor,* - susurró ella.

El hombre quedó sentado de cuclillas y en silencio durante un rato. Mira apagó el diagnóstico y lo arrugó (no servía de nada dejarlo abierto para que él tuviese tiempo de pensar). Él tendría que ser bastante simple para creerse su historia de todos modos. Ella miró al suelo y lloró un poco más.

Por fin el hombre dijo: *—¿Tienes un traje? ¿Puedes conseguirlo?*

—Sí, - dijo Mira mirando a sus ojos inocentes.

—Vale. Nos vemos en la esclusa de servicio en veinte minutos. Creo que puedo conseguir uno de los rovers. Pero de verdasd creo que deberías hablar con la directora otra vez.

—¡Oh, gracias, gracias! No sabes cuánto significa esto para mí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mira. ¿Cuál es el tuyo?

—Theodore Dorasson. La gente me llama Teddy.

—Gracias, Teddy. Gracias. Lo prometo, no te arrepentirás.

—No puedo arrepentirme de una buena acción.

Mira volvió a los campos de atletismo. Rodeó el borde de la pista, pasó las múltiples barras donde las empollonas de gimnasia alardeaban con sus acrobacias, hacia el vestuario. Kara y Rita estaban en línea junto al hoyo de salto alto, Rita parloteaba como siempre y Kara estaba de pie con una cadera extendida y la mano apoyada en esta. Kara vio a Mira y su mirada se movió un centímetro para seguirla, pero Mira negó con la cabeza y Kara se volvió a girar. Rita ni siquiera se dio cuenta. Mira corrió hacia el pasillo de castigo de las consejeras sin ser llamada.

Hasta que llegó al vestuario, donde la Consejera Leanne la detuvo. *—¿Que estas haciendo aqui?*

—La Consejera Betty me dijo que me pusiera mis zapatos para correr. Dijo que ya no puedo librarme de ello más tiempo.

—Está bien, entonces. Date prisa. - Leanne salió a la pista.

Se suponía que iban a hacer una caminata de superficie la tarde siguiente y ya se habían asignado trajepieles. Mira sacó el suyo de su taquilla, lo metió en una bolsa de mano, se puso el casco bajo el brazo y salió por la puerta trasera del vestuario. Intentó parecer como si tuviera control total, pero tenía un casco naranja brillante en sus brazos, su corazón latía como el de un pájaro, y si alguien hubiera intentado detenerla, ella se habría derrumbado en el acto.

Salió de la sección de dormitorios y bajó un nivel hasta la subestructura. Al final de un pasillo más allá de las salas para sistemas ambientales, climatización, almacenamiento y energía, Mira siguió las indicaciones hacia las esclusas de mantenimiento.

Dobló una esquina y casi se choca con Teddy. Él la agarró del hombro y se llevó un dedo a los labios. Teddy ya llevaba un trajepiel, amarillo con rayas plateadas reflectantes en piernas y brazos. Él sostenía su casco bajo el brazo y miró a un lado y otro del pasillo. Solo le faltaba una leyenda encima de la cabeza con la etiqueta:*Estoy rompiendo las reglas, por favor detenme.*

—Sígueme, - susurró él, y la condujo por un camino secundario hasta una puerta marcada como*No Entrar.*. La abrió y empujó a Mira adentro. Estaban en una habitación que olía a ozono, llena de afiladas tuberías. *—Ponte el traje,* - dijo Teddy.

Él no hizo ningún movimiento para darle privacidad. ¡Como si ella hubiera considerado acostarse con él! Pero aún así, consciente de su presencia, Mira se quedó en ropa interior y se puso las botas, luego enrolló el traje sobre las piernas y sobre la barriga. La tela se cerró sobre ella, tensa como la piel. Ella se encogió de hombros para meter los brazos por las mangas. La telaraña de termorreguladores se ajustó sobre ella, retorciéndose como si estuviera viva. Mira estaba transfiriendo el contenido de sus bolsillos a la bolsa del

cinturón del traje cuando Teddy le tocó el brazo. Ella dio un saltó.

—*Solo estoy revisando la energía de tu traje,* - dijo Teddy. Señaló las lecturas en el antebrazo de Mira. —*¿Tienes un disipador de calor nuevo?*

—*Sí,* - dijo ella.

Él le entregó el casco. —*Vamos.*

Pasaron por un pasillito entre máquinas y salieron por una puerta en la parte trasera del garaje. Teddy la guió por una hilera de deslizadores y subieron a la cabina de un pequeño rover de superficie.

Él crró la puerta de la cabina. —*Túmbate en el suelo. No te pongas el casco; iremos con mangas de camisa. Pero mantenlo a tu lado.*

Mira se hizo un ovillo en el suelo y sintió la leve vibración cuando Teddy puso en marcha el motor del rover. El vehículo se tambaleó hacia adelante, giró una vez, dos veces, luego se detuvo. Teddy pulsó algunos interruptores, y por fuera ella escuchó el ruido de una esclusa de carga. El rover avanzó de nuevo, se detuvo, la esclusa se cerró tras de ellos y el aire entró en ciclo.

Mira miró a Teddy que estaba tras los controles del rover. Él miraba fijamente al frente. Ella no podía adivinar lo que él estaba pensando. Teddy tenía que estar en Estándard de Vida Mínimo, un no votante trabajando en la mita. Un hombre de esa avanzada edad trabajando en la mita era un don nadie. Si tuviera un poco de talento o ambición, podría ser un artista, un músico, un científico. En cambio, vivía en un dormitorio y hacía trabajos de segunda.

O de lo contrario tenía una historia trágica en su pasado. Mira se preguntó qué podría ser. Su esposa había muerto en un accidente. O su compañera lo había usado como juguete, y en cuanto él perdió su atractivo, ella le dio largas. Aunque por su aspecto no parecía alguien que hubiera servido como juguete.

Diez minutos después, Mira sintió un golpe en el suelo del vehículo cuando la puerta de la esclusa de aire exterior se abrió. Esta vez no

hubo sonido. Teddy puso el vehículo en marcha y, así sin más, estaban fuera.

—*Vale, puedes levantarte ahora,* - dijo. —*Ponte el cinturón.*

Teddy condujo el vehículo a través del laberinto de radiación exteroior de la esclusa de aire. Las intensas luces del laberinto hicieron que Mira entornara los ojos. Cerca del final, la cantidad de polvo en el hormigón aumentaba y, de repente, salieron a la superficie.

Era media tarde, no muy diferente de cuando Mira había llegado al campamento tres días antes. El sol pegaba bien y borraba los contornos del paisaje. Estaban en una cresta, con colinas bajas en la distancia expulsadas de los impactos que habían formado los cráteres al Norte, incluida la colonia. El polvo sobre el regolito estaba arañado aquí con huellas de rover y de botas. El camino era un sencillo sendero de cuatro metros de ancho que corría hacia el norte hasta deslizarse hacia las colinas en el breve horizonte.

—*Relájate,* - dijo Teddy. —*En dos horas estarás en casa.* - Le entregó a Mira una botella de agua. —*¿Algo de música?* - Tocó un control en el panel y el sonido de un piano sonó en los altavoces. La música era furiosa y oscura.

—*¿Que es esto?*

—*Alkan. Un compositor francés, de la Tierra.*

—*No me gusta.*

—*Dale una oportunidad. Una chica debería probar cosas nuevas.*

Dos horas eran mucho más de lo que había llevado llegar al retiro en el funicular. ¿Qué pasaría cuando las consejeras descubrieran que se había escapado?

—*Estoy seguro de que tu madre va a estar bien,* - dijo Teddy. Había pasado a la IA de a bordo y dejado que el rover se condujera solo.

—*Supongo.*

—Deberían dejarte entrar al hospital cuando regreses. No les importará haberte dicho que no vayas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Eres su chica. La amas.

Mira se recordó a sí misma la imagen que había creado de su madre en el tanque de nanorreparación. Ella lo hizo real en su mente. Richard estaba allí, y Marco, observando desde detrás de una ventana. Los técnicos eran serviciales y eficientes. Marco llevaba los videos que su madre le había regalado el Día del Fundador. Richard vestía de negro, como siempre.

—¿A qué se dedica tu madre?

—Es genetista de plantas. Ella inventó el árbol de la tartera.

—No.

—En serio. Por eso fui allí cuando descubrí que estaba enferma. Me hacía sentir que estaba cerca de ella.

—Eso tiene sentido. Ella debe de estar en uno de los equipos de genetistas.

—Ella trabaja sola. Por eso la enviaron a Aristarco. Están teniendo algún tipo de colapso en el ecosistema allí y ella fue contratada para arreglarlo.

—Me parece que he podido oír hablar de eso.

Mira metió la mano en la bolsa de su cinturón y sacó a Cometa. —*Mira esto,* - dijo.

—¿Qué es eso? ¿Es un caballo?

—Mientras ella estaba allí, mi madre iba a hacer gestiones para conseguirme un caballo de la Tierra. Voy a ser la única chica en la luna que tenga un caballo. - Esa era la primera verdad que le había dicho a Teddy. —*Al menos iba a serlo,* - agregó tratando de quebrar un poco su voz. Ella pensó que había sonado bastante bien.

Teddy debe haber pensado eso también. —*Venga, no pienses en eso ahora. Piensa en buenos pensamientos. ¿Alguna vez has visto un caballo?*

—*He montado uno, en RV.* - Ella había descargado*Comenzando Equitación*de la biblioteca.

—*¿Qué harás cuando consigas tu caballo?*

—*¡Lo entrenaré para saltar! Lo enseñaré en el suelo de Fowler, en el parque Sobieski. Podemos conseguir permiso para un establo en el sótano de la torre. ¡En la Tierra incluso tienen caballos en las ciudades! Probablemente será difícil para él acostumbrarse a la baja G al principio. Le daré de comer el mismo forraje que le dan a las ovejas y los cerdos. Lo cepillaré todas las noches y le levantaré los cascos. Le trenzaré la melena. Limpiaré lo que ensucie, podemos reciclar sus desechos. No dejaré que nadie más lo toque, excepto tal vez Marco. ¿Te imaginas lo alto que podrá saltar aquí? ¡Apuesto a que saltaremos las fuentes en Sobieski sin siquiera mojarnos! Se va a llamar Cometa.*

—*Suena bien. Parece que lo tienes todo planeado.*

La música del piano seguía retumbando. Aunque podrían surgir problemas, con Teddy como un bebé sin barbilla, eso era todo lo que Mira podía hacer para evitar reírse.

Hacía calor en la cabina. El rover ya olía agrio, y Mira percibió un fuerte olor a sudor de Teddy. Habían llegado a la cresta de la Cresta de Adil, y el camino comenzaba una serie de curvas que descendían a la llanura. En las curvas cerradas, las bajadas eran de 100 metros o más. Entre los descansos en las colinas podía ver, delante de ellos, campos relucientes de colectores solares y, en la distancia, el cráter abovedado que era el hogar.

Aunque el cerebro del rover, que se ejecutaba fuera de la red LPS, era bastante adecuado para sortear el camino sinuoso, Teddy se cernía sobre los controles. Un mechón de cabello húmedo se había desprendido de su coleta y le colgaba junto a la mejilla.

Una luz roja comenzó a parpadear en el panel de control. La música del piano se detuvo y comenzó una voz: —*Esta es una alerta policial.*

Una niña…

Teddy tocó una tecla en el tablero y la voz se apagó, reemplazada nuevamente por el piano. Ninguno de los dos dijo nada.

Después de un rato, Mira dijo: *—No me gusta esta música. Está tullida. ¿Cómo es que te gusta?*

—Hay un piano en la madriguera, - dijo Teddy. *—Yo lo toco a veces.*

—¿Se te da bien?

—Nunca podría tocar nada de Alkan. En un buen día puedo tocat un ritmo lento con solo un par de errores.

—¿Vives en la madriguera?

—Si.

—¿No tienes familia?

—Mi madre murió hace mucho tiempo. Viví con mi tía Sonia una temporada. Nunca me he casado.

—¿Cuantos años tienes?

—Tengo sesenta.

Mira levantó los pies sobre el asiento y se abrazó las rodillas. *—Qué desperdicio,* - murmuró.

—¿Qué?

—Nada. ¿Qué te va a pasar cuando descubran que te llevaste este rover?

—Puedo explicar la situación. Tu les hablarás sobre tu madre, ¿no? Se tranquilizarán en cuanto escuchen eso.

—¿Eso crees? Me dijeron que no volviera a casa. Que yo estaba en el retiro.

—Algunas cosas son más importantes que el retiro. Tu directora lo

entenderá, una vez que piense en ello.

—Pero si no lo entienden, ¿qué harás tú?

—Supongo que me llevarán de regreso a las granjas. Me pondrán un collar y quedaré en periodo de prueba. He trabajado allí antes. No está tan mal. Tienen todos los tomates frescos que te puedas comer.

Cuanto más lo pensaba Mira, más miserable se sentía.

—Pero no llegará a eso, Mira, - dijo Teddy. *—Debes tener más fe en la buena voluntad de la gente.*

Ahora estaban en la llanura, corriendo directamente como una flecha entre los campos de los recolectores solares hacia la colonia. Máquinas se movían por los campos, quitando el polvo de las caras de los recolectores. No faltaba mucho ya.

—He metido, - dijo Mira. *—Mi madre no está enferma.*

Teddy la miró. Sus ojos azules eran amplios y claros. Sus orejas sobresalían de lado y sus labios estaban fruncidos. Parecía un payaso.

—¿Y esa muestra médica? ¿Qué pasa con...?

—¡No seas tan idiota, Teddy!

Él se giró hacia la carretera y agarró el volante.

—Me engañaste, - dijo en voz baja, y después de un momento, mirando por la ventana, *—No eres el primero. Probablemente no serás el último.*

Mira no dijo que ellos probablemente pensarían que él la había secuestrado. Era el crimen más negro que la Sociedad de los Primos podía imaginar; lo empujarían al estereotipo de sus peores pesadillas, probablemente ya lo habían hecho. Ella podría ahorrarse un montón de problemas simplemente siguiendo esa historia.

Teddy guardó silencio el resto del camino. El muro exterior se alzaba ante ellos. En su base brillaban las luces de la esclusa Sur.

Otro rover salió corriendo a su encuentro. Un par de figuras en trajes de superficie que viajaban sobre la parte de atrás saltaron junto al rover de Teddy. Mira vio la insignia policial sobre sus hombros. Ellos señalaron con fuerza la entrada de la esclusa de aire. Teddy asintió y los saludó con la mano.

Atravesaron el laberinto y entraron en la cámara de aire abierta de vehículos. El otro rover los siguió. Más agentes se amontonaron. Los agentes permanecieron impacientes a ambos lados del rover de Teddy mientras se bombeaba aire en la esclusa. El agente del lado de Mira era una mujer, y los tres del lado de Teddy eran dos mujeres y un hombre. Tras igualar la presión, abrieron las puertas del vehículo.

—¡No le hagáis daño! - gritó Mira, pero ya habían agarrado a Teddy por el cuello y arrastrado hasta el suelo.

En el cuartel general de la policía interrogaron a Mira y Teddy en diferentes habitaciones. Mira dijo la verdad, pero ellos no querían creerlo.

Luego, eventualmente parecieron creerlo. Luego vino el regaño de la madre de Mira. Los agentes la enconraron en el Spa Tranquilidad, y después de explicarle la situación, le entregaron a Mira. La pantalla parecía enorme. Su madre llevaba una elegante blusa escotada que Mira nunca había visto antes. Mira intentó no mirarla a los ojos. *—¿Como puedo confiar en ti?* - no dejaba de decir au madre. *—¡En un año y medio se supone que serás una adulta!* - Ella y Richard estaban interrumpiendo sus vacaciones y estarían en casa otro día.

Mira siguió preguntando a los agentes qué iban a hacer con Teddy, pero estos no le dijeron nada. Ella insistió en que la dejaran verlo. Ellos en cambio, le pusieron un collar a Mira y la llevaron a su casa.

Al menos el agente que la escoltó la dejó entrar sola. Era la una y media cuando abrió la puerta del apartamento y casi tropezó al entrar.

Marco había sacado todos sus caballos del estante y los había dejado en el suelo. Había una manada entera de ellos, bahías y

negros y pintos y palominos, algunos brincando con la pata delantera levantada y el cuello arqueado, otros al galope con orejas agachadas, otros relinchando con las fosas nasales ensanchadas, otros de pie sobre sus cuatro patas, otros con la cabeza agachada para pastar en el suelo de tela. Había yeguas y potros, pichones y ponis, sementales con pequeñas protuberancias entre las patas traseras para indicar que eran chicos. Algunos tenían veinte centímetros de alto, otros tan pequeños que Mira podía esconderlos en la palma de su mano.

Marco yacía en el suelo junto a ellos, completamente vestido, dormido con la cabeza sobre el brazo. Mira atravesó de puntillas el campo de caballos y se agachó a su lado. Las sombras laterales de los caballos, proyectadas por la luz de la noche, cayeron sobre su rostro. Cuando ella le tocó en el hombro, él se agitó. Sus párpados revolotearon y los abrió parpadeando. Le llevó un momento darse cuenta de quién era ella.

—*¿Qué estás haciendo aquí?* - le preguntó ella. —*Se suponía que te ibas a quedar con la Abuela Astrid.*

Él se frotó los ojos y se sentó. Una arruga le recorría la mejilla en donde había estado acostado sobre la manga de la camisa. —*Es aburrido estar allí, así que vine a casa. ¡Puedo cuidar de mí yo solo!*

Ella no se molestó en estar en desacuerdo con él.

—*Los agentes llamaron a buscar a mamá,* - dijo Marco. —*Dijeron que te enviarían a casa. ¿Qué ha pasado?*

—*Te lo diré por la mañana.* - Ella lo ayudó a levantarse y lo condujo, medio dormido, hacia su habitación. Logró meterlo en su cama, luego se sentó en el borde.

—*¿Estás metida en problemas?* - preguntó él.

—*Solo tengo que decirle a mamá que es culpa tuya.* - Ella lo empujó a un lado. —*Eso generalmente funciona.*

—*Ja, ja,* - dijo él con los párpados caídos. —*Mamá ya se sabe esa.*

Él soltó un gran suspiro y sus ojos se cerraron.

—*Gracias por preparar el comité de bienvenida,* - dijo Mira.

—*Sabía que necesitarías ver algunas caras conocidas,* - susurró Marco. Su respiración se volvió regular y él se quedó dormido.

Mira regresó a la sala de estar y comenzó a recoger los caballos y devolverlos a su habitación. No sería bueno que su madre viniera a casa y los encontrara por todo el suelo. Mientras lo hacía, se preguntó, por primera vez, cómo pasaba Marco las noches cuando todos los demás estaban fuera. Ella había imaginado eso como tener una gran libertad, uno de los muchos privilegios que los niños tenían sobre las niñas. A los niños no los enviaban a los retiros. Cuando Marco no estaba siendo adulado por una matrona, él tenía que hacer lo que quisiera. Podía pasar el rato en la Casa de los Hombres, quedarse despierto hasta cuando quisiera, reunirse con amigos y hacer bromas toda la noche.

Pero, ¿y si se quedara solo en casa? Eso sería aburrido muy rápido. Uno sentiría que a nadie le importas lo suficiente como para prestarte atención.

Mira se dio cuenta de que quedarse solo no siempre era un privilegio. Teddy se había quedado solo. Él era invisible. Mira no quería que Marco terminara siendo invisible. Marco era ella si ella hubiera nacido siendo un niño; su madre lo había hecho crecer a partir de una de las propias células de Mira, con el cromosoma X de Mira cambiado a Y, la única diferencia entre ellos.

Cuando Mira arregló el último de los caballos en sus estantes, sacó a Cometa del bolsillo y lo colocó delante. El caballito le devolvió la mirada, su rostro largo y noble, inteligente y alerta. Ella sabía que nunca tendría un caballo; los caballos no tenían ningún sentido en la luna.

Volvió a la sala de estar y se sentó en una silla a esperar a que su madre volviera a casa.

FIN

8: Luz Solar o Roca

Solar Light or Rock. Publicado en Asimov's SF, septiembre 2006

En la colonia Mayer, Erno vivía en el Hotel Gijón, en la calle Viernes, en una habitación de dos por tres metros apenas lo bastante alta como para que él estuviera de pie. La habitación contenía un colchón de gel, una ventana falsa y un millar de micros. Él asumía que todo lo que él decía o hacía en el hotel se estaba grabando para su posterior examen, aunque Erno no podía imaginar por qué a alguien le importaba lo que hacían los residentes de la Calle Viernes.

Lo más probable es que los micros fueran los restos de alguna cutre empresa que había fallado. Algunos aspirantes a emprendedor habían sembrado monitores autorreplicantes en toda la colonia con la esperanza de vender el servicio de espionaje o la idea del servicio de espionaje o protección contra el servicio de espionaje. La cosa había fracasado y ahora, a menos que vivieras en el parque y pudieras permitirte depuradores, tenías que lidiar con los micros.

Erno estaba sentado en el borde del colchón de gel con las piernas cruzadas, tratando de ponerse en movimiento. Demasiado vino anoche. Miró por la ventana a un paisaje de la Tierra: amanecer sobre montañas boscosas, cielo rosado y azul veteado de nubes blancas, el río en el valle atrapando el fuego plateado del sol. A lo lejos, un águila volaba en círculos sobre los acantilados. Erno respiró profundamente el aire ligeramente ácido de Mayer y relajó los músculos de su espalda y hombros. El águila se congeló en pleno vuelo, el follaje de los árboles dejó de moverse; luego, el pájaro saltó hacia atrás y repitió su pasada: un error en el arcaico generador de imágenes.

Erno había estado observando a ese tartamudeante águila durante seis meses. Diez minutos después él se puso de pie, se sacudió las chinches de brazos y piernas, se aplicó probióticos en la ingle y las

axilas, y se puso su rígido mono. Bebió el dedo de agua que quedaba en el bulbo junto a su cama y se comió el pastel de soja sobrante de la noche anterior.

Fuera de la habitación se encontró con Alois Reuther, que vivía en la habitación contigua. Alois, a punto de atravesar su puerta, levantó el brazo izquierdo a modo de saludo. Este parecía completamente normal. La última vez que Erno lo había visto, Alois lucía una mano de metal brillante con seis dedos y un manipulador especial.

—*¿Mano nueva?* - preguntó Erno.

—*La más nueva,* - dijo Alois. Giró la mano 360 grados y extendió su dedo índice veinte centímetros. El hecho de que la mano pareciera de carne en lugar de una máquina era inquietante. —*Mira,* - dijo. Alois tocó con el dedo la tenue lámpara del techo y la luz se intensificó.

—*Bonito,* - dijo Erno, completamente asqueado. Alois había reemplazado gran parte de su cuerpo con dispositivos obsoletos. Sus ojos eran lentes multifacetadas, su brazo izquierdo estaba hecho de pseudocarne rosa sobre un armazón de titanio y los servos en sus piernas hacían clic-clic cuando caminaba. Los dedos de su mano carnosa estaban manchados de amarillo por los cigarrillos que fumaba, importados de Clavius. Su destartalado traje azul, gastado en los codos, apestaba a humo rancio, y todas las noches Erno podía oírlo toser a través de la delgada pared que separaba sus habitaciones. Algunos de los otros residentes afirmaban que Alois había pasado un mal momento en Shackleton, otros que tenía una fortuna escondida en alguna cuenta secreta. Erno lo dudaba.

Alois encogió el dedo y extendió la mano para que Erno la estrechara. Erno dudó, luego la estrechó. El tacto de la mano era como carne cálida. Alois sonrió ferozmente y no quiso soltarla. —*Mira,* - dijo.

Cuando Erno bajó la vista hacia las manos agarradas, vio que el dedo meñique de Alois tenía un anillo de plata, el mismo anillo que Erno llevaba en su propio meñique. Asustado, soltó la mano de Alois, y el anillo en el dedo de Alois se hundió gradualmente en la

carne. Erno tocó el anillo en su propio dedo. Era lo único que tenía de su madre. Siempre lo llevaba puesto de modo que la piedra turquesa se asentara hacia su palma, haciendo que pareciera una simple alianza de plata y tener así menos riesgos de que los habitantes de la calle Viernes notaran de que él tenía algo de valor.

—*¡Imitación perfecta!* - dijo Alois. Tan abruptamente como había abordado a Erno, Alois se giró y colocó la mano nueva en la placa de la puerta. La puerta se abrió y Alois se apresuró a entrar en su habitación.

Alois era solo uno de los excéntricos que vivía en el hotel. Frente a Erno vivía Brian, un perro evolucionado que trabajaba como mensajero vinculado. Un piso abajo de las estrechas escaleras vivían un par de enanas llamadas Tesa y Teresa, cada una de solo un metro de altura. Al principio, Erno pensó que su estatura era un fenómeno de la naturaleza, hasta que la conserje le dijo que ambas eran una modificación genética probada y abandonada en Tycho. Ellas habían sido diseñadas a la mitad de tamaño para reducir la carga de recursos. Pero la modificicación nunca llegó a gustar al público y Tesa y Teresa se quedaron para vivir en un mundo de gigantes. Se ganaban la vida vendiendo videos pornográficos que producían en algún lugar del pantano electrónico en el extremo norte de la colonia. Erno había comprado uno y lo había encontrado bastante caliente. En el disco, ellas tenían la capacidad de transmitir por expresión y pose la desesperada necesidad de tener un pene insertado en alguna parte, cualquiera, de sus cuerpos, de inmediato. No había nada extraño en eso: lo extraño había sido ver esa habilidad traducida en dinero, algo de lo que había oído hablar en su hogar pero que nunca había entendido. Ahora, solitario en un lugar donde las reglas sexuales estaban al revés, lo entendía mejor. Le daba vergüenza admitir lo fácilmente que él se había convertido en consumidor.

La conserje ya estaba en su escritorio cuando Erno llegó al vestíbulo. —*Buenos días, señor Pamson,* - le dijo esta. —*Su alquiler ha vencido.*

—*Esta noche, Ana,* - dijo Erno. —*Lo prometo.*

—*Yo también lo prometo. Prometo que si no se te abre una puerta esta*

noche, no seré yo quien la abra.

—*No lo prometería sino no lo dijera en serio,* - dijo Erno.

—*Claro. El mortal Sr. P.*

Erno no podía pagar el alquiler. Anadem Benet le había estado prestando dinero en efectivo durante dos semanas. Tal vez fue porque era él un inmigrante de la Sociedad de los Primos y a ella le gustaba interrogarlo sobre la vida en lo que ella persistía en pensar que era una dictadura de mujeres. La primera vez que vio su pene, le preguntó por qué no era más grande. Ella tenía la idea de que Erno había nacido en un harén masculino, que había sido genéticamente diseñado para dar placer sexual. Las descripciones de Erno de la vida cotidiana entre los Primos solo la decepcionaron. —*Los Primos son una democracia anarcosocial diferenciada por género,* - insistió él, —*no una tiranía sexual con inversión de roles. Los fundadores eran mujeres y hombres; la primera presidenta, Nora Sobieski, decía que...*

—*Entonces, ¿por qué fuiste exiliado?*

—*Yo... cometí un error. Debido al cual, murió alguien.*

—*Ah* - Fue la única vez que él la había impresionado. El mortal señor P. Tal vez por eso le había dejado ella cabalgarla tanto tiempo. Anadem afirmaba que ella provenía de una de las familias más ricas de la luna, agraciada con modificaciones prenatales que le daban un intelecto relámpago y un equilibrio felino. Fue solo a través de una serie de reveses en ciertas inversiones y la malicia de su tía abuela Amelia (que Anadem permitía), que ella había llegado a administrar el Hotel Gijón. A Erno le resultaba difícil conciliar aquella historia con el cabello lacio y piel moteada de la mujer; y en cuanto al equilibrio sobrenatural, la única evidencia que Erno veía de ello era cuando ella salía agachada por la parte trasera del vestíbulo cada vez que Félix Menas bajaba por la calle Viernes buscándola.

Erno se dirigió hacia el bulevar. El tubo de lava Mayer había sido sellado con basalto espumado cuando lo presurizaron setenta años atrás, y estaba pintado con dióxido de titanio blanco. Pero donde

Erno vivía, la última actualización de pintura tenía que haber sido de hacía unos treinta años. Y los callejones estaban cubiertos de sombras. La calle Viernes, junto con las Calles Sábado y Domingo, era una de estas cortas calles laterales. El hotel Gijón se encontraba al final de la calle. Una pared del edificio fue construida de cara al tubo de lava. Al otro lado de la calle Viernes había otro hostal y una tienda de alquiler RIOP; al lado, una casa de empeños y una sala de juegos de azar arcade, y en la esquina, el Café Royale.

A medida que el bulevar serpenteaba su camino a través del corazón del tubo de lava, en algunos lugares este se interrumpía en un tramo de amplios escalones o rampas para negociar subidas o bajadas en el suelo natural que los diseñadores de la colonia habían retenido deliberadamente. Eso; y el hecho de que los edificios más antiguos estaban decorados con azulejos de cerámica roja, azul y amarilla; le daban al lugar su antiguo aspecto europeo. Las vistas se interrumpían por la curva de los edificios de estuco gris. Arriba, desde el brillante techo con su nido de pasarelas, los heliotropos proveían de luz solar lo que había bajo ellos. Desde el techo del hotel se podía ver una considerable subida por el tubo, a través de aire brumoso y con alto contenido de CO_2, hasta alejarse retorciéndose. Una ciudad de diez kilómetros de largo se extendía dentro de la hueca piel de serpiente que el antiguo vulcanismo lunar había mudado hacía varios miles de millones de años.

El primer lugar al que Erno había ido después de haber sido exiliado de la Sociedad de los Primos había sido la estación científica de Tsander, pero lo único que tenían allí era una batería de radiotelescopios y telescopios de rayos gamma, y un equipo de científicos con síndrome de Asperger. No querían trabajar con un aprendiz de biotecnología indocumentado de dieciocho años. Pero Erno accedió al Mercado Laboral Lunar y consiguió un trabajo en Dendronex Ltd. en Mayer, en los Cárpatos lunares.

Erno había oído poco sobre Mayer entre los Primos. Fundada por la UE en 2046, la colonia fue tomada por los vendedores libres en el Golpe de Abogados de 2073. Aquí, que Erno careciera de un chip ciudadano no era un problema. Cuando la economía estaba en marcha, inmigrantes como él mantenían bajos los costes laborales. Erno se ocupaba como asistente en un proyecto para agregar

enlaces de priones a la hormona del crecimiento humano. Era un trabajo sin sentido, y se había preguntado por qué Dendronex estaba interesado en ello, puesto que HGH era un exceso en el mercado y médicamente cuestionable de todos modos. Tres meses después de empezar el empleo descubrió el porqué cuando se reveló que Dendronex era una corporación fantasma de una pirámide IA. En el consiguiente pánico del mercado, dieciséis corporaciones asociadas fracasaron y Erno quedó en la calle.

Con el caos financiero, el trabajo se tornaba escaso. El cañón del riel seguía en operación enviando satélites a la baja órbita terrestre. Los únicos otros empleos que había eran en una fábrica que producía puntales de construcción de cermet, o en servicios de colonia. Así que, todos los días, Erno iba a la bolsa de trabajo y se sentaba en la sala de espera junto a docenas de personas con la esperanza de ser contratados para el trabajo diario. Como Erno no era miembro de la corporación de la colonia, le pagaban en efectivo, un ducado al día. El grupo de trabajo se quedaba el 20 por ciento como mucho. Erno guardaba el resto en su pulsera, compraba barras de proteína y, cuando podía permitírselo, una manzana o dos en la tienda al final de la calle Sábado.

Tony, el dueño de la tienda, le daba la murga a Erno sobre el sexo entre los Primos. ¿Echaba de menos Erno el sexo con sus hermanas?

—*Yo no tenía sexo con mis hermanas,* - le había dicho Erno.

—*¿Por qué no? ¿Eran feas?*

—*Los Primos no tienen sexo con sus parientes*.

—*Puedes decirme la verdad. Yo no soy intolerante como estos otros*.

—*Confía en mí, no lo tienen. Quiero decir, no es que haya una ley en contra, pero los imperativos culturales no necesitan ser codificados en la ley. La Sociedad de los Primos no se trata solo de sexo, es una cuestión de...*

—*Ya ya, Primo. Oye, tienes que comprar algo o salir de la tienda. ¿Qué tal un boleto de lotería?*

Tony ganaba más vendiendo boletos de lotería que frutas o antisenescentes. El escaparate de su tienda era una gran pantalla que controlaba a los últimos ganadores. Los residentes del «Fin De Semana» consultaban en ciclo las cámaras remotas de las celebridades: Balls Hakim, Sofonsiba Bridewell, Jun Yamada. Las observaban mudarse a su nuevo apartamento de lujo en el parque, iban a comprar ropa con ellas, las miraban teniendo relaciones sexuales con personas famosas. Todo el mundo hablaba sobre los ganadores con una mezcla de envidia y orgullo, como si fueran familia. Félix incluso afirmaba ser pariente de Gudrun Colt, quien había ganado el premio gordo hacía tres años, pero si lo era, ¿por qué vivía él en el «Fin De Semana»?

Desde el interior de la tienda, Tony podía ver a los transeúntes detenerse y mirar la pantalla, y él se burlaba cruelmente de ellos. Sus caras bovinas. Sus fantasías... —*Dos tipos de vagabundos,* - decía él levantando un dedo. —*El espíritu libre y sin restricciones. El individuo supremo, autosuficiente, que no pertenece a nadie*. - Levantó un segundo dedo. —*Luego tienes al parásito roto que se alimenta del trabajo de buenos ciudadanos, un mendigo y una prostituta, ladrón y estafador. Un desviado social que debe ser controlado, limitado, puesto en cuarentena. Congélalos a todos y olvida el botón descongelar*.

Erno se preguntó qué clase de vagabundo le consideraba Tony. Tenía mucho tiempo para pensarlo, porque sobre todo no tenía trabajo. Él era lo que llamaban *pobre*. Todas las personas que vivían en el «Fin De Semana» eran pobres, incluso los dueños de las tiendas de las que los demás residentes del hotel hablaban con envidia. Tony tenía fajos de billetes escondidos, le habían dicho. Erno no sabía qué creer.

Sobre todo, ser pobre era una cuestión de encontrar lo suficiente para comer y pagar el alquiler, y luego sentarse sin nada que hacer y sin mucha energía para hacerlo. La pobreza era aburrida. Aunque Erno había pasado la mayor parte de su adolescencia sintiéndose ignorado e infrautilizado, nunca se había sentido tan inútil. Se sentaba en la bolsa de trabajo toda la mañana y en el Café Royale toda la tarde.

Esa mañana, en la calle frente a la piscina de trabajo, una mujer vestida con ropas cutres vendía galletas calientes de un carrito, y

otra; no mayor que Celeste, la hermana pequeña de Erno; vendía sangre en bolsas de plástico. Dentro, cuarenta hombres y mujeres estaban sentados en sillas de plástico. Algunos comían galletas que habían comprado fuera, otros jugaban a las cartas. El «mu-eco» estaba repantigado en su cubículo a un lado con los pies encima de su escritorio. Si la gente intentaba hablar con él, este solo abría un perezoso ojo y soltaba un chiste. Su camisa blanca y cuello de quita y pon eran impecables, como si esperara ascender pronto, pero su comportamiento desmentía esa expectativa. Abajo; en el Kilómetro Milagroso, más allá del último muro de presión; los ricos tenían sus casas en el parque. Erno había caminado allí una vez para observar los grandes y limpios bancos de edificios, el notable desperdicio de agua en las fuentes, los exuberantes jardines colgantes. El mu-eco nunca viviría allí. Ninguno de ellos lo haría.

Aquello le recordaba un poco a los apartamentos en la pared del anillo en Fowler; pero en casa, vivir en un lugar tan agradable no era cuestión de tener dinero. Y aquí hasta los ricos tenían que respirar el mismo mal aire, y hacían que la gente se sentara en una habitación a esperar trabajo cuando podían fácilmente registrar online a los trabajadores y llamarlos remotamente.

Erno se unió a la multitud ante el mural de video a ver la repetición del partido de hockey de la noche anterior contra Aristarco. Se sentó junto a Rudi, un anciano con el que había trabajado varias veces. *—¿Algún trabajo hoy?*

—No, a menos que seas un perro. - La voz quebrada de Rudi era testigo de muchos años respirando polvo aglutinado. *—Jodidos perros. ¿Quién puede competir con un perro?*

—Los perros son de fiar, de acuerdo, - dijo Erno. *—Pero la gente es más inteligente.* - Echó un vistazo a la pantalla.*—¿Cómo estuvieron los Artilleros anoche?*

Rudi resopló, lo cual devino en una tos fuerte. Se inclinó hacia delante y su rostro se puso rojo. Erno le dio una palmada en la espalda. Cuando por fin remitió la tos, Rudy respiró tembloroso y continuó como si nada hubiera pasado, *—¿Se les paga por jugar? Profesionales*.

El video, subjetivo desde el punto de vista del defensa de los Artilleros, Hennessey Mbara, lo mostraba haciendo un placaje cruzado de un Aristarco en una alta parábola fuera de la pista. El delantero rebotó en la red de contención y aterrizó sobre sus pies, y desvió un pase a la altura del pecho desde el centro más allá del portero de los Artilleros. La sirena aulló. Las personas en el grupo de trabajo sacudieron sus cabezas y mostraron sombrías sonrisas. Se metieron otro chicle de humor y se quejaron del entrenador, de la estrategia, del delantero estrella que estaba en un bajón anotador. El portero, según los habituales, había perdido toda coordinación mano-ojo.

Erno seguía reflexionando sobre el comentario de Rudi. —*¿De dónde viene esa palabra, «profesional»? Ha sonado como, como si afirmaras ser algo, como si te hiciera ser más que alguien que simplemente hace eso*.

Rudi lo miró de reojo. —*Son monstruos, les pagan grandes sumas de dinero, ya no tienen bolas y estarán muertos antes de los cincuenta*.

—*Sí, pero ¿qué pasa con la palabra? ¿Qué profesa un profesional?*

—*Erno, por favor, cierra el pico*.

«Erno, cierra el pico». Nunca se había acostumbrado a la forma en que los hombres aquí consideraban que cada conversación era una competición.

La voz del mu–eco intervino. —*Necesito seis manipuladores certificados de Impresora de Objetos Integrados Remotos para Industrias D'Agro*. - Los hombres y mujeres en la sala se sentaron más recostados en sus sillas, los juegos de cartas se detuvieron. —*Frazielo, Minh, Renker, Wolfe, Marovic, Tayik. Preparad vuestros muñequeras*.

Los trabajadores nombrados todos se registraron en la ventana, pasaron sus antebrazos a través del escáner y se les permitió pasar a la burbuja donde serían llevados en carro a su puesto. Dejaron una veintena de gruñientes desempleados a su paso. Detrás de Erno, una de las jugadoras de cartas arrojó su mano, las cartas se deslizaron sobre la mesa y flotaron hasta el suelo. —*Ya he tenido suficiente por*

hoy, - dijo la mujer.

La habitación comenzó a despejarse. A esa hora del día había pocas posibilidades de que entrara otro trabajo. Erno se levantó, estiró las piernas, tocó a Rudi en el hombro y se fue. El viejo se quedó sentado allí. Erno no podía imaginar un lugar peor para estar a la edad de Rudi que la sala de espera de la bolsa de trabajo de Mayer. A menos que fueras el congelador del deudor.

Volvió hacia el «Fin De Semana». Cuando llegó allí, en lugar de continuar hacia el hotel, se deslizó en un asiento en el patio del Café Royale: una terracita nivelada de hormigón de un par de metros cuadrados, con amarillentas mesas de fibra de vidrio y sillas de tubo. Los otros edificios de la calle Viernes habían crecido a su alrededor dejando el café como un pequeño pozo en las sombras. Por diez céntimos podrías comprar un vaso de vino y sentarte y hablar con los otros desempleados. Del fondo llegaba un olor a pastel de levadura y cebolla frita que hizo gruñir el estómago de Erno. Un sándwich de cebolla costaba un cuarto de ducado.

Erno contó su calderilla. Tenía exactamente setenta y dos céntimos. Empujaba con el dedo las monedas por la palma de su mano, su dedo se deslizó sobre el perfil en relieve de Friedman en las dos monedas de cuarto, de Smith en las dos monedas de diez centavos, Jesús en la de dos centavos. Pidió un vino y observó el escaso tráfico en el bulevar: peatones, carretas eléctricas, perros mensajeros.

Un trío de ronceadores en la mesa de al lado discutían. —*Ganan mucho dinero en la Tierra,* - insistió uno de ellos, delgado, con cabello naranja.

—*¡La Tierra! Tú no podrías permanecer de pie ni diez minutos en la Tierra,* - dijo el corpulento con la cabeza afeitada.

—*Los modificadores genéticos se encargan de eso,* - dijo el tercero. —*Huesos más densos, mejor oxigenación*.

Estos tipos no tenían dinero para comprar zapatillas nuevas, y mucho menos terapia. Mientras Erno escuchaba su parloteo sin rumbo, Luis Ajodhia se acercó y se sentó a su mesa. Luis era alto,

delgado y vestía pantalones ajustados plateados y una camisa negra suelta. Siempre que sonreía, su boca ancha se arqueaba más alto en una esquina que en la otra, y sus ojos se cerraban hasta entornarse. Cuando Luis le había pedido dinero a Erno tras la primera vez que durmieron juntos, Erno no había entendido de qué le estaba hablando.

Hoy Luis se inclinó hacia él y le susurró al oído a Erno. —*Tengo una propuesta de negocios*.

—*No soy un banco, Luis*.

—*Solo necesitas cuarenta ducados para entrar en esto*.

Erno se rio. —*No tengo cuarenta ducados*.

—*No me engañes. Viniste aquí con dinero, dinero de los Primos*.

—*En eso te equivocas*.

—*¿No tienes cuarenta? Entonces, ¿cuánto tienes, caramelito?* - Luis golpeó la cicatrizada superficie de la mesa con sus largos dedos.

Los hombres de la conversación de emigración seguían a lo suyo. —*La organización política en la Tierra sabe cómo administrar una sociedad.*

—*Sí, ellos manejan las cosas. Ese es el problema. «Laissez-faire» a mí*.

—*Si te pasas un solo paso del estándar, la corporación te permitirá hacer una feria en el congelador*.

—*No le tengo miedo al congelador*.

Además de sus ahora sesenta y dos céntimos, Erno solo tenía un ducado treinta en su pulsera, el cual le debía a Anadem. —*¿Cuál es la propuesta?*

Luis lo miró con esos ojos entornados como si evaluara si Erno valía su confianza. —*Sé quién ganará el partido de hockey de esta noche*.

—*¿Y cómo sabes eso?*

—Pasé la noche en el Hotel Serentatis con el delantero de los Aristócratas. Me dijo que los Aristócratas iban a entregar el partido.

—¿Por qué te iba decir eso?

—Tengo medios de persuasión, querido muchacho. Las probabilidades son de 6 a 1 para los Artilleros.

—¿Y si los Artilleros pierden?

—No perderán. Lo sé, Erno.

—Y ahora que me lo has dicho, yo también lo sé. ¿Para qué te necesito?

—Me necesitas porque conozco a los corredores de apuestas y puedo obtener los mejores pronósticos.

Mientras Erno y Luis regateaban, Alois Reuther se pasó por el café. Llevaba su traje azul y fumaba nerviosamente un cigarrillo en su nueva mano izquierda. Los tres hombres que habían estado discutiendo se levantaron de inmediato. *—Alois, viejo amigo,* - dijo el hombre de la cabeza rapada. *—Te hemos estado esperando. Tienes que venir con nosotros*.

Las lentes de Alois giraron mientras él enfocaba a los hombres. Intentó pasar entre ellos con un empujón. *—No, no tengo*.

—Au contraire, - dijo el hombre de pelo naranja pasando el brazo alrededor del hombro de Alois y guiándolo hacia el callejón detrás del café. *—El Sr. Blanc está preocupado por ti*.

—Por tus finanzas, - dijo el primero. *—Y tu salud*.

—Por ejemplo, esta mano, - dijo el tercero tomando la mano de Alois en la suya. *—¿Se ha unido correctamente?*

Con eso desaparecieron por el lateral del edificio. Un minuto después llegaron los sonidos de una paliza. Erno se levantó del asiento. Luis no se movió.

Tampoco nadie más en el café. Erno dio la vuelta hacia el callejón y vio a los tres hombres agachados sobre el cuerpo de Alois en las

sombras. —*¡Ey!* - Grito Erno. —*¡Basta!*

Los hombres levantaron la vista con indiferencia. —*¿Dónde está?* - uno de ellos le preguntó al otro, que estaba despejando basura a patadas por el suelo callejón.

—*No sé. Rebotó por aquí, creo. ¿Por qué tuviste que sacarla?*

—*Tú encuéntrala.*

Una nube de mosquitos de seguridad se acumuló sobre sus cabezas. Todos sus diminutos altavoces hablaron al unísono, produciendo un extraño coro de IA: —*En todas las disputas, los empresarios deben relacionarse entre sí con total transparencia. Por favor, esperen aquí hasta que llegue el agente de acuerdo.*

El tipo calvo metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta. La levantó hacia los monitores. —*He acumulado un Crédito de Desviación Social,* - anunció.

—*¿Y sus colegas?*

El hombrecillo mostró su propia tarjeta en un visto y no visto. Pero el del pelo naranja no tenía nada. El calvo le enfrentó. —*¿Qué? No me digas que estás fuera del CDS.*

—*Está bien, no te lo diré.*

—*¡Joder!* - dijo el hombrecillo.

—*Joder,* - dijo el grande. —*No sé por qué me casé contigo. Vámonos*. - Se enderezaron y pasaron junto a Erno con un empujón hacia la calle.

—*¿Por qué estáis...?* - comenzó Erno.

—*Ocúpate de tus propios asuntos,* - dijo el alto al pasar empujando con el hombro.

Erno se arrodilló junto Alois. Su camisa estaba desgarrada, su pierna doblada de modo raro y le habían arrancado la mano. Un reguero de sangre manaba de su cuero cabelludo, pero él estaba

respirando. Erno volvió corriendo al café. Luis estaba hablando con el gerente. Erno regresó con una toalla mojada y se la llevó a la inconsciente cabeza de Alois. En quince minutos, un aburrido agente de acuerdo pasó y cargó a Alois en un carro eléctrico.

—*¿Se va a poner bien?* - preguntó Erno.

—*¿Estaba bien antes de esto?* - dijo el agente.

—*¿A dónde lo van a llevar?*

El agente pasó el lector sobre el brazo bueno de Alois. —*Está asegurado. Lo llevaré al HMO de Magníficos Dividendos*.

—*¿Qué pasa con los hombres que le atacaron?*

El agente examinó con calma el cuerpo semiconsciente de Alois. —*En la escala de violencia, esto probablemente no esté fuera de una desviación estándar. ¿Quiere hacer una declaración?*

—*Eh... no.*

—*Entonces, buenos días*. - El agente se subió al carro y se alejó con el brazo sin mano de Alois colgando por un lado.

Luis salió de entre los curiosos espectadores y tiró de Erno de vuelta a la mesa. —*Bueno, ¿has terminado de perder el tiempo? Esta información solo es valiosa hasta el momento del partido*.

—*Esos le han dado una paliza sin más*.

—*¿Tú no tienes a nadie que quiera darte una paliza?*

«Todavía no», pensó Erno. «Pero la próxima semana podría ser Alois». Si Erno usaba todo lo que tenía para pagar el alquiler, no le quedaría suficiente para alimentarse. Ni siquiera podía sentarse en el café a menos que comprara algo. Tal vez podría darle largas a Ana con un ducado a cuenta, pero de cualquier forma que lo mirara, en una semana estaría en la miseria.

Podía vender sus posesiones. Tenía el spex que había traído de su casa. Tenía su buen traje, algunas otras ropas. Algunas tabletas de

potenciadores de CI. *—Tal vez pueda recaudar algo de dinero*.

—Ve a hacerlo. Te veré aquí a las 1600. Tendré que dejar las apuestas en un par de casas de apuestas diferentes o alguien descubrirá que se trama algo. Necesitamos amoquinar el dinero para las 1800. Para medianoche estaremos contando nuestras ganancias.

Erno salió del café y volvió a su habitación. Sacó los potenciadores del cajón y los metió en un bolsillo interior. Se puso sus zapatillas gastadas, luego plegó las buenas dentro de su traje y metió el traje bajo la chaqueta con el spex, con la esperanza de poder pasarlos delante de Anadem sin que ella los viera. Salió del hotel hacia la casa de empeños.

El escaparate de la tienda estaba lleno de bastidores con camisas de plasma, botas, spex, joyas, implantes sexuales, juguetes... Al fondo había objetos más viejos y extraños: libros de papel, esculturas mutables, lámparas horrorosas, antigüedades en drogas. Un chavalín estaba sentado en el suelo jugando con una rueda sobre una armadura de alambre. Varias personas estaban delante de Erno esperando a ser atendidos por la mujer detrás del mostrador. Erno se sentó en un banco hasta que llegó su turno. Se acercó a ella y dejó el traje y las zapatillas. Junto a ellos puso el spex y los potenciadores.

La mujer empujó con el dedo índice el spex por el mostrador hacia él. *—Sin valor.* - Pero ella recogió el traje por el cuello y lo sacudió. El traje había sido una de las posesiones más preciadas de Erno en Fowler, oscura seda sintética cortada para parecer un traje de gala de mediados del siglo XX. Ella lo dejó sobre el mostrador y pasó los dedos por la solapa. Miró a Erno. *—Dos ducados*.

—¿Dos ducados? No se puede encontrar una chaqueta así en ningún lugar de la colonia.

—Eso, amigo mío, no es un argumento a favor del artículo .

Erno suspiró. *—De acuerdo.* - Se quitó el brazalete. *—Acepte esto también. Tengo uno y medio en efectivo.* - Dudó, estaba girando el anillo de su madre en su dedo. Al final se lo quitó y lo puso en el mostrador. *—¿Qué tal esto?*

El anillo parecía tan pequeño allí solo. El hombre detrás de Erno se inclinó sobre su hombro para ver. La configuración plateada del anillo brillaba a la suave luz. La turquesa era de azul intenso.

La propietaria levantó el anillo a la luz. —*¿Esto es turquesa de la Tierra?*

—*Sí. La familia de mi madre vino de Nuevo México. Eso está en la Tierra*.

Ella le fulminó con la mirada. —*Eso ya lo sé.* - Volvió a dejar el anillo. —*Puedo darte veinte ducados*.

Erno recogió el anillo. —*No, gracias.*

—*Treinta. Eso es todo lo que puedo ofrecer*.

—*Cuarenta,* - dijo Erno.

Después de un momento, la mujer asintió. Reluctante, Erno le entregó el anillo. —*Guárdelo en un lugar seguro. Volveré a buscarlo más tarde esta noche*.

—*No estaré aquí. Ven por la mañana cuando abramos*. - La mujer le ofreció una tarjeta de efectivo, pero él insistió en cobrar en dinero. Contó cuatro billetes de tela de diez ducados, cada uno con su timbre de Heroico Establecimiento Especulador en su cara, y algunos de uno y calderilla. Erno se metió el dinero en el bolsillo y huyó de la tienda, casi tropezando con el chavalín al salir.

De vuelta al café, Luis estaba esperando. —*¿Tienes el dinero?*

Erno miró por el café para asegurarse de que nadie estaba mirando y dejó los billetes sobre la mesa. Sacó las monedas del bolsillo, reservando solo un cuarto. Llegó a cuarenta y seis ducados y noventa y ocho céntimos. —*¿Cuánto tienes tú?* - le preguntó a Luis.

—*Veintitrés ducados*.

Por un momento Erno se molestó; ¿Por qué Luis acudía a él por dinero cuando ni siquiera podía igualar lo que Erno contribuía? Pero luego lo superó. Ambos se estaban arriesgando y no importaba

quién pusiera más. Con un 6 a 1 se sacaría 281 ducados. Eso supondría salir de la rutina del fin de semana.

Luis recogió los billetes. *—Correcto y correcto, entonces. Apuesto esto y cuando ganemos te doy 225*.

—¿Qué? - Dijo Erno. *—Debería ser más que eso*.

—Diez por ciento por la información y diez por el riesgo, - dijo Luis.

—¿Qué riesgo?

—Voy a tener que dejar esto en tres casas de apuestas diferentes, hijo mío. Intenta dejarlo todo en una y la gente se dará cuenta.

Eran más de las 1600. *—Pues mejor será que nos demos prisa*.

—Tú espera aquí.

—Luis, confío en ti, pero no estoy loco.

Luis protestó, pero se rindió. Primero fueron a una casa que Erno siempre había pensado que era un centro de virtualidad. Observó a través del umbral y, diez minutos después, Luis regresó sonriendo con un boleto. *—Veinticinco por los Artilleros a 6 a 1*.

El siguiente local estaba en el centro de la colonia, el distrito de negocios con eficientes escaparates y seguridad mental aumentada. Luis dejó a Erno en una sala de juegos y entró en un edificio de diseño algorítmico con fachada dorada que databa de treinta años atrás, si no más. Erno deambuló por la plaza leyendo las citas incrustadas en el pavimento. Permaneció un rato en «En el estado de naturaleza, el Beneficio es la medida del Derecho,» por un tipo llamado Hobbes. Estaba merodeando por «No creo en un gobierno que nos proteja de nosotros mismos, (Reagan)» y tratando de evitar la mirada de los mosquitos de seguridad, cuando Luis regresó. Esta vez no estaba tan alegre. *—Solo pude conseguir 4 a 1. Los bastardos son demasiado exclusivos al dar pronósticos*.

El tercer corredor de apuestas era una única persona, un grandullón con traje negro parado en la calle frente a los almacenes cerca de las esclusas de los cañones de rail. Erno insistió en subir con Luis. El

hombre sonrió cuando los vio. —*Luis, mi mayor y mejor amigo. ¿Quién es tu marcador?*

—*Mi nombre es Erno*.

La sonrisa del hombre se hizo muy amplia. Tenía un videodiente. —*¿Qué puedo hacer por vosotros?*

—*Necesito apostar algo de dinero en el partido de esta noche,* - dijo Luis.

—*Es tarde. Dejan caer el disco en veinte minutos*.

—*¿Quieres nuestro dinero o no?*

—*Siempre quiero tu dinero, Luis*.

—*Pues ahí va. Tenemos veinte ducados que queremos poner a los Artilleros*.

El hombre arqueó una ceja. —*Emprendedores. Te doy un 2 a 1*.

—*¿Dos a uno?* - Dijo Erno.

—*Se han hecho muchas apuestas en la última hora a favor de los Artilleros,* - dijo Negro. —*Debe de haber algún acceso al espíritu de equipo, creo. Las probabilidades se vienen abajo como un Primo cachondo*.

—*Mierda, espíritu de equipo. No puedes...*

—*2 a 1, Luis, declinando mientras hablamos. ¿Tal vez quieras apostar en un partido diferente? Puedo ofrecer 7 a 1 en el partido de Shackleton*.

Luis sacó los billetes del bolsillo. —*No. Lo aceptaremos*.

Erno estaba calculando cuánto les costarían las probabilidades reducidas. Iba a decir algo, pero Luis ya había entregado el efectivo y recibido el resguardo.

—*Nos vemos después del partido,* - dijo Luis.

Negro asintió y sonrió. —*Aquí estaré, querido* - su diente brilló en rosa, luego azul- —*si se prueba necesario*.

En su camino de regreso al café, Erno le preguntó a Luis: —*¿A qué ha ido eso? ¿2 a 1?*

—*Se debe de haber corrido la voz. Demasiada gente debe de haber apostado por los Artilleros*.

—*No deberías haber apostado los últimos veinte*.

—*Relájate. Aún así duplicamos nuestro dinero. Hemos tenido suerte de haber llegado a las otras casas de apuestas antes de que bajaran los pronósticos*.

Erno se mordió la lengua. Todo el asunto olía mal. Palpó en el bolsillo su último cuarto. Sin alquiler. Sin trabajo. Su madre estaba muerta y él había empeñado su anillo.

Regresaron a la cafetería y pidieron dos vinos. Erno dejó que pagara Luis. Cuando llegaron allí, el primer cuarto había comenzado: ambos observaban por la ventana de enfrente de Tony's al otro lado de la calle. Los Artilleros estaban patinando con más energía de la que habían mostrado en un mes. Pasaban tanto tiempo en el lado de la pista de los Aristócratas como en el suyo, una novedad distinta. Anotaron primero en un tiro desde la línea azul. Mantuvieron a los "Aristos" desequilibrados con una brutal defensa. Erno estaba sentado en el borde de su asiento. Al final del primer cuarto, durante una jugada de poder, el Artillero delantero saltó volando sobre el defensor que intentaba controlarlo. El central lanzó un tiro al aire que el delantero desvió con la hoja de su palo sobre el hombro derecho del portero hacia la red. La arena estalló en vítores. Erno saltó de su asiento, voló tres metros en el aire. Luis lo atrapó al bajar, le giró y le abrazó. El repentino contacto físico sorprendió a Erno; se dio cuenta de que no había sido tocado por otro ser humano desde la última vez que él y Anadem habían tenido sexo.

—*¡Lo ves!* - Gritó Luis besándolo.

Qué lugar tan extraño era este. El sexo estaba racionado, el dinero

estaba racionado, el sexo valía dinero y el dinero era sexy. Erno pensó en lo que haría con sus ganancias. Después de recuperar su anillo iría a la clínica a asegurarse de que Alois estaba bien. Y luego, de un modo u otro, aunque tuviera que pagarlo... ¿cómo lo llamaban?, echaría un polvo.

Treinta segundos después del segundo cuarto, los Aristócratas anotaron. El segundo cuarto se libró a mitad del hielo, con pocos tiros claros por parte de ambos equipos. Erno comenzó a preocuparse de que los Aristócratas jugaran tan bien como solían. No parecían un equipo que intentaba perder. Cuando mencionó esto, Luis respondió que probablemente solo había un par de jugadores que estaban untados en el partido.

—*¡Por qué no me dijiste eso antes!*

—*¿Qué esperabas? No hace falta un equipo entero para entregar un partido, Erno. Un par de jugadas clave ya sirven*.

En el tercer cuarto, los Aristócratas pusieron un ritmo furioso. El disco rebotaba en la cúpula de la red. Los pases voladores desviados al saltar los revestimientos frontales terminaban en la hoja de un delantero que acababa de golpear el disco, y solo el inspirado portero de los Artilleros mantenía el equipo por adelante. Cinco minutos después, los Aristócratas ejecutaron un disparo de tres carambolas desde la cúpula que fue pescado en la esquina de la red por un delantero esperando. Un minuto más tarde anotaron por una parada de chiripa en el patín de un defensa. Los "Aristos" ganan 3-2.

Quedar atrás en el marcador pareció inspirar a los Artilleros, y estos se defendieron poniendo varios buenos tiros en la red que el portero de los Aristócratas bloqueó. Erno no podía sentarse. Caminaba por el café pisando el hormigón con tanta fuerza a cada paso que flotaba. Cuando el reloj dio los diez minutos restantes, Erno se volvió hacia Luis y le dijo: —*No puedo soportar esto*. - Salió y se apresuró hacia la arena, confiando en poder entrar. Pero aunque las puertas estaban abiertas, una quimera uniformada estaba afuera.

—*¿Puedo entrar?* - preguntó Erno.

—*Un ducado,* - dijo la quimera. Sus orejas eran puntiagudas, su cara

pálida como la de un bebé, sus antiguos ojos marrones como ágatas, impasibles. Su uniforme lucía charreteras con luz verde y un cinturón fluorescente a juego. Atado al cinturón había un bastón de aturdimiento.

—*Por favor,* - dijo Erno. —*Solo quedan unos minutos*.

—*Puede entrar si tiene crédito*.

Erno podía escuchar a la multitud dentro, gritando, animando ocasionalmente. Él caminó de un lado a otro mirándose los pies. Si tuviera algo de crédito podría cruzar la puerta sin más. Pero su pulsera había desaparecido. Le había dado todo lo que tenía a Luis Ajodhia. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

De pronto un gran rugido estalló desde las puertas de la arena. Él corrió hacia el guardia. —*¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado?*

La quimera se tapó la oreja con la mano. —*Los Artilleros han empatado el partido. Un gol envolvente*.

—*¿Cuánto tiempo queda?*

—*Dos minutos y cincuenta y dos segundos*.

—*Por favor déjame entrar.*

—*No.*

Erno caminó en círculos. Le hormigueaba el cuero cabelludo y le pitaban los oídos. Cerró los ojos y respiró hondo. Por favor, marcad, pensó. Por favor anotad. Levantó la vista hacia el techo del tubo de lava. El aire era brumoso aquí, la luz de los heliotropos se atenuaba para indicar la noche. En lo alto de las pasarelas, un par de chavales estaban jodiendo.

Erno pateó el pavimento con su zapatilla deshilachada. Vitores salían por la puerta abierta. Erno podía imaginar a la multitud, de pie ahora, gritando, agitando los puños a los jugadores. Los últimos dos minutos fueron una eternidad. Si iban a tiempo extra, Erno no creía que pudiera soportarlo.

Luego vino un gran jadeo, un gemido oceánico puntuado por gritos y lamentos de ira, incluso desesperación.

Un par de minutos después, las primeras personas comenzaron a salir de la arena, maldiciendo, discutiendo, riendo amargamente o completamente en silencio. Cuando pasaron junto a él, Erno escuchó a una mujer decirle a su hosco compañero: —*Bueno, al menos han jugado un buen partido*.

Luis no estaba allí cuando Erno regresó al café. Erno regresó a su habitación y se arrojó sobre la estera de gel. Se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza y miró al techo. Tres micros estaban fijados allí inmóviles, microcámaras apuntadas hacia él. A nadie, se recordó él, le importaba lo suficiente como para estar observando. El techo estaba hecho de adobe de regolito, tan viejo que probablemente había sido construido por personas en lugar de RIOP. Esos remolinos y surcos, cargados de tierra, habían sido arrastrados a la superficie por una mano muerta hace mucho tiempo. ¿Cuántas personas se habían acostado en esta habitación y mirado el techo? ¿Cuántos habían estado tan arruinados como Erno? ¿Cuántas personas se habían gritado unos a otros de rabia y frustración en esta habitación?, ¿cuántos habían hecho el amor aquí?, ¿cuántos niños habían sido concebidos?, ¿cuántos planes habían sido hechos y abandonados?

Bueno, él tenía que planear ahora. Lo primero que tenía que planear era cómo sacar sus cosas del hotel sin que Anadem le viera. Si intentaba sacar una maleta, ella sabría de inmediato que estaba escapando. Lo que significaba que solo podía llevar lo que pudiera ponerse.

No quedaba gran cosa de todos modos. Se desvistió y se puso las dos camisas restantes, la chaqueta y los pantalones cortos debajo de los pantalones. Comenzó a sudar y se sintió como un idiota, pero en el espejo no parecía demasiado absurdo. Metió su cuaderno en un bolsillo, su spex en otro. Todavía tenía su cuarto, su último dinero en el mundo.

Fuera de su habitación, la luz que Alois había hecho milagrosamente más brillante con su toque esa mañana se había apagado. Un piso más abajo oyó risas procedentes de la habitación

de Tesa y Teresa. Cuando llegó al vestíbulo, encontró a Anadem tumbada en el diván de su oficina.

—¡*Tu alquiler!* - avisó ella.

—¡*Vuelvo en cinco minutos!* - dijo él saludándola mientras salía. Se apresuró hacia el café con la esperanza de encontrar a Luis. Caía la noche. Los heliotropos estaban enmascarados. Una música resonaba en los tambores y tubos de fondo, una canción que recordaba a su casa, «Luz Solar o Roca» de la estrella del pop HijadeNube. El café estaba abarrotado, se hablaba fuerte. Pero cuando preguntó por ahí, Tony dijo que Luis no había estado allí desde esa tarde.

De pronto el peso del día, y de los últimos seis meses, cayó sobre Erno con tanta fuerza que se le doblaron las rodillas y él se sentó en la acera. Se puso la cabeza entre las manos. A través del zumbido de las conversaciones llegó la dulce y burlona voz de HijadeNube:

Pero parece que te equivocaste

Y la verdad vino como un shock

Sobre cuál era más fuerte

Luz solar o roca.

Miró por el callejón donde habían apalizado a Alois. Anadem no haría que le dieran una paliza, calculó él. Él simplemente se moriría de hambre, sería arrestado, puesto en los congeladores hasta que alguna empresa pagara su salida como trabajador por contrato. Erno parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

Algo se movió en las sombras. En el callejón, un perro estaba husmeando. Erno levantó la cabeza, se puso de pie y volvió a mirar. Era su vecino Brian. —*¿Qué estás haciendo aquí?* - le preguntó Erno al perro.

El perro levantó su angosta cara blanca. —*Buenas tardes, señor,* - gruñó. —*Huelo algo.*

Algo se movió, escurriéndose debajo de los papeles desechados. Había pocos animales pequeños en esta colonia, ni siquiera pájaros,

ni en este erróneo lugar, donde ni siquiera tenían una ecología real, solo personas. Brian se tensó con las orejas hacia atrás. —*¡Quieto!* - dijo Erno agarrando el cuello de la camisa del perro. Extendió la mano, apartó el papel, y allí, apretada en un puño, encontró la mano artificial de Alois.

—*¿Puedo quedármela?* - se quejó el perro lastimeramente.

—*No.* - Erno se metió la mano en el bolsillo, sacó la moneda y la metió en el bolsillo del pecho de Brian. —*Buen perro. Cómprate una galleta.*

El perro pareció inseguro, luego levantó las orejas y se alejó, claqueando con las uñas en el pavimento.

Erno empujó la mano con el dedo. Tan pronto como la tocó, esta se apartó con una sacudida. En la penumbra, Erno podía distinguir que la muñeca estaba pegajosa con algo de líquido que podría haber sido sangre, pero que probablemente era algo más complejo. Este no era un "servo" barato, tenía batería independiente e inteligencia rudimentaria.

Erno arrinconó la mano, la levantó y se la metió dentro de la camisa. Esta dejó de moverse, pero hacía un bulto que él ocultó manteniendo el brazo en el costado. La mano estaba caliente. Podía sentir el líquido en su piel.

Desde la calle Viernes bajó a la Autoridad Portuaria. La estación no estaba ocupada a esta hora, excepto por los pasajeros que esperaban el tren nocturno y los afásicos que se preparaban para acostarse en rincones oscuros. En la pizarra figuraban el funicular quincenal hacia Rima Sitsalis, otro a Le Vernier, y el monorrail de levitación magnética diario a las colonias del sur: Apolo 12, Hestodus, Tycho, Clavius, hasta Shackleton. Un billete hasta Shackleton costaba sesenta ducados. Él ni siquiera tenía ya su cuarto.

Pero sí tenía la mano de Alois. Una mano en la que Alois había invertido mucho, tal vez más de lo que era inmediatamente evidente. El portal leería cualquier chip de crédito estándar.

Erno caminó hacia la entrada del andén del monorrail. Se enderezó,

trató de actuar como si supiera exactamente adónde iba y no tuviera la más mínima preocupación en el mundo. Un hombre de negocios pasó por el portal delante de él. Erno se quedó atrás. Mantuvo el antebrazo en el costado, presionando la mano dentro de su camisa contra su barriga. Cuando ambos se acercaron al portal, los dedos de la mano comenzaron a moverse. Erno no se inmutó.

Pasó por el portal. La mano, debajo de su camisa, se congeló. Erno bajó por el tubo y sintió que la presión del aire cambiaba al pasar por la esclusa hacia el tren que esperaba en el túnel sin aire. Entró en el monorrail. El indicador en la puerta brilló en verde, y Erno había pasado.

Recorrió el pasillo del vagón revisando los compartimentos al pasar. La mayoría de ellos estaban ocupados por personas que no parecían más prósperas que Erno. Abrió la puerta de un compartimento vacío y se sentó junto a la ventana. En su barriga sentía el calor de la mano artificial. Alois había escondido al menos sesenta ducados allí, ¿cuánto más habría además de eso? Se preguntó qué estaría haciendo Alois en ese momento. Probablemente lo habían sacado de la clínica en cuanto lo remendaron. De vuelta al Hotel Gijón, ¿podría abrir la puerta de su habitación siquiera?

Diez minutos después, las puertas se cerraron, el umbilical se separó y el tren comenzó a moverse. Salieron del oscuro túnel hacia el brillante día lunar y, cuando el monorrail se abalanzó sobre los Cárpatos, la Tierra en su primer cuarto apareció a la vista sobre ellos. Erno todavía no estaba acostumbrado. En el viaje por funicular desde Tsander, le había fascinado ver que el planeta se elevaba por encima del horizonte a medida que se acercaban desde el otro lado. La primera vez que lo vio de verdad, hacía solo unos meses, parecía preñado de significado: Erno se estaba mudando a un mundo nuevo. Y aún estaba suspendida allí, turquesa y plata, brillando con vida orgánica, como había estado suspendida durante varios miles de millones de años. Era extraño imaginar un mundo con aire y agua en el exterior, donde podías salir en mangas de camisa, o incluso desnudo, donde el sol que brillaba sobre ti no era un enemigo sino un placer. Pero la gravedad allí tiraría de un chico de raza lunar como Erno al suelo y lo dejaría sin aliento.

Apoyó la cabeza contra la ventana del tren. La luz de la vieja Tierra

arrojaba sombras sobre su rostro y él se durmió.

FIN

9: La Chica Serpiente

The Snake Girl. Publicado en NC Literary Review 15, otoño de 2006

El invierno del tercer año de Ben Kwiatkowski fue el más frío registrado. La primera tormenta de nieve golpeó en Halloween y para Acción de Gracias la nieve estaba plana en las pendientes detrás del dormitorio de mujeres, donde los estudiantes se tiraban en trineo usando bandejas robadas de la cafetería. A principios de diciembre, el río que se enroscaba alrededor del campus como un signo de interrogación estaba congelado. Por las mañanas, colocado, cruzaba el puente sobre las vías del tren en su camino a clase de Termodinámica, Ben entornaba los ojos hacia un aullante viento ártico que le congelaba las lágrimas en las pestañas.

Pero cuando Ben conoció a Linda, todavía era septiembre, los cielos estaban despejados y el otoño del norte del estado de Nueva York todavía producía días soleados en los que te podías tumbar en el patio y observar chicas en minifalda lanzar frisbees a perros llamados Frodo. Fue en esta temporada tranquila cuando Linda apareció por primera vez en la sala de platos.

La sala de platos estaba en el salón comedor de Stanton, en el dormitorio de mujeres, donde la mayoría de los estudiantes de los dormitorios exteriores comían todos los días. Ben había trabajado allí desde que era un estudiante de primer año, y el personal de platos se había convertido en su círculo de amigos. Solían ser becarios como Ben que intentaban pillar algo de dinero extra. La paga era el salario mínimo, pero podías trabajar hasta treinta horas a la semana si no te importaba oler a grasa la mayor parte del tiempo. La paga al menos mantenía gasolina en su coche.

Ese lunes, cuando Ben se presentó para su primer día de trabajo, había una nueva chica entre el personal esperando al Sr. Hsu, el gerente de la cafetería.

—*¡Mudito!* - dijo Tony Spicelli. —*¿Cómo fue el verano?*

—*No fue mal ¿Y tú?*

—*Conseguí un empleo en Lago Plácido. Me divertí bastante*.

—*¿Esta quién es?*

—*Esta es Linda.*

Ella era una delgaducha con grandes pechos. Llevaba el pelo castaño en una larga trenza, que le colgaba hasta mitad de la espalda, atada con una goma azul. Ojos marrones, cejas oscuras y labios muy pálidos, una cara bonita y dientes blancos y rectos. Tenía un grano en la barbilla.

—*Bonitas botas,* - dijo ella dándole una patadita en la punta del pie, dejando un rasguño.

Ben estaba usando las botas que había comprado en una tienda cara en Yorkville, el distrito hippie de Toronto, con una inversión considerable. Negras, punta cuadrada, dos centímetros y medio de tacón, hebilla alrededor del tobillo abrochada con anillos de latón brillante. Las usaba siempre, era parte de su intento de convertirse en un hippie, un paso adelante hacia el empollón de física que había sido su identidad en los primeros dos años de la universidad. Los hippies tenían al menos una posibilidad de éxito con las chicas.

Tampoco es que él supiera charlar con las chicas. —*Gracias,* - fue todo lo que le dijo a Linda, y luego el Sr. Hsu continuó describiéndole a Linda los cinco trabajos en la sala de platos: recoger mesas; fregar o secar platos, vasos y bandejas; sacar bandejas de la gran máquina Hobart y clasificar cubertería. Mientras el Sr. Hsu hablaba, Ben colgó el sombrero y la chaqueta, se arremangó la camisa, se puso un delantal y agregó una diadema para sujetarse el pelo.

Las chicas tendían a no querer trabajar en la sala de platos, y el Sr. Hsu les daba trabajo en la línea de servicio. Ben se preguntó si Linda había pedido estar en el personal de platos o si el Sr. Hsu no tenía otros trabajos disponibles, hasta se preguntó si el hombre

tenía algo en contra de ella.

Esa primera semana, Linda se puso a trabajar clasificando cubertería, uno de los trabajos más limpios, aunque la cubertería salía de la Hobart casi demasiado caliente para tocarla, y el trabajo te dejaba atrapado en la esquina de una mesa de acero inoxidable donde no podías hablar con nadie. En el medio de su primer turno, Linda los sorprendió gritando: —*¡Por Jesucristo en un palo de pogo! ¡Espero que esta generación autocomplaciente aprecie lo que hago por ella!*

El semestre de Ben no fue bien. Sus notas en física bajaban a medida que avanzaba el plazo. Había mantenido un promedio de B + en el semestre, pero la Mecánica Clásica Avanzada le estaba crujiendo el culo. No podía distinguir un hamiltoniano de la regla de l'Hópital. Le llevó una hora leer cinco páginas de álgebra matricial solo para que todo se evaporara en el momento en que cerró el libro de texto. Probablemente no ayudaba que se quedara despierto hasta tarde fumando hierba cuatro noches a la semana. Comenzó a darse cuenta de que no iba a convertirse en científico de ninguna clase. Dado que ese había sido su objetivo desde que tenía siete años, siempre que pensaba en el futuro lo único que sentía era pánico. Lo único que lo esperaba después de la graduación era la repesca.

Ben se sentaba con su compañero de cuarto, Mitch Beckmann, en Cie-Pol 310, La Era de la Reforma, la última de las asignaturas optativas de Ciencias Sociales de Ben. Linda también estaba en el curso y un día ella se sentó con ellos. El profesor Goldberg estaba hablando sobre el Movimiento de Prohibición. Goldberg era uno de esos profesores que había comenzado a dejarse crecer el pelo y las patillas. Ben se inclinó hacia Linda. —*Mira,* - dijo él. —*Una de sus patillas es más larga que la otra*.

Aunque estaban sentados en medio de la gran sala de conferencias a kilómetros del atril, era obvio que la patilla izquierda, cuidadosamente recortada de Goldberg, era al menos dos centímetros más larga que la derecha. —*¿Cómo se la ha dejado tan larga?* - preguntó Ben.

—*Apuesto a que está ciego de un ojo,* - dijo Mitch.

—*Tal vez lo hizo a propósito,* - dijo Linda. —*Tal vez es una declaración.*

Le dieron vueltas al tema, especulando sobre el misterio de las patillas hasta que, de repente, Ben se dio cuenta de que la sala se había quedado en silencio: Goldberg había dejado de hablar y los estaba mirando. —*¿Queréis decirnos a todos qué tiene tanta gracia?* - preguntó Goldberg.

Mitch se enderezó como si no conociera a Ben y a Linda. Linda se encorvó en su asiento.

—*Uh...no, profesor,* - comenzó Ben.

—*Quizá entonces deberíais prestar más atención*. - Por debajo del nivel de los asientos, Linda le dio una patadita a Ben en la bota. —*¡Díselo!* - le susurró ella. —*Es un servicio público*. - Los ojos azules de Goldberg estaban fijos en Ben.

—*Sí, señor.* - Las patillas de Goldberg tenían que estar más de dos centímetros fuera de control. Ben no pudo evitarlo y se echó a reír. Linda estalló en risitas. Goldberg cerró su libro y dijo: —*Ustedes dos, por favor abandonen mi clase*.

—*Sí ... señor ...* - jadeó Ben impotente, recogiendo su mochila. Los otros estudiantes observaban mientras él y Linda huían de la sala de conferencias.

En el patio cayeron uno sobre el otro riendo. —*¡Mierda, mierda, mierda!* - Dijo Ben. —*Estoy en un mundo de dolor. Ciencias Políticas era la única clase en la que me iba bien.*

—*¡Por eso se dejó las patillas así!* - graznó Linda. —*Quiere pillarte*.

—*¡Qué bastardo!* - Dijo Ben. —*Debería lanzarle huevos a su coche*.

Caminaron hacia el sindicato de estudiantes y tomaron café en el "Coffee". Charlaron sobre música, política, feminismo, Vietnam y sobre cuál había sido la película más divertida que habían visto. Ben votó por "The Crawling Eye". Linda ofreció una vieja película llamada "The Awful Truth". Cuando Ben le preguntó qué pretendía ella hacer después de graduarse, Linda dijo: —*Quiero ser parte del*

mundo, no su enemigo.

Linda venía del dinero, su padre era el alcalde de Hartford, Connecticut. Eso explicaba por qué ella tenía tantos pantalones de campana diferentes y camisas bordadas de cuello ruso que costaban veinticinco dólares cada una en cualquier tienda. Pero si ella no necesitaba el dinero, ¿por qué trabajaba en la sala de platos donde el calor tropical solo rivalizaba con el olor a verduras viejas? Ella podía citar a Shakespeare, pero maldecía como el tío Stan de Ben, que era exmarine y constructor de molinos.

Un viernes por la noche a finales de octubre, Ben y Mitch fueron a la habitación de Debbie Rosenbaum a fumar algo de hierba. Ya estaba haciendo frío, ventisca con lluvia helada. Ben tenía una cajita de níquel en el bolsillo de su grueso abrigo de pana. Mientras "Wheels of Fire" de "Cream" tocaba en el estéreo y Mitch encendía la pipa de Debbie, Ben se sentó con las piernas cruzadas sobre la trenzada alfombra y comenzó a limpiar su hierba. No tenía una pantalla, así que arrugó a doble grosor un periódico por el medio, lo apoyó en el libro de texto de historia de Debbie y frotó la "maría" seca entre los dedos, rompiendo las hojas y los tallos. Las semillas y trozos de tallo cayeron en el pliegue del papel y rodaron hasta otra hoja de papel que Ben había puesto en el suelo. A Ben le gustaba limpiar la hierba, era una tarea sin sentido, pero le hacía sentir que estaba logrando algo. Después de unas caladas en la pipa, se estaba sintiendo muy feliz cuando llamaron a la puerta de Debbie.

—*¡Mierda!* - Dijo Ben, tratando de esconder la droga debajo de la cama de Debbie.

—*Tranquilo,* - dijo Debbie. —*¿Quién es?* - gritó ella.

—*Linda,* - llegó la voz desde el pasillo.

Debbie apartó la toalla enrollada de debajo de la puerta y la abrió un poco. —*Venga, entra.*

Ben no sabía que Linda era amiga íntima de Debbie. Linda se sentó frente a él en el suelo. Llevaba pantalones de campana y un chaleco de punto sobre un polo. Él recuperó su hierba y continuó limpiándola.

Tras un rato, cuando se retiró "Wheels of Fire" y "Bringing It All Back Home" cayó sobre el plato giratorio, Linda comenzó a dar pataditas a las botas de Ben. Esto sacudía el papel sobre el regazo de Ben y un par de semillas cayeron al suelo y debajo de su muslo. —*Corta eso ya,* - dijo él.

—*¿Que corte el qué ya?* - Dijo Linda. Le pateó en la bota, más fuerte esta vez.

Él levantó la vista del periódico. Los ojos marrones de Linda le estudiaban. —*Que voy a estropear esta hierba*.

—*Vigila, chaval,* - dijo. —*No importa lo que hagas*.

—*Tío, que sed tengo,* - dijo Debbie.

—*Tengo una botella de vino en mi habitación,* - dijo Linda.

—*Pero esta no es tu habitación, ¿verdad?* - dijo Ben.

Linda le lanzó una mirada. —*Ven conmigo. Vamos a buscarla*.

—*Sí,* - dijo Mitch inclinándose sobre Debbie. —*Deberíais ir a buscar el vino*.

Ben dejó a un lado su hierba otra vez y salió con Linda al pasillo. En lugar de esperar el ascensor, atajaron cruzando las puertas cortafuegos y subieron las escaleras tres pisos. Linda abrió la puerta y lo condujo dentro.

—*Toma asiento,* - dijo ella mientras abría su armario. La estrecha habitación tenía una cama individual sin hacer, un escritorio empujado hasta una esquina, una estantería de libros. Un tarro de centavos y una taza de café llena de bolígrafos separaban sus libros: "La era del Exceso", "Una Realidad Separada", "Una Teoría Económica de la Democracia", "Siddhartha", "El Camino del Zen" y "Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas". Encima de la estantería había una fila de botellas de vino vacías. La silla del escritorio estaba cubierta de ropa sucia, y Ben no quería mover el sujetador en lo alto del todo para sentarse allí.

En el alféizar había un gran tanque pecera, excepto que no estaba

lleno de agua, aunque tenía dos dedos de arena y algunas rocas y un par de palos secos en el fondo. Mientras Ben la observaba, colocado, se sobresaltó al ver algo moverse, desenroscarse y deslizarse silenciosamente detrás de una de las rocas. La cosa levantó una cabeza triangular y miró a Ben.

—*Esto es una serpiente,* - dijo él.

—*Bingo.* - Linda sacó la botella del armario. —*Él es Lucifer*.

La serpiente debía de tener al menos un metro de largo y un centímetro de diámetro. Tenía una cara negra y anillos en naranja, negro y cobre. —*¿De qué especie es esto?*

—*Es un él, no un esto. Es una serpiente rey*.

—*¿Qué das de comer a eso...él?*

—*Ratones.*

—*¿Ratones? ¿Dónde los pillas?*

—*En la tienda de mascotas de la calle Hudson*.

—*Apuesto a que vienen en paquetes, como los perritos calientes*.

—*Lucifer solo come presas vivas. No ha sido alimentado en una semana. ¿Te gustaría verlo?*

Ben no podía pensar en nada que quisiera menos. —*Claro.*

Linda volvió al armario y sacó una jaula con dos ratones blancos. Metió la mano y agarró uno de ellos, luego inclinó la pantalla sobre la parte superior del tanque de la serpiente y dejó caer el ratón. El ratón se metió en la esquina del tanque, con la cara presionada en el ángulo, con un piececito rosado extendido sobre el cristal.

Al principio la serpiente no hizo nada. Luego, lentamente, comenzó a reptar desde detrás de la roca. El ratón temblaba y arañaba el cristal. Despacio, la serpiente se deslizó hacia este. Con la cabeza vuelta hacia un lado, Lucifer parecía indiferente al ratón. Se detuvo y Ben confió en que no tuviera hambre. Luego, notablemente

rápido, la serpiente giró la cabeza hacia el ratón y lo apresó entre sus mandíbulas, enroscó su cuerpo alrededor y le quitó la vida. El ratón apenas luchó. La boca de Lucifer se abrió una anchura increíble y se tragó al ratón, cabeza por delante, de un solo trago. Por un segundo, la cola del ratón sobresalió de la boca de la serpiente, pero cuando el peristaltismo empujó al ratón al interior de la garganta, la cola desapareció dentro. Ben observó el bulto deslizarse por el cuerpo de la serpiente. Lucifer descansaba en la arena bajo la luz fluorescente: hermoso, hinchado y brillante.

—*¿Quieres sostenerle?* - preguntó Linda.

—*¿Estás segura de que no me va a comer?*

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. —*No hasta dentro de una semana más o menos*.

Linda metió la mano en el tanque y sacó a Lucifer. Este se enroscó alrededor de su brazo hasta su codo, la cabeza asomaba entre su pulgar e índice. Ella le tendió la serpiente a Ben.

Torpemente, Ben la tomó en sus manos. Lucifer intentó escabullirse reptando y casi se cae.

—*¡Píllalo!* - Dijo Linda extendiendo una mano.

Ben movió una mano tras otra delante de la serpiente cada vez que esta se deslizaba hacia adelante para escapar, como si fuera un "Slinky" y él intentara hacer que bajara los escalones de sus palmas. —*Está caliente,* - dijo Ben sorprendido.

—*A Lucifer no le vuelve loco que lo manoseen después de haber comido. Ven a sentarte en la cama*.

Se mudaron a la cama de Linda y se sentaron. Lucifer dejó de intentar escaparse y se acurrucó en la curva de la rodilla de Ben. Linda encendió una vela perfumada.

—*Le gustas,* - dijo ella.

—*Ya, claro.*

Linda sacó un sacacorchos de su escritorio. Ben quedó impresionado con su destreza para sacar el corcho. Ella vertió vino en dos copas Dixie. Se recostaron contra la pared. Ben estaba muy consciente de los senos de Linda. Ella comenzó a dar golpecitos con su zapato en la punta de su bota.

—*¿Por qué no paras de hacer eso?* - preguntó él.

—*¿Hacer qué?*

—*Darme patadas en las botas*.

—*Algo tendré que hacer. Tú no estás haciendo nada*.

Ben sintió que su cara se enrojecía. Extendió la mano para tocarla en la cintura y de repente ella lo estaba besando ferozmente en los labios. Su aliento sabía a vino. A Ben le preocupó su propio aliento, le preocupó Lucifer, le preocupó su hierba dejada en la habitación de Debbie, pero muy pronto dejó de preocuparse de todo. Deslizó las manos debajo de su polo, buscó a tientas el cierre de su sujetador hasta que, entre risitas, ella se quitó el polo y desabrochó el sujetador ella misma. Ben pensó que iba a desmayarse. Su pene estaba tan duro en sus vaqueros que le dolía. Ella abrió la cremallera de estos y ambos se debatieron para quitarse los pantalones el uno al otro.

—*Espera,* - dijo ella. Linda se levantó, encontró a Lucifer debajo de la almohada y lo llevó a su tanque. Ben se quitó los vaqueros. Ella regresó con un condón envuelto en papel de aluminio que dejó caer sobre la mesita de noche. Se arrodilló sobre la cama, a horcajadas sobre él, se inclinó y le acarició la cara con los senos. El pulso de Ben se aceleró en sus oídos.

Ben intentó actuar como si supiera lo que estaba haciendo, pero era su primera vez y esto debió de haber resultado obvio. Linda no dijo nada. Él acogió el extraordinario beso de ella, el tacto de su cálida piel, el olor a sudor, vino e incienso. Se sentía embotado, excitado más allá de las palabras. Cuando lo guió dentro de ella, él nunca había estado tan urgentemente vivo. —*Joder,* - jadeó él. —*Joder*.

—*Esa es la idea general,* - dijo Linda.

Fuera de la ventana él oía el viento aullando en los árboles sin hojas y el chasquido de la lluvia helada contra el cristal.

Después de que ella lo rescatara de su virginidad, Ben vio mucho a Linda. No podía creer lo afortunado que era. No podía creer lo bueno que era el sexo. Él amaba el sexo.

Recordó haber leído una historia sobre un hombre que tenía un reloj de bolsillo mágico que podía detener el tiempo, de modo que lo que fuese que estuvieras haciendo podría durar para siempre, pero solo podías usarlo una vez. El hombre no dejaba de esperar toda su vida el momento perfecto y nunca llegó a usar el reloj.

Si Ben hubiera tenido ese reloj, habría detenido el tiempo esta noche, mientras estaba en la cama con Linda. Ni siquiera tenía que ser una cama grande; la cama de muelles individual del dormitorio de Linda servía. Él no quería nada más.

Ben fue a casa en Acción de Gracias y fue una miseria. El día de Acción de Gracias, su tío Stan se acercó y él y el padre de Ben se sentaron frente a la televisión toda la tarde, intercambiando cromos de "Three Feathers" mientras los "Packers" daban una paliza a Detroit. Ben se sentó a la mesa de la cocina y observó cocinar a su madre y a tía Stasia; su madre le persiguió para que él se cortara el pelo antes de comulgar con ella en la misa del domingo. En la cena apenas pasó una palabra entre sus padres. Su padre trataba a su madre como una molestia, como si la única razón por la que la hubieran puesto a ella en la tierra fuese para atormentarlo. Su madre le devolvía el favor, aunque su hostilidad se mostraba de maneras mucho más sutiles. Nunca se tocaban el uno al otro. En toda su vida, Ben no recordaba haberlos visto tocarse. ¿Cómo habían logrado tener un hijo?

El domingo por la tarde huyó de regreso al campus. Linda había vuelto también, y esa noche fueron al cine. Él le contó todo sobre su visita a casa. Ella no dijo gran cosa. Fuera hacía más frío que el corazón de Nixon cuando salieron del cine, pero Linda insistió en que caminaran por el camino del río de regreso al dormitorio.

—*¿Por qué?*

—*¡Mira las estrellas! Alejémonos de las luces. ¡Está tan despejado!*

—*Está despejado porque hace menos catorce grados*.

Ella le señaló, con la boca abierta en una O redonda de horror. —*¡Serpiente! ¡Serpiente!*

Él tuvo que dar una carcajada. —*Estás loca.*

Ella recogió un puñado de nieve y se la lanzó. Él se agachó y la golpeó con el hombro, un polvo de copos bajaron resbalando por el cuello de Ben. Para cuando se volvió hacia ella, ella estaba corriendo por el camino. —*¡Serpiente!* - ella gritó.

Él corrió tras ella, sus botas crujían sobre la nieve. El camino del río estaba desierto. Entre las ramas de los árboles desnudos, las luces de las casas al otro lado relucían sobre el río helado. Nieve, levantada por el viento, se arremolinaba sobre el hielo.

Linda saltó la orilla del río y bajó sobre el hielo.

—*¡Espera!* - gritó Ben. Se abrió paso entre los árboles por la pendiente cubierta de matorrales. Había mucha basura en la linde del río, incluido un oxidado y retorcido marco de bicicleta.

—*¡Venga!* - Ella ya estaba a diez metros de distancia, encaminada hacia la otra orilla.

Ben la siguió, pero antes de dar tres pasos, su pie resbaló y él danzó desesperado tratando de no caerse. Linda se destacaba en medio del río con las manos en las caderas, carcajeándose. —*¡Venga!*

Él avanzó hacia ella, más lentamente, y escuchaba el hielo gemir bajo los pies. Ella esperó hasta que él estuvo cerca. —*¿Estás segura de que esto es seguro?* - dije él. —*¿Es muy grueso esto?*

—*¿Eres muy grueso tú?*

Ben la agarró por la cintura y la levantó. Ella luchó, riendo; ambos cayeron. Cuando ella aterrizó encima de él, la cabeza de Ben se echó hacia atrás y rebotó en el hielo. —*Auch.*

—*¿Estás bien?* - preguntó ella. Su aliento le empañó las gafas.

—*¿Qué estamos haciendo aquí fuera?*

—*Se llama diversión. Deberías probarlo*.

—*Creo que he oído hablar de ello*.

Ella rodó a su lado y señaló al cielo. —*¿Ves las estrellas? Ahí está Orión*.

A Ben le dolía la parte posterior de la cabeza. —*Lo sé.* - El señaló. —*Betelgeuse. Rigel. ¿Ves esas dos? Esas son Cástor y Pólux. ¿Esa brillante? Esa es Spica*.

Ella se inclinó sobre él y le besó. Él la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza. Ambos estaban tan grandes, con sus bufandas y sus abrigos pesados, que parecían osos de invierno. Él sintió que se ponía duro.

Linda se puso de rodillas y se levantó. Se agachó y agarró su mano enguantada. —*Vamos, señor Ciencia. Levántese*.

Él se puso en pie. El hielo debajo de ellos hizo un crujido. A lo lejos Ben podía oír el tráfico en la Avenida Power.

—*No te preocupes. He estado aquí fuera una docena de veces*. - Ella lo condujo a través del río hasta el lado de la ciudad. —*Podemos llegar al Tony's Pizza desde aquí*.

Subieron la orilla del río hacia la calle y caminaron dos bloques hasta Tony's. Cuando estuvieron allí, Ben estaba congelado. Pidieron calzones y bebieron dos jarras de cerveza. Linda bebió más que él, y él tuvo que evitar que ella tropezara de camino a casa. Él eligió el camino largo por el puente.

Al día siguiente, él llamó a la puerta de Linda varias veces, pero no hubo respuesta. Volvió a su dormitorio y trató de llamarla por teléfono, pero seguía sin responder. Lo intentó cada diez minutos hasta que llegó la hora del trabajo, luego se apresuró a ir a la sala de platos.

Ella no estaba allí. El Sr. Hsu dijo que había llamado diciendo que estaba enferma; o le había mentido al Sr. Hsu o ella estaba en su habitación tan enferma que no podía abrir la puerta. Ben trabajó en el turno de la cena con creciente ansiedad. En cuanto terminó el trabajo, arrojó su delantal al cesto y corrió de regreso a la habitación de Linda. Llamó a la puerta varias veces, sin respuesta. Un par de chicas que pasaban por el pasillo le miraron extrañadas, él las fulminó con la mirada.

—*¿Linda?* - llamó él con la boca cerca de la puerta. De repente esta se abrió y Linda estaba allí a centímetros de distancia. —*¿Estás bien?*

Ella llevaba pantalones de chándal y una camiseta roja. Su cabello estaba sin peinar y le colgaba enmarañado alrededor de los hombros. Ella se frotó los ojos. —*Estaba dormida. ¿Qué está pasando?*

—*Vine antes, a las cinco o así. ¿Dónde estabas?*

—*No te oí. Estoy un poco colocada*. Ella le dio un somnoliento beso. —*¿Qué pasa?*

Él la empujó hacia la habitación y la tomó en sus brazos. —*Te necesito,* - le dijo.

Ella resistió un poco, pero luego se relajó. Cayeron sobre la cama.

Ben decidió que quería hacerla sentir lo mejor posible. Linda le había enseñado sexo oral y, aunque él había sido tímido al principio, resultó que le gustaba bajar al tema. Lo que más le gustaba era lo excitada que ella se ponía, cómo le temblaban las caderas y se agitaban debajo de él, cómo se le endurecían los pezones y ella jadeaba. Cómo ella reía cuando llegaba.

Solo después de acabar que él se dio cuenta de que estaba medio fuera de la cama, con las rodillas en el suelo. El cuarto estaba frío. Él subió a la cama, se tumbó a su lado y ella le cubrió con las mantas. —*Eso ha sido encantador,* - dijo ella.

Encantador. Una palabra que él nunca usaba. Era el tipo de palabra que usaría la hija del alcalde de Hartford. —*¿Por qué trabajas en la*

sala de platos? - preguntó él. —*Tus padres están forrados*.

—*Quiero ser algo más que la hija de unos padres forrados,* - dijo ella. —*Igual que tú quieres ser algo más que el hijo de un mártir católico*.

—*Demasiado tarde,* - dijo Ben. —*Para ambos.*

—*¿Eso crees?* - Ella se tumbó sobre la espalda y cruzó las manos detrás de la cabeza. —*¿Crees en Dios?*

—*Creo en una santa iglesia católica y apostólica. Reconozco un bautismo para la remisión de los pecados y espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo que vendrá*.

—*No aguantes la respiración.*

—*¿Sabías que esa oración fue escrita por un comité?* - dijo él. —*Fue como un juramento de lealtad, realizado en una negociación en el 380 d. C. La inventaron para poder matar a las personas que no querían decirla.*

—*¿Cómo sabes eso?*

—*Historia 235: Cristianismo Temprano. Eso empujó la estaca que atravesó mi catolicismo. Así que ahora creo en las leyes de la Termodinámica, y que Alfred Bester es el mejor escritor de ciencia ficción vivo. ¿Tú qué crees?*

—*Creo que cuando te mueres, estás muerto, así que no pierdas el tiempo. Creo que Alfred Bester, quienquiera que sea, no está a la altura de limpiarle el culo a Shakespeare. Creo que puedo hacer cualquier cosa que me proponga y que nadie es mi dueño*.

Él la agarró por las caderas y la besó en la barriga. —*Incorrecto. Yo lo soy*.

—*¡Cerdo!,* - rió ella. Lucharon juntos y aquello devino otro episodio de sexo.

Yacieron en los brazos del otro durante un buen tiempo después de eso. La mano de Ben descansaba donde la cadera de ella se estrechaba hacia la cintura. Le daba una extraña sensación de leve

excitación y comodidad solo de tocarla allí. Él estaba medio dormido cuando Linda se apartó rodando de él. —*Venga, levántate. Hora de que te vayas a tu cuarto*.

Él se puso las gafas y alzó la vista hacia ella. Ella se puso la camiseta, se echó el pelo hacia atrás y lo ató con una banda elástica. De pie con las piernas abiertas, con la camiseta roja y las bragas azules, parecía "Wonder Woman". Le miraba con las cejas levantadas. ¿Había dicho él algo que la había enojado? —*Sobre lo de ser dueño de ti,* - dijo él. —*Que solo iba en broma.*

—*Lo sé. Ponte en marcha. Tengo que estudiar*.

—*¿Estudiar? Si son las once de la noche*.

—*Tengo un trabajo para Antropología que vence el viernes*.

—*Me quedaré tumbado aquí. Estaré callado*.

—*No. Vamos, vete, de lo contrario te echaré encima a Lucifer.*

Reluctante, él se puso la ropa y se fue. Ella le dio un largo y prolongado beso en la puerta. Ben salió y caminó hacia su dormitorio, pero cuando estaba a medio camino dio la vuelta. Rodeó Stanton, contó cinco pisos y seis ventanas desde el extremo del ala. La ventana de Linda estaba oscura. Si Linda estaba estudiando, lo estaba haciendo con las luces apagadas. O tal vez había contado mal las ventanas. Pero pensó que podía distinguir el tanque de Lucifer posado en el alféizar de la ventana.

Diciembre vio dieciocho días consecutivos cuando la temperatura no se elevó por encima de la congelación. Aunque Ben quería que Linda se quedara en la ciudad en Navidad, Linda insistió en que ella tenía que irse a casa. —*Mis padres me matarían,* - dijo ella.

—*No me gustaría eso,* - dijo Ben.

—*Pero podrías hacerme un enorme favor, ¿podrías cuidar de Lucifer?*

Ben nunca se había acostumbrado a la serpiente. Le gustaba sostenerla un poco, pero la idea de alimentarla le hacía estremecerse, y nunca había visto a Linda hacerlo después de

aquella primera vez. Pero no quería parecer un cobarde y no quería perder a Linda.

—*Está bien,* - dijo él.

Así que trasladaron a Lucifer al dormitorio de Ben para las vacaciones y ella le compró tres ratones, suficientes para la serpiente rey durante las vacaciones. Algo en toda esa despedida molestaba a Ben. Hicieron el amor en la habitación de Linda y por la mañana él la llevó a la estación de tren. Ella le agradeció profusamente por cuidar de Lucifer y le abrazó durante al menos treinta segundos antes de subir al tren, pero cuando se apartó de él y subió los escalones, ella parecía un pájaro que había salido de su jaula.

Mitch se fue a su casa, pero Ben se quedó en el desierto campus la mayor parte de las vacaciones, tratando de ponerse al día con su Física. Solo había un puñado de otros hombres en el dormitorio. Vieron los partidos de la NBA y Star Trek en la televisión en el salón, y montaron una batalla de bolas de nieve. Ben se fue a su casa durante cuatro días por Navidad y todo el tiempo su madre se quejó sobre por qué no se quedaba más tiempo. De regreso al campus para la víspera de Año Nuevo, él y algunos muchachos se reunieron para beber "Southern Comfort" y fumar hierba, pero Ben se marchó antes de la medianoche y bajó a la sala para usar el teléfono público. Dejó caer un dólar y medio de calderilla y marcó el número de Hartford que había en el trozo de papel en su billetera.

El teléfono sonó mucho tiempo antes de que alguien contestara. —*¿Hola?* - dijo la voz de un hombre.

—*Hola. ¿Puedo hablar con Linda Norton?*

—*¿Quién es?* - El hombre sonaba un poco borracho.

—*Soy Ben Kwiatkowski. Soy un amigo suyo de la universidad*.

—*Solo un minuto.*

Mucho más de un minuto pasó. En el teléfono, Ben escuchó música

de fondo, un disco de Frank Sinatra. Miró al otro lado del salón. Fuera de las grandes ventanas de cristal de la cabina en la parte delantera del dormitorio, la nieve se arremolinaba en la oscuridad para atrapar brevemente el abanico de luz debajo de las farolas antes de tocar el suelo.

La voz del hombre volvió. *—Linda no puede hablar contigo ahora. No está en casa.*

—¿Puede decirle que he llamado?

—¿Quién eres tú?

—Su novio, Ben.

—¿Quien?

—Ben Kwiatkowski.

—De acuerdo.

—¿Es usted su padre?

Un estallido de ruido vino desde detrás de la voz en el teléfono. —*Sí. Maldita sea. Feliz año nuevo*.

El teléfono hizo clic y el tono de marcado zumbó en el oído de Ben. Él miró el reloj sobre los ascensores del dormitorio. Eran las 12:01.

En lugar de volver a la fiesta de hierba, Ben subió a su habitación. Sacó a Lucifer del tanque, se sentó en la cama y lo sostuvo. A la serpiente le gustaba el calor de las manos de Ben. Intentaba deslizarse por las mangas de camisa y a veces Ben incluso lo dejaba. En otras ocasiones, Lucifer se quedaba colgando de sus manos, cabeza abajo, como un trozo de cuerda.

—¿Tienes hambre, Lucifer? ¿Qué tal un ratón para recibir el Año Nuevo?

Ben puso la serpiente en su tanque y sacó a uno de los ratones de la caja de cartón en su armario. Lo agarró con la mano, una bolita de

pelo, garras inútiles pinchando su palma. Tan pronto como Lucifer lo vio, su cabeza se animó. Ben suspendió al aterrorizado ratón sobre el tanque por la cola, luego lo dejó caer dentro.

Ben estaba en la estación al final de las vacaciones de Navidad para encontrarse con Linda. Ella estaba de pie en el andén con su maleta roja y su estuche a juego, vistiendo su chaquetón, una bufanda de tartán roja y verde y una gorra roja de malla. Una falda verde oscuro y unos calcetines verdes. Muy de escuela preparatoria de Nueva Inglaterra. Había una arruga entre sus cejas.

Recibió a Ben con un tibio beso y cargaron su bolsa en el maletero de su Plymouth del 63. En el camino de regreso al campus, ella dijo, muy sencillamente: —*Ya no quiero acostarme contigo*.

Parecía que ella había estado meditando un poco en Navidad. Parecía que las cosas habían ido demasiado rápido. Parecía que él se estaba tomando las cosas mucho más en serio de lo que ella pretendía. Era divertido, y a ella él le gustaba y todo eso, pero él era demasiado intenso. Ella solo tenía diecinueve años, él solo veinte. ¿Qué esperaba él que iba a pasar?

—*Yo esperaba casarme,* - dijo él. El sol brillante relucía en las calles nevadas. Él se sentía como de otro planeta. Linda no dijo nada y cuando se detuvieron en el siguiente semáforo rojo, él se giró hacia ella.

Ella le estaba mirando, y por primera vez él vio lo que podría llamar ansiedad en sus ojos. Si esta alguna vez había estado allí antes, él no lo había notado.

—*Ese es más o menos el problema,* - dijo Linda en voz baja. —*Quiero decir, ¿cuántas novias has tenido?*

—*¿Qué más da eso?*

—*Bueno, debería suponer alguna diferencia. ¿Qué sabes de mí?*

—*Sé que te amo.*

El conductor del automóvil detrás de él se apoyó en la bocina. —*Está en verde,* - dijo Linda.

Ben se apartó del semáforo. Su mente estaba en completa confusión. No se dijeron nada hasta que se detuvieron en el círculo de estacionamiento frente a Stanton. El lugar estaba lleno de estudiantes que regresaban de las vacaciones para la sesión grupal y los examenes finales. Ben apagó el motor del automóvil y el sonido del ventilador se detuvo, dejándolos en silencio. —*¿Cómo puedes decirme esto?* - preguntó él.

—*Sé que me amas, Ben,* - dijo Linda. —*Pero ¿por qué me amas?*

—*¿De qué estás hablando? No dices nada con sentido*.

—*Por favor, no te enfades*.

—*¡Que no me enfade! ¿Qué se supone que debo hacer? ¡Ni siquiera quisiste hablar por teléfono!*

—*Lo siento. Ese fue mi padre*.

—*Podrías haber llamado*.

Una bola de nieve estalló contra el parabrisas. Ben miró hacia afuera y vio a Mitch saludar desde la acera y luego arrojar otra al coche. Linda abrió la puerta y salió.

Ben caminó para abrir el maletero mientras Linda saludaba a Mitch. Ben puso las maletas de Linda en la acera. Otro automóvil estaba parado detrás de él, los gases de escape humeaban el aire frío. El conductor bajó la ventanilla y le pidió a Ben que se moviera.

—*Tenemos que hablar,* - le dijo Ben a Linda. Linda parecía insegura y, mientras Mitch observaba, se inclinó sobre el hombro de Ben y le susurró al oído: —*No creo que haya mucho que decir*. - Se giró y recogió sus maletas.

Ben se metió en el Plymouth y condujo al estacionamiento de estudiantes. Se sentó en el automóvil aparcado y se golpeó la frente con el volante hasta que comenzó a latir de dolor.

La sesión grupal era de dos semanas de clases y una semana de finales, seguida de un descanso de cinco días y el inicio del segundo semestre. Linda no quería hablar con él. Ella salió de la sala de

platos. Muy pronto los demás supieron lo que estaba pasando. Algunos de ellos hablaban a sus espaldas y otros actuaban como si no fuera gran cosa. Mitch le dijo a Ben que estaba loco por quedar pillado con una chica que usaba piel de serpiente como marcador de libros. Lo que tenía que hacer es estudiar mucho y olvidarse de ella.

Al menos Ben todavía tenía a Lucifer, y si Linda quería recuperar su serpiente, tendría que ir a buscarla. Haría que ella le diera una mejor explicación, una verdadera. Lo que ella le había dicho significaba que realmente no le amaba, que nunca le había amado. Cuando tuvieron sexo juntos, fue solo eso: sexo. Él trataba de pensar sobre ello. No hablaba con nadie. Le escribió a Linda una larga carta, la rompió, escribió otra y la envió. No obtuvo respuesta.

El no dormía. Yacía en la cama y pensaba en Linda, imaginaba haciéndole el amor, se masturbaba desesperadamente y terminaba tan insomne como comenzaba, solo lleno de autodesprecio.

La veía en Cie-Pol, pero no se sentaba con ella. Ella siempre estaba con Susan Meredith. Ben se sentaba dos filas detrás de ella y a su izquierda. Observaba la parte posterior de su cabeza y se preguntaba qué le habría contado a Susan sobre él. Las patillas del profesor Goldberg seguían desequilibradas. Ben se preguntó si Goldberg se había dado cuenta de que él y Linda ya no estaban sentados juntos.

Ese fin de semana, el cine del campus tenía una doble función de los Hermanos Marx, "Monkey Business" y "Duck Soup". Ben fue para animarse. En "Monkey Business", Groucho ponía los movimientos sobre una mujer rubia sexy que se estaba cayendo de su vestido. —*¡Quiero bailar, quiero cantar, quiero ja-cha-cha!* - Bailaron un tango loco que fue abortado cuando el esposo de la mujer entró en la habitación y Groucho huyó al armario. Ben se rio hasta que le salieron las lágrimas. ¡Que la jodan, Groucho! ¡Que les jodan a los dos!

En el descanso entre películas, Ben se levantó para ir al baño de hombres, y cuando caminaba por el pasillo vio a Linda sentada en el cine con otro chico. Ben cayó de inmediato en un caos. Regresó del baño de hombres y se sentó para la segunda película, pero no

recordaba nada al respecto, tan llena estaba su mente de vergüenza, humillación y deseo.

Él llegó hasta intentar estudiar, como había sugerido Mitch. Para salir del dormitorio y alejarse de los fumadores de hierba, después del trabajo en la sala de platos, iba a la biblioteca. Encontró un puesto escondido en una esquina en el octavo piso. Al lado del puesto, la gruesa pared de mampostería estaba atravesada por una ventana estrecha, como las saeteras en los castillos medievales a través de los cuales los defensores disparaban flechas. A través de esta él podía ver un trozo de uno de los caminos en el patio, el brillo de una farola en la nieve, donde ocasionalmente pasaba algún estudiante solitario, bajos de campana aleteando, cabeza encorvada por el frío y el aliento humeando el aire.

La luz en la biblioteca era tenue. Después de leer páginas de termodinámica, levantaba la cabeza y miraba por el pasillo de las estanterías bajo una hilera de bombillas moribundas en jaulas de alambre. A las once de la noche, la biblioteca quedaba en silencio. Ben pensaba en Linda e imaginaba que era la única persona que quedaba en el mundo, como un personaje de un libro de ciencia ficción. Una vez, mientras examinaba una página de mecánica clásica, sintió la poderosa sensación de que se había escapado de la realidad. Se convenció de que si levantaba la cabeza y miraba por el pasillo, tendría una visión de la Virgen María flotando bajo las luces de sesenta vatios. Su respiración temblaba en su pecho mientras intentaba decidir si mirar o no. Las ecuaciones yacían completamente negras en la página blanca que tenía delante. Hazlo, se dijo a sí mismo. Levanta la cabeza. No hay nada ahí. Pues si había algo, si veía a la Virgen María aplastando una serpiente con el talón, él sabría que estaba loco. Por muy mal que se sintiera, él no quería estar loco. Se suponía que era un científico. Él no creía en las visiones ni en la Virgen María.

Mantuvo la cabeza inclinada sobre su libro de texto, y eventualmente, aquel momento pasó.

Los finales fueron un desastre. Lo peor fue la mecánica clásica avanzada. Ben llevaba un promedio de C+ al examen. A los estudiantes se les permitió traer una sola hoja de ecuaciones al examen. Ben trabajó sobre su hoja meticulosamente; estaba

nervioso pero tan preparado como lo había estado todo el semestre.

En el momento en que se entregaron las hojas de examen, Ben entró en pánico. Había diez preguntas. No podía entender mi una sola. Todo lo que había aprendido estaba atrapado en una maraña de alambre de espino en su cerebro, las neuronas se activaban al azar. Anotó ecuaciones, hizo elaborados cálculos, pero todo era vapor. Bien podría haber estado tomando ácido. Cuando el profesor anunció el final de las tres horas, Ben no podía creerlo. No había parecido más de veinte minutos. ¿Qué había estado haciendo en todo ese tiempo?

Después de entregar su examen, se puso el abrigo y la bufanda y salió fuera del edificio de física. El cielo estaba plomizo, pero el sol poniente entraba desde debajo de las nubes, dando diez minutos de sol extraño antes de que oscureciera. Las aceras mojadas brillaban con luz polarizada y un montón de nieve sucia goteaba en las alcantarillas. Ben arrojó su libro de texto de mecánica a un cubo de basura y fue a ver a Linda.

Fue directo hasta su puerta y empezó a aporrear. Una de las chicas en el pasillo se asomó por el ruido y luego regresó a su habitación. *—¡Linda! ¡Linda, abre!* - gritó él. Nadie respondió. Tal vez ella no estaba allí. O tal vez ella tenía miedo. *—Por favor,* - dijo él más tranquilo ahora, inclinándose hacia la puerta, con una mano a cada lado, hablando al maltratado roble. *—Tengo que hablar contigo. Algo va mal.*

Ninguna respuesta. Cerró los ojos.

Estaba a punto de darse por vencido e irse cuando escuchó el pestillo y la puerta se abrió ligeramente: él abrió los ojos para ver la cara de Linda en el hueco. Tenía el ceño fruncido. *—¿Qué pasa?*

Él tragó saliva. *—Por favor. Déjame entrar*.

En cambio, ella salió al pasillo. *—Podemos hablar aquí.*

Él quería tanto abrazarla. Ella estaba de pie con los brazos cruzados frente al pecho y no lo miraba a los ojos. Cuando él habló, se sorprendió del resentimiento en su propia voz. *—¿Cuándo vas a*

venir a buscar tu serpiente?

—*¿Él está bien?* - Había más preocupación en su voz de lo que había escuchado de ella desde que había subido al tren para Connecticut antes de Navidad.

—*¿Él? ¿Qué hay de mí? ¿Por qué no te importa si yo estoy bien?*

—*Sí me importa, Ben.*

—*Bueno, pues no estoy bien. Estoy jodido. Tú me has jodido*.

—*¿Que yo te jodí?* - Ella rió. —*Tú ya estabas jodido mucho antes de conocerte.*

—*Me dejaste tirado.*

—*Si sigues así, no seré la última, Ben. Contrólate*.

—*¿Que me controle? Yo te daré control.* - Él la agarró del brazo.

Ella se apartó. —*¡Suéltame!*

Esto no era lo que él quería. Esto no era lo que él quería en absoluto. Él la soltó y le dio la espalda. Otras chicas habían salido de sus habitaciones para mirar. El asesor residente corría por el pasillo hacia ellos.

Ben miró a Linda, cerró el puño y, con todas sus fuerzas, lo estrelló contra la puerta junto a la cabeza de Linda. El dolor le subió por el brazo. Luego él cayó de rodillas y acunó su mano en su palma.

En el centro de salud estudiantil, le vendaron los nudillos, le pusieron un aparato ortopédico en la muñeca y le hicieron hablar con un psiquiatra, el Dr. Thompson. Ben no quería hablar con nadie. El Dr. Thompson le hizo muchas preguntas sobre su apetito y sus hábitos de sueño y si fumaba drogas. Le recetó un medicamento llamado Triavil y mantuvo a Ben en la clínica esa noche. Por la mañana, Seguridad del Campus escribió un informe y envió a Ben de regreso a su dormitorio. Su ira se había disipado en el instante en que había golpeado con la mano. Se sintió estúpido, avergonzado. ¿Cómo iba a mirar a alguien a la cara otra vez?

Menudo payaso.

De alguna manera se las arregló para pasar el resto de sus finales. Los cinco días entre los semestres fueron una gran fiesta en todo el campus, pero Ben se quedaba en su habitación y leía novelas de ciencia ficción. Si se dejaba atrapar por la historia, pasaba el tiempo y no tenía que pensar en nada. Comenzó el segundo semestre. Veía al Dr. Thompson una vez por semana y hablaba sobre sus padres y sobre el hecho de no saber lo que iba a hacer. El Triavil no parecía hacer nada más que darle sed. Se suponía que no debía beber alcohol mientras lo tomaba, pero cuando finalmente dejó que Mitch lo llevara a comer pizza, dividieron una jarra de cerveza y esto no pareció hacer ningún daño.

Había suspendido el examen final de mecánica clásica, pero por lástima el profesor le puso una D en todo el curso. En el semestre de primavera se matriculó en la segunda mitad de la clase de Termodinámica y Astronomía, pero como optativa libre decidió anular su reserva y matricularse en clase de Milton. Estudió mucho y logró comenzar bastante bien en las clases de ciencias, y para su asombro en realidad se divertía en la clase de Milton, aunque su muñequera hacía que tomar apuntes fuese difícil. En la sala de platos estaba atrapado en la esquina clasificando la cubertería. Entre clases y trabajo, sobrevivía a los días.

Evitó hablar con el Dr. Thompson sobre ella. No dijo nada sobre las veces que la había imaginado muerta, o las veces más frecuentes que se había imaginado a sí mismo muriendo y ella llamada a su lado. Estúpidas fantasías de resentimiento y venganza. Cómo la odiaba. Pero entonces, cuando Thompson le preguntó qué quería hacer después de graduarse, sin pensar Ben dijo: —*Quiero ser parte del mundo, no su enemigo*.

Veía a Linda en el comedor, en la oficina de correos de los estudiantes o en el patio. Mitch le dijo que Linda le había dicho a Debbie que echaba de menos a Lucifer, pero que nunca había ido a hablar con Ben al respecto. ¿Era la serpiente suya ahora? ¿La quería él? Apenas tenía dinero extra para gastar en ratones, pero, por otro lado, se había acostumbrado a tener la serpiente cerca. Leyó sobre las serpientes rey. Ben descubrió que Lucifer era una serpiente de coral falsa, camuflada con bandas rojas, doradas y negras para

parecer venenosa, pero en realidad inofensiva para los humanos. Rojo sobre amarillo, mata al pardillo; rojo sobre negro, un amigo integro. Ben limpiaba el tanque regularmente, colocaba un tazón de agua fresca todos los días y visitaba la tienda de mascotas en la calle Hudson para comprar ratones. Ben sacaba a Lucifer de su tanque y lo sostenía, lo dejaba girar alrededor de su antebrazo y saborear el aire con la lengua. —*Cierra a la serpiente astuta, insinuante, tejió con el nudo gordiano su tren trenzado* - recitó Ben. —*y de su culpa fatal dio pruebas sin ser escuchado. ¡Serpiente! ¡Serpiente!*

Mitch le miró desde la otra punta de la habitación y dijo: —*¿De dónde es eso?*

—*Milton conoce a Alicia en el País de las Maravillas*. - Ben estaba casi listo para pedirle a Mitch que lo ayudara. Él no podía hablar con Linda, pero Mitch podía contactar con ella por él. Mitch podía decirle que Ben estaba listo para devolverle a Lucifer. Mitch incluso podría llevarse a la serpiente de vuelta al dormitorio de Linda, y Ben no tendría que verla en absoluto.

Excepto que Ben no estaba seguro de que eso fuera lo correcto. Tal vez debería verla en persona, hablar con ella como un adulto y mostrarle que podía comportarse sin ponerle a ella expectativas. Tal vez, incluso, podría preguntarle qué pensaba ella que había estado sucediendo entre ellos, ya que obviamente él no podía entenderlo por sí mismo. Pero cada vez que llegaba a esta etapa del escenario, sus emociones se rebelaban y lo dejaban enojado y confundido. De modo que lo dejaba pasar.

Un lunes por la noche a principios de marzo, cuando Ben apareció en la sala de platos, dos policías del campus le estaban esperando. Lo apartaron a un lado, lo llevaron a la oficina del Sr. Hsu en la cocina. Todo el personal de la cafetería miraba a través de la ventana de vidrio.

—*¿Eres Ben Kwiatkowski?*

—*Si.*

—*¿Cuándo viste por última vez a Linda Norton?*

—*Tal vez hace una semana, en el comedor*. - Ella había estado sentada con un tipo alto de pelo rizado. Él había tenido que darse la vuelta y volver a la sala de platos, y no había podido pensar en nada más que en ella durante la siguiente hora. —*No he hablado con ella en casi dos meses*.

Miró a los policías, quienes lo miraban fijamente.

—*Ya deben de saber eso,* - dijo Ben. —*Tienen ustedes el informe. ¿Qué está pasando?*

—*Lleva desaparecida desde el sábado por la noche*.

Linda había salido con Susan y otras dos chicas a un club de un ruinoso barrio. Habían bebido unas cervezas. Alrededor de la medianoche, Linda se había despedido diciendo que iba a volver al campus. Nadie se percató de que estaba desaparecida hasta el lunes, cuando ella no se presentó a las clases y sus amigos notaron que no la habían visto ni en el dormitorio ni en los comedores en todo el domingo.

Después de que la seguridad del campus acudiera a la policía de la ciudad, hicieron que Ben bajara a la comisaría y lo interrogaron minuciosamente. Lo acusaron de secuestro, violación, asesinato. Le preguntaron dónde había escondido el cuerpo. Sus padres contrataron a un abogado. Durante una o dos semanas, los periódicos estuvieron llenos. Pero no había nada que lo conectara con la desaparición de Linda y, al final, lo dejaron volver a sus clases e intentar reconstruir su vida. Otros estudiantes le trataban como si tuviera una enfermedad. Ben estaba asustado: dejó de fumar hierba y tiró su alijo. El padre de Linda contrató a un detective privado para investigarle. Los padres de Linda llegaron desde Hartford y vaciaron la habitación de su hija.

Ben contempló dejar los estudios, pero si lo hacía perdía el aplazamiento de la repesca y, entonces, ¿qué haría? Así que, en lugar de eso, se quedó, trabajó en la sala de platos, estudió Astronomía Esférica y Radiación de Cuerpo Negro, leyó Areopagitica y Samson Agonistes.

Cada vez que su concentración fallaba, pensaba en Linda. A altas

horas de la noche se imaginaba a sí mismo tumbado junto a ella en la cama de su dormitorio. Recordaba cómo era ella mientras dormía, con el pelo extendido sobre la cara y las pestañas temblando de sueño. Pensaba en cómo la había deseado muerta.

Quería imaginar que ella se había escapado a un lugar mejor, que había reservado un vuelo a Francia bajo otro nombre y estaba trabajando en alguna pensión. Pero él sabía que eso eran fantasías. Con el paso del tiempo, la probabilidad de que ella estuviera muerta aumentaba. No podía imaginarla suicidándose; no, alguien la había asaltado mientras ella caminaba hacia casa desde el club. Se preguntó qué habría estado ella pensando mientras se acercaba al río.

Luego recordó su valentía en el hielo del río y notó que tal vez nadie había alertado a la policía sobre ello. Ella fácilmente podría haberse caído. Se imaginó cómo serían sus últimos momentos, en el agua helada, luchando y flaqueando. Qué horrible manera de morir. Debería llamar a la policía y decírselo. Se lo debía a ella.

Pero si lo hacía, solo renovaría las sospechas sobre él. Ellos ya debían de saberlo.

A finales de marzo, cuando el invierno por fin se rompió y el hielo se despejó, el cuerpo de Linda fue encontrado enredado entre las ramas de un árbol muerto en el estribo de un puente en el corazón de la ciudad, a kilómetro y medio río abajo del campus.

"El Paraíso Perdido", descubrió Ben, no trataba sobre del descubrimiento del sexo, sino del descubrimiento de la vergüenza, el egoísmo, la explotación y la culpa. Adán y Eva tuvieron mucho sexo antes de la caída; de hecho fue este su principal deleite. Pero después de haber comido el fruto prohibido y de haber adquirido el conocimiento del bien y del mal, ya no fue lo mismo. No es que el sexo se convirtiera en malvado, sino que se introdujo en el mundo del bien y del mal y nunca más pudo separarse de él.

Ben obtuvo una A en Milton, la única que recibió ese semestre.

Se quedó a Lucifer con él durante toda la escuela de posgrado. Sus nuevos amigos le llamaban "el tipo de la serpiente".

FIN

10: Todo es Verdad

All Is Thruth. Publicado en SCIFICTION, noviembre 2003

En el escritorio de la oficina de marina, un oscilante ventilador negro enviaba rachas de aire caliente por la página de deportes. Era un artefacto perfecto para el lugar y el tiempo. El ventilador giratorio levantaba algunos mechones del cabello del maestro de puerto cada vez que su mirada pasaba sobre el hombre. Este estudió mis papeles, dobló las hojas húmedas y me las devolvió.

—*Está bien. El yate del Sr. Vidor está al final de la segunda fila*. -Señaló la ventana abierta junto al muelle lleno de gente. —*El grande y negro*.

—*¿Está el resto de la tripulación a bordo?*

—*Eso me supera,* - dijo bebiendo de un vaso de té helado. Puso el transpirante vaso sobre un anillo de humedad que se extendía por el titular: "Tarjetas Tono Dodgers en 12; Corte de Plomo a 5-1/2". En el suelo al lado del escritorio se encontraba la primera página: 'Nuevas Batallas Aire-Mar en las Salomón. Contraataque japonés en Guadalcanal".

Salí al muelle, bolsa al hombro y me dirigí hacia el yate. El sol me pegaba en la coronilla y el cuello de mi camisa estaba húmedo de sudor. Saqué el pañuelo del bolsillo y me limpié la frente. Para ser entre semana, el lugar estaba bastante ocupado, alguna gente de Hollywood para pasar el día o el comienzo de un largo fin de semana. Al otro lado de la vía fluvial, barcos cisterna eran remolcados junto a una refinería.

La Cinara era una goleta de dos mástiles de treinta metros de eslora con una tripulación de cuatro y compartimentos para diez. El gran yate era un acto de vanidad, pero el Rey Vidor era uno de los directores más exitosos de Hollywood y, aunque era conocido por su parsimonia, aún era capaz de darse un capricho. Un chavalín

rubio que ya debería haber sido reclutado estaba puliendo el trabajo de latón. Levantó la vista cuando subí a bordo. Me escabullí por la escotilla abierta hacia una barnizada escalera de roble y luego hasta el puente del piloto. El capitán estaba allí, inclinado sobre la mesa de cartas.

—*¿Sr. Onslow?*

El hombre alzó la vista. Mitad de cincuenta, pelo de sal y pimienta. —*¿Quién es usted?* - preguntó.

—*David Furrow,* - le dije. Le entregué los papeles. —*El Sr. Welles me envió para ayudar en este crucero*.

—*¿Cómo es que nunca he oído de usted?*

—*Se suponía que él debía llamarle. ¿Quizá le pidió al Sr. Vidor que contactara con usted?*

—*Nadie ha dicho una palabra al respecto*.

—*Entonces debería usted llamar al Sr. Welles*.

Onslow me miró, volvió a mirar los papeles. Había una carta falsificada de Welles que me identificaba como un marinero sano con tres años de experiencia. Onslow claramente no quería llamar a Welles y arriesgarse a una diatriba. —*¿Dijo él qué esperaba de usted a bordo?*

—*Ayudar con las comidas, mayormente*.

—*Estibe su equipo en el compartimento de la tripulación a popa,* - dijo. —*Luega vuelva aquí.*

Encontré una litera vacía y puse mi bolsa con la unidad portátil en la taquilla bajo esta. No había cerradura, pero tendría que arriesgarme.

Onslow me presentó a Manolo, el cocinero, quien me puso a trabajar trayendo a bordo los productos, las aves y una caja de vino que el proveedor había enviado. Cuando le dije que Welles quería que sirviera, pareció aliviado. Alrededor de la media tarde, Charles

Koerner, el jefe de producción en funciones de RKO, llegó con su esposa e hija. Esperaban ser recibidos por algo más que la tripulación, y Koerner se quejó mientras se sentaba a la mesa de caoba en la cubierta posterior. Manolo me dio una chaqueta blanca y me envió allí con las bebidas. La esposa estaba callada, abanicándose con un abanico de palma, y la hija; una niña desgarbada de doce o trece años, todo codos y rodillas; exploraba la goleta.

Una hora más tarde, un Packard marrón se detuvo en el muelle y Welles salió acompañado de una delgada mujer morena, a quien yo reconocí por las fotos como su asistente, Shifra Haran. Welles saltó a la cubierta. *—¡Charles!* - retumbó y envolvió al incómodo Koerner en un abrazo de oso. *—¡Que bueno verte!* - Se alzó hacia el jefe del estudio. Koerner le presentó a Welles a su esposa Mary.

Welles llevaba un traje ligero. Su cabello oscuro era largo y lucía un bigote que había crecido en Brasil en un intento malentendido de machismo. Él medía más de dos metros de altura, blando de panza pero con pocas señales de la monstruosa obesidad que perseguiría su futuro. Inmensa cabeza, mejillas redondas, labios bellamente moldeados y almendrados ojos mongoles.

—¿Y esta quién es? - preguntó Welles volviéndose hacia la hija. Su atención era como un reflector, y la niña se encogió en el centro del mismo.

—Nuestra hija Bárbara.

—Bárbara, - dijo Welles con una sonrisa, *—¿siempre llevas la llave de casa en la oreja?* - De la oreja izquierda de la niña sacó una brillante llave de latón y la sostuvo frente a su cara. Sus dedos eran extraordinariamente largos, sus manos elegantes.

La niña sonrió astutamente. *—Esa llave no es mía,* - dijo.

—Quizás no sea una llave en absoluto. - Welles pasó la mano izquierda sobre la derecha y la llave se convirtió en un dólar de plata. *—¿Te gusta más esto?*

—Si.

Volvió a pasar la mano sobre la moneda y desapareció. —*Mira en tu bolsillo*.

Ella metió la mano en el bolsillo de sus arremangados vaqueros azules y sacó el dólar. Sus ojos brillaron deleitados.

—*Pero recuerda,* - dijo Welles, —*el dinero no lo es todo*.

Y tan rápido como le había prestado atención a la niña, se volvió hacia Koerner. Welles tenía las maneras de un príncipe entre los plebeyos, distribuyendo sus favores como el oro y esperando que le retuvieran en cualquier momento. Haran se suspendía a su alrededor como un colibrí. Ella portaba una portafolios, lista para entregarle lo que necesitara: lápiz, cigarro, fósforo, taza de té, copia de su contrato de RKO. Herman Mankiewicz había dicho sobre él: —*Por allí, salvo por la gracia de Dios, va Dios*.

—*¡Shifra!* - bramó él, aunque ella estaba justo a su lado. —*Saca esas cosas del coche*.

Haran me pidió que la ayudara. La seguí hasta el muelle y, desde el maletero, tomé un contenedor octogonal de películas multicarrete y un voluminoso proyector portátil. La etiqueta en el bote tenía a "Los Magníficos Ambersons" garabateados con un negro lápiz de grasa. Haran me observaba con cautela hasta que yo estibé la impresión y el proyector de forma segura en el salón, luego ella se apresuró a volver a cubierta para cuidar de Welles.

Pasé un tiempo ayudando a Manolo en la cocina hasta que Onslow me llamó: era hora de zarpar. Onslow puso en marcha el motor diesel. El chico rubio y otro miembro de la tripulación soltaron amarras y Onslow puso al Cinara marcha atrás fuera del muelle. Una vez que el yate salió de la vía fluvial y entró en la Bahía de San Pedro, izamos la vela principal, las delanteras y el trinquete. La lona atrapó el viento, Onslow apagó el motor y, bajo el sol en declive, zarpamos hacia Catalina.

En mi camino de regreso a la cocina les pregunté a los pasajeros si podía rellenar sus bebidas. Welles se había quitado la chaqueta y estaba tumbado en una de las tumbonas, regalando a los Koerner historias de rituales voudun que había presenciado en Brasil. Ante

mi interrupción, me lanzó una mirada negra, pero Koerner aprovechó la pausa como una oportunidad para pedir otro escocés. Le pregunté a Bárbara si quería una limonada. Los encapuchados ojos de Welles destellaron con su impaciencia y yo me apresuré a regresar a las cubiertas inferiores.

Era el crepúsculo cuando serví la cena: el horizonte occidental ardía anaranjado y rojo, y el toldo sobre la mesa de la cubierta aleteaba con la brisa. Descorché varias botellas de vino. Yo mantuve los oídos abiertos durante la ensalada de aguacate, el "coq au vin", el pastel de fresas. El único momento difícil llegó cuando Onslow salió a cubierta para decir buenas noches. *—Espero que la cena haya ido bien.* - Se inclinó y puso una mano sobre el hombro de Welles, asintiendo hacia mí. *—¿Sabes?, no solemos contratar tripulación extra en el último minuto.*

—¿Alguien quiere brandy? - intervine yo.

Welles, atento a Koerner, agitó una mano hacia Onslow. *—Ha hecho un buen trabajo. Muy útil.* - Onslow se retiró y luego yo traje brandy y vasos en una bandeja de plata.

Welles expuso a Koerner la necesidad de completar el proyecto "Todo es Cierto" que había ido a filmar a Río. La RKO había visto la avalancha de brincantes hordas de negros en Carnaval, había entrado en estado de shock y abandonado la idea. *—Tres segmentos,* - dijo Welles. "Los Jangladeros", "Mi Amigo Bonito" y la historia de la samba. Si desarrollas el resto del rodaje que envié, puedo acabarlo para el Día de Acción de Gracias. Por una pequeña inversión adicional, el estudio tendrá algo para demostrar el dinero que han gastado, Nelson Rockefeller habrá tenido éxito en el esfuerzo del Buen Vecino y yo podré continuar haciendo el tipo de películas para las que la RKO me trajo aquí.

Koerner evitó los ojos de Welles, mientras trazaba líneas en el mantel blanco con un tenedor de postre.*—Orson, con el debido respeto, no creo que el estudio siga interesado en el tipo de películas para las que te trajeron aquí. Kane recibió una paliza y Ambersons no parece que vaya a irle mejor, probablemente irá peor.*

La sonrisa de Welles fue demasiado rápida. *—La versión de*

Ambersons que está en los cines ahora solo lleva parecidos de pasada a lo que yo filmé.

—Nunca he visto ninguna de las versiones. Pero vi el informe en el visionado previo de Pomona. El público lloró de aburrimiento con tu tragedia. "La gente quiere reír", dijeron. Las tarjetas de comentarios fueron brutales.

—Vi las tarjetas, Charles. La mitad de la audiencia pensó que era la mejor película que habían visto. A los que no les gustó escribieron "La jente quié reí". ¿Vas a dejar que las películas que lanzas las determinen personas que no saben escribir?

—No podemos ganar dinero en cines medio llenos.

Yo iba y venía, recogiendo la mesa, mientras ellas continuaban el baile en el cuadrilátero. Haran estaba ocupada haciendo algo en el salón. Después de ayudarle a limpiar, Manolo se dirigió a su litera y, excepto por el piloto y yo, la tripulación se había acostado. Yo me senté a la barandilla de popa en la oscuridad, fumando un cigarrillo del siglo XX y con los oídos atentos. Hasta ahora, Koerner había demostrado ser un entretenidamente perfecto ancestro de los ejecutivos de estudio con los que yo estaba familiarizado. El arquetipo no había cambiado en cien años. Bárbara, aburrida, se tumbó en un banco con la cabeza en el regazo de Mary Koerner; Mary acariciaba el cabello de Bárbara y susurró: —Por la mañana, cuando lleguemos a Catalina, puedes ir a nadar fuera del yate.

—¡Madre! - exclamó la niña. —¿Es que no lo sabes? ¡Estas aguas están infestadas de tiburones!

Madre e hija entraron en una disputa sobre si "infestado" era un lenguaje apropiado para una joven bien educada. Quedaron en silencio sin llegar a una decisión. Ya era noche cerrada ahora, y la luna había salido. Las luces de posición brillaban en la parte superior de los mástiles, en el bauprés y en la popa. Aparte del aleteo de la bandera arriba y la corriente del mar contra el casco, solo se oía el sonido de la seductora voz de Welles.

—Charles, escucha, tengo el corte original de la película conmigo, la

impresión que enviaron a Río antes de la vista previa. ¡Shifra! - gritó. —¿Tienes listo ese proyector? - Welles se terminó el brandy. —Al menos échale un vistazo. Verás que es una obra de mérito.

Bárbara se animó. —¡Por favor, padre! ¿Podemos verlo?

Koerner ignoró a su hija. —No se trata de mérito, Orson. Se trata de dinero.

—¡Dinero! ¿Cómo puedes saber lo que va a hacer dinero si nunca te arriesgas? - Su voz se estaba volviendo demasiado fuerte. La señora Koerner pareció preocupada. —¿Qué industria en Estados Unidos no gasta algo de dinero en experimentos? ¡De lo contrario, el futuro te sorprendería y estarías fuera del negocio!

Haran asomó la cabeza por la puerta. —Tengo el proyector instalado, Orson.

—Orson, de veras que no quiero... - dijo Koerner.

—Ven, Charles, me debes el favor de al menos ver lo que he hecho. Te prometo que eso es todo lo que pediré.

Se retiraron al salón. Repté hasta el lado de la cabina y miré por una de las ventanas. En un extremo, en una mesa de teca, Haran había instalado el proyector, y en el otro una pantalla. El contenedor de película yacía abierto sobre el banco y el primer carrete estaba montado en el proyector.

—Estoy cansada, - dijo Mary Koerner. —Si me disculpan, creo que voy a acostarme.

—Madre, yo quiero ver la película, - dijo Bárbara.

—Y yo creo que deberías irte a la cama, Bárbara, - dijo Koerner.

—No, deja que la vea, - dijo Welles. —Puede que sea un poco oscura, pero no hay nada objetable.

—No quiero que vea ninguna película oscura, - dijo Koerner.

Welles apretó los puños. Cuando habló fue en un tono más bajo. —La

vida es oscura.

—Ahí está el asunto, Orson, - dijo Koerner ajeno a la delgada capa de hielo que estaba pisando. —Hay una guerra en marcha. La gente no quiere deprimirse. - Como una ocurrencia tardía, murmuró: —Si es que alguna vez lo hace.

—¿Qué has dicho?

Koerner, tomando asiento, estaba de espaldas a Welles. Se enderezó y se giró. —¿Qué?

Welles pasó junto a Haran y, con movimientos bruscos, comenzó a quitar el carrete del proyector. —Olvídalo, Shifra. ¿Por qué desperdiciarlo en un filisteo?

Bárbara rompió el cargado silencio. —¿Qué es un filisteo?

Welles se volvió hacia ella. —Un filisteo, mi querida niña, es un pariente ligeramente mejor vestido de un imbécil. Y tú tienes la mala fortuna de tener a un completo y absoluto filisteo como padre.

—Ya he tenido suficiente ... - farfulló Koerner.

—¿Que TÚ has tenido suficiente? - Bramó Welles. —¡Yo estoy MORTALMENTE HARTO de vosotros, insignificantes tramposos y mentirosos sacadinero! ¿Cuándo alguno de vosotros me ha cumplido su palabra? ¿Cuándo? ¡Traidores! - Se abalanzó hacia adelante y lanzó el proyector fuera de la mesa. La esposa y la hija de Koerner se estremecieron ante el choque y bajaron agachadas la escalera. Haran, quien había visto claramente tales exhibiciones antes, no hizo nada para contener a su jefe.

La cara de Koerner estaba roja. —Se acabó, - dijo. —Lo que fuese que me poseyó para poner a mi familia en el camino de un loco como tú, estoy seguro de que no lo sé. Si tengo algo que decir al respecto, nunca volverás a trabajar en Hollywood.

—¡Serás bastardo! No necesito tu permiso. Trabajaré...

Koerner apuntó con el dedo en el agitado pecho de Welles. —¿Sabes lo que dicen en todo club social de la ciudad? Dicen: «Bien está lo que

acaba con Welles».. - Se giró hacia la encogida secretaria. —Señorita Haran, buenas noches.

Y con esto, siguió a su esposa e hija hacia su habitación.

Welles permaneció inmóvil. Me retiré de la ventana y subí a la cabina del piloto. —¿A qué ha venido eso? - preguntó el hombre de guardia.

—El Sr. Welles acaba de chocar contra un iceberg. No se preocupe. No nos estamos hundiendo.

En alemán, "Rosebud" se dice "Rosenknospe".[NdT: Si no sabes lo que significa "Rosebud", es que no has visto "Ciudadano Kane" y si lo explico te arruinaría un poco la película.]

Mi madre se creía una artista. Ella participó en "Les Cent Lieux", la red de salones públicos patrocinados por Bruselas, y por ello crecí en una cutre galería en Schwabing donde ella exhibía sus cansinas virtualidades. Recuerdo que una de ellos era una escultura de una vagina en cuyo corazón un proyector holográfico presentaba imágenes que cambiaban cada vez que pasaba una nueva persona. Una era de la boca de un hombre, con un mostacho sobre el labio, susurrando la palabra "rosebud".

Yo podía ver que se trataba de una imagen de archivo y que el hombre que hablaba no era alemán, pero yo no sabía quién era. No fue hasta que salí de Munich para ir a la escuela de cine de la NYU (NdT: Universidad de Nueva York) que vi "Ciudadano Kane".

Yo iba a ser el artista que mi madre nunca fue, de ninguna manera atado a la vieja Europa o al abandonado siglo XX. Yo era rápido, inteligente y persuasivo. Podría dar un giro a una visión de Arte y Comercio a potenciales patrocinadores hasta que se desmayaban por el deseo de darme dinero. Para cuando yo tenía veintiséis años, había hecho dos películas independientes, "La Fortaleza de la Soledad" y "Palabras de Cristo en Rojo". "Palabras" incluso ganó el premio al mejor guión original en el Festival de Cine de Trieste de 2037. Yo tenía cierto nombre, pero nunca hice un centavo. Aparte de una camarilla, nadie veía mis películas.

Me dije a mí mismo que era porque la audiencia era idiota, y después de

todo, el mundo era un desastre, ¿qué posibilidades tenía el arte en un mundo en llamas? Las únicas personas que hacían dinero eran las que suministraban bonitas distracciones. Luego llegó el viaje en el tiempo y todo lo demás que ayudó, aquello fue un desastre para las películas; hacer películas comerciales llegó a consistir sobre quién podría conseguir que Elizabeth Taylor o John Wayne se inscribieran. Me cansé de navegar bajo el radar. Cuando tenía treinta años, me eché una buena mirada en el espejo y encontré el trabajo con la Metro como buscador de talentos.

Eso suena plausible, ¿no? Pero hay otra versión de mi carrera. Considera esta historia: yo solía ser un buen jugador de tenis. Pero mi revés era débil, y no importaba cuánto trabajara en él, nunca llegó a ser de primera categoría. En un momento clave en cada partido, mi oponente llevaba la pelota hacia mi revés, y esa maldita cinta en la parte superior de la red se levantaba para atrapar mi resto. Hasta ahí podía llegar: no conseguí sacar al genio de la nada. Y así, las películas, los discos y el trofeo de Trieste se quedaron en el fondo de mi armario.

Yo estaba transfiriendo el contenido de ese armario a cajas cuando llegó la llamada de la DAA. Me dolía la cabeza como si alguien me estuviera clavando púas en el cerebro, y Moira, la casera, me intimidaba desde la puerta. Las únicas pertenencias personales que tenía que valiera la pena subastar online ya habían sido subastadas, y yo llevaba seis meses de atraso.

Mi espex, en la mesita de noche, comenzó a sonar. La señal en la sien estaba parpadeando.

—Pensé que su servicio había sido cancelado, - dijo Moira.

—Lo ha sido.

Le lancé hacia el espex, me senté con las piernas abiertas en el suelo y me los puse. Se me revolvió el estómago. La pared de mi departamento se desvaneció en una visión de Gwenda, mi PDA. Tenía a Gwenda programada para parecerse a Louise Brooks —Tienes una llamada de Vannicom, Ltd., - dijo. —Rosethrush Vannice quiere hablar contigo.

Me quité el espex. —Moira, querida, dame cinco minutos a solas, ¿quieres?

Ella sonrió. —Quienquiera que sea mejor será que te deba dinero. - Pero ella se fue.

Palpé entre los descartes sobre la mesita de noche hasta que encontré una hipodérmica sin usar y me la inyecté en el brazo. El corazón se me estrelló contra el pecho y mis ojos se abrieron completamente. Me puse el espex de nuevo. —Vale, - dije.

Gwenda se desvaneció y el hermoso rostro de Vannice ocupó su lugar. —¿Det? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí. ¿Cómo me has localizado?

—Tuve que pagarte la factura de teléfono. ¿Qué tal si me muestras un vistazo de ti?

La habitación era un testimonio de mi inminente desalojo y yo no quería que ella viera mi aspecto. —No puedo hacerlo, estoy usando espex. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Quiero lanzar un poco de trabajo a tu manera.

Después de yo hubiera ayudado a Sturges a desertar del estudio, Vannice me había dicho que nunca volvería a trabajar para ella. Su discurso podría haber estar sazonado con líneas de Nicholas Ray o Quentin Tarantino, pero su lujuria cinematográfica era la simulación de una mente comercial despiadada, y yo le había costado dinero a la compañía. Durante los últimos seis meses parecía que yo no trabajaría para nadie. —Estoy bastante ocupado, Rosethrush.

—¿Demasiado ocupado para pagar la factura telefónica?

Me di por vencido. —¿Qué necesitas?

—Quiero que termines una ronda de Welles, - dijo.

Puede que yo estuviera fuera de combate, pero la historia de la caza del ganso salvaje por Orson Welles estaba por toda la ciudad. Cuatro veces los cazatalentos habían sido enviados de vuelta para reclutar versiones de Welles, y cuatro veces habían fallado. —No, - dijo Welles a la edad de cuarenta y dos años, a pesar de haber sido excluido del estacionamiento de la Universal después de "Touch of Evil.". Lo pusieron

a prueba en 1972, cuando él tenía cincuenta y siete años, después de que Pauline Kael destrozara su reputación; —No, - dijo. La Metro incluso envió a Darla Rashnamurti para seducirlo en 1938, cuando él era el niño prodigio de veintitrés años. Darla y esa versión de Welles tuvieron una aventura bastante tórrida, pero ella regresó con nada más que un vídeo de sexo que atrajo un montóon se visitas en la red y algunos fragmentos para el libro de recuerdos de Dana. Yo sabía todo esto y Rosethrush sabía que yo lo sabía, y que aquello no suponía la menor diferencia. Yo necesitaba el trabajo.

—¿Me puedes enviar algo de dinero electrónico? - Le pregunté.

—¿Cuánto?

Lo consideré, tratándose de Moira. —¿Eh... qué tal diez mil por ahora?

—Lo tendrás en una hora. Para entonces estarás en mi oficina. ¿Cierto?

—Allí estaré.

Una semana después, afeitado, informado y pulido a un alto lustre, Estaba en el centro del escenario de viaje en el tiempo en DAA. Dejé la bolsa de equipo que contenía mi ropa de 1942 y la unidad portátil de viaje en el tiempo, y le hice un gesto a Norm Page en la cabina de control. Vannice estaba de pie fuera del bruñido riel del escenario. —Sin fastidiarla esta vez, ¿de acuerdo, Det?

—¿Cuándo te he decepcionado?

—Podría darte una lista ...

—Diez segundos, - dijo Norm desde la cabina.

Vannice me apuntó con el dedo como una pistola, dejó caer el pulgar como si disparase y habló por la esquina de la boca, haciendo una imitación pasable de la voz de un hombre.

—Rosebud, vivo o muerto, - dijo ella, y el mundo desapareció.

Lo que me distingue a mí del explorador habitual es que puedo planificar e improvisar. La planificación es lo primero. Debes conocer a tu objetivo. Le estás pidiendo que abandone su vida, y nadie va a hacer

eso a la ligera. Tienes que abordarle en su momento más débil. Pero también quieres llevarlo a un tiempo donde sus talentos no se vean mermados.

Esta situación había encajado bastante bien. Bajé a la cubierta y me fumé otro cigarrillo. Tabaco, uno de los lujos perdidos del siglo XX. Entre un ligero subidón de nicotina escuché a Welles gritarle a Haran en el salón, y los sonidos de la demolición de lo que quedaba del proyector. La escuché a ella decirle que se fuera al infierno. La luna estaba alta ahora y la superficie del mar ondulaba en olas largas y bajas que golpeaban suavemente el casco mientras nos dirigíamos hacia el Sur. Detrás de nosotros, las luces de San Pedro se reflejaban en nuestra subsidiente estela.

Unos minutos más tarde, Welles subió a la cubierta arrastrando el contenedor de la película, el cual levantó sobre la mesa. Se sentó y se quedó mirándolo. Cogió la botella de brandy, se sirvió un vaso, se lo bebió de un tragó y se sirvió otro. Si él era consciente de mi presencia, no daba señales.

Después de un rato dije en voz baja: —Podría haber ido mejor.

Welles levantó su gran cabeza. Su rostro estaba ensombrecido; por un momento se pareció a Harry Lime en El Tercer Hombre. —No tengo nada que decirte.

—Pero yo tengo algo que decirte a ti, Orson. - Me moví hasta la mesa.

—Vete. No estoy dispuesto a que me dé una lección uno de los lacayos de Vidor.

—No trabajo para el Sr. Vidor. No trabajo para nadie que conozcas. Estoy aquí para hablar contigo.

Bajó su vaso. —¿Te conozco?

—Mi nombre es Detlev Gruber.

Él resopló. —Si yo fuera tú, cambiaría de nombre.

—Hago eso con frecuencia.

Por primera vez desde que había subido al yate, me miró de verdad. —Pues di lo que sea y déjame en paz.

—Primero, déjame mostrarte algo.

Saqué mi pañuelo del bolsillo y lo extendí sobre la mesa entre nosotros. Tiré de las esquinas que lo dejaban rígido, luego presioné los controles para encenderlo. El patrón azul y blanco de la tela desapareció y la pantalla se iluminó.

Welles estaba mirando ahora. —¿Que es esto?

—Una demostración. - Pulsé «Play», la pantalla se puso negra y aparecieron palabras:

Una Producción

Mercurio

por

Orson Welles

Y luego el título:

CIUDADANO

KANE

Se elevó una música ominosa. Transición a... noche, sobre una verja de alambre un letrero de metal que dice «Prohibido El Paso» —¿Qué demonios ...? - Dijo Welles.

Pausé la imagen.

Welles recogió la pantalla plana. La sacudió, rígida como un molde de cartón, la giró y la examinó por detrás. —Esto es increíble. ¿De dónde lo has sacado?

—Es un artefacto común en el año 2048.

Welles dejó la pantalla sobre la mesa. Con la luz de "Prohibido El Paso" brillando en su rostro no parecía más que un niño. Tenía veintisiete

años.

—Continúa, - dijo. —Me gustan las historias ambiciosas.

—Lo tengo porque vengo del futuro. He venido aquí solo para verte a ti porque quiero que vuelvas conmigo.

Welles me miró. Luego se rió con su risa profunda y estruendosa. Sacó un puro del bolsillo de su chaqueta y lo encendió. —¿Qué... quiere el futuro de mí? - dijo entre bocanadas.

—Represento a una compañía de entretenimiento. Queremos que hagas algo: películas. Tenemos tecnología que tú no tienes y recursos que no podrías ni imaginar. Esta pantalla es solo un ejemplo de lo más trivial. ¿Crees que la impresión óptica es un buen truco? Podemos crear paisajes enteros de la nada, convertir tres extras en un ejército, hacer por una fracción del coste lo que se necesita millones hacer aquí, y hacerlo mejor. La tecnología de las películas del futuro es el mejor juguete de trenes que un niño ha tenido nunca.

—Y aún más importante, Orson, es que puedes engañar a estas personas a tu alrededor, pero no puedes engañarme a mí. Conozco todos los errores que has cometido desde que llegaste a Hollywood. Conozco a todas las personas a las que has alienado. La hostilidad de Koerner es solo la punta del iceberg.

—No discutiré contigo sobre eso. Pero aún tengo posibilidades. Ciertamente no estoy preparado salir volando contigo como Buck Rogers. Dame un par de años, regresa en 1950 y ya veremos.

—Olvidas que el futuro para ti es historia para mí. Conozco toda tu vida, Orson. Sé lo que te sucederá a partir de este momento hasta que mueras de un ataque al corazón, completamente solo, en una casa en mal estado en Los Ángeles en 1985. No es una vida bonita.

La noción de la muerte de Welles flotó en el aire por un momento como el humo del puro. Sostuvo el puro de lado entre el pulgar y los dedos, examinándolo. —Mal sabor, señor, pero el mío propio, - dijo como si se dirigiera al puro, y luego sus ojos, fríos y sobrios, se encontraron con los míos.

—Bromea si quieres, - le dije, —pero nunca harás otra película sin tantas trabas como en Kane. La carnicería RKO realizada en Ambersons es solo el comienzo. Ningún estudio te permitirá dirigir de nuevo hasta 1946, y eso serán chapuzas solo para hacer dinero y completamente bajo pulgar del sistema. Cuando intentas algo más ambicioso en "La Dama de Shanghai", te quitan la película y recortan una hora. Hollywood te exilia; escapas a Europa. Pasas los últimos cuarenta años de su vida mendigando dinero en efectivo, actuando en pequeños papeles en películas cada vez más terribles mientras luchas por hacer películas por tu cuenta. ¿Toda tu carrera? Once películas, y eso incluye a Kane y Ambersons.

—Parece que soy un fracaso. ¿Por qué me quieres?

—Porque, a pesar de esos idiotas royéndote los tobillos y la falta total de apoyo, algunas de esas películas son brillantes. ¡Piensa en lo que podrías hacer si tuvieras el apoyo de un gran estudio!

—¿No te importa que si voy contigo, nunca haré estas geniales obras de las que me hablas?

—Por el contrario, puedo mostrártelas ahora mismo. Lo que estoy haciendo es sacarte de una versión alternativa de nuestra historia. En nuestro mundo habrás vivido exactamente la vida que te he estado contando. Así que todavía tendremos todas esas películas, pero no tú tendrás que luchar para hacerlas. En cambio, puedes hacer docenas de otros proyectos para los que nunca podrías encontrar apoyo en esta historia. Antes de filmar Kane, querías hacer Corazón de Oscuridad. En 2048, nadie ha hecho una película decente de ese libro. Es como si el mundo te hubiera estado esperando.

—En 2048 serás una celebridad en vez de objeto de burla. Si te quedas aquí, pasarás el resto de tu vida como un exiliado. Si debes ser un exiliado, sé uno en un lugar y tiempo que te permitan hacer el trabajo que amas.

Welles movió una taza de café, dio unos golpecitos para sacudir la ceniza en el platillo y apoyó el puro en el borde. —Tengo amigos. Tengo familia. ¿Qué hay de ellos?

—No tienes familia: tus padres están muertos, tu hermano y tú estáis

alejados; te has divorciado de tu esposa y, francamente, no estás interesado en tu hija. La mayoría de tus amigos te han abandonado.

—Joe Cotten no.

—¿Quieres a Joseph Cotten? Mira. - Abrí un corte de vídeo en la pantalla plana, luego la deslicé delante de Welles. La pantalla mostraba la terraza de un café. Ruidos callejeros, peatones con sombreros UV, coches futuristas pasando. Un hombre y una mujer estaban sentados a la mesa bajo una palmera. La cámara se acercó a la pareja: Joseph Cotten, pantalones blancos y camisa de cuello abierto, y su esposa, Lenore. —Hola, Orson, - dijeron sonriendo. Cotten habló directamente a la cámara. —Orson, Detlev me dice que te va a mostrar este vídeo. Escucha lo que dice el hombre: está diciendo la verdad. Esto es mucho más agradable de lo que puedas imaginar. De hecho, de lo que más me arrepiento de haber venido al futuro es que tú no estás aquí. Te echo de menos.

Detuve la imagen. —Otro explorador lo trajo al futuro hace cuatro años, - le dije.

Welles tomó otro sorbo de brandy y dejó su copa sobre la nariz de Cotten. —Si Joe me hubiera apoyado, el estudio no habría sido capaz de volver a filmar el final de Ambersons.

Pude ver por qué mis predecesores habían fallado. Para cada argumento que daba, Welles tenía un contraargumento. No se trataba de razón; él era demasiado listo y las razones que ofrecía para declinar no eran razonables. Yo necesitaba convencerle en algún nivel visceral. Tenía una forma brutal de llegar allí, y tendría que usarla.

Quité el vaso de brandy de la pantalla. —Todavía no hemos terminado con las películas, - dije. —¿Tienes problemas para controlar tu peso? Bueno, déjame mostrarte algunas fotos.

Primero, una imagen de Welles de "El Extranjero", lo bastante delgada para que se pudiera ver su manzana de Adán. —Aquí estás en 1946. Todavía te pareces a ti mismo. Ahora aquí está "Touch of Evil, diez años después. - Un gigante hinchado, sin afeitar y sudando. Las fotos aparecieron en ciclos, una triste progresión de mandíbulas caídas, mejillas hinchadas, una cara que pasaba de ser juvenilmente guapa a

sebosa, un cuerpo desde tamaño imponente hasta una obesa pesadilla. Tenía fragmentos de películas de él caminando por una habitación, de sus papadas temblando mientras oraba en una mala epopeya europea de mediados de los sesenta. Numerosos fragmentos de él sentado en platós de programas de entrevistas, hinchazón del vientre por encima de sus rodillas, un puro agarrado entre los dedos de su mano derecha, la espesa barba no disimula sus múltiples papadas.

—Al final de tu vida pesas entre ciento treinta y ciento ochenta kilos. Nadie lo sabe con certeza. Aquí hay una foto de una actriz llamada Angie Dickinson tratando de sentarse en tu regazo. Pero no tienes regazo. Mira cómo ella tiene que sostener su brazo alrededor de tu cuello para evitar resbalarse. No puedes respirar, no puedes moverte, tu espalda está en agonía, tus riñones están fallando. En la década de 1980 te quedas atascado dentro de un automóvil y tienen que desmontarlo para sacarte. Pasaste los últimos años de tu vida haciendo comerciales de vino barato que no puedes beber debido a tu abismal salud.

Welles miró las imágenes. —Apágalo, - susurró.

Quedó en silencio por un tiempo. Su ceño fruncido, sus ojos oscuros se convirtieron en pozos de autodesprecio. Pero una inclinación de sus cejas indicaba que estaba satisfecho con esta humillación, como si lo que le había mostrado fuera solo el cumplimiento de una profecía pronunciada sobre su cuna.

—Veo que te has tomado un montón de trabajo, - dijo en voz baja.

Yo sentía estar cerca ahora. Me incliné hacia delante. —Esto no tiene que suceder. Nuestra ciencia médica hará que nunca te conviertas en esa gran parodia de ti mismo. Te mantendremos joven y guapo por el resto de tu vida.

Welles se agitó inquieto. —Estoy deslumbrado por tu generosidad. ¿Qué te llevas tú?

—Muy bien. No lo niego, no somos una organización caritativa. No te das cuenta de la estima en la que se mantendrán tus obras en el futuro. Dentro de cien años, Ciudadano Kane será considerada la mejor película hecha jamás. Solo la publicidad de tu regreso vale millones. La gente

quiere ver tu trabajo.

—Suenas exactamente como George Schaefer al persuadirme de que fuera a Hollywood después de La Guerra de los Mundos. Soy un genio, apoyo ilimitado, la gente ama mi trabajo. Y ya estaban afilando los cuchillos para mí incluso antes de que pusiera un pie fuera del avión. Tres años después, Schaefer está en la calle, yo soy un paria y su reemplazo ni siquiera quiere ver mi película conmigo. Dime, ¿los ejecutivos de estudio en el futuro se han vuelto santos?

—Por supuesto que no, Orson. Pero el futuro tiene la perspectiva del tiempo. Los recortes de la RKO a Ambersons no hicieron nada para proteger su inversión. Tus instintos eran mejores que los de ellos, no solo artísticamente, sino incluso desde el punto de vista de hacer dinero.

—Díselo a Charles Koerner.

—No tengo que hacerlo. Está considerado la mayor tragedia de la historia del cine. En 2048 nadie ha visto tu película nunca. Esta impresión - Toqué el contenedor de la película. —es la única copia existente de tu versión. Cuando desaparece y los negativos del material eliminado se destruyen, lo único que queda es la fallida versión del estudio.

—¿Esta es la única copia?

—La única copia.

Welles se pasó la mano de dedos largos por el pelo. Se puso en pie de un salto, se acercó a la barandilla de la goleta, agarró un cabo para sostenerse y miró hacia el cielo nocturno. Fue un gesto dramático, como él indudablemente sabía. Sin mirarme, me dijo: —¿Y tu máquina del tiempo? ¿Dónde guardas eso?

—Tengo una unidad portátil en mi bolsa. No podemos usarla en el barco, pero en cuanto regresemos a tierra...

—¡Nos vamos a 2048! - Welles se echó a reír. —Parece que dramaticé la novela de H. G. Wells equivocada. - Se giró hacia mí. —¿O tal vez no, señor ...?

—Gruber.

—Sr. Gruber. Me temo que tendrá que regresar al futuro sin mí.

Rosethrush había gastado mucho dinero enviándome aquí. Ella no me iba a dejar intentarlo en otro universo momentáneo si este intento fallaba. —¿Por qué? Todo lo que te he dicho es la simple verdad.

—Lo cual me da una gran ventaja para enfrentar los próximos cuarenta años, ¿no?

—No seas idiota. Tu situación aquí no tiene mejor mañana que la de ayer. - Una de las normas era no involucrarse nunca, pero ahora yo estaba todo metido en ello y me preocupaba si él me escuchaba o no. Creo que fue por mi saldo bancario. Hice un gesto hacia los camarotes donde dormían Koerner y su familia. —Será peor aún después de esta noche. Estás desperdiciando tu única oportunidad de cambiar tu destino. ¿Quieres hipotecar tu talento a personas como Charles Koerner? ¿Venderte por la aprobación de personas que nunca te entenderán?

Welles parecía divertido. —Pareces un poco ejercitado sobre esto, Detlev, ¿verdad? Detlev, ¿por qué iba esto a significar tanto para ti? - Estaba especulando tanto como preguntándome. —Este es solo tu trabajo, ¿verdad? En realidad no me conoces, pero parece que te importa mucho más de lo que justificaría cualquier trabajo. Lo que eso me sugiere es que realmente te deben de gustar mis películas, me siento halagado, por supuesto, o estás particularmente involucrado con el problema del director de cine en el mundo de los negocios. Sin embargo, tú debes de trabajar en el mundo de los negocios todos los días.

—Déjame entonces hacer una contraoferta: no me lleves de vuelta al futuro; quédate tú aquí conmigo. Me pregunto si algún artista puede tener éxito fuera de su propio tiempo. Nací en 1915. ¿Cómo voy a entender 2048, y mucho menos hacer arte que quiere ver?

—Por otro lado, tú pareces bastante familiarizado con el hoy. Dices que conoces todas las trampas que enfrentaré. Y apuesto a que conoces bastante bien tu historia del siglo XX. Piensa en la ventaja que eso te brinda aquí ¡Unas pocas inversiones inteligentes y serás rico! ¿Quieres hacer películas? ¡Las haremos juntos! ¡Puedes ser mi socio! ¡Con tu conocimiento del futuro podemos financiar nuestro propio estudio!

—Soy un cazatalentos, no un economista.

—Un cazatalentos. También usaremos eso. Debes de saber quiénes serán los grandes actores y actrices de los próximos treinta años. Nos acercaremos a ellos antes que nadie. Firmaremos contratos exclusivos. ¡En diez años dominaremos el negocio!

Paseó por la cubierta hasta la mesa, puso una copa de brandy delante de mí y la llenó. —¿Sabes?, si no me lo hubieras dicho, nunca habría pensado que no eras más que un sirviente. Tú mismo eres un actor, ¿no? Un manipulador de apariencias. Iago vertiendo palabras en mi oído. Bien, definitivamente podemos usar eso también. Pero no me digas, Detlev, que no hay aspectos del futuro de los que no te gustaría escapar. Esta es tu oportunidad. ¡Ambos podemos despedirnos de los Charles Koerner del mundo, o mejor aún, tener éxito en su mundo y restregárselo por la cara! "

Esto era nuevo. Se me habían resistido antes, me habían dicho que me perdiera, yo había mirado a la cara del pánico y del escepticismo. Pero nunca un objetivo había intentado seducirme.

La cuestión era que lo que decía Welles tenía mucho sentido. Tal vez si pudiera traerlo de vuelta me saldría bien, pero eso no parecía que iba a suceder. Todo lo que le había contado sobre él, su falta de conexiones familiares, sus problemas con la industria, sus sombrías perspectivas, se aplicaban a mí en 2048. Y como había quemado este universo momentáneo al venir aquí, no había forma de que alguien del futuro viniera a buscarme aunque quisiera. Yo podría hacer películas con Orson Welles y, eventualmente, podría hacerlas sin él.

Observé el contenedor de película de Ambersons sobre la mesa frente a mí y me recompuse. Yo conocía su biografía. Welles no había sido abandonado por otros sin más. Cuando era necesario, él había seducido y abandonado incluso a sus amigos de mayor confianza. Siempre fue por amor en sus términos.

—Gracias por la oferta, - le dije. —Pero tengo que regresar. ¿Vienes conmigo?

Welles se sentó en la silla a mi lado. Él sonrió. —Supongo que tendrás que decirle a tu jefe de estudio, o al que te envió, que fui más difícil de lo que él imaginaba.

—Vivirás para lamentar esto.

—Ya veremos.

—Yo ya lo sé. Te lo he mostrado.

La cara de Welles se oscureció. Cuando habló, su voz era distante. —Sí, eso fue agradable. Pero ahora, parece que nuestro negocio está terminado.

Esto no iba a salir bien cuando regresara a la DAA. Tenía una oportunidad de salvar mi reputación. —Entonces, si no te importa, me llevaré esto. - Eché mano a la mesa para recoger la copia de Ambersons.

Welles se inclinó hacia adelante desde la silla sorprendentemente rápido y agarró el contenedor antes que yo. Se puso en pie sosteniéndolo entre los brazos, balanceándose en la cubierta inestable. —No.

—Venga ya, Orson. ¿Por qué objetar que nos quedemos tu película? En los cien años después de esa fallida vista previa en Pomona nadie ha visto tu obra maestra. Este es el Santo Grial de las películas perdidas. ¿Qué posible propósito podrías tener para mantenerla alejada del mundo?

—Porque es mía.

—Pero no es menos tuya si nos la das. ¿No la hiciste para ser admirada, para conmover los corazones de las personas? Piensa en ...

—Te diré en qué pensar, - dijo Welles. —Piensa en esto.

Agarró el contenedor por las asas de cable, giró sobre sus pies, lo balanceó a su alrededor como un lanzador de martillo y lo soltó en al aire sobre la borda de estribor. Tropezó mientras lo soltaba y se agarró en la barandilla. El contenedor trazó un arco ascendente hacia la luz de la luna, llegó a su cresta y cayó al océano con el más leve de los chapoteos, desapareciendo al instante.

***

Yo estaba trabajando en mi editor de video cuando Moira entró al apartamento. Ella no se molestó en llamar, nunca lo hacía. Yo drené lo

último de mi ginebra, detuve la imagen de Anne Baxter que estaba en mi pantalla y giré mi silla hacia ella.

—Jesús, Det, ¿alguna vez vas a desempacar? - Moira examinó las pilas de cajas que aún desordenaban mi sala de estar.

Me dirigí a la cocina para rellenarme el vaso. —Eso depende, ¿me vas a echar de nuevo?

—Sabes que yo no quería hacerlo, - dijo. —Era Vijay. Siempre está mirando por encima de mi hombro. - Ella me siguió a la cocina. —¿Eso es ginebra del siglo XX? Déjame probar un poco. - Examinó un marchito limón que había estado en el alféizar de la ventana sobre el fregadero desde antes de mi viaje a 1942, luego lo volvió a dejar. —Además, lo tienes todo pagado por ahora.

Por ahora. Pero Rosethrush no me había puesto otra vez en nómina. Ella estaba furiosa cuando regresé sin Welles, aunque pareció disfrutar tanto humillándome que me pregunté si solo era ya valía lo que yo le había costado. Me echó la bronca por mi fracaso al mismo tiempo que le quitaba importancia como algo que se podía esperar de mí. Sus comentarios combinaban condescendencia y desprecio: yo no solo era un perdedor, sino que servía como sustituto del perdedor Welles.

Según Rosethrush, el hecho de que Welles me hubiera rechazado demostraba fatal carencia de coraje.—Ese es un cobarde, - me dijo. —Si hubiera venido contigo, tendría que ser el genio que fingía ser, sin excusas. Su genio era todo un juego de manos.

No le mencioné a ella la oferta que me había hecho Welles. No discutir con ella era el precio a pagar para evitar otro voto negativo.

En el editor, yo estaba trabajando en una restauración de "Los Magníficos Ambersons". Al tirar por la borda la única copia existente, Welles había hecho mi trabajo mucho más difícil, pero no imposible. Los negativos de las imágenes descartadas en los archivos de la RKO no se destruyeron hasta diciembre de 1942, así que tuve tiempo de robarlos antes de regresar. Por supuesto, Rosethrush no quería "Ambersons"; ella quería a Welles. Hollywood siempre había sido el resultado final, y a pesar de mi charla de vendedor con Welles, a pocos críticos y obsesivos les importaba una centenaria película en blanco y negro. Pero yo

confiaba en la posibilidad de que una restauración pudiera generar suficiente publicidad para reiniciar mi carrera.

O tal vez tenía otras razones. Yo no había editado una película desde el final de mis ambiciones de dirección, doce años antes, y trabajar en esto me hacía darme cuenta de cuánto había extrañado el simple placer de formar una obra de arte con mis manos. Los "Ambersons" restaurada era brillante, desgarradora y triste. Contaba la historia del largo y lento declive de una gran familia mercantil, destruida por el progreso, la mala suerte y la ceguera voluntaria (y por el automóvil). Fue la primera gran película en abordar las depredaciones del progreso tecnológico en las relaciones personales en la sociedad; pero también era una tragedia humana y una historia de amor frustrada. Y se centraba en la vida de George Minafer, un niño rico mimado que se destruyó a sí mismo mientras traía la miseria a todos los que lo rodeaban.

Moira se rindió y sacó la lima del alféizar. —¿Dónde hay un cuchillo? ¿Tienes tónica?

Me gustaba Moira. El hecho de que a ella no le importara nada el cine la hacía refrescantemente atractiva. Pero yo tenía trabajo que hacer. Regresé al editor mientras ella hurgaba en la cocina. Pulsé «Play». En la pantalla, Anne Baxter, como Lucy Morgan, le contaba a su padre, interpretado por Joseph Cotten, la leyenda de un mítico joven jefe indio, Vendonah. Vendonah significaba "Viaja Por Todo".

—Vendonah era indescriptible, - dijo Lucy mientras caminaban por el jardín. —Era tan orgulloso que usaba zapatos de hierro y caminaba sobre los rostros de las personas. Así que al final, la tribu decidió que no era excusa que él fuese joven e inexperto. Que tendría que irse. De modo que lo llevaron al río, lo metieron en una canoa y lo empujaron fuera de la orilla. La corriente lo llevó hasta el océano. Y él nunca volvió.

Yo había visto esta escena antes, pero por primera vez las palabras enviaron un estremecimiento por la espina dorsal. Pulsé pausa. Recordé el autodesprecio en los ojos de Welles cuando le había mostrado las imágenes de sí mismo en decadencia. Ahora vi que él había hecho una película sobre sí mismo; de hecho, había hecho dos de ellas. Tanto Kane como George Minafer eran versiones de Welles. Niños mimados, abusones, acusadores, hermosos, sufriendo por recibir atención. Lo cual habían conseguido, los tres, casi como si lo hubieran buscado, dirigiendo

al mundo y a las personas a su alrededor para lograr ese resultado estético. No es de extrañar que Welles abusara de los demás y los presionara hasta que decían "no"; porque en algún nivel él sentía que merecía que se le dijera "no". Tal vez rechazó mi "sí" porque él necesitaba ese "no". El pobre bastardo.

Me quedé mirando la pantalla. No todo era un juego de manos, o si era un juego de manos, era un juego de manos brillante. Welles había sacado una obra maestra del aire de la misma forma en que había sacado la llave del oído de Bárbara Koerner. Y para conservarla, había arrojado la última copia de esa obra maestra al océano.

En una semana yo la tendría de vuelta, completa, lista para darla al mundo, tanto como cumplimiento del inmenso talento de Welles como traición final de su voluntad, sesenta y tres años después de su muerte. Y yo volvería a entrar en el juego.

Si alguna vez dejo que alguien vea la película. ¿Y si no lo hiciera? ¿Qué haría entonces para llenar mis días?

Detrás de mí, escuché a Moira salir de la cocina y el tintineo de hielo en su vaso. Ella iba a decir algo, algo irrelevante, y yo tendría que decirle que se perdiera. Pero no dijo nada. Al final me giré hacia ella justo cuando hablaba. —¿Qué es esto? - me preguntó.

Ella estaba examinando ociosamente una caja de trastos abierta. En las manos sostenía un trofeo, una mellada espiga de lucita sobre una base negra.

—¿Eso? - Dije. —Eso es el premio al mejor guión original del Festival de Cine de Trieste de 2037.

Lo giró y lo volvió a poner en la caja. Alzó la vista hacia mí y sonrió.

—De todos modos, Det, la razón por la que estoy aquí es para preguntarte si quieres ir a nadar. Ha habido bajos registros de rayos UV durante toda esta semana.

—¿Nadar?

—Ya sabes. Agua. Playa. Mujeres desnudas. Ven conmigo, cariño, y te prometo que no te quemarás.

—La quemadura no me preocupa, - dije. —Pero esas aguas están infestadas de tiburones.

—¿En serio? ¿Dónde has oído eso?

Apagué el editor y me levanté de la silla. —No importa, - dije. —Dame un minuto que saque el bañador.

FIN

11: El Último Americano

The Last American. Publicado en Foundation 100, agosto 2007

La vida de Andrew Steele

Recreada por Fiona 13

Reseñada por El Viejo

«No culpo a mi padre por pegarme. No lo culpo por romper el libro que yo estaba leyendo entre las manos y no lo culpo por encerrarme en el sótano. Cuando era niño, le culpaba. Yo estaba enfadado y odiaba a mi padre. Pero, a medida que crecí, llegué a comprender que él hacía lo que era correcto para mí, y ahora lo contemplo con respeto y amor, el respeto y el amor que él siempre mereció, pero que yo no pude darle porque era demasiado joven y egocéntrico.»

—Andrew Steele, 2077. [Conversación con Hagiógrafo.]

Durante los treinta y tres años, Andrew Steele ocupó la Oficina Oval de lo que entonces se llamaba la Casa Blanca, en lo que entonces se llamaba los Estados Unidos de América (que no debe confundirse con el actual Estado de Americanos Unidos). En la esquina de su escritorio mantenía un dispositivo anticuado de principios del siglo XXI llamado Táser. Típicamente utilizado por los agentes de la ley, funcionaba disparando un fino cable que, una vez en contacto con su objetivo, enviaba una descarga eléctrica de hasta 300.000 voltios. La víctima quedaba inmediatamente incapacitada por espasmos musculares y dolor intenso. Esta arma rudimentaria se usaba para el control de multitudes o para someter a los sospechosos de crímenes.

Cuando la Embajadora por la Nueva Humanidad, Mona

Vaidyanathan, visitó a Steele por primera vez, le preguntó qué era el extraño objeto negro. Steele le dijo que ese había sido el medio de comunicación más frecuente entre su padre y él. —*Cuando tenía diez años,* - le dijo, —*en un solo mes mi padre lo usó conmigo dieciséis veces*.

—*Eso es horrible,* - dijo ella.

—*No para una persona con imaginación moral,* - respondió Steele.

En esta nueva biografía de Steele, Fiona 13, la Gran Dama de las Reproducciones, presenta el mayor logro de su larga carrera recreando vidas para la Cognosfera. Andrew Steele, cuando murió en 2100, había llegado a ejemplificar el siglo XXI y a su gente de una manera que va más allá de lo metafórico. Aprovechando todos los recursos del biógrafo posthumano, desde el modelado heurístico pasando por el muestreo de ADN reconstructivo hasta el sueño forense, la Sra. 13 ha producido esta obra, si no por amor, por obsesión; y yo, por mi parte, le estoy agradecido por ello.

Fiona presenta su nuevo trabajo en forma híbrida. Comparativamente, poco de esta biografía se presenta subjetivamente. En cambio, remontándose a una época pasada, Fiona separa la narración con largos pasajes de cadenas de texto de código impreso que deben leerse con los ojos. Por supuesto, esto agrega la carga de aprender el código a todo el que busque experimentar su recreación, pero una acelerada intervención prefrontal se incluye en el paquete de la biografía. Fiona mantiene que el texto, dado que fuerza una linealidad artificial en la experiencia, estimula porciones del cerebro izquierdo que rara vez funcionan en biografías experimentales convencionales. El resultado es que la persona que experimenta la vida de Andrew Steele pasa tanto por momentos significativos en la subjetividad de Steele como queda al margen de la corriente de reacción sensorial y emocional para contemplar el significado de esa experiencia desde el punto de vista de un sabio comentarista.

Confío en que no tengo que explicar los encantos de esta forma a aquellos de ustedes que están leyendo esta revisión, pero recomiendo la experiencia a todas las entidades conscientes que aún mantienen elementos de curiosidad en su repertorio afectivo.

NIÑO

Apropiadamente a un hombre que ha llegado a personificar el siglo XXI, Dwight Andrew Steele nació el 1 de enero de 2001. Su madre, Rosamund Sánchez Steele, originaria de México, era técnica de laboratorio en la escuela forestal de la Universidad Estatal de Carolina del Norte. Su padre, Herbert Matthew Steele, era un desarrollador de tierras y estaba en el comité de dirección de Banca y Fondos de Planter. Ambos padres de Steele eran devotos bautistas y asistían a una de las nuevas grandes iglesias oficina que surgieron a fines del siglo XX en respuesta a las crecientes creencias milenialistas en los Estados Unidos y otros lugares.

El joven Steele fue "educado en casa". Esto significaba que la madre de Steele dedicaba una parte de cada día a enseñar a su hijo ella misma. El sistema de escuelas públicas no era de fiar para un gran número de creyentes religiosos, quienes consideraban que la educación del estado era una forma de adoctrinamiento en el error moral. Las escuelas caseras operaban desde la premisa de que cuanto menos contacto tuvieran sus hijos con el mundo en general, mejor.

Desafortunadamente, en el caso de Andrew, esto no le impidió conocer a otros niños. Andrew era un niño pequeño, serio, sensible y un blanco fácil para los matones. Esto condujo a su primer asesinato. Fiona 13 realiza este evento para nosotros a través del mapeo genético extrapolativo.

Estamos en el patio de recreo, en una brillante mañana de mayo. Estamos corriendo por el atestado asfalto hacia una estructura trepadora de madera y metal, ¡cuando estamos cayendo de pronto! Un niño de nueve años llamado Jason Terry nos ha hecho tropezar y, cuando recuperamos la postura de pie, él trata de bajarnos los pantalones. Sentimos el pinchazo de nuestros codos donde se han arañado con el pavimento. Sentimos sorpresa y consternación, miedo, ira. Cuando Terry se inclina hacia adelante para agarrar la cintura de nuestros pantalones, de repente subimos la rodilla hasta la cara de Terry. Terry retrocede, cae sentado torpemente. Los demás niños congregados se ríen. El sonido de la risa en nuestros oídos solo nos enfurece más: ¿se están riendo de nosotros? La

expresión de consternación se convierte en ira en la cara de Terry. Nos va a dar una paliza ahora, él es una amenaza mortal. Avanzamos y, antes de que Terry pueda ponerse en pie, le pateamos en la cara. La cabeza de Terry se echa hacia atrás y golpea el asfalto, y él queda inmóvil.

Los niños jadean. Un chorro de sangre fluye debajo de la oreja de Terry. Desde el otro lado del patio llega la voz del monitor: —*¿Andrew? ¿Andrew Steele?*

Nunca he experimentado un momento más vívido en la biografía. Ahí está todo: la completa asunción de Steele de que él es la víctima. El miedo y la rabia. El horror, rápidamente reprimido. El remordimiento posterior, empantanado de desesperadas justificaciones.

Fue solo a través de las conexiones políticas y conocidos de su padre en asesoría privada (en la cual los Steele no creían, al entender la psicología como una forma particularmente perniciosa de jerigonza moderna) que Andrew fue excluido del sistema legal. Él se retiró en la familia, la disciplina de su padre y la enseñanza de su madre.

Más problemas estaban por seguir. Manteniéndolo en secreto de su familia, Herbert Steele había invertido mucho en bienes raíces en los últimos días. Había desmontado las propiedades que había comprado para pedir dinero prestado e invertir en varios fondos de cobertura, confiando en poner a la familia en una posición de tan fundamental riqueza que estarían fuera del alcance de los caprichos de la economía.

Cuando los Amigos de la Liga Americana iniciaron la explosión nuclear de Atlanta en 2012, empujando la primera ficha de dominó de la Crisis Económica Mundial, el castillo de naipes financiero de Steele se derrumbó. El gobierno de los Estados Unidos; habiéndose sumido él mismo en la bancarrota y en la dependencia del apoyo de la deuda asiática a través de esquemas imperiales mal aconsejados y reacciones paranoicas a las amenazas terroristas globales; no tenía recursos para lidiar con el colapso de las finanzas privadas. Herbert Steele luchó para lidiar con la inversión, cayó en una depresión y murió cuando estrelló un avión privado prestado en un campo de

golf en Southern Pines.

Andrew tenía doce años. Su madre, al encontrar trabajo a tiempo parcial como empleada de entrada de datos, ganaba apenas el dinero suficiente para mantenerlos con vida. Andrew fue obligado a entrar a las escuelas públicas. Le fue sorprendentemente bien allí. Andrew siempre parecía maduro para su edad, respetuoso con sus mayores, responsable, confiable y capaz de ver los puntos de vista de los demás. Estaba un poco distante de sus compañeros de clase y parecía más como en casa en presencia de adultos.

Desconocida para su sobrestresada madre, Andrew vivía una vida secreta. En Internet, bajo media docena de direcciones IP falsas, mantenía sitios web políticos. A través de ellos se convirtió en uno de los "blogueros" más influyentes del mundo.

Un blog era un registro web personal, un sitio en el sistema informático mundial donde las personas, ya fuese de forma anónima o en su propio nombre, comentaban sobre asuntos actuales o sobre sus propias vidas. Algunos de estos weblogs se había vuelto prominentes y sus organizadores y autores, políticamente importantes.

Andrew tenía el don de un escritor de ficción para inventar personalidades consistentes, vistiéndolas con argumentos brillantes y observación aguda. En el blog del "Teatro Político" (como Sacra Verdad), abogaba por la destitución del presidente Harrison; en "Temporada de Razón" (como Tom Dolor), demostraba por qué la destitución de Harrison sería desastrosa. Fiona ve esta fase de la vida de Steele como su educación en la manipulación de la sensibilidad de los demás. Sus argumentos cargados de emoción eran asombrosamente exitosos retorciendo a sus interlocutores en nudos retóricos. Desentrañar y responder a uno de los argumentos de Steele racionalmente requeriría ocupar cuatro veces su espacio y no incluiría nada de su fuerza propagandística. El argumento de Steele contra la regla del bateador designado incluso llegó hasta la plataforma del resurgente Partido Republicano.

INTERROGADOR

«Tú no sabes por qué actuaba, pero yo sí. Actué porque era necesario

que actuara, porque eso es lo que, te guste o no, tú requerías que hiciera. Y no me importa hacerlo. porque es lo que tengo que hacer. Es por lo que nací para hacer. Nunca me han apreciado por ello, pero eso también está bien porque, francamente, nadie es apreciado por lo que hacen.

Pero antes de que presumas para juzgarme, date cuenta de que el responsable eres tú. Yo soy simplemente tu instrumento. Asumí la carga de tus deseos cuando no quería hacerlo (hubiera sido igual de feliz que esa copa no hubiese pasado por mí), pero lo hice y nunca me he quejado. Y nunca me he sentido menos que orgulloso de lo que he hecho. Hice lo que era necesario en beneficio de los demás. Si hubiera sido por mí, nunca habría tocado a un solo ser humano, pero no me estoy quejando.

Sin embargo te pido, humildemente, si te queda alguna pizca de decencia, si tienes alguna cierta integridad, que no me juzgues. Tú no tienes ese derecho.

Pregúntale a Carlo Sánchez, pregúntale a Alfonso Garadiana, pregúntale a Sayid Ramachandran, pregúntale a Billy Chen. Pregúntales qué era lo correcto. Y luego, cuando obtengas la respuesta de sus cadáveres sangrantes, entonces, y solo entonces, ven a mí.

—Andrew Steele, 2020. [Declaración ante la Junta de Investigación]

Los lectores contemporáneos deben recordar las vastas diferencias demográficas y otras diferencias circunstanciales que hacen de principios del siglo XXI una tierra extraña para nosotros. Cuando Steele tenía dieciséis años, la población mundial era de 6,8 mil millones, la mitad de los cuales tenían menos de veinticinco años, la gran mayoría de esas personas jóvenes y luchadoras vivían en la pobreza, pero con acceso a través de la población a tecnologías que se habían extendido ampliamente en los últimos veinte años, a información no regulada sin precedentes. Se podría decir que pocos de ellos han sido culturizados adecuadamente. La historia de los próximos cuarenta años, incluida la parte de Steele en esa historia, fue moldeada por este hecho.

En 2017, Steele fue reclutado en el ejército de los EEUU. Para perseguir la Guerra del Petróleo en dos continentes. Como hablaba español con fluidez, se desempeñó como interrogador en la 71a división de infantería desplegada en Venezuela. Su historia como interrogador incluyó el interrogatorio del presidente legítimamente elegido de esa nación en 2019. Fiona nos pone allí:

Estamos de pie en la parte trasera de una pequeña habitación con paredes de hormigón, bancos de luces fluorescentes arriba, una ventilación climatizada y conductos expuestos que cuelgan del techo. El cuarto está frío. Llevamos mucho tiempo de pie y nuestra espalda está rígida. Hemos visto muchas de estas sesiones y lo único que podemos pensar en este momento es en salir de aquí, tomar una cerveza y dormir un poco.

En el centro de la sala, el teniente Haslop y un contratista civil están interrogando a un hombrecillo de piel morena con el pelo negro hasta los hombros. Haslop es muy alto y abultado, probablemente debido a toda una vida de esquivar responsabilidad. Los hombres lo llaman "Escaqueado" a sus espaldas.

El nombre del prisionero es Alfonso Garadiana. Lleva las muñecas atadas a la espalda y la misma cuerda se estira hasta los tobillos, también atados. La cuerda es demasiado corta, por lo que la única forma en que puede mantenerse en pie es con las rodillas flexionadas dolorosamente. Pero cada vez que se balancea, como a punto de caer, el contratista hace una seña a Haslop y este le pincha con una porra eléctrica. Pintadas de sangre manchan la brillante camisa blanca de Garadiana. Lleva un corte en la ceja con sangre seca y el ojo debajo está medio cerrado.

El contratista, el Sr. Gray, está limpio, afeitado y en control.

—Bueno, - dice él en español, *—¿Dónde están los almacenes del virus Jacaranda?* - Garadiana no responde. No está claro si ha entendido la pregunta siquiera. Gray asiente de nuevo a Haslop. Haslop parpadea y traga saliva. Se desploma en una silla, se apoya la frente en la mano. *—No puedo seguir haciendo esto,* - murmura, al parecer solo para sí mismo. No lo diría en voz alta si no quisiera que lo escucháramos, incluso si él mismo no sabe eso. Estamos hartos hasta la muerte de su debilidad.

Nos adelantamos y le quitamos la porra de la mano. —*Deje que me encargue yo de esto, señor*. Trazamos un arco con el dorso de nuestra mano hasta que esta impacta en la cara de Garadiana, exactamente el mismo movimiento que solíamos usar para un revés en el tenis de la escuela secundaria. La cabeza del hombre se echa hacia atrás y él cae al suelo. Seguimos ahora con la porra.

Ante el fracaso de la Guerra del Petróleo y la derrota del gobierno que la perseguía, una reacción tuvo lugar, incluyendo las investigaciones de crímenes de guerra que condujeron al encarcelamiento de Steele desde 2020 hasta 2025. Fiona nos da una idea del sensorium de Steele en su tercer año en la prisión de máxima seguridad:

Tenemos hambre. Por encima de nosotros, el aire vibra desde el ventilador. Sobre la mesa de nuestra celda frente a nosotros hay un cuaderno. Estamos escribiendo nuestro testamento. Es una destilación de todo lo que sabemos que es absolutamente cierto sobre la raza humana y su futuro. Hay cosas que sabemos en nuestro ADN que no pueden ser entendidas por estricta racionalidad, aunque la razón es una herramienta poderosa y puede ayudarnos a comunicar estas verdades a aquellos que, por incapacidad o falta de experiencia, no las comprenden instintivamente.

Los blogs de cuando teníamos catorce años eran solo práctica. Aquí, gracias al aislamiento, somos capaces de profundizar, de encontrar las raíces de la verdad humana y ponerlas en palabras.

Examinamos la última oración que hemos escrito: —*Es el destino del héroe ser malinterpretado*.

Un guardia pasa y raspa en los barrotes de nuestra celda. —*¿Aún trabajando en el gran "opus", Andy?*

Le ignoramos, cerramos el manuscrito, nos movemos fuera de la mesa y comenzamos a hacer flexiones en el estrecho espacio al lado del catre.

El guardia raspa de nuevo en los barrotes. —*¿Qué tal una respuesta, asesino?* - Su voz es irritante.

Nos concentramos en hacer flexiones correctamente. Once. Doce. Trece. Catorce…

Cuando salgamos de aquí, toda esta obra supondrá una diferencia.

Este fue, de hecho, el caso, nos muestra Fiona, pero no de la manera que Steele pretendía. Como obra de filosofía, su testamento fue rechazado por todas las editoriales. Él luchó para ganarse la vida en la Larga Emergencia resultante de la disminución del petróleo y los desastres ambientales provocados por el calentamiento global que golpearon con toda su fuerza en la década de 2020. Estos cambios fueron asimétricos, pero aunque algunas regiones los sintieron más que otras, ninguna no se vio afectada. El cambio de la corriente del Atlántico convirtió al 2022 en el primer año sin verano en Europa. Las lluvias torrenciales en el norte de África, la desertificación de las Grandes Llanuras de América del Norte, las migraciones masivas de vida silvestre, las drásticas caídas en la producción de grano, la muerte de la vida marina y las poblaciones de peces diezmadas a nivel mundial fueron algunos de los problemas más obvios con los que luchó la civilización mundial. Y Andrew Steele estaba fuera de prisión, sin conexión en el mundo.

ARTISTA

«El gran artista es un violador. Es su trabajo plantar una semilla, una idea o una emoción, en la mente del espectador. Utiliza todas las herramientas disponibles para hacer cumplir su voluntad. El público no sabe lo que quiere, pero él sabe lo que este quiere y necesita, y se lo da.

En la medida en que soy capaz de hacerlo, me esfuerzo por ser un gran artista.»

—Andrew Steele, 2037. ["El Hombre de Acero". Entrevista en VarietyNet.]

En este momento de angustia, Steele vio una oportunidad y convirtió su testamento político en una novela best-seller, «¿Qué Problema hay con los Héroes?» Un acuerdo cinematográfico siguió inmediatamente. Steele insistió en que se le permitiera escribir el guión, y en contra de su mejor juicio, el estudio cedió. Tras su

lanzamiento, «¿Qué Problema hay con los Héroes?» se convirtió en la película más taquillera en la historia del cine. En el personaje de Roark McMaster, Steele creó un viril filósofo rey que hablaba a las desesperadas esperanzas de millones. Con el dinero que ganó, Steele conquistó el mundo del entretenimiento. Siguió una serie de películas de gran éxito, series de televisión y aventuras virtuales. Este enlace fotográfico lo muestra en el plató de «La traición», su épica histórica de finales del siglo XX. La serie, que combina Vietnam con dos guerras de Irak, presenta los fiascos de principios del siglo XXI como resultado de los maquiavélicos subversivos y seguidores de mala fe que se aprovecharon de la inocencia de la población estadounidense, socavando lo que una vez fue una nación fuerte y de mente pura.

Fiona nos da una escena clave de la serie:

INT. VUELO 11 DE AMERICAN AIRLINES

Dos de los secuestradores, llevando trajes de camuflaje verde, están reunidos alrededor de un hombre grande sentado en la, por otra parte vacía, cabina de primera clase del 757. El hombre grande, sin afeitar, lleva una gorra de béisbol de los "Tigers" de Detroit.

WALEED (frenético): ¿Qué haremos ahora?

MOORE: Mantenga a los pasajeros calmados de nuevo. ¿Está Mohammad en curso? ¿Cuánto tiempo?

ABDULAZIZ (respondiendo desde la cabina): Si Alá quiere, tres minutos.

Moore mira por la ventana del avión.

Punto de Vista de MOORE. A través de la ventana, una vista aérea de Manhattan en un hermoso día despejado.

PRIMER PLANO DE MOORE: Sonríe maliciosamente.

MOORE: Es la hora.

Moore levanta su volumen del asiento de primera clase, se mueve

hacia el portaequipajes cerca de la parte delantera del avión.

ABDULAZIZ: ¿Qué estás haciendo?

De una bolsa de traje con percha, Moore saca un paracaídas y se lo abrocha.

WALEED: ¿Es esto parte del plan?

Moore da un tirón hacia arriba en la palanca de la puerta exterior del avión y tira de la puerta. Esta no se mueve.

MOORE: ¡No te quedes ahí parado, Waleed! ¡Ayuadame!

Waleed se mueve para ayudar a Moore y, reluctante, Abdulaziz se une a ellos.

ATTA (desde la cabina): ¡Ahí está! ¡Alá Akbar!

Moore y los otros dos secuestradores rompen el sello y la puerta se abre de golpe. Una ráfaga de viento repele a Abdulaziz y Waleed de frente; ambos caen hacia atrás en la cubierta del avión. Moore se apoya en el borde de la puerta con las manos.

MOORE: ¡En nombre del Partido Demócrata, los compasivos, los misericordiosos... hasta la vista, muchachos!

Moore salta del avión.

La Traición fue la serie mejor calificada que se haya emitido en la televisión estadounidense, y consolidó la posición de Steele como el productor de Hollywood de mayor atractivo financiero desde Spielberg. A los treinta y ocho años, Steele se casó con la actriz Esme Napoli, protagonista de tres de sus películas más populares.

LÍDER RELIGIOSO

La siguiente sección de la biografía de Fiona comienza con esta desgarradora experiencia de los años intermedios de Steele:

«Estamos en una suntuosa suite de hotel con una rubia que no lleva mucho de nada. La estamos persiguiendo alrededor de la cama.»

—¡No puedes atraparme!

La enganchamos por la cintura y la llevamos a la cama. —*Te pillé. Me perteneces*. - Levantamos su dedo anular con su alianza de platino. —*¿Lo ves?*

—Estoy llena de nanomáquinas, - dice ella sin aliento. —*Si me atrapas a mí las atrapas a ellas*.

«La Peste Escarlata» ha sido un bombazo en Los Ángeles, después de un mes de éxito en Brasil. Hemos huido de la ciudad con Esme y estamos encerrados en este hotel remoto de México.»

—¿Cuándo vamos a tener hijos? - le preguntamos a ella. —*Necesitamos hijos. Seis por lo menos.*

—Pues tendrás que esforzarte más para merecer seis hijos, - dice Esme. *—El mundo es un desastre. ¿Queremos traer hijos al mundo?*

—El mundo siempre ha sido un desastre. Necesitamos traer hijos al mundo porque es un desastre. - Besamos su mejilla perfecta.

«Pero un minuto después, mientras hacemos el amor, vemos la erupción creciente a lo largo del muslo interior de Esme.»

La muerte de la esposa de Steele llegó cerca del comienzo de la década de la peste, seguida de la Guerra Súbita y el Colapso. Fiona cita las mejores estimaciones de los historiógrafos de que, entre 2040 y 2062, la población humana de la Tierra pasó de 8.2 a algo menos de 2.0 mil millones. El coste fue ligeramente mayor en las naciones menos desarrolladas. Por otro lado, la resistencia a las plagas fue mayor entre los humanos de las regiones tropicales. Esta situación a mediados de siglo transformó la Larga Emergencia de 2020 hasta 2040; una condición en la que la civilización, aunque estresada, todavía podía decirse que funcionaba, y con la que Steele y su generación se habían enfrentado, hacia la Muerte, en el que el único aspecto de la civilización que, incluso en las regiones menos afectadas, podía decirse que funcionar fue un triaje desesperado.

Uno de los resultados de la Larga Emergencia había sido provocar un fervor religioso generalizado. Las perturbaciones sociales y

políticas habían dejado a millones buscando certidumbres. Los avances de la longevidad, la nueva medicina, la ingeniería genética, el "ciborging" y la IA empujaron en una dirección; mientras que el cambio climático generalizado, las luchas contra el deterioro de las condiciones civiles y ambientales, y las perturbaciones económicas empujaron en la otra. Los jóvenes lucharon contra los viejos, los ricos contra los pobres. Los movimientos religiosos reaccionarios se desataron en cuatro continentes. Interpretar el caos del siglo XXI en términos de escatología era un negocio ganador.

El terrorismo con intento de provocar la utopía o el fin del mundo era una realidad común. Steele, a pesar de su dolor, comprendió rápidamente que el arte, incluso el arte popular, no tenía ningún papel en este mundo. De modo que se volvió, constantemente, a la religión.

«La evolución humana es un proceso de evolución moral. Lo que nos hace diferentes de los animales es nuestra comprensión de las implicaciones éticas de cada acción que realizamos: aquellas que debemos realizar, aquellas que elegimos. Algunas acciones son cuestiones de contingencia, y otras son asuntos de libre albedrío.

La evolución significa que llegaremos eventualmente a llenar el universo. Para que nuestra semilla se extienda por todas partes. Para eso estamos aquí. Para engendrar a esos hijos, para tenerlos, criarlos adecuadamente, para que extiendan su y nuestro pensamiento, creatividad, alegría, comprensión, a cada partícula del universo visible.»

—Andrew Steele, 2052. [Sermón en las Cascadas].

La «Iglesia de la Humanidad» de Steele creció rápidamente en la década de 2040; mientras la población moría y las ciudades ardían, sus miembros aumentaban más del doble cada año, llegando a varios millones en 2050. El credo de Steele del Héroe se transfirió fácilmente a términos religiosos; sus brillantemente orquestadas ceremonias provocaron respuestas de éxtasis; alimentó a los pobres y consoló a los afligidos, y utilizando todos los recursos retóricos a sus órdenes, persuadió a sus seguidores de que los problemas actuales eran el nacimiento de una nueva era utópica, que cada pérdida tenía su compensación, que el sacrificio era noble, que la

recompensa estaba por llegar, que de sus lomos surgiría una raza nueva y mejor, destinada a conquistar las estrellas. Que el amor era la respuesta.

Su credo cruzó todas las barreras étnicas, raciales, sexuales, de preferencia de género, de clase y de edad. Todos eran humanos, y todos iguales.

La Iglesia de la Humanidad tuvo indudable exito en ayudar a millones de personas; no solo en los Estados Unidos, sino en todo el sangrante globo; a lidiar con los horrores de la Muerte. Les ayudó a recuperarse ante inimaginables pérdidas psicológicas y materiales. Pero no fue la única base para la recuperación. Para cuando cierta semejanza al orden fue restaurada hacia los asuntos mundiales en la década de 2060; los humanos genéticamente modificados, los superbrillantes; intentaban encontrar una salida a los numerosos callejones sin salida del capitalismo, de los sistemas de creencias anticuados y de un sistema disfuncional de estados-nación. Este fue un período de experimentación sin precedentes y el florecimiento de muchas tecnologías que habían sido solo potencialidades antes del colapso. Entre ellas, la subida en datos de identidades humanas, avances neurológicos sobre los orígenes del altruismo y la violencia, capacidades de información injertada y energía cuántica grátis. La mayoría de estos desarrollos presentaron desafíos a la religión. Steele llegó a ver tales cambios como una amenaza para la humanidad fundamental. Así comenzó su monstruosa carrera política.

POLÍTICO

«La mayor alegría en la vida es ponerse en la situación de otra persona. Ver el mundo a través de sus ojos, sentir el aire en su piel, respirar profundamente el espíritu de sus almas. Hacer que su alegría y sus problemas sean igualmente reales para ti. Saber que los demás son total y completamente humanos, igual que tú. Salir de tu propia subjetividad y ver el mundo desde una perspectiva completamente diferente e igualmente válida, llegar a comprenderlos por completo. Cuando tal punto de entendimiento es alcanzado, no hay otra palabra para el sentimiento que tienes salvo amor. Tanto como te amas a ti mismo, como amas a tus hijos, amas a este prójimo.

Y en ese punto, debes exterminarlos. Esa es la definición de duro.»

—Andrew Steele, 2071. [«Lo que creo»]

Steele asumió el cargo de Presidente de los reconstituidos Estados Unidos en las elecciones de 2064, con su Partido de la Humanidad con el control total del Congreso. En sus primeros cien días, Steele firmó una serie de leyes que comprendían su «Iniciativa de la Humanidad». Se incluyó la «Ley de Repoblación», que obligaba a todas las mujeres en edad fértil a tener no menos de cuatro hijos; un audaz programa de colonización espacial; restricciones sobre alteraciones genéticas y modificaciones tecnológicas del cuerpo; el borrado de todas las personalidades cargadas en bases de datos públicas y privadas; el «Límite de Turing» en la IA; la «Ley de Protección Neurológica» de 2065; y el establecimiento de un «ser humano estándar» legal.

En el primer mandato de Steele, a los humanos *no estándar* se les permitió mantener sus derechos civiles, pero fueron identificados por marcadores inyectados, sus movimientos y empleos fueron restringidos por la recién creada Agencia de la Humanidad. A través de los esfuerzos diplomáticos y los esfuerzos internacionales de la Iglesia de la Humanidad, se adaptaron políticas similares, con notable resistencia, en gran parte del mundo.

En el segundo mandato de Steele, la AH recibió poderes policiales y el no estándar fue despojado gradualmente de los derechos civiles y de propiedad. En su tercer mandato, aquellos que no habían logrado escapar del país perdieron todos los derechos legales y fueron confinados a reservas posthumanas, conocidas popularmente como *Ciudades de Friquis*. El establecimiento del Protectorado en toda América del Norte y del Sur endureció la resistencia en otros lugares, y resultó en la incómoda Oposición Global. Eventual e inevitablemente, vinieron la Primera y Segunda Guerras Humanas.

Fiona incluye un momento nunca antes experimentado del vigésimo tercer año de la presidencia de Steele.

Estamos en un búnker de comando, una gran sala, espléndidamente decorada, cuya pared entera es una vista impresionante de los

«Grand Tetons». Nos sentamos a una mesa con nuestros asesores más cercanos y escuchamos a la general Jinjur describir su última derrota ante los Nuevos Humanos. Hay lágrimas en sus ojos mientras relata la pérdida del Quinto Ejército en el asalto sobre Madrid.

Nosotros no hablamos. Nuestro gato Sócrates está sentado en nuestro regazo y le rascamos detrás de las orejas. Él ronronea.

—*¿Cuántos muertos?* - Pregunta el Jefe de Comando Taggart.

—*Muy pocos, señor,* - informa Jinjur. —*Pero más del noventa por ciento se convirtió. Es su nueva bomba amigdálica. Destruye la voluntad de luchar de nuestras tropas. Los soldados deponen las armas sin más y salen a buscar algo para comer. Intente organizar un ejército autista*.

—*Al menos son buenos en matemáticas,* - dice el secretario Bloom.

—*¿Cómo pueden persistir estos posthumanos?* - pregunta Dexter. —*Hemos exterminado a millones. ¿Cuántos quedan?*

—*No podemos saberlo, señor. No paran de hacer más*.

—*Pero ni siquiera pelean,* - dice Taggart. —*Deben estar a punto de extinguirse*.

—*Esto nunca ha tratado sobre pelear, señor*.

—*Esto es maldita subversión,* - dice Taggart. —*Tenemos traidores entre nosotros. Siembran cambios genéticos entre las personas. Vuelven los nuestros contra nosotros. ¿Cómo podemos combatir eso?*

La general Jinjur se recompone. Es una mujer bastante llamativa, la flor de la humanidad que hemos luchado por preservar durante tantos años. —*Si se me permite decir eso, estamos luchando contra nosotros mismos. Estamos tratando de conquistar nuestro propio «Žlan» humano. ¿Quieres vivir más? Cualquier persona que quiera vivir más tiempo se volverá posthumano tarde o temprano. ¿Quieres entender el universo? Cualquiera que quiera entender el universo se volverá posthumano tarde o temprano. ¿Deseas tranquilidad? Quien quiera paz mental se volverá posthumano tarde o temprano.*.

Algo en su tono nos atrapa y finalmente nos sentimos conmovidos para hablar. —*Eres una de ellos, ¿no?*

—*Sí,* - dice ella.

No es necesario preocupar al ciudadano contemporáneo, y Fiona no proporciona ningún recuento detallado del progreso de la guerra ni sobre cómo terminó en la Paz de 2096 que sobrepasa todo entendimiento. El tratamiento de los humanos restantes, las opciones que se les ofrecieron, el envío a Marte de aquellos pocos que persistieron y su continuada existencia allí bajo cuarentena, todo esto es material para otra obra.

Del mismo modo, las circunstancias que rodearon la muerte de Steele (la cruz, el Táser, el pony de Shetland), es todo un tema de debate, especulación y teoría de la conspiración que seguramente no es necesario ensayar aquí. Sabemos lo que le pasó. Se destruyó a sí mismo.

ESPERANDO NUEVAS INSTRUCCIONES

«El mayor impulso del cual un ser humano es capaz es el de sacrificarse al servicio de la comunidad de la que forma parte, incluso cuando esa comunidad no lo reconoce y acumula oprobio sobre él por tal sacrificio. De hecho, tal escarnio es más habitual que inesperado. El verdadero salvador de sus compañeros no se ve disuadido por la perspectiva de rechazo, aunque llevar la carga de su inapreciado obsequio es una prueba de la que nunca puede escapar salvo por unos pocos momentos. Es el destino del héroe ser malinterpretado.»

[¿Qué Problema hay con los Héroes? (versión no publicada)]

Fiona 13 termina su biografía con un simple recuento del número de seres, humanos y posthumanos, que murieron como resultado de la vida de Steele. Ella especula que muchos de estos mismos seres podrían no haber vivido si él no hubiera vivido también, y ella no llega a ninguna conclusión formal, ni utilitaria ni de otro tipo, sobre las consecuencias morales de la vida de Dwight Andrew Steele.

Ciertamente, se derraman pocas lágrimas por Andrew Steele, y pocas por el último declive de la raza humana. Me maravillo de ese

remanente de humanos que, utilizando tecnologías que aborrecía, han incorporado en sus mentes una porción de la personalidad de Steele en el intento de convertirse en la imagen del hombre que ven como su salvador. De hecho, debo confesar más de un interés pasajero en sus conmovedoras ilusiones, sus cómicos y desconcertantes pasatiempos, sus conflictos habituales, sus simples amores y odios, su incapacidad para controlarse, sus repentinos y trágicos entusiasmos.

Personalidades Steele de contrabando circulan en la Cognosfera, y puede ser que aquellos de ustedes que, como yo, en ocasiones editan sus capacidades para pasar el tiempo recreativo siendo humanos, aprovechen esta, sin duda única y aterradora, experiencia.

FIN

12: Centro de la Ciudad

Downtown. Publicado en Flurb 4 en 2007

Así que al final de la semana me desconecté el cerebro izquierdo, me cargué y le dije a todo quien me oía que me iba al centro.

—*¿Y a quién se supone que le importa eso?* - dijo Grupo Promedio.

—*Está claro que a vosotros no,* - dije subiéndome la piel de fin de semana. GP y yo solíamos estar presentados, y ellos todavía me lo echaban en cara.

—*¿Qué vas a hacer allí?* - preguntó el Pato. El Pato era insignificante e ingenuo.

—*Dime algo que no vaya a hacer,* - le respondí.

Bueno, eso pareció intrigar al Pato. —*¿Puedo ir yo también?*

—*Este es un dominio libre,* - dije. —*Mientras tengas tu propia carga.*

Dejamos al Grupo junto a las taquillas y salimos andando de allí. El sol estaba muriendo y sobre el horizonte los árboles asesinos eran sacudidos por la brisa del litoral. Caminamos hasta la parada de tránsito, nos enchufamos, compramos un par de pasajes y nos quedamos en el andén en la sensual noche esperando el deslizador. Lejos por la deslizapista brillaban las luces de la ciudad.

—*¿Habrá chicos y chicas allí?* - preguntó el Pato.

—*Puedes apostarte las plumas,* - le respondí. —*Patos también.*

Cuando llegó el deslizador, nos instalamos y antes de darnos cuenta, estábamos saliendo a la colorida Calle Rosinante. ¡Chicos! ¡Chicas! ¡Serpientes! ¡Metatrón el Arcángel, disponible por 23 Amperios! ¡Patos!

El jazz caliente llenó mi cerebro derecho, cantando: ¡Ve! ¡Ve!, con

las Cuatro Nobles Verdades:

La vida apesta.

Apesta porque estás atrapado en las cosas.

Esto puede remediarse.

Falso a la izquierda, falso a la derecha, sube por el medio.

Igual que hace el Centro para matar tu zumbido mientras lo empuja. ¿Atrapado en las cosas? Yo no iba a estar atrapado en nada esta noche más de lo que me llevara beberlo, fumarlo o empujarlo. Remédiame sin remedios.

Primero, comida. Conseguimos algo de comida. Un ChicoCósmico nos abordó frente al questaurante. —*Son atípicos, ¿verdad? Por un precio muy razonable, puedo proporcionar una experiencia interestelar*.

—*¿Cuánto?* - preguntó el Pato.

Antes de que Cósmico pudiera responder, puse la más grande de mis dos manos, la mano de empujar, sobre su pecho. Empujé. —*No estamos interesados, Chaz. Mi amigo puede parecer a un Pato, pero no emplumó ayer*.

Cósmico se alejó. —*¿Por qué lo has ahuyentado?* - preguntó el Pato.

Mi cerebro derecho me informó que lamentaba haber dicho que el Pato podía venir. Gracias, cerebro derecho. —*Mira, Pato, separémonos. Te veré aquí al amanecer y medio*.

Su muestra de plumas cayó, pero él no protestó.

Así que me di una noche y un día y una noche. Se realizaron varias transacciones, físicas y psicológicas. Se transfirieron algunos fluidos. Se descargaron cargas. Francamente, no recuerdo la mayoría de ello.

Lo que sí recuerdo es despertar en un callejón entre una taberna y un furdel. El Pato se inclinaba sobre mí. Había perdido la mayoría de sus plumas. Sus suaves mejillas lo hacían parecer una chica.

Santa calamidad... él era una chica.

—*¿Pato?* - Dije groguimente.

—*La misma y única,* - respondió ella. Hizo palanca bajo mi brazo y me ayudó a ponerme en pie. Mi piel de fin de semana estaba arruinada. Me daba vueltas el cerebro derecho. —*Vamos, Schmee,* - dijo ella. —*Es hora de deslizarse a casa.*

—*No puedo deslizarme,* - gruñí. —*Estoy completamente descargado.*

—*Yo me ocuparé de eso.*

Cojeamos por la calle. El Centro era tan brillante y atractivo como lo había sido cuando llegamos, de una cierta manera completamente meretriciosa. Meretriciosa. Ese era mi cerebro izquierdo regresando.

Nos paramos en el andén a esperar el deslizador. A continuación: otra semana en las minas de realidad. —*La vida apesta,* - murmuré.

—*Esto se puede remediar,* - dijo el Pato. Para mi total y completa sorpresa, ella me besó en la mejilla.

Ella es bastante atractiva, para un pato.

FIN

13: Impotente

Powerless. Publicado aquí por primera vez.

Siempre me ha sorprendido que la expresión de George Washington en el billete de un dólar sea la de un hombre descontento con mi comportamiento pero que no está dispuesto a decirme qué estoy haciendo mal. Esto explica mi triste historial de ingresos y el matrimonio con Della, propietaria de una peluquería. Cada vez que iba allí para cortarme el pelo, me impresionaba el tamaño de las tetas de Della, y ella siempre hablaba sobre que no había visto a su esposo Toby en tres o cinco meses desde que tenía el puesto en San Diego o en Diego García o en García Lorca o en uno de esos lugares. Ella nunca decía que no lo amaba, pero uno no tenía que ser Stephen Hawking para deducir que cualquier mujer con dos hijos menores de cinco años y la única vez que veía a su esposo era cuando él se pasaba para dejarle un bombo, está preparada para un cambio. De modo que, Gary O'Halloran (ese era yo), hizo su movimiento.

Ese fue un buen matrimonio por un tiempo. Della ganaba lo suficiente para mantenernos y yo trabajaba en perfeccionar el motor Foucault que nos haría ricos. Y lo habría hecho si sus mocosos no hubieran venido al taller cada treinta y siete minutos para pedirme que les hiciera un PB&J o les vendara las heridas. Aunque Della todavía podía organizar mi cuerpo de la forma que creía conveniente, yo comencé a entender a Toby y el servicio que hacía por su país un poco mejor.

En el MIT me especialicé en física, pero no me gradué debido a la muerte de mi padre, la creciente afición por el cannabis y una serie de otros asuntos que soy menos capaz de definir claramente al respecto, a decir verdad tengo algunos problemas para recordarlos. Enigmas románticos. Cuando iba por el segundo semestre, entendía la Termodinámica mejor de lo que entendía a las mujeres, y a las mujeres mejor de lo que me entendía a mí mismo. La

Termodinámica trata del comportamiento de las partículas visto estadísticamente; es decir, no puedes saber qué es lo que va a hacer una partícula, pero si consigues juntar un par de billones, puedes predecir exactamente lo qué harán como grupo. Las mujeres, aunque puedes saber algunas cosas sobre ellas como grupo, nunca dejan de sorprenderte individualmente. En cuanto a mí, yo siempre me sorprendo, y pago por ello.

Cuando Della me echó, pillé mi motor y me mudé a un estudio en un gran edificio de ladrillo de la década de 1940 en una parte ligeramente peligrosa de la ciudad. El apartamento estaba completamente vacío, excepto por una caja de doce pelotas de golf "Titleist" nuevas que encontré en el suelo del armario. El motor lo instalé junto a la vieja bañera con patas del cuarto de baño.

El problema de un motor impulsado por la rotación de la Tierra es que no puedes apagarlo. Si construyeses suficientes, robarían gradualmente todo el momento angular de la Tierra y el día se alargaría hasta que el sol se detuviera en el cielo, y eventualmente, la Tierra comenzara a ir marcha atrás. Por supuesto, eso probablemente requeriría treinta o cuarenta mil millones de años, por tanto, yo diría que los inconvenientes ambientales del motor Foucault eran relativamente leves.

Pero si alguna vez voy a ser rico y poderoso, este es mi boleto.

***

Al pasar la verja, detrás de las casas, hay un callejón donde un chorro de agua corre por medio del agrietado hormigón manchado de aceite. Hay cubos de basura a lo largo de las vallas de tablas de madera, alambre de espino y plazas de aparcamiento de grava. Detrás de una de las casas, dos hombres están trabajando en un Ford Galaxie de 1965, un automóvil que te parece absurdamente grande, quizá de un bloque de casas de largo. La puerta del conductor está abierta y hay una chica sentada en el asiento delantero fumando un cigarrillo.

Los hombres tienen el capó levantado y están inclinados sobre el compartimento del motor. La tapa del distribuidor está quitada. Uno de ellos está utilizando un conjunto de calibradores para

restablecer los puntos. Una radio transistor en el guardabarros reproduce *Help Me Rhonda* de los "Beach Boys". Es un día brillante y fresco, hay cielo azul y la brisa del lago.

La chica, de unos dieciocho años, lleva pantalones negros de pana y una blusa amarilla. Se ha recogido el pelo en una coleta. Los dos hombres visten camisetas blancas y pantalones vaqueros azules con botas de ingeniero. Uno de ellos tiene una chaqueta de pana encima de la camiseta. El otro tiene un paquete de cigarrillos enrollado en la manga corta sobre los bíceps; sin apartar los ojos del motor, desenrolla el paquete de su manga y saca un cigarrillo.

El tipo de la pana está colocando un encendido de sincronización a la bujía de plomo. Toma un trozo de tiza y marca el volante para hacer que la marca de sincronización se muestre mejor en el oscuro interior. El chico del cigarrillo grita: —*Arranca el motor*. - La chica gira la ignición, se oye un clic pero el motor de arranque no engancha. Ella lo intenta de nuevo. Nada.

—*¡Vale, déjalo!* - dice molesto el hombre encamisado.

Los dos jóvenes retroceden. Uno de ellos escupe en el suelo. —*¡Mierda!* - dice. —*Necesitamos un nuevo "starter"*.

Esta es la clase de gente que te ponía nervioso en tu época de crecimiento, los que llamaban *delincuentes*. Su cerebro va bien para reparaciones de automóviles, pero algo dentro está roto. Ahora que eres mayor, puedes ver cómo están intentando llenar sus camisas y convertirse en algo. Ni siquiera son conscientes de que ello. Pero eso no los hace menos peligrosos, tal vez incluso más.

O tal vez no son peligrosos en absoluto. Solo son unos muchachos.

—*¿Has revisado el solenoide?* - preguntas tú.

Las tres cabezas giran en tu dirección. Te ven. Las neuronas se activan. —*¿De qué estás hablando, Melvin?*

—*Mi nombre no es Melvin,* - dices. Te acercas. —*Ese es un coche grande*.

—*Trescientos cincuenta caballos*.

—*Todos ellos inútiles si tu solenoide está quemado*.

La chica se ríe. El tipo con los cigarrillos en la manga se vuelve hacia ella. —*¿Qué?* - le dice.

—*Todos esos caballos y el solenoide está roto,* - dice ella.

El tipo de la chaqueta se ríe. El chico de la camiseta te contempla fijamente. Te mira como si tuviera problemas para reconocer tu rostro. ¿Eres un objeto? ¿Un animal? No puede identificarte.

Algo va mal. Entornas los ojos al cielo. Cirros, comas altas y tenues de un azul profundo. Tú no perteneces aquí, demasiado viejo para tratar de probar algo, provocando a un par de matones.

El chaval de la camisa blanca te pone la mano grasienta en el pecho y te empuja. Te inclinas, tropiezas, aterrizas sobre el trasero. El chico que te ha empujado se ríe, el otro chaval se ríe. La niña te mira y sonríe.

***

Los descubrimientos arqueológicos de lesiones traumáticas en cráneos de homínidos primitivos sugieren fuertemente que nuestra especie tiene una larga historia de violencia [12]. A pesar de los repetidos intentos a lo largo de la historia, incluida la imposición de sanciones penales, aún tenemos que disipar nuestra naturaleza violenta. En consecuencia, la violencia criminal sigue siendo una característica común en la mayoría de las sociedades. A medida que los formuladores de políticas buscan una comprensión más profunda del comportamiento desviado, muchos neurocientíficos contemporáneos suponen que los ingredientes esenciales de la condición humana, incluido el libre albedrío, la empatía y la moral, son las consecuencias calculables de un inmenso conjunto de neuronas activadas. Los estudios se han concentrado en los efectos de conducta del daño en las regiones del cerebro asociadas con el comportamiento antisocial, incluida la corteza prefrontal [PFC], el hipocampo, la amígdala, el cuerpo calloso y el eje hipotálamo-hipófisis-adrenal [13]. El daño temprano a la corteza orbitofrontal en particular parece resultar en una adquisición deficiente de las reglas morales y sociales [14].

***

Un par de meses después de mudarme, Della apareció en mi puerta. Yo acababa de regresar del almacén de partes de automóvil donde trabajaba. Ella estaba sentada en la tarima del patio delantero cuando yo volvía al apartamento. Della llevaba un top verde y vaqueros azules; tenían buen aspecto.

—*¿A qué le debo el placer?* - le pregunté.

—*No he visto un centavo tuyo hasta ahora, Gary. Tengo hijos que alimentar.*

—*Corta más pelo.*

—*Venga ya, Gary.*

—*Mira, no son hijos míos, querida. Ni siquiera les caigo bien.*

—*Siguen teniendo que comer, y tú eres mi ex.*

—*Aún no soy tu ex. Y nunca fui su padre. ¿Cuándo fue la última vez que Toby te envió un cheque?*

—*Toby está en Hawai. No puedo contactar con él.*

Deseé estar en Hawai. —*Della, necesito cada centavo que tengo para invertir en el motor. Sabes que eso es lo único que me importa. Cuando lo tenga funcionando bien, estaré encantado de darte todo el dinero que quieras. Puedes vestir a los niños con billetes de cien dólares si quieres.*

La expresión de Ben Franklin era más aprobatoria que la de George. Probablemente porque yo tenía menos experiencia con Ben.

—*No merezco que me traten así, Gary.* - Della se cruzó de brazos y miró la acera. —*¿Vino a verte ese tipo?*

—*¿Tipo? ¿Qué tipo?*

—*Un tipo alto, traje oscuro. Parecía del FBI. Dijo que tenía algo de dinero para ti ¿Por qué crees que he venido aquí? No esperaría dinero de ti de lo contrario.*

***

Halbo se agachó bajo la enorme mesa de madera que dominaba el comedor del castillo de Lord Karlovy. Las pisadas del pasillo se acercaron. *—¡Dimli!* - siseó Halbo *—¡Ya vienen!*

El enano dejó caer el cálice, que resonó en las losas, y se escabulló para unirse a Halbo bajo la mesa.

El sonido de las botas del Señor Oscuro se detuvo cuando este entró en la habitación. *—¿He oído a un ratoncito?* - su voz retumbaba. Vieron su mano y la manga negra de armiño, se agacharon para recuperar el cálice dorado. *—¿Algún ratoncito ha derribado el Cáliz de los Sueños?* - Los pasos se acercaron y oyeron a Karlovy colocar la copa sobre la mesa directamente encima de sus cabezas. *—O tal vez no fueron ratones, sino ratas*.

La mano sudorosa de Halbo se aferró a la daga élfica, la misma daga que Advil, hijo de Elavil, le había dado tantos meses atrás (mucho antes de que hubieran pensado que se atreverían a entrar en las Tierras Calcinadas), la cual descansaba todavía en la funda del cinturón. ¿Qué había dicho Advil esa brumosa mañana? Un arma afilada puede servirte bien algún día cuando esa afilada lengua tuya te falle.

—¡No, Halbo! - siseó Dimli. *—¡Usa la joya!*

Sí, podía usar la Joya de Reducción. Esta le daba un poder que ni siquiera Lord Karlovy podía resistir. Pero el trabajo de Halbo era destruir la joya, no usarla. Si una vez que tomara ese poder modelador del mundo en sus manos, nunca volvería a ver el hermoso rostro de Marika. O si lo veía, no le importaría al haber experimentado ese poder supremo, se reiría con desprecio de alguien que alguna vez confiara conmoverlo usando el afecto.

—Estas ratas están indudablemente en mi armario, - dijo Lord Karlovy. Se alejó de ellos. Luego se detuvo. *—O tal vez están debajo de mi mesa*.

***

Jean Bernard Leon Foucault (1819-1868) inventó el péndulo de Foucault, el cual demuestra la rotación de la Tierra. Al otro Foucault, Michel (1926-1984) no le importaban los péndulos, pero le iban las cárceles y lo que estas revelaban sobre las estructuras de control social. También le gustaba el sexo. Psiquiatría, psicología, sociología y criminología, a este otro.

Foucault afirmó definir estándares con los cuales se mide a las personas: el hombre sano, el ciudadano respetuoso de la ley y la esposa fiel son todas personas *normales*. Pero una idea de lo *normal* también implica la existencia de lo anormal: el loco, el criminal, la prostituta. La desviación es posible solo donde existen normas. Para Foucault, las normas son conceptos utilizados constantemente para evaluarnos y controlarnos, y para excluir a aquellos que no pueden o no quieren conformarse. La sumisión de nuestros cuerpos a sistemas abstractos de comportamiento es nuestro pago a las normas que definen lo que le debemos a la sociedad.

***

—Estoy aquí para cobrar. Su arrendador, Darby, me lo debe a mí, y usted se lo debe a él, por lo que me dijo que fuera directamente a usted y dejara al intermediario. Normalmente, yo no haría el cobro de Darby por él, pero yo llevo un negocio de rescate de trastos, y él me dice que tiene un montón de chatarra en el cuarto de baño .

—Yo no tengo chatarra.

—Eso no es lo que dice Darby. ¿Por qué no me lleva a su baño y me la muestra?

—Creo que no. Ni siquiera te conozco.

El hombre del traje negro se apartó de mí para mirar al otro lado de la calle. El perro del vecino, un animal extraordinariamente tímido que no salía de los límites de su patio, nos miraba constantemente, inmóvil, con los pies plantados y la cabeza ligeramente baja en una pantomima de amenaza. El hombre del traje negro le devolvió la mirada al perro con calma. El perro rompió el contacto visual y trotó por la acera para oler las raíces de un arbusto de hortensias en la esquina de la calle.

—Ya debes conocerme al menos un poco, - dijo el hombre. *—Sé que tienes un montón de basura en el baño.*

—Márchate

—Se lo debes a Darby. Te daré doscientos dólares por esa basura.

—No hay trato

—Seiscientos

—Por favor, márchate

El hombre de negro arrojó su cigarrillo a la acera y lo aplastó con su muy pulido zapato negro. Levantó la vista hacia el despejado cielo azul. *—Es un día caluroso, ¿no?* - él dijo. *—No sé por qué me pongo este traje negro.*

—Porque se supone que intimida a la gente como yo, - dije. *—Pero no está funcionando, ¿verdad? Dile a quien sea tu jefe que no vas a poner las manos en mi motor.*

***

Tres indios ecuatorianos están instalando la nueva bomba de riego. Mientras luchan con el motor hacia la zanja, sus maldiciones en quechua empañan el aire del valle alto. En la distancia se eleva el monte Cotopaxi, una columna de humo blanco que se eleva desde su cumbre volcánica.

—Mejor será que esto funcione, - declara Hakan.

—El agente dijo que lo haría, - dice Tintaya.

—Funcionará, - dice Pamakana, el más joven de ellos. *—Lo vi funcionar en Quito.*

—¿De verdad que no usa combustible? - pregunta Tintaya.

—Sin combustible, - dice Pamakana.

—Te crees todo lo que te dice un español.

Pamakana no responde. Plantan el motor a través de dos tablas y sobre la plataforma de hormigón que han construído para este. Tintaya lo atornilla a la base mientras Pamakana y Hakan conectan la tubería flexible que extraerá agua del depósito. Una hora después están listos para probarlo.

—*Bueno,* - dice Hakan. —*A ver esta magia.*

Sin ceremonia, Pamakana abre el panel sobre los indicadores y activa el interruptor. Lentamente al principio, y luego aumentando en frecuencia, la bomba comienza a girar. La tubería se tensa y, de repente, el agua se dispara desde el lado opuesto hacia el vertedero que conduce a la red de zanjas de riego. Tintaya deja escapar un grito. Agarra los brazos de Pamakana, forzándolo a una danza loca. Incluso Hakan sonríe.

Corren hacia el pueblo y varios hombres, mujeres y niños los siguen para verlo. Les rodea un pequeño grupo. —*Esto es bueno,* - dice uno de los viejos. —*Dios bendiga a ese gran y desinteresado benefactor, Gary O'Halloran.*

—*Ese ha transformado el mundo,* - dice una anciana.

—*Si él estuviera aquí ahora,* - dice Kusi, una de las chicas locales, —*tendría sexo con él.*

—*¿Cómo funciona?* - pregunta el viejo. —*No hay gasolina.*

—*Utiliza la Tierra misma para obtener energía,* - dice Pamakana en voz baja. —*Mientras el sol salga y se ponga, funcionará.*

Permanecen en silencio por un rato, contemplando las aguas agitadas y el futuro.

Hakan se limpia la frente. —*Esta hora del mediodía está durando una eternidad.*

***

Yo no estaba llegando a ninguna parte con el motor. Trabajar en la tienda de piezas no me dejaba ni dos células cerebrales funcionando

al mismo tiempo. En el autobús, hacia y desde el trabajo, yo observaba a los otros pasajeros. Una mujer con un niño hiperactivo se ocupaba en peinarle el pelo a su hijo, le alisaba la camisa. Ella era muy paciente. Mi papá me tiraba de la oreja cada vez que yo le daba problemas.

Tal vez los hijos de Della merecieran un padre mejor que yo. Hay que cuidar de los chavales.

Cuando llegué a casa desde MundoAuto no pude ponerme a trabajar. En cambio, me tumbé en el apartamento y leí. Una ola de calor se apoderaba de la ciudad y el aire acondicionado del edificio estaba encendido. Por la noche remojaba una camiseta en agua fría, me la ponía y dejaba que un ventilador de la habitación me soplara sobre el cuerpo toda la noche para refrescarme. Por la mañana cuando despertaba, la camisa estaba completamente seca.

Un sábado por la noche, Lewis, del tercer piso, dijo: salgamos de esta sauna. Me llevó a tomar una cerveza y un sándwich de rosbif en Karlovy's, en la esquina de la 29 con Main. Mientras estábamos sentados allí bebiendo lo último de nuestras "pilsners" y yo me quejaba sobre lo mucho que extrañaba a Della, Lewis sugirió que visitáramos una de las tiendas porno de la calle Main de camino al apartamento. Admití que nunca había estado en una tienda porno.

Ese fue todo el aliento que Lewis necesitaba. —*Hermano, tienes que educarte. Esto es lo que haremos. Entre aquí y la 39 debe de haber media docena de locales de videos porno y librerías calientes. Tú y yo vamos a pasear por esas diez manzanas y nos detendremos en todas*

Cuando me resistí, me dijo: —*¿Qué tienes mejor que hacer? ¿Tumbarte leyendo cutres libros de fantasía?*

Eran aproximadamente las 8:30 cuando salimos y la calle se estaba llenando. Una noche calurosa, olor a humo de automóvil y comida de los grasientos restaurantes en el camino. Chicos en coches cruzaban la calle para recoger prostitutas. La primera tienda, Libros y Películas de Eddie, tenía una sala delantera iluminada con fluorescentes, varios estantes de madera de revistas, carteles de mujeres en poses provocativas en las paredes y un mostrador de vidrio al fondo donde había un calvo sentado en un taburete y

fumando un cigarrillo, distribuyendo fichas para las películas en los cubículos de atrás. El lugar olía a lisol y a tabaco. Un par de hombres pululaban entre los libros y las revistas, evitando todo contacto visual. Bajo un gran cenicero de vidrio rojo lleno de colillas, la vitrina contenía un estante de consoladores de tamaño prodigioso, color salvaje y conformación extravagante, con nudos, púas, surcos, crestas. Uno tenía doble punta. Un estuche contenía una muestra de látigos, correas de cuero con tachuelas y mordazas.

Lewis y yo compramos algunas fichas y nos metimos detrás de la puerta con cortinas del fondo.

Entré en uno de los cubículos. Era del tamaño de una cabina telefónica pasada de moda y olía a lejía y a semen. Un sillón daba a una pantalla de video en la pared opuesta, junto a la cual había una ranura para la ficha. Me senté con cuidado. Deposité una ficha: dos mujeres sentadas en sostenes y bragas en un sofá en un ruinoso apartamento quedaron sorprendidas por la milagrosa aparición bajo la mesita del café de un hombre desnudo con una erección. Pero no estaban muy sorprendidas de fracasar en la realización de ciertos ejercicios que él les prescribió.

Vi dos videos más. Solo uno de ellos era muy excitante: las mujeres en las otras películas tenían piel manchada y robotetas que desafiaban la gravedad, pero esta mujer era increíblemente hermosa. Tenía el pelo oscuro y una boca ancha. Parecía exactamente una de esas mujeres de las fotos de peinados tamaño póster que había en la pared del local de Della, y un poco como la esposa de un profesor que él había tenido en la universidad.

Salí de la cabina. Los hombres con los que me encontré en el estrecho pasillo entre los cubículos mantenían la cabeza baja, pero cuando pasé por uno de los nichos, justo antes de que se cerrara la puerta, podría haber jurado que dentro estaba el hombre del traje negro.

Llegamos a otras tres tiendas en la odisea. A las diez y media yo ya había tenido suficiente. Cuando llegamos a Donuts Dunkin en la esquina de la calle 37, sugerí que tomáramos un café.

Había tres coches patrulla de la policía en el aparcamiento junto a

la tienda de donuts, y dentro una bandada de policías sentados en el mostrador. En la esquina, un televisor que pendía del techo estaba sintonizado en la CNN con el sonido apagado.

Dos de los policías; uno de unos cuarenta y tantos años, con una tripa que le apretaba la camisa azul contra el cinturón y otro rubio de unos veinte años; estaban discutiendo sobre lo que convertía a algunas personas en criminales. Lewis y yo pedimos café, algunos donuts y nos sentamos a una mesa.

—*¿Qué piensas?* - Me preguntó Lewis.

—*Creo que esos lugares son asquerosos*.

Lewis alzó las cejas y se inclinó hacia delante. —*Cierto. Y tú nunca te la machacas tampoco*.

—*Eso es entre el Papa y yo*.

—*Lo que me sorprende es el tamaño de esos tipos en esos videos. ¡Madona!*

—*Les hacen a medida los pantalones cortos de jockey,* - dije. Lo que realmente me preguntaba yo era sobre la mujer con el cabello oscuro en el video. ¿Qué había hecho ella para terminar haciendo porno? ¿Era el dinero? ¿Le gustaba que alguien le metiera una cámara (entre otras cosas) en la entrepierna? ¿Tenían algunas mujeres una sensación de poder de su sexo? ¿Se deleitaban con todos los solitarios perdedores que, años después, los ponían "palote" al verlos en varias pantallas? ¿O las obligaban a hacerlo, desesperadas por ganar dinero, algunos proxenetas que acomodaban sus cuerpos para la cámara como un buffet en un restaurante barato?

Terminamos nuestro café y caminamos de regreso al apartamento. Lewis parloteó. Yo estuve callado.

Cuando llegué al segundo piso, encontré la puerta de mi apartamento entreabierta. Cautelosamente, empujé la puerta del todo. La luz estaba encendida en la parte de atrás. Con el corazón palpitante, me abrí paso hacia la habitación y tuve una clara vista

por la puerta del baño. La cortina de la ducha estaba retirada de la bañera. El motor estaba en el suelo tal y como yo lo había dejado, incompleto, inútil e intacto.

***

La televisión está sintonizada en la CNN, no hay sonido, los subtítulos se arrastran por la parte inferior. El presidente y algún príncipe árabe en bisht, ghutra e igal tradicionales están sentados en sillones para una sesión de fotos en la Oficina Oval. Corte de ellos caminando a dos podios en el Jardín de las Rosas. Muchos flashes fotográficos. … *Nuevo acuerdo para compartir el poder en Oriente Medio…* Anuncian las noticias que se deslizan por abajo. … *las ventas de armas a Emiratos del Ocaso garantizan la paz, dice el presidente…*

***

El seminario de alto nivel en la historia de la ciencia se reúne para la última clase del semestre en la casa del profesor Albrecht. La clase contiene cuatro estudiantes, Arnold, Bill, Gene y tú. Es la primera semana de diciembre y la nieve lleva cayendo desde hace dos semanas. Fuiste con Gene en su viejo y maltratado Plymouth a la casa de Albrecht, la cual rastreaste siguiendo las instrucciones que él te dio en una hoja de papel mimeografiado en la última clase.

Caminas por el camino despejado de nieve a paladas hasta la puerta principal. Es una casa antigua en un barrio urbano, bien cuidada. La casa está pintada de un rojo intenso con un riel blanco en el porche cubierto. Llamáis a la puerta de entrada y el profesor Albrecht os recibe más amable de lo que estáis acostumbrados. Entráis en el vestíbulo, él toma vuestros abrigos y bufandas y os pide que os quitéis los zapatos y los dejéis sobre un felpudo de goma en la entrada. Él tiene una caja de gruesos calcetines de lana gris que os invita a que os pongáis mientras vosotros dos avanzáis hacia al resto de la casa. Es una sensación extraña entrar a una clase de historia con los calcetines de tu profesor.

Arnold y Bill ya están allí, sentados en la sala de estar en un sofá

frente a una mesita de café. La habitación está sobrecalentada y repleta de muebles antiguos. Os sentáis. El profesor Albrecht se acomoda en un sillón con respaldo de ala y retoma el tema de esa noche, el trabajo de Michael Faraday.

El profesor Albrecht es un hombre tímido de unos treinta y tantos años, cabello oscuro más corto que el tuyo. Su título es de Stony Brook y lleva enseñando en el MIT cinco años, especializándose en la historia de la ciencia. El no es popular. La única razón por la que tú estás allí es porque necesitas una clase de historia para avanzar en tu bastante deslumbrante carrera de pregrado. La verdad es que el profesor Albrecht es un profesor bastante malo, sea testigo de ello el hecho de que solo quedáis cuatro de vosotros en la clase, menos que los siete al comienzo del semestre. Si te fijas, el hecho de que el departamento imparta una clase con solo siete estudiantes inscritos es una señal de que el oficial de programación se ha compadecido de Albrecht o de que no tenían otra cosa con la que ocupar su tiempo. En un año se le negará la tenencia.

Albrecht es un hombre tímido, lo cual no se gana tu respeto. Parece conocer su tema lo suficientemente bien, y en ocasiones, cuando da conferencias sobre Newton y el desarrollo del cálculo, o de Boyle y la ley de los gases ideales, le viene a su voz un entusiasmo que expresa un espíritu que no se percibe de inmediato en su persona alta y socialmente torpe. Tiene tres chaquetas que usa en rotación y tres corbatas en la misma combinación con esas chaquetas, pantalones de lana, botas para el desierto, gafas a lo Clark Kent extragrandes y patéticamente fuera de estilo.

Para colmo, el profesor Albrecht tartamudea. El tipo comienza la oración bastante bien, sale a toda vela del puerto del tema, pero pronto se enreda en un sargazo de sintaxis y se para en seco. Toda la clase sabe qué palabra quiere decir a continuación, generalmente algo como *tensor* o *empirismo*. Él se congela con los labios ligeramente separados, tratando de formar las sílabas. Os inclináis hacia adelante en vuestras sillas, fuertemente tentados a decir la palabra, pero no lo hacéis porque él mismo se ha metido en esa oración y muy bien puede encontrar la salida. Es la primera vez que te das cuenta de que alguien con autoridad sobre ti puede ser vulnerable. Nunca pensaste que podría haber una razón para sentir

lástima por uno de tus profesores. Siempre que tú y Gene charláis sobre profesor Albrecht fuera de clase es dedicado a la burla. Pero no es así como te sientes cuando piensas en él.

Esta noche, Albrecht continúa con Faraday y su descubrimiento del campo magnético alrededor de un conductor que transporta corriente, inducción electromagnética, diamagnetismo y electrólisis. Faraday sentó las bases de la electrodinámica moderna. Albrecht elogia las brillantes aplicaciones prácticas de Faraday de estos principios en los primeros motores eléctricos. A medida que se acerca a su tema, la voz de Albrecht se eleva en tono. Pronto, dice, este invento transformó el mundo.

Albrecht habla del personaje de Faraday. Su padre era herrero y nunca pudo ser un caballero. Así que Faraday sirvió como asistente científico y ayuda de cámara de Sir Humphrey Davy. Faraday era un cristiano devoto y no veía ningún conflicto entre la búsqueda de los secretos de la naturaleza y los principios de su fe. A lo largo de toda su carrera, de su creciente éxito y fama, siguió siendo un hombre humilde. Rechazó un título de caballero y dos veces la Presidencia de la Royal Society porque sentía que no los merecía. Se negó a participar en la preparación de armas químicas en la Guerra de Crimea.

—*Lo rechazó todo* - Albrecht queda atascado aquí y el momento se prolonga —*todo p… p..* - Cierra los ojos. Albrecht se está hundiendo: —*¡todo p…pompa y poder!* - espeta Albrecht

De verdad ha usado la palabra *pompa* en una oración. Nunca has escuchado a una persona usar esa palabra.

Albrecht señala que Faraday no era un genio como Newton o Maxwell. No comprendía nada de matemáticas más allá del álgebra. En cambio, Faraday fue el mejor experimentalista en la historia de la física, un entusiasta observador de la naturaleza y un ingenioso inventor de formas de desentrañar gentilmente sus verdades, de penetrar en sus secretos.

Mientras te sientas allí y el profesor Albrecht suena, él se detiene ocasionalmente y te mira con sus suplicantes ojos marrones, te encuentras, dentro de tu voluminoso suéter, somnoliento. El

solenoide, piensas, Faraday inventó el solenoide, ¿no? Fuera de las ventanas heladas detrás de Albrecht, está empezando a nevar, grandes copos arremolinándose de la oscuridad hacia la luz del porche. ¿Qué puede significar todo esto? Hay fotografías familiares en la repisa de la chimenea, ancianos vestidos con ropa del siglo XIX, hombres con trajes de cuatro botones, corbatas apretando el cuello, con el pelo que se levanta en un cepillo teutónico, recordándote a Bismarck y los Hohenzollerns. ¿Qué estás haciendo aquí?

Justo entonces Albrecht mira hacia arriba, con los ojos centrados en algo detrás de ti. Te giras. Una joven ha entrado en la habitación portando una bandeja.

—*Pensé que a los muchachos les gustaría un poco de sidra caliente,* -dice ella.

—*Caballeros, esta es mi esposa, Irene*.

Estás aturdido Irene es quizás la mujer más bella que hayas visto. Cabello castaño brillante y denso, ojos muy oscuros, nariz recta, incluso podría llamarse afilada, pero que en la constelación de su rostro solo indica inteligencia. Su figura es deslumbrante. El vestido que usa no está diseñado para acentuarla, pero no se puede negar que tiene el cuerpo de una modelo de Victoria's Secret.

¿Cómo es posible que Albrecht la merezca?

***

Desde hace tiempo se sabe que la ablación del lóbulo temporal del mono, incluida la amígdala, produce respuestas emocionales embotadas [26] (Figura 5C). En humanos, los estudios de imágenes cerebrales y lesiones han sugerido un papel para la amígdala en una teoría de la mente, la agresión [27] y la capacidad de registrar el miedo y la tristeza en las caras [28]. Según el modelo de inhibición de la violencia, las señales faciales tristes y temerosas actúan como inhibidores importantes cuando contemplamos la violencia hacia los demás. En apoyo de este modelo, las investigaciones recientes han demostrado que las personas con antecedentes de comportamiento agresivo tienen un peor reconocimiento de las

expresiones faciales [29], lo que podría deberse a la disfunción de la amígdala [30]. Otros han demostrado recientemente cómo la baja expresión de la monoamino oxidasa A ligada al cromosoma X (MAOA), que es una enzima importante en el catabolismo de las monoaminas, especialmente la serotonina (5-HT), y que se ha asociado con una mayor propensión a la reacción violenya en los niños maltratados [31]; se correlaciona con los cambios de volumen y la hiperactividad en la amígdala [32].

***

Los cuatro policías en el mostrador están hablando de comportamiento criminal.

—*¿Viste ese informe en la televisión? Un tipo dice que los delincuentes hacen cosas malas debido al daño cerebral.*

—*Si un delincuente no ha sufrido daños antes de que lo arrestes, Stoney, lo habrá sufrido para cuando lo metas dentro de la comisaría*.

—*Desviados sociales que se resisten el arresto,* - dice Stoney.

—*Yo no creo en esa basura de la ciencia,* - dice el más joven.

—*Dicen que todo se debe a su complejo prefrontal.*

—*Psiquiatras. Son solo una forma de evitar que la mala gente reciba lo que merece*.

El policía más viejo allí cambia su considerable volumen sobre su taburete. —*Escucha, chico. Llevo en esto veinticuatro años. Nadie recibe lo que le está por venir, excepto tal vez por accidente. La mayoría de las víctimas no se merecen lo que reciben. La mayoría de los delincuentes no reciben lo que merecen. La justicia es un cuento de hadas* .

—*¿Cómo puedes decir eso? Yo no podría ser policía si tuvieras razón.*

—*Tengo razón.*

—*El trabajo de un policía es asegurarse de que las personas reciban lo que merecen. De lo contrario, ¿para qué ser policía?*

El cuarto, silencioso hasta ahora, habla. —*Stoney es policía para poder destruir el complejo prefrontal de alguien todas las semanas y salirse con la suya*.

—*Cierto, Sr. Trabajador Social. Si el estado me da ese poder, lo uso*.

—*Olvídate de la palabra «merece»,* - dijo el viejo policía. —*Nadie merece nada*.

***

Desperté de sueños fervientes y pesadillas. Cuando me deslicé de la cama, saqué el volumen seis de la heptología de «Las Tierras Calcinadas» de mi mesita de noche, y una cucaracha marrón se escabulló en busca de un hueco en el suelo. En el baño me eché agua fría a la cara. Tenía grasa bajo las uñas y en las bolsas bajo los ojos podía caber mi pasaporte y unos doscientos cheques de viaje.

Detrás de mí, en el reflejo del espejo, veía el motor, allí junto a la vieja bañera como una escultura de chatarra del Museo de Arte Contemporáneo. Surgió una idea: un cambio de carrera. Pero no, yo no tenía el temperamento ni el corte de pelo para una carrera en el arte.

Había conectado al eje central las pelotas de golf que había encontrado. Si alguna vez hacía funcionar el motor, la fuerza centrífuga las haría levantarse y girar como un viaje en tiovivo. Pero ahora simplemente colgaban impotentes. La historia de mi vida.

Luego, al ver el motor en el espejo, con todo invertido, me di cuenta de que lo había construido al revés. Era una cuestión de los hemisferios. En el Norte, el efecto Coriolis implica que los vientos ciclónicos y los remolinos siempre se mueven en sentido antihorario; en el hemisferio sur en sentido horario.

Me aparté del fregadero, me arrodillé y me puse manos a la obra. A eso de las diez el teléfono comenzó a sonar, y cuando contestó la máquina oí que era mi jefe de MundoAuto preguntándome por qué no había llegado todavía. Dejé que el contestador automático tomara el mensaje. Él llamó de nuevo una hora después y, por la

tarde, una tercera vez para decirme que me habían despedido. No me importó.

Trabajé durante todo el día, deteniéndome solo para tomar un sándwich y algo de yogur cuando mi estómago comenzó a gruñir demasiado. Tuve que salir corriendo y buscar algunas partes de la máquina al final de la tarde, y luego otra vez por la mañana.

Dormí algunas horas cada noche durante tres días. Mientras trabajaba, tarareaba canciones para mí mismo. Me sentía mareado, pero no me importaba. Mi cabeza había estado demasiado espesa durante demasiado tiempo.

***

Su concepción del poder yace en el centro de la obra de Michel Foucault. Esencialmente, surgen cuestiones de poder en cualquier relación entre personas donde uno afecta las acciones de otro. El poder no reside solo en la fuerza o la violencia, que afectan el cuerpo físicamente. Implica hacer que un sujeto libre haga algo que de otro modo no hubiera hecho: el poder, por lo tanto, implica restringir o alterar la voluntad de alguien. El poder está presente en todas las relaciones humanas y penetra en toda la sociedad.

El estado no tiene el monopolio del poder porque las relaciones de poder son profundamente inestables y cambiantes. Dicho esto, existen patrones de dominación en la sociedad. El empleador y el empleado. El oficial de policía y el ciudadano. El padre y el niño. El esposo y la esposa. El amante y la amada.

La relación entre poder y conocimiento, nos dice Foucault, también es importante. Una fuente importante de poder proviene de las afirmaciones de conocimiento. Reclamar que una afirmación es verdadera es reclamar poder porque, según Foucault, la verdad solo puede ser producida por el poder. La criminología, por ejemplo, puede hacer afirmaciones que excluyen al delincuente al crear teorías del comportamiento humano que colocan al delincuente fuera de las *normas establecidas*. De esto se deriva un sistema de relaciones de poder en el que se domina al delincuente.

El otro Foucault, el del péndulo, que afortunadamente murió mucho

antes de que naciera el último Foucault y, por lo tanto, ignoraba felizmente sus teorías, no creía que la verdad fuera una cuestión de relaciones de poder. La verdad, para él, estaba fuera de las construcciones de las mentes humanas. El péndulo de Foucault no funcionaba porque él hubiera establecido un sistema teórico que lo explicaba y que excluía los sistemas en los que no funcionaba. Funcionaba porque la Tierra giraba, y esta giraría independientemente de si las estructuras teóricas humanas definían dicha rotación como *normal*.

***

Fuera de la cueva, la tormenta hacía estragos. Los relámpagos dividían los cielos, seguidos segundos después por la larga caída del trueno. Halbo sintió la ceja febril de Dimli. El enano estaba ardiendo. Halbo corrió hacia la boca de la cueva donde la fría lluvia caía, empapaba la camisa ensangrentada de Dimli y la traía de vuelta para humedecer los labios agrietados de su amigo moribundo. Dimli luchó por hablar. —*Halbo, déjame,* - jadeó. —*Debes..*

—*Descansa, buen amigo. Sé lo que debo hacer*.

No por primera vez, Halbo prometió sobrevivir a esta terrible experiencia y cambiar el mundo. En el nuevo mundo, todo estaría bien y ninguna alma fiel como Dimli moriría. A través de sus lágrimas pudo ver este nuevo mundo, lo suficientemente brillante y claro como para comprenderlo. Solo requería que Halbo y aquellos como él actuaran audazmente contra el mal que los oprimía y lo vencieran para siempre.

***

—*Nada,* - dijo Faraday, —*es demasiado maravilloso para ser verdad*.

***

Della llamó el tercer día. Cuando la escuché comenzar a hablar por el contestador automático, salí del baño para coger el teléfono. —*¡Hola! ¡Della!*

—¿Dónde estás, Gary? Dijiste que..

—¡Lo tengo, Della! De verdad creo que ya lo tengo. Es una cuestión de momento angular. Tienes que conferir una ventaja mecánica.

—Ahórrame los detalles, Gary. Me dijiste que ibas a recoger a los chicos hoy.

—¡Los chicos! ¿Qué día es hoy?

—Es sábado - La voz de Della era muy paciente.

—Lo siento, Del. No puedo ayudarte. ¡Estoy en la línea de dos yardas aquí! Si no presiono, me temo que todo se evaporará. Lo entiendes, ¿verdad?

El silencio se prolongó un momento. La línea telefónica hizo clic con estática. *—Entiendo,* - dijo Della en voz baja.

—Te lo compensaré. ¡Lo prometo! - Colgué y volví al trabajo.

Alrededor de las siete de la tarde del cuarto día accioné el interruptor. El motor comenzó a zumbar. El zumbido se elevó en frecuencia. El eje comenzó a girar. La fuerza centrífuga levantó las pelotas de golf hasta los extremos de los cables. Giraban tan rápido que se volvieron borrosas. Aquello funcionaba.

Salté arriba y abajo. Mis rodillas estaban tan tensas de agacharme que apenas podía moverme, pero no me importaba. Entré en la cocina y saqué la botella de ron del armario, eché un par de dedos en un vaso. Regresé corriendo al baño. El motor seguía vibrando, las pelotas de golf zumbaban en un borrón blanco mientras giraban. *—¡Por el futuro!* - Exclamé levantando el vaso. *—¡Por el poder ilimitado!* - Apuré el ron. *—¡Por la transformación del mundo!*

Esto lo iba a cambiar todo. ¡Yo, Gary O'Halloran, el benefactor de la humanidad! Iba a ser rico. Viviría en una casa grande. Me acostaría con quien quisiera.

Della, pensé. Corrí a la otra habitación para llamarla, pero cuando levanté el teléfono, no había tono de marcado. Hice clic en el émbolo varias veces, pero nada. ¿Me había olvidado de pagar la

factura? Pero luego, cuando colgué el auricular, sonó de inmediato. Descolgué el auricular, —*¿Della?*

Ninguna voz respondió. Escuché. ¿Se oía el sonido de la respiración?

Puse el receptor suavemente en el gancho.

Regresé corriendo al baño. El motor ronroneaba. Las pelotas de golf danzando en espiral levantaban una pequeña brisa. Esta era agradable.

Regresé a la cocina y volví a llenar el vaso. Lancé algunos cubitos de hielo más, un poco de Coca-Cola. El siguiente paso era descubrir cómo licenciar el chisme. No me engañaba pensando que podía fabricar el motor Foucault por mí mismo. Necesitaba un abogado de patentes y un agente, y poco después un contable y un gerente comercial. El mundo era complicado.

Me senté en el sofá a beber ron. Había estado trabajando tan duro para perfeccionar el motor que apenas había pasado un minuto pensando en lo que sucedería cuando lo hiciera. A cierto nivel, supongo que pensaba que nunca podría tener éxito. Era como si hubiera estado tratando de derribar una puerta, pateándola, empujándola, apoyándome en ella, y ahora, de repente, se abría de golpe desde el otro lado, y yo me caía al suelo desequilibrado. Al otro lado de esa puerta yo había imaginado una vaga tierra de fantasía, un lugar mágico de libertad y felicidad. Ahora, la puerta estaba abierta y yo estaba en el umbral. ¿Podría pasar? ¿Qué había realmente al otro lado?

Me emborraché bastante y la falta de sueño en los últimos días me golpeó duro. Eventualmente, renqueé hasta el dormitorio y me desmayé en la cama.

Por la mañana me desperté con un punzante dolor de cabeza y la boca más seca que la muerte. El sol; que entraba inclinado a través de las cortinas, me hacía daño en los ojos. El apartamento estaba en silencio. Por alguna razón el silencio me molestaba.

Me arrastré de la cama al baño y recordé por qué no debía haber

silencio. El motor Foucault estaba hecho pedazos; palancas, engranajes, ejes y resortes, cables y medidores; dentro la bañera, en el suelo, en el lavabo, en la esquina de la habitación, detrás del inodoro. Pisé una pelota de golf y casi me caigo.

Llené el vaso del cepillo de dientes con agua del grifo y me lo bebí. Lo repetí tres veces. Me palpitaban las sienes. Me senté en el asiento del inodoro y evalué el desastre.

Podría, supongo, haberse destrozado mientras funcionaba. Pero, ¿cómo podría haber hecho eso sin despertarme?

A menos que alguien lo hubiera destrozado con cuidado, desmantelado pieza por pieza y esparcido los restos por el baño para hacerme pensar que se había desmoronado. Semanas antes me habrían puesto droga en el ron, habrían plantado una microcámara en mi cuarto de baño y me habrían observado hasta que logré perfeccionar el motor.

¿Qué hay de aquella llamada fantasma? Me dirigí a la otra habitación y levanté el auricular. El tono de marcado era constante. Me desplomé en el sofá.

¿A quién estaba yo engañando? Quizá el motor nunca había funcionado. Tal vez lo había destrozado yo mismo. Yo no era Thomas Edison, era Gary O'Halloran. No había dormido bien en días.

Me levanté. Saqué las piezas de la bañera, la llené con agua caliente y entré. Me di un baño muy largo. Mi dolor de cabeza disminuyó.

Después, me envolví con una toalla y entré a pasos cortos en el dormitorio. Me sentía un poco mejor. La ventana estaba abierta y una ligera brisa mecía las cortinas hacia mí. Escuché a alguien cantando afuera. Me senté en el borde de la cama y miré afuera.

Una mujer joven estaba sacando su reciclaje junto a la acera. Yo nunca la había visto en el vecindario antes. Tenía una carretilla roja "Radio Flyer" con una papelera llena de periódicos, otra de botellas. Cantaba suavemente para sí misma. Su cabello muy negro estaba tensado hacia atrás en un coleta. Aunque ella no estaba actuando de

modo sexual en absoluto, cuando se inclinó para levantar una de las papeleras fuera de la carretilla, yo bajé la vista hacia el escote de su blusa. De alguna forma debió de presentirme observando, giró la cara hacia arriba y me pilló. Su rostro, en forma de corazón, era muy hermoso. Sus oscuros ojos se fijaron en los míos. Y ella sonrió.

FIN

14: Orgullo y Prometeo

Pride and Prometheus. Publicado en Fantasy & Science Fiction, enero 2008

Si tanto su madre como su hermana Kitty no hubieran insistido en ello, la señorita Mary Bennet, cuyo interés en la naturaleza no se extendía a la naturaleza de la sociedad, no habría asistido al baile en la Plaza Grosvenor. Este era el momento de Kitty. La señora Bennet se había desesperado por Mary hacía mucho tiempo, pero aún tenía esperanzas para su hermana menor y por eso estaba determinada a poner a Kitty en el camino de Robert Sidney de Detling Manor, quien poseía una fortuna de seis mil libras al año y era probable que estuviera en las festividades de esa noche. Al estar obligada por su estado de soltera a vivir con sus padres y siendo los caprichos de la Sra. Bennet los que eran, aunque no había una razón terrenal para que Mary estuviera allí, tampoco había una buena excusa para su ausencia.

Así fue que Mary se encontró en el salón de baile de la gran casa, ceñida con un vestido de seda, con el pelo recogido, engalanada con las joyas de su hermana. Ella ni era una belleza, (como su felizmente casada hermana mayor Jane), ni ingeniosa, (como su felizmente casada hermana mayor Elizabeth), ni coqueta, (como su menos felizmente casada hermana menor Lydia). Socialmente torpe y miope, ella nunca había esculpido una figura atractiva, y a medida que envejecía había llegado a verse a sí misma como los demás la veían. Cada vez que la Sra. Bennet le decía que se pusiera de pie, sentía desesperación. Mary había visto cómo Jane y Elizabeth se habían hecho buenas vidas al encontrar compañeros apropiados, pero no había aire de gracia o misterio sobre Mary y ningún hombre la miraba con admiración.

La tarjeta de Kitty estaba llena, y ella ya había logrado bailar una vez con el distinguido señor Sidney, a quien Mary no podía imaginar más tedioso. Héticamente radiante, Kitty estaba segura de que este era la temporada en la que conseguiría un marido. Mary,

en contraste, se sentaba con su madre y su tía Gardiner, cuyo buen sentido era el único respiro de Mary para las tonterías de su madre. Después del tercer minueto, Kitty se acercó volando.

—*¡Respira, Kitty!* - Dijo la señora Bennet. —*¿Debes ir así de apresurada? ¿Quién es ese joven con el que bailaste? Recuerda, estamos aquí para sonreírle al Sr. Sidney, no a un extraño. ¿No lo vi llegar con el Señor Alcalde?*

—*¿Cómo puedo decirte lo que viste, madre?*

—*No seas impertinente.*

—*Sí. Él es un conocido del Alcalde. ¡Es de Suiza! El Sr. Clerval, de vacaciones.*

El alto y rubio Clerval estaba de pie junto a un joven oscuro y melancólico, ambos impecablemente vestidos con pantalones gris paloma, chaquetas negras y chalecos, corbata blanca y guantes.

—*¡Suiza! No quisiera que te casaras con ningún holandés, aunque se dice que sus comerciantes son extraordinariamente ricos. ¿Y quién es ese caballero a quien habla?*

—*No lo sé, madre, pero puedo averiguarlo.*

La curiosidad de la señora Bennet pronto quedó aliviada, ya que los dos hombres cruzaron el salón hacia las hermanas y sus acompañantes.

—*Henry Clerval, madam,* - dijo el hombre rubio. —*Y este es mi buen amigo, el Sr. Víctor Frankenstein.*

El señor Frankenstein se inclinó en reverencia pero no dijo nada. Tenía los ojos más oscuros con los que Mary se había encontrado, y un aire de estar allí solo por obligación. Mary no podía saber si era porque estaba tan incómodo en estas situaciones sociales como ella, pero su aire confuso la intrigaba. Ella creía que su reserva podría expresar tristeza en lugar de orgullo. Sus modales eran impecables, al igual que su dominio del inglés, aunque hablaba con un ligero acento francés. Cuando él le pidió a Mary que bailara, ella sospechó que solo lo hacía a instancias del señor Clerval. En la pista de baile,

una vez que la orquesta del piano, el violín y el violonchelo tocaron el *quadrille [NdT: Danza con 5 actos, con cuatro parejas de bailarines en cada acto]*, él se movía con un poco de gracia, pero sin sonreír.

Al final del baile, Frankenstein preguntó si a Mary le gustaría un refrigerio, y ambos cruzaron desde el salón de baile lleno de gente hasta la sala de estar, donde él le procuró una taza de *negus [NdT: bebida de vino, agua, azúcar, nuez moscada y zumo de limón. Llamada así por su creador, el Coronel Negus]*. Mary se sintió obligada a conversar antes de retirarse a la seguridad de su silla de espectadora.

—¿Qué lo trae a Inglaterra, Sr. Frankenstein?

—Vengo a reunirme con ciertos filósofos naturales aquí en Londres, y en Oxford... estudiantes de magnetismo.

—¡Oh! ¿Entonces ha conocido al profesor Langdon de la Royal Society?

Frankenstein la miró como si la viera por primera vez. *—¿Cómo es que conoce al profesor Langdon?*

—No lo conozco personalmente, pero soy, en mi pequeño sentido, una entusiasta de las ciencias. ¿Es usted un filósofo natural?

—Confieso que ya no puedo tolerar el tema. Pero sí, estudié con el Sr. Krempe y el Sr. Waldman en Ingolstadt.

—¿Ya no tolera usted el tema y aún así busca al profesor Langdon?

Una sombra cubrió el hermoso rostro del señor Frankenstein. *—Es insoportable para mí, aún así, perseguirlo debo*.

—Una paradoja.

—Una paradoja que no soy capaz de explicar, señorita Bennet.

Todo esto dicho con una voz cargada de desesperación. Mary observó sus sobrios ojos negros y respondió: *—El corazón tiene sus razones de las cuales la razón no sabe nada*.

Por segunda vez esa noche, él le dirigió una mirada que sugería un

entendimiento. Frankenstein dio un sorbo de su taza y luego habló: *—Evite cualquier pasatiempo, señorita Bennet, que la saque del curso normal del contacto humano. Si el estudio al que se aplica usted misma tiene una tendencia a debilitar sus afectos y destruir su gusto por los placeres sencillos, entonces ese estudio es ciertamente ilegítimo*.

El significado de este extraordinario discurso, Mary fue incapaz de comprenderlo. *—Seguramente no hay daño en buscar conocimiento*.

El señor Frankenstein sonrió. *—Henry me ha estado urgiendo a salir con la sociedad de Londres; si hubiera sabido que podría conocer a una persona tan reflexiva como usted, me habría dejado convencer mucho antes*.

Él la tomó de la mano. *—Pero espío a vuestra tía en la puerta,* - le dijo. *—Sin duda ha sido enviada para protegerla. Si lo desea, permítame que la devuelva con su madre. Debo darle las gracias por el baile, y aún más por su conversación, señorita Bennet. En medio de una tierra extranjera, me ha traído un momento de simpatía*.

Y de nuevo Mary se sentó junto a su madre y su tía como lo había hecho media hora antes. Ella estaba desconcertada. No era corriente para un extraño hablar tanto desde el corazón a una mujer que nunca había conocido previamente, sin embargo, ella no podía encontrar eso, en sí misma, condenable. Más bien, sentía su propio fracaso por no haberlo retenido durante más tiempo.

Una lluvia fría de marzo estaba cayendo cuando, después de medianoche, dejaron el baile. Esperaron bajo el pórtico mientras el cochero traía el carruaje. Kitty comenzó a toser. Mientras estaban allí de pie en la fría noche, Mary notó a un hombre encapuchado de enorme tamaño parado en las sombras en la esquina del camino. En pleno aguacero, inmóvil, este hombre observaba la casa de la ciudad y sus fiesteros sin acercarse ni alejarse, como si aquella observación fuese todo su interés en la vida. A Mary le dio un escalofrío.

En el carruaje de regreso a la casa de tía Gardiner cerca de Belgravia, la Sra. Bennet insistió en que Kitty se pusiera la manta contra el frío en el regazo. *—Deja de toser, Kitty. Cuida mis pobres nervios*. - Ella agregó: *—Nunca deberían haber puesto la cena al final*

de ese largo pasillo. Las señoritas, sonrojadas por el baile, tuvieron que caminar todo ese frío camino.

Kitty respiró entrecortadamente y se inclinó hacia Mary. *—Nunca te había visto tan afectada por un hombre, Mary. ¿Qué te dijo ese caballero suizo?*

—Hablamos de filosofía natural.

—¿No dijo nada de las razones por las que vino a Inglaterra? - preguntó Tía Gardiner.

—Esa fue su razón.

—¡Yo debería decir que no! - Dijo Kitty. *—¡Él vino a olvidar su dolor! ¡Su hermano menor William fue asesinado, no hace seis meses, por la criada de la familia!*

—¡Que terrible! - dijo tía Gardiner.

La Sra. Bennet preguntó con abierto asombro: *—¿Podría ser eso cierto?*

—Lo supe de Lucy Copeland, la hija del Señor Alcalde, - respondió Kitty. *—Quién lo escuchó del propio Sr. Clerval. ¡Y hay más! Está comprometido para casarse con su prima. Sin embargo, la ha abandonado, la ha dejado en Suiza y ha venido aquí*.

—¿Te dijo algo sobre estos asuntos? - le preguntó la Sra. Bennet a Mary.

Kitty interrumpió. *—Madre, él no va a contarle los secretos de la familia a los extraños, y mucho menos revelar su desposorio en un baile*.

Mary se cuestionó ante estas revelaciones. Quizás estas explicaran las extrañas maneras del Sr. Frankenstein. ¿Pero podrían explicar su interés en ella? *—Un hombre debería ser lo que parece,* - dijo ella.

Kitty resopló y esto devino en un ataque de tos.

—Recordad mis palabras, chicas, - dijo la Sra. Bennet, *—ese compromiso es una alianza que él no quiere. Me pregunto qué fortuna*

aportaría él a un matrimonio.

En los días que siguieron, la tos de Kitty se convirtió en un catarro a pleno pulmón y fue decidido, contra sus protestas, que dado que el aire de la ciudad no era saludable, deberían acortar su temporada y regresar a Meryton. El Sr. Sidney, indudablemente, no estaba al corriente de su escapada por los pelos. Mary no podía decir honestamente que lamentaba marcharse, aunque el recuerdo de su media hora con el Sr. Frankenstein le producía gran remordimiento, por haber perdido la oportunidad de proseguir su intercambio con él, como no había sentido nunca al conocer a un hombre.

En una semana, Kitty se sentía mejor y se lamentaba amargamente de su exilio de Londres. En verdad, ella era solo dos años menor que Mary y no había hecho ninguna adaptación mental para acercarse a la soltería que su hermana mayor había intentado. El Sr. Bennet se retiraba a su estudio, saliendo solo a la hora de las comidas para emitir comentarios sardónicos sobre las campañas matrimoniales de la Sra. Bennet y Kitty. Tal vez, dijo la Sra. Bennet, podrían invitar al Sr. Sidney a visitar Longbourn cuando se aplazara el Parlamento. Mary escapaba de estas discusiones practicando el piano y, a medida que avanzaba la primavera trayendo un clima cálido, ella paseaba por el campo donde se detenía bajo un roble y leía, complaciendo su pasión por Goethe y la filosofía alemana. Cuando intentó involucrar a su padre en especulación, él le advirtió: —*Me temo, querida mía, que tu comprensión depende demasiado de los libros y no lo suficiente de la experiencia del mundo. Cuidado, Mary. Demasiado aprendizaje hace de una mujer un monstruo*.

¿Qué experiencia del mundo le habían permitido alguna vez? Desairada, Mary le escribió a Elizabeth sobre el abrupto final del último asalto de Kitty sobre el matrimonio y su subsecuente mal genio, y Elizabeth le respondió invitando a sus dos hermanas menores a visitar Pemberley.

Mary estaba encantada de tener la oportunidad de escapar de su madre y ver algo más de Derbyshire, y Kitty parecía igualmente dispuesta. La señora Bennet no quedó convencida cuando Elizabeth sugirió que las cercanías de Matlock y sus baños podrían ser buenos para la salud de Kitty (ningún hombre se querría casar con una chica enferma); pero la persuadió la observación de Kitty de que,

aunque de ninguna manera podía rivalizar con Londres; Matlock atraía a una sociedad más refinada que Meryton y, por tanto, ofrecía oportunidades para conocer a elegibles jóvenes de propiedad. Entonces, en la segunda semana de mayo, el Sr. y la Sra. Bennet, entre lágrimas, cargaron a sus últimas hijas solteras en un carruaje para el largo viaje a Derbyshire. Las lágrimas de la Sra. Bennet se derramaban porque la ausencia de las chicas privaría a Kitty y a Mary de sus atenciones, las del Sr. Bennet por el hecho de que tal ausencia le aseguraría la atención de la Sra. Bennet.

Las dos chicas estaban deleitadas como siempre con la gracia y el lujo de Pemberley, la propiedad ancestral del Sr. Darcy. Darcy era la amabilidad en sí misma y los sirvientes, atentos; si acaso, por instrucción de Elizabeth, eran menos complacientes con los caprichos de Kitty y más cuidadosos con su salud que los completamente intimidados sirvientes de casa. Lizzy procuraba que Kitty durmiera lo suficiente y las tres hermanas daban largos paseos por los terrenos de la propiedad. La salud de Kitty mejoró y eso levantó el ánimo de Mary. Mary disfrutaba de la compañía de William, el hijo de ocho años de Lizzy y Darcy, que intentaba enseñarle a ella y a la hermana menor de Darcy, Georgiana, a pescar. Georgiana se lamentaba de su prometido, el Capitán Broadbent, que estaba fuera por negocios de la corona en el Caribe, pero después de haber estado allí una semana, Jane y su esposo, el Sr. Bingley, vinieron a visitarla desde su propia propiedad a treinta millas de distancia. Y así, cuatro de las cinco hermanas Bennet se reunieron. Pasaban muchas tardes y noches cordiales. Tanto Mary como Georgiana eran avanzadas en el pianoforte, aunque Mary notaba que sus hermanas toleraban, más que disfrutaban, su propia interpretación. La reunión de Lizzy y Jane significó aún más tiempo dedicado a la mejora de Kitty, con atención específica a sus perspectivas matrimoniales, y eso dejó a Mary sintiéndose invisible. Aún así, en ocasiones se unía a ellas y viajaba a Lambton o a Matlock para comprar y socializar, y todas las semanas durante el verano se celebraba un baile en la sala de reuniones del Hotel Antiguos Baños, con su suelo pulido con cera y espléndidos candelabros.

En una de tales excursiones a Matlock, Georgiana se detuvo en los molinos mientras Kitty realizaba algunos negocios en la carnicería

(Mary se preguntó por su repentino interés en los asuntos domésticos de Pemberley) y Mary llevó a William al museo y a la biblioteca en circulación, que contenía célebres expositores de historia natural. William le había hablado sobre ciertas antigüedades desenterradas en la excavación para un nuevo hotel y recientemente agregadas a la colección.

Las calles, hoteles y posadas de Matlock bullían de viajeros que iban a allí a probar las aguas. Parejas de recién casados se apoyaban en los brazos del otro, susurrando secretos que, sin duda, concernían al paisaje alpino. Un equipo de trabajadores estaba levantando la calle de adoquines delante del salón, balanceando picos al sol brillante. En el interior, ella y Will se retiraron a la fría tranquilidad de la sala de exposiciones públicas.

Entre los visitantes del museo, Mary vio a un hombre delgado y bien vestido en una de las vitrinas, examinando los artefactos contenidos allí. Mientras ella se acercaba, lo reconoció. —*¡Sr. Frankenstein!*

El alto europeo levantó la vista, sobresaltado. —*Ah... ¿señorita Bennet?*

Ella quedó complacida de que él la recordara. —*Sí. Qué bueno verle*.

—*¿Y este joven es?*

—*Mi sobrino, William*.

Ante la mención de este nombre, la expresión de Frankenstein se oscureció. Cerró los ojos. —*¿No se encuentra bien?* - preguntó Mary.

Él la miró de nuevo. —*Perdóneme. Estas antigüedades invocan a la mente tristes asociaciones. Deme un momento*.

—*Ciertamente,* - dijo ella. William salió corriendo para ver el reloj de vapor del salón. Mary se giró y examinó el contenido del expositor vecino.

Bajo el cristal había una colección de huesos desenterrados en las minas de plomo locales. La tarjeta con letras a su lado decía: «Huesos, parecidos a los de un pez, hechos de piedra caliza.»

Eventualmente, Frankenstein fue a pararse junto a ella. —*¿Cómo es que ha venido a Matlock?* - le inquirió.

—*Mi hermana Elizabeth está casada con el Sr. Fitzwilliam Darcy, de Pemberley. Kitty y yo estamos aquí de visita. ¿Ha venido a probar las aguas?*

—*Clerval y yo nos dirigimos a Escocia, donde él se quedará con amigos mientras yo realizo ciertas investigaciones. Descansamos aquí una semana. La topografía del valle me recuerda a mi hogar en Suiza*.

—*He oído que dicen eso,* - respondió ella. Frankenstein parecía haber recuperado la compostura, pero Mary todavía se preguntaba qué había despertado su aflición. —*¿Tiene interés en estas reliquias?* - preguntó ella indicando las vitrinas.

—*Algunas, tal vez. Encuentro notable ver a una joven interesada en tales arcanos*. - Mary no detectó ningún rastro de burla en su voz.

—*De hecho, me interesan,* - dijo ella complaciendo su propio entusiasmo. —*El profesor Erasmus Darwin ha escrito sobre la fuente de estos huesos: «Vida orgánica bajo las olas sin orilla. Nacida y crecida en las nacaradas cuevas del océano. Primeras formas diminutas, no vistas por el vidrio esférico. Se movían sobre el barro o perforaban la masa acuosa. Estas, a medida que las sucesivas generaciones florecen, adquieren nuevos poderes y asumen miembros más grandes. De donde brotan innumerables grupos de vegetación. Y respirables reinos de aletas, pies y alas.» La gente dice que esto ofrece pruebas del Gran Diluvio. ¿Cree usted, señor Frankenstein, que Matlock pudo haber estado alguna vez bajo el mar? Dicen que estas son criaturas que no han existido desde la época de Noé.*

—*Mucho más antiguas que el Diluvio, lo garantizo. No creo que estos huesos estuvieran hechos originalmente de piedra. Algún proceso los ha transformado. Anatómicamente, se parecen más a los de un lagarto que a un pez.*

—*¿Ha estudiado usted anatomía?*

El señor Frankenstein dio unos golpecitos con los dedos al cristal de la vitrina. —*Tres años han pasado desde que fue una de mis pasiones.*

Ya no me empeño en tales asuntos.

—Y sin embargo, señor, se ha reunido con hombres de ciencia en Londres.

—Ah, sí, lo hice. Me sorprende que recuerde una breve conversación, más de dos meses atrás.

—Tengo buena memoria.

—Como evidencia su cita del profesor Darwin. Podría esperar que una mujer como usted se interesara más por el arte que por la ciencia.

—Oh, puede estar seguro de que he leído mi parte de novelas. Y aún más, en mi juventud, de sermones. Elizabeth está habituada a burlarse de mí como la gran moralizadora. «El mal es fácil», le digo yo, «Y tiene infinitas formas».

Frankenstein no respondió. Finalmente dijo: *—Ojalá el mundo no necesitara moralizadores.*

Mary recordó su advertencia contra la ciencia en su reunión de Londres. *—Venga ya, señor Frankenstein. No hay maldad en estudiar la obra de Dios.*

—Un cristiano temeroso de Dios podría hacer una excepción a la afirmación del profesor Darwin de que la vida comenzó en el mar, por muy poética que sea. - Su voz se volvió distante. *—¿Puede un alma viviente ser creada sin la mano de Dios?*

—Creo que la mano de Dios está presente en todas partes. - Mary hizo un gesto hacia el expositor. *—Incluso en los huesos de este pez de piedra.*

—Entonces tiene usted más fe que yo, señorita Bennet, o más inocencia.

Mary se sonrojó. No estaba acostumbrada a bromear de esta manera con un caballero. Según su experiencia, los hombres guapos y consumados no se interesaban por ella, y las conversaciones en las que ella se había involucrado ofrecían poca sustancia aparte del clima, la moda y los rumores de la ciudad. Aún así vio que ella había conmovido a Frankenstein y sintió algo similar al triunfo.

Fueron interrumpidos por la aparición de Georgiana y Kitty, entrando con Henry Clerval. —*¡Ahí estás!* - dijo Kitty —*¿Ve, Sr. Clerval?, ¡le dije que encontraríamos a Mary ensimismada con ese montón de huesos!*

—*Y no es sorprendente encontrar a mi amigo aquí también,* - dijo Clerval.

Mary se sintió bastante desinflada. El grupo salió del museo y, bajo la espléndida luz del sol, caminaron juntos a lo largo del Paseo del Norte. Kitty propuso, y los visitantes accedieron, un paseo por el llamado Paseo de los Amantes al lado del río. Mientras caminaban por el desfiladero, se alzaban a ambos lados del río vastas murallas de roca caliza, cubiertas de tejos, olmos y limas. William corrió delante, y Kitty, Georgiana y Clerval lo siguieron, dejando atrás a Frankenstein y Mary. Finalmente, vieron el Alto Tor, un acantilado que se alzaba frente a la orilla este del Derwent. La parte inferior estaba cubierta de arbolitos y maleza. Grandes rocas que habían caído del acantilado quebraban el lecho del río causando espumosos rápidos. El ruido de las aguas dejó a Mary y Frankenstein aparte de los demás, tan aislados como si hubieran estado en otra habitación. Frankenstein pasaba mucho tiempo mirando el paisaje. La mente de Mary se aceleró, buscando alguna forma de recuperar el estado de ánimo de su conversación en el salón del ayuntamiento.

—*Cómo me recuerda esto a mi hogar,* - dijo él. —*Henry y yo trepábamos por acantilados como este, perseguíamos cabras por los prados y jugábamos a los piratas. Padre me paseaba por el bosque y nombraba cada árbol y flor. Una vez vi un rayo hacer temblar un viejo roble hasta las astillas*.

—*Siempre que vengo aquí,* - espetó Mary, —*me doy cuenta de lo pequeña que soy y de lo grandioso que es el tiempo. Estamos aquí durante solo unos segundos y luego nos vamos, y estas rocas, este río, sobrevivirán por mucho tiempo. Y a través de todo ello, estamos solos*.

Frankenstein se giró hacia ella. —*Seguramente no está usted tan sola. Tiene a su familia, a sus hermanas. A su madre y su padre*.

—*Una persona puede estar sola en una habitación llena de gente. Kitty se burla de mí por mis «montones de huesos»*.

—Una persona puede casarse.

—Tengo veintiocho años, señor. No soy lo que envisiona el hombre para una amante o una esposa.

¿Qué vena le había dado para decir eso en voz alta y por primera vez en su vida? Aunque, ¿qué importaba lo que le dijera a este extranjero? No tenía sentido dejar que alguna esperanza de simpatía la engañara con mayores esperanzas. Habían bailado un único baile en Londres y ahora pasaban una tarde juntos; pronto él se iría de Inglaterra, se casaría con su prima y Mary nunca lo volvería a ver. Ella se merecía las burlas de Kitty.

Frankenstein se tomó un tiempo antes de responder, durante el cual Mary fue muy consciente del sonido de las aguas y de la visión de Georgiana, William y Clerval jugando en la hierba junto a la orilla del río, mientras Kitty estaba pensativa a cierta distancia.

—Señorita Bennet, lo siento si he tomado a la ligera su situación. Pero sus excelentes cualidades deberían ser evidentes para cualquiera que se haya tomado la molestia de conocerla. Su conocimiento de los asuntos de la ciencia solo aumenta mi admiración.

—No necesita halagarme, - dijo Mary. *—No estoy acostumbrada a ello.*

—Yo no halago, - respondió Frankenstein. *—digo lo que pienso.*

William llegó corriendo. *—¡Tía Mary! ¡Este sería un lugar excelente para pescar! ¡Deberíamos venir aquí con Padre!*

—Esa es una buena idea, Will.

Frankenstein se volvió hacia los demás. *—Debemos regresar al hotel, Henry,* - le dijo a Clerval. *—Necesito comprobar que la nueva cristalería esté debidamente empacada antes de enviarla por adelantado.*

—Muy bien.

—¿Cristalería? - Preguntó Georgiana.

Clerval se rio entre dientes. *—Víctor ha estado comprando equipo en cada parada a lo largo de nuestro tour de cristalería, botellas de*

químicos, discos de plomo y cobre. Los cocheros amenazan con dejarnos si él no envía estas cosas por separado.

Kitty discutió en vano, pero el grupo regresó a Matlock. Las mujeres y William se encontraron con el carruaje para llevarlos de regreso a Pemberley. —*Espero volver a verla, señorita Bennet,* - dijo Frankenstein. Si Mary hubiera estado más acostumbrada a leer las emociones de los demás, habría aventurado que en la expresión del hombre había sincero interés, incluso anhelo.

En el camino de regreso a Pemberley, William estaba de cháchara con Georgiana. Kitty, sometida para variar, estaba echada hacia atrás con los ojos cerrados, mientras Mary estaba confusa por cada momento de la tarde. La simpatía fundamental que había sentido con Frankenstein en su breve encuentro en Londres solo se había reforzado. Su súbito humor oscuro, sus silencios, hablaban de una carga que él llevaba. Mary estaba casi convencida de que su madre tenía razón: que Frankenstein no amaba a su prima y que él estaba aquí en Inglaterra huyendo de ella. ¿Cómo podría esta segunda reunión con él ser casual? El destino los había reunido.

Esa noche en la cena, Kitty les contó a Darcy y Elizabeth su encuentro con los guapos turistas suizos. Más tarde, Mary llevó a Lizzy a un lado y le pidió que invitara a Clerval y a Frankenstein a cenar.

—*¡Esto es nuevo!* - dijo Lizzy. —*De Kitty me lo esperaría, pero ¿de ti? Nunca antes habías pedido que un joven viniera a Pemberley.*

—*Nunca había conocido a nadie como el señor Frankenstein,* - respondió Mary.

***

—*¿Ha probado usted las aguas de Matlock?* - Mary preguntó a Clerval, quien estaba sentado frente a ella en la mesa. —*La gente en la parroquia dice que un chapuzón en las aguas termales puede resucitar a los muertos.*

—*Confieso que no,* - dijo Clerval. —*Víctor no cree en sus poderes curativos.*

Mary se volvió hacia Frankenstein con la esperanza de llevarlo a discutir el asunto, pero la expresión de sorpresa en su rostro la silenció.

La mesa, cubierta con un mantel de damasco blanco cegador, relucía con plata y cristal. Un gran *epergne [NdT: centro de mesa consistente en varios platitos y recipientes de diferentes tamaños con fines decorativos]*, salpicado de velas encendidas de cera blanca, dominaba su centro. Además de los miembros de la familia, y para igualar el número de invitados y equilibrar mujeres con hombres, Darcy y Elizabeth había invitado al vicario, el señor Chatsworth. Completando la cena estaban Bingley y Jane, Georgiana y Kitty.

El servicio trajo la sopa, seguida de clarete, rodaballo con langosta y salsa holandesa, ostras, chuletas de cordero con espárragos, guisantes, un *fricandeau l'oseille [NdT: fricandó, guiso francés de ternera o pavo servido como entrante. En este caso es de ave, (oseille)]*, carne de venado, estofado de ternera a la jardinera, con varias ensaladas, remolacha, mostaza francesa e inglesa. Dos tipos de helado: agua de cereza y crema de piña, y una crema de chocolate con fresas. El champán fluyó durante toda la cena, y Madeira después.

Darcy preguntó por los negocios del Sr. Clerval en Inglaterra, y Clerval habló de sus reuniones con hombres de negocios en Londres, y su propio interés en la India. Incluso había comenzado a estudiar el idioma y, para entretenimiento de todos, pronunció algunas oraciones en hindi. Darcy habló de su visita a Ginebra una década atrás. Clerval habló encantadoramente de las diferencias de maneras entre los suizos y los ingleses, con una ingeniosa preferencia por los hábitos ingleses, excepto, decía él, en materia de carnes hervidas. Georgiana preguntó sobre el vestido de las mujeres en el continente. Elizabeth admitió cómo, si podían mantenerle a salvo, sería bueno que la educación de William recorriera el continente. Kitty, que generalmente dominaba la mesa con chistes y bromas, estaba inusualmente callada. El Vicario habló divertidamente de sus viajes por Italia.

A través de todo esto, Frankenstein ofreció poco en cuanto a respuestas o comentarios. Mary había puesto tantas esperanzas en esta cena, que ahora temía haberle leído mal. La voz de Víctor se

oyó, pero solo una vez, cuando habló de su padre, un consejero y síndico, famoso por su integridad. Solo bajo preguntas habló de sus años en Ingolstadt.

—*¿Y qué estudió en la universidad?* - preguntó Bingley.

—*Asuntos sin interés,* - respondió Frankenstein.

Siguió un incómodo silencio. Clerval explicó gentilmente: —*Mi amigo se había dedicado tan decididamente al estudio de la filosofía natural que su salud falló. Afortunadamente pude traerlo de vuelta a nosotros, pero eso estuvo algo cerca*.

—*Por lo cual te estaré agradecido,* - murmuró Frankenstein.

Lizzy intentó cambiar de tema. —*Reverendo Chatsworth, ¿qué noticias hay de la parroquia?*

El vicario, no acostumbrado a tal volumen y variedad de bebidas, estaba chispado, su cara sonrojada y su voz subiendo al volumen del púlpito. —*¡Bueno, espero que las mujeres no tomen a mal,* - dijo, —*si cuento un curioso incidente que ocurrió anoche!*

—*Por favor, hágalo*.

—*Bueno, pues anoche tuve problemas de insomnio, creo que fue la trucha que comí para la cena, no estaba bien, la Sra. Croft prometió que la había comprado esa misma tarde, pero me pregunto si tal vez podría haber sido de la captura del día anterior. Sea como fuere, despierto un poco después de la medianoche, pensé haber escuchado un raspado en la ventana de mi habitación: el clima ha estado tan bien ultimamente que duermo con la ventana abierta. Es mi opinión, Sr. Clerval, que nada ayuda más a los pulmones que el aire fresco, y creo que esa es la opinión de los mejores pensadores continentales, ¿no es así? Me han dicho que el aire es extremadamente fresco en los prados alpinos*.

—*Solo en los prados donde las vacas no han estado alimentándose*.

—*¿Las vacas? ¡Oh, sí, las vacas, ja, ja! ¡Muy bueno! ¡Las vacas, por supuesto! Bueno, ¿dónde estaba? Ah, sí. Me levanté de la cama y miré por la ventana. ¿Y qué espié si no fue una luz en el cementerio de la iglesia? Me puse la bata y las zapatillas y me apresuré a ver qué pasaba.*

—Al acercarme al cementerio, vi una figura oscura empuñando una pala. Estaba de espaldas a mí, una silueta; debido a una lámpara que descansaba junto a la tumba de Nancy Brown. Pobre Nancy, muerta una semana atrás, tan joven, solo diecisiete años.

—¿Un hombre? - dijo Kitty

La cara redonda del vicario se puso seria. *—Puede imaginar mi sorpresa. "¡Hola!" Grité. Entonces el hombre dejó caer su pala, agarró la linterna y salió corriendo rodeando la parte trasera de la iglesia. Cuando llegué a la esquina ya no estaba a la vista. Al volver a la tumba... ¡vi que él había estado a punto de desenterrar por completo el ataúd de la pobre Nancy!*

—¡Cielo mío! - dijo Jane.

—¿Profanando una tumba? - preguntó Bingley. *—Estoy atónito.*

Darcy no dijo nada, pero su mirada demostraba que no le alegraba que el vicario hubiera traído un asunto tan grosero a su mesa. Frankenstein, sentado al lado de Mary, dejó el cuchillo y echó un largo trago de Madeira.

El vicario bajó la voz. Estaba claramente divirtiéndose. *—Solo puedo especular sobre qué motivo podría haber tenido este hombre. ¿Podría haber sido un amante suyo, abrumado por el dolor?*

—Ningún hombre es tan fiel, - dijo Kitty.

—Mi querido vicario, - dijo Lizzy. *—Ha leído demasiadas novelas de la señora Radcliffe.*

Darcy se reclinó en su silla. *—Se han visto cíngaros en el bosque cerca de la cantera. Sin duda esto fue obra suya. Buscaban joyas.*

—¿Joyas? - dijo el vicario. *—Los Browns apenas tenían suficiente dinero para enterrarla decentemente.*

—Lo que prueba que quien hizo esto no era un hombre local.

Clerval habló. *—En mi hogar, las tumbas recientes a veces son profanadas por hombres que proporcionan cadáveres a los médicos. ¿No*

hubo una avalancha de robos de tumbas en Ingolstadt, Víctor?

Frankenstein dejó el vaso. —*Sí,* - dijo. —*Algunos anatomistas, al buscar conocimiento, abandonan todo escrúpulo humano*.

—*No creo que esa sea la causa probable en este caso,* - observó Darcy. —*Aquí no hay universidad ni escuela de medicina. El doctor Phillips, en Lambton, no es un transgresor de las normas civilizadas*.

—*Apenas es un transgresor de su propio umbral,* - dijo Lizzy. —*Hay que llamarlo con un día de antelación para hacerlo salir de la sala de estar.*

—*Tengan la seguridad de que hay hombres así,* - dijo Frankenstein. —*Los he conocido. Mi enfermedad, como les ha descrito Henry a ustedes, fue de alguna manera la rebelión de mi espíritu contra el entendimiento de que la búsqueda del conocimiento conduciría a algunos hombres a un peligro mortal.*

Aquí estaba la oportunidad de Mary de impresionar a Frankenstein. —*Seguramente hay nobleza en arriesgar la propia vida para avanzar en las llamadas de la carrera de uno. ¿Cuántas cosas estaríamos al punto de conocer si la cobardía o el descuido no restringieran nuestras preguntas?*

—*Entonces le agradezco a Dios por la cobardía y el descuido, señorita Bennet,* - dijo Frankenstein, —*quizá valga la pena arriesgar la vida de uno, pero no el alma*.

—*Muy cierto. Pero creo que la ciencia puede exigir que relajemos las restricciones de la sociedad común*.

—*Nunca hemos escuchado ese tono de tu parte, Mary,* - dijo Jane.

Darcy intervino: —*Te estás volviendo bastante moderna, hermana. ¿Qué restricciones estás preparada a abandonar por nosotros esta noche?* - Su voz estaba llena de la gentil condescendencia con la que trataba a Mary en todo momento.

¡Cómo deseaba ella sorprenderlos! Cómo anhelaba mostrarle a Darcy y a Lizzy, con su matrimonio perfecto y sus vidas perfectas, que ella no era la simple criada que ellos pensaban. —*Anatomistas*

en Londres han obtenido permiso de la corte para diseccionar los cuerpos de criminales después de la ejecución. ¿Es injusto usar el cuerpo de un asesino, que ya ha perdido su propia vida, para salvar la vida de los inocentes?

—*Mi tío, que está en el banquillo, ha hablado de tales casos,* - dijo Bingley.

—*No solo eso,* - agregó Mary. —*¿Habéis oído hablar de los experimentos del científico italiano Aldini? El verano pasado, en Londres, en el Colegio Real de Cirujanos, usó una poderosa batería para animar partes del cuerpo de un ahorcado. Según el "Times", ¡los espectadores creyeron genuinamente que el cuerpo estaba a punto de cobrar vida!*

—*¡Mary, por favor!* - dijo Lizzy.

—*Tienes que pasar menos tiempo con tus horribles libros,* - se rió Kitty. —*Ningún pretendiente va a querer hablar contigo sobre cadáveres.*

Y así, Kitty también se puso del lado de ellos. Su burla solo hizo que Mary estuviera más decidida a obligar a Frankenstein a hablar. —*¿Qué dice, señor? ¿Acudirá en mi defensa?*

Frankenstein dobló cuidadosamente su servilleta y la colocó junto a su plato. —*Tales intentos no están motivados por la valentía, ni siquiera por la curiosidad, sino por la ambición. La búsqueda del conocimiento puede convertirse en un vicio mortal como cualquiera de los pecados más comunes. Peores aún, porque incluso las naturalezas más nobles son susceptibles a tales tentaciones. Nadie, excepto aquel que las ha experimentado, puede concebir los atractivos de la ciencia.*

El vicario levantó su copa. —*Sr. Frankenstein, nunca se han dicho palabras más verdaderas. El hombre que profanó la tumba de la pobre Nancy se ha colocado más allá de la misericordia de un Dios que perdona.*

Mary se sintió cargada de emociones contradictorias. —*¿Ha experimentado usted tales tentaciones, señor Frankenstein?*

—*Tristemente, así es.*

—*¿Pero seguramente no hay pecado que esté más allá del alcance de la misericordia de Dios? «Saberlo todo es perdonarlo todo».*

El vicario se volvió hacia ella. —*Hija mía, ¿qué sabes del pecado?*

—*Muy poco, señor Chatsworth, excepto el de la ociosidad. Sin embargo, siento que incluso a una persona malvada se le puede apartar el velo de los ojos.*

Frankenstein la miró. —*Aquí debo estar de acuerdo con la señorita Bennet. Tengo que creer que incluso la naturaleza más corrupta es susceptible a la gracia. Si no pensara que esto fuera posible, yo no podría vivir.*

—*Basta de esta charla,* - insistió Darcy. —*Vicario, le sugiero que recuerde a sus feligreses, incluidos los del cementerio, con más cuidado. Pero ahora, por mi parte, estoy ansioso por escuchar a la señorita Georgiana tocar el piano. Y tal vez la señorita Mary y la señorita Catherine se unan a ella. Debemos defender los logros de la doncella inglesa ante nuestros invitados extranjeros.*

Por insistencia de Kitty, a la mañana siguiente, a pesar de las nubes bajas y un frío en el aire que hablaba más de marzo que de finales de mayo, ella y Mary dieron un paseo por el río.

Ambas caminaban por el arroyo que recorría desde la finca hacia el Derwent. Kitty permanecía en silencio. Los pensamientos de Mary se volvieron hacia la cena totalmente insatisfactoria de la noche anterior. La conversación en el museo no había mejorado en la cena. Mary había tocado mal el piano, mostrándose con poca ventaja al lado de la consumada Georgiana. Bajo la mirada de Jane y Lizzy, ella misma había sentido la locura de su intemperado discurso en la mesa. Frankenstein no le había dicho casi nada durante el resto de la noche; casi había parecido desconfiar de estar en presencia de ella.

Se estaba preguntando cómo pasaría él esa mañana cuando, de repente, girando la cara lejos de Mary, Kitty estalló en lágrimas.

Mary le tocó el brazo. —*¿Cuál es el problema, Kitty?*

—*¿Crees en lo que dijiste anoche?*

—*¿Qué dije?*

—*¿Que no hay pecado más allá del alcance de la misericordia de Dios?*

—*¡Por supuesto que sí! ¿Por qué lo preguntas?*

—*¡Porque he cometido tal pecado!* - Se cubrió los ojos con la mano. —*¡Oh, no, no debo hablar de eso!*

Mary se refrenó de indicar que, habiendo hecho una admisión tan provocativa, Kitty difícilmente podía permanecer en silencio, y sin duda ella no tenía intención de hacerlo. Pero las intenciones de Kitty no siempre eran transparentes para Mary.

Después de un poco de persuasión y un paseo por el arroyo, Kitty finalmente estaba preparada para descargarse. Parecía que, desde el verano previo, ella había mantenido una admiración secreta por un hombre local de Matlock, Robert Piggot, hijo del carnicero. Aunque la familia del chico era bastante próspera y él podía heredar el negocio familiar, de ninguna manera era un caballero, y Kitty había prometido nunca dejar que sus afectos abrumaran su sentido.

Pero, a su reciente regreso a Pemberley, se había encontrado con Robert en su primera visita a la ciudad, y se había reunido en secreto con él cuando fue a Matlock con el pretexto de comprar. Peor aún, la pareja había permitido que su pasión se aprovechara de ellos, y Kitty había dado paso al amor carnal.

Las dos hermanas se sentaron sobre el tronco de un árbol caído en el bosque mientras Kitty contaba su historia. —*Quiero tanto casarme con él.* - Sus lágrimas fluían continuamente. —*¡No quiero estar sola, no quiero morir como una vieja doncella! Y Lydia... Lydia me habló sobre el acto de amor, lo maravilloso que era, lo bien que Wickham la hace sentir. Se jactaba de ello. Y dije, ¿por qué la vana Lydia puede tener eso y yo no tengo nada, por qué desperdiciar mi juventud en conversaciones y bordados, escuchar a madre parlotear y a padre lanzar fuertes suspiros? Padre piensa que soy tonta, que es improbable que encuentre un marido. ¡Y ahora tiene razón!* - Kitty se echó a llorar de nuevo. —*¡Tiene razón! ¡Ningún hombre me aceptará jamás!* - Sus

lágrimas terminaron en un ataque de tos.

—*Oh, Kitty,* - dijo Mary.

—*Cuando Darcy habló de la doncella inglesa anoche, hice todo lo que pude para evitar las lágrimas. Debes hacer que padre acepte que me case con Robert.*

—*¿Te ha pedido que te cases con él?*

—*Lo hará. Debe hacerlo. No sabes el magnífico hombre que es. A pesar del hecho de estar en el gremio del comercio, tiene los modales más amables. No me importa que no sea de noble cuna*.

Mary abrazó a Kitty. Kitty alternaba entre sollozos y ataques de tos. Sobre ellas retumbó el trueno y el viento susurraba entre los árboles. Mary sintió el tembloroso cuerpo de Kitty. Tenía que calmarla, regresarla a la casa. Qué frágil, qué ligera era su hermana.

Ella no sabía qué decir. Antaño, Mary habría condenado a Kitty por derecho propio. Pero mucho de lo que Kitty había dicho era el contenido de su propia mente, y el miedo de Kitty a morir sola era su propio miedo. Mientras buscaba alguna respuesta, Mary escuchaba el sonido de un torrente de lluvia golpeando el dosel de maleza sobre ellas. —*Has sido una tonta,* - dijo Mary sosteniéndola. —*Pero puede que no sea tan malo*.

Kitty tembló en sus brazos y habló al hombro de Mary. —*Pero ¿alguna vez volverás a preocuparte por mí? ¿Y si padre me echa? ¿Qué haré entonces?*

La lluvia se estaba filtrando ahora, cayendo con fuerza. Mary sintió que su cabello se empapaba. —*Cálmate. Padre no haría tal cosa. Yo nunca te abandonaré. Jane tampoco, ni Lizzy*.

—*¡Y si tuviera un hijo!*

Mary tiró del chal de Kitty sobre su cabeza. Miró más allá del hombro de Kitty hacia el bosque oscuro. Algo se movió allí. —*No vas a tener un hijo*.

—*¡No puedes saberlo! ¡Podría!*

El bosque se había oscurecido con la lluvia. Mary no podía distinguir lo que acechaba allí. —*Ven, volvamos. Tienes que recomponerte. Hablaremos con Lizzy y con Jane. Ellas sabrán lo...*

Justo en ese momento un relámpago iluminó el bosque, y Mary vio, bajo los árboles a menos de tres metros de ellas, la gigante figura de un hombre. El rayo había iluminado una cara de monstruosa fealdad: largo pelo negro, grueso y enmarañado. Piel amarilla con la textura del cuero seco, ojos negros hundidos profundamente bajo pobladas cejas. Lo peor de todo, una expresión horrible en su fría hambre inexpresable. Todo vislumbrado en una fracción de segundo, luego la luz se convirtió en sombra.

Mary jadeó y tiró de Kitty hacia ella. Un gran trueno cruzó el cielo.

Kitty dejó de llorar. —*¿Qué pasa?*

—*Tenemos que irnos. Ahora.* - Mary agarró a Kitty por el brazo. La lluvia caía sobre ellas y el sendero del bosque ya se estaba convirtiendo en barro.

Mary tiró de ella hacia la casa, Kitty quejándose. Mary no podía oír nada por encima del repiqueteo de la lluvia, pero cuando miró por encima del hombro, vislumbró la brutal figura, manteniéndose entre los árboles, pero moviéndose rápida y silenciosamente detrás de ellas.

—*¿Por qué tenemos que ir corriendo?* - jadeó Kitty.

—*¡Porque nos siguen!*

—*¿Quién?*

—*¡No lo sé!*

Detrás de ellas, Mary creyó oír al hombre pronunciar algunas palabras: —*¡Halt! ¡Bite!*

No habían llegado al borde del bosque cuando aparecieron figuras que venían de Pemberley. —*¡Señorita Bennet! ¡Mary! ¡Kitty!*

Las figuras se resolvieron en Darcy y el Sr. Frankenstein. Darcy

llevaba una capa, la cual arrojó sobre ellas. —*¿Están bien?* - Preguntó Frankenstein.

—*¡Gracias!* - jadeó Mary. —*Un hombre. Está ahí,* - señaló, —*siguiéndonos*.

Frankenstein se alejó unos pasos de ellas por el camino. —*¿Quién era?* - Preguntó Darcy.

—*Algún bruto. Horriblemente feo,* - dijo Mary.

Frankenstein regresó. —*No hay nadie ahi.*

—*¡Nosotras lo vimos!*

Otro destello de luz y un trueno. —*Está muy oscuro y estamos en una tormenta,* - dijo Frankenstein.

—*Ven, debemos llevarlas de vuelta a la casa,* - dijo Darcy. —*Están caladas hasta los huesos*.

Los hombres las ayudaron a regresar a Pemberley, haciendo todo lo posible para mantener a las hermanas fuera de la lluvia.

Darcy salió a buscar a Bingley y Clerval, que habían tomado la dirección opuesta en su búsqueda. Lizzy se ocupó de que Mary y Kitty estuvieran secas y cálidas. La tos de Kitty empeoró y Lizzy insistió en que debía acostarla. Mary se sentó con Kitty, le susurró una promesa de mantener su secreto y esperó hasta que esta se durmiera. Luego bajó para encontrarse con los demás en el salón.

—*Este frío no le hará ningún bien,* - dijo Jane. Reprendió a Mary por salir a pasear con un clima tan amenazante. —*Pensé que habías desarrollado más sentido, Mary. El Sr. Frankenstein insistió en que ayudara a encontrarte cuando se dio cuenta de que te habías ido al bosque*.

—*Lo siento,* - dijo Mary. —*Tienes razón.* - Estaba distraída por la difícil situación de Kitty, preguntándose qué podría hacer. Si Kitty estaba de verdad embarazada, no habría modo de ayudarla.

Mary relató de nuevo su historia del hombre en el bosque. Darcy

dijo que él no había visto a nadie, pero aceptó que alguien podría haber estado allí. Frankenstein, en lugar de participar en la especulación, se quedó frente a las altas ventanas que daban a la hierba a través de la lluvia hacia la línea de árboles.

—*Este intruso era un cazador furtivo local, o quizás uno de esos cíngaros,* - dijo Darcy.—*Cuando termine la lluvia, haré que el Sr. Mowbray lleve algunos hombres para revisar el terreno. También informaremos al gendarme*.

—*Espero que este mal tiempo le induzca a quedarse con nosotros unos días más, señor Frankenstein,* - se aventuró Lizzy. —*No tiene usted asuntos urgentes en Matlock, ¿verdad?*

—*No. Pero íbamos a viajar al Norte a finales de esta semana*.

—*Seguramente podríamos quedarnos un poco más, Víctor,* - dijo Clerval. —*Tu investigación puede esperarte en Escocia*.

Frankenstein luchó con su respuesta. —*No creo que debamos abusar más de estas buenas personas*.

—*Tonterías,* - dijo Darcy. —*Somos afortunados por su compañía*.

—*Gracias,* - dijo Frankenstein con incertidumbre. Pero cuando la conversación se movió a otra parte, Mary lo notó una vez más mirando por la ventana. Ella se movió para sentarse a su lado. En un impulso, ella le dijo, sotto voce, —*¿Conocía usted a ese hombre que encontramos en el bosque?*

—*Yo no vi a nadie. Y aunque hubiera habido alguien allí, ¿cómo iba yo a saber algo sobre un vagabundo inglés?*

—*No creo que fuese inglés. Cuando nos llamó, lo hizo en alemán. ¿Era uno de tus compatriotas?*

Una mirada de impaciencia cruzó el rostro de Frankenstein y este bajó los ojos. —*Señorita Bennet, no deseo contradecirla, pero está equivocada. Yo no vi a nadie en el bosque*.

Kitty desarrolló una fiebre y no abandonó la cama durante el resto del día. Mary se sentó con ella, intentando, sin mencionar el tema

de Robert Piggot, tranquilizarla.

Todavía llovía cuando Mary se retiró a una habitación separada que normalmente compartía con Kitty. Tarde esa noche, Mary se despertó ante la apertura de la puerta de su habitación. Pensó que podría ser Lizzy para decirle algo sobre Kitty. Pero no era Lizzy.

En lugar de gritar, observó en silencio cómo una figura oscura entraba y cerraba la puerta tras de sí. Las brasas del fuego arrojaban una tenue luz sobre el hombre mientras se acercaba a ella. —*Señorita Bennet,* - llamó él en voz baja.

El corazón de Mary estaba en su garganta. —*Sí, señor Frankenstein.*

—*Por favor, no se alarme. Debo hablar con usted.* - Dio dos súbitos pasos hacia su cama. Su hermoso rostro estaba agitado. Ningún hombre, en ninguna circunstancia remotamente similar a esta, la había abordado en su cama jamás. Sin embargo, la aceleración de su corazón no era enteramente una cuestión de miedo.

—*Este, señor, no es el lugar para una conversación educada,* - dijo ella. —*Siguiendo a su negación de lo que yo vi esta tarde, es usted afortunado de que no despierte a los sirvientes y haga que le echen de Pemberley.*

—*Tiene razón en reprenderme. Mi conciencia me reprende más de lo que usted podría jamás, y si me expulsaran de la amable compañía de su familia, sería menos de lo que merezco. Y me temo que nada de lo que tengo que decirle esta noche califica como conversación educada.* - Sus modales estaban enormemente cambiados. Había un sonido de desesperación en su susurro. Él quería algo de ella, y lo quería con mucho interés.

Curiosa a pesar de sí misma, Mary se puso su bata y encendió una vela. Le hizo sentarse en una de las sillas junto al fuego y avivó las brasas con el agitador. Cuando ella se acomodó en otra, dijo: —*Continúe.*

—*Señorita Bennet, por favor no juegue conmigo. Ya sabe por qué estoy aquí.*

—¿Saber, señor? ¿Qué sé yo?

Él se inclinó hacia delante, seriamente, con las manos cruzadas y los codos sobre las rodillas. *—Vengo a rogarle que guarde silencio. Consecuencias muy graves seguirán a su revelación de mi secreto*.

—¿Secreto?

—Acerca del hombre que vio.

—¡Le conoce!

—Su burla en la cena me convenció de que, después de escuchar la historia del vicario, usted sospechaba. Resucitar a los muertos, le dijo a Clerval... y luego su historia del profesor Aldini. No lo niegue.

—No finjo ignorar de qué está usted hablando.

Frankenstein se levantó de su silla y comenzó a pasear por la habitación frente al hogar. *—¡Por favor! Vi la mirada de reproche en sus ojos cuando os encontramos en el bosque. Estoy tratando de corregir lo que hice mal. Pero nunca podré hacerlo si usted lo cuenta*. - Para asombro de Mary, vio ella a la luz del fuego que los ojos de Víctor relucían con lágrimas.

—Dígame qué hizo.

Y con eso, la historia salió de él. Le contó cómo, después de la muerte de su madre, ansiaba conquistar la muerte misma, cómo había estudiado química en la universidad, cómo había descubierto el secreto de la vida. Cómo, envalentonado e impulsado por su solitaria obsesión, había creado un hombre de los cadáveres que había robado de los cementerios y comprado a los hombres de la resurrección. Cómo había tenido éxito, a través de su ciencia, en otorgarle la vida.

Mary no sabía qué decir ante aquella asombrosa historia, pues era el delirio de un lunático, pero estaba el hombre que ella había visto en el bosque. Y la seriedad con la que Frankenstein hablaba, sus lágrimas y susurros desesperados, daban todas las pruebas de que, al menos en su mente, él había hecho estas cosas. Él le habló sobre su repulsión por su hazaña, cómo había abandonado a la criatura,

con esperanza de que muriera, y cómo la criatura había, en venganza, matado a su hermano William y causado que Justine, la criada de la familia, fuese culpada del crimen.

—*¿Pero por qué no intervino en el juicio de Justine?*

—*Nadie habría de haberme creído*.

—*¿Y debo creerle yo ahora?*

La voz de Frankenstein estaba ahogada. —*Usted ha visto al bruto. Sabe que estas cosas son posibles. Vidas están en juego. Vengo a usted con remordimiento y penitencia, pidiéndole solo que mantenga este secreto*. - Cayó de rodillas, apoyó la cabeza en el regazo de Mary y se aferró a los lados de su bata.

Frankenstein estaba completamente equivocado sobre lo que ella sabía. Era un hombre que no veía las cosas con claridad. Sin embargo, si su historia era cierta, no era de extrañar que su juicio fuera desordenado. Y allí yacía él, temblando sobre ella, un niño buscando perdón. Ningún hombre había acudido a ella con tal necesidad.

Ella trató de mantener sus sentidos. —*Ciertamente, la criatura que vi era aterradora, pero a mis ojos parecía más miserable que amenazante*.

Frankenstein levantó la cabeza. —*Aquí debo advertirle: su miseria es una simple máscara. No deje que su simpatía por él le haga confiar nunca en su naturaleza. Es la criatura más vil que jamás haya caminado sobre esta tierra. No tiene alma*.

—*¿Por qué no llamar a las autoridades, atraparlo y llevarlo ante la justicia?*

—*No puede ser atrapado tan fácilmente. Es inhumanamente fuerte, ingenioso e inteligente. Si alguna vez tiene la desgracia de hablar con él, le advierto que no escuche lo que dice, porque es inmensamente articulado y satánicamente persuasivo*.

—*¡Más razón para verlo aprehendido!*

—*Estoy convencido de que solo puede ser tratado por mí mismo*.

Los ojos de Frankenstein le suplicaron. —*Señorita Bennet... Mary, debes comprender. Él es en cierto modo mi hijo. Le di la vida. Su mente está fija en mí.*

—*Y, al parecer, la de usted en él.*

Frankenstein pareció sorprendido. —*¿Cuestionas que así sea?*

—*¿Por qué le sigue? ¿Tiene ese hombre intención de hacerle daño?*

—*Ha jurado llenarse las fauces con la muerte con mis restantes seres queridos, a menos que lo haga feliz*. - Él descansó la cabeza nuevamente en su regazo.

Mary estaba conmovida, escandalizada y, de alguna manera oscura, excitada. Sentía su cuerpo tembloroso, instinto de vida. Tentativamente, ella apoyó la mano sobre la cabeza de él. Le acarició el pelo. Él estaba sollozando. Ella entendió que él era un ser físico, un animal vivo, que eventualmente, demasiado pronto, moriría. Y que todo lo que era cierto de él era cierto de sí misma. Qué extraño, aterrador y triste. Aún así, en este momento se sentía maravillosamente viva.

—*Guardaré su secreto,* - dijo.

Él abrazó sus faldas. A la luz de la vela, ella notó la forma en que su espeso cabello oscuro se apartaba en rizos de su frente.

—*No puedo decirle,* - dijo él en voz baja, —*qué alivio es compartir mi carga con otra alma y que esta me acepte. He estado tan completamente solo. No puedo agradecerle lo suficiente*.

Él se levantó, la besó en la frente y se fue.

Mary paseó por su habitación tratando de comprender lo que acababa de suceder. ¿Un hombre que había conquistado la muerte? ¿Un monstruo creado a partir de cadáveres? Tales cosas no sucedían, ciertamente no en su mundo, ni siquiera en el mundo de las novelas que leía. Se metió en la cama e intentó dormir, pero no pudo. La criatura había prometido matar a todos los que Frankenstein amaba. Mary recordó el peso de su cabeza sobre su regazo.

Ella sintió la habitación sofocante. Se levantó, se quitó el camisón y volvió a meterse entre las sábanas, donde yació desnuda escuchando la lluvia en la ventana.

La fiebre de Kitty empeoró en la noche y, antes del amanecer, Darcy envió a Lambton a buscar al médico. Lizzy envió una carta urgente al Sr. y la Sra. Bennet, y las hermanas se sentaron junto a la cama de Kitty toda la mañana, cambiando compresas frías de su frente mientras Kitty se esforzaba por respirar. Cuando Mary salió de la habitación de la enferma, Frankenstein se le acercó. Su desesperación de la noche anterior había desaparecido. —*¿Cómo está su hermana?*

—*Me temo que está gravemente enferma.*

—*¿Está en peligro?*

Mary solo pudo asentir.

Él la tocó en el hombro y bajó la voz. —*Rezaré por ella, señorita Bennet. No puedo agradecerle lo suficiente por la simpatía que me mostró anoche. Nunca le he contado a nadie...*

Justo entonces Clerval se les acercó. Saludó a Mary, le preguntó por el estado de Kitty, luego le sugirió a Frankenstein que regresaran a su hotel en Matlock en lugar de agregar más carga al hogar y la familia. Frankenstein estuvo de acuerdo. Antes de que Mary pudiera decirle otra palabra en privado, los visitantes se habían ido.

El doctor Phillips llegó poco después de que Clerval y Frankenstein se fueran. Midió el pulso de Kitty, le palpó la frente, examinó la orina. Le administró algunas medicinas y salió negando con la cabeza. Si la fiebre continúa, dijo, deben hacerle una sangría.

Dado lo mucho que había pensado en Frankenstein durante la noche, y lo poco que ella se había dedicado a Kitty, la conciencia de Mary la atormentaba. Pasó el día en la habitación de su hermana. Esa noche, después de que Jane se retirara y Lizzy se quedara dormida en su silla, ella seguía sentada sosteniendo la febril mano de Kitty. Tenía asuntos que considerar. ¿Estaba Kitty de verdad embarazada?. Y de ser así, ¿debería decírselo al médico? Sin

embargo, aún estando sentada junto a la cama de Kitty, la mente de Mary volvió a la sensación de los labios de Frankenstein en su frente.

En medio de la noche, Kitty se despertó, sacando a Mary de su sueño. Kitty intentaba levantar la cabeza de la almohada, pero no podía. —*Mary,* - susurró. —*Debes enviar a alguien en busca de Robert. Debemos casarnos de inmediato*.

Mary miró al otro lado de la habitación hacia Lizzy. Ella todavía estaba dormida.

—*Prométemelo,* - dijo Kitty. Sus ojos eran grandes y oscuros.

—*Lo prometo,* - dijo Mary.

—*Prepara mi vestido de novia,* - dijo Kitty. —*Pero no se lo digas a Lizzy*.

Lizzy se despertó entonces. Se acercó a la cama y palpó la frente de Kitty. —*Está ardiendo. Llama al Dr. Phillips*.

Mary mandó llamar al médico y después, mientras este entraba en la habitación de Kitty, ella reflexionó sobre lo que hacer. Estaba claro que Kitty no estaba en su sano juicio. Su solicitud era contraria tanto al sentido como a la propiedad. Si Mary enviaba a uno de los sirvientes a Matlock en busca de Robert, aunque hiciera jurar silencio a su mensajero, el asunto pronto sería tema de conversación de los criados y, probablemente, de la ciudad.

Esta era el tipo de dilema que Mary no habría tenido problemas de resolver, para edificación moral de todos, cuando ella tenía dieciséis años. Se apresuró hasta su habitación y sacó papel y pluma:

«Escribo para informarle de que la persona que usted ama, que reside en la Casa Pemberley, está gravemente enferma. Ella solicita urgentemente su presencia. Simple amabilidad humana, que por la descripción que ella da de usted no dudo que posee, y mucho menos el deber que le incumbe debido al pacto que ha hecho con ella mediante sus acciones, asegúreme que le veremos aquí antes de que acabe esta noche.

Señorita Mary Bennet.»

Selló la carta y buscó a uno de los criados, a quien despachó de inmediato con la instrucción de poner la carta en manos de Robert Piggot, hijo del carnicero de Matlock.

El Dr. Phillips hizo una sangría a Kitty, sin mejoría. Ella no recuperó la consciencia durante la noche. Mary esperó. El criado regresó, a solas, a las seis de la mañana. Este le aseguró a Mary que había ido a la casa de Piggot y dado la carta directamente a Robert. Mary le dio las gracias.

Robert no acudió. A las ocho de la mañana, Darcy mandó llamar al sacerdote. A las nueve y media, Kitty murió.

En la noche del día de la muerte de Kitty, llegaron el Sr. y la Sra. Bennet, y un día después Lydia y Wickham: era la primera vez que Darcy había permitido que Wickham cruzara el umbral de Pemberley desde que se habían convertido en hermanos por matrimonio. En medio de su familia de luto, Mary se sentía perdida. Jane y Lizzy se apoyaban mutuamente en su dolor. Darcy y Bingley intercambiaban una conversación tranquila y sobria. Wickham y Lydia, que habían engordado junto con sus tres hijos, no podían intercambiar una palabra suave entre ellos, pero en su insensatez estaban completamente unidos.

La Sra. Bennet estaba más allá del consuelo, y el volumen y la intensidad de su duelo solo era excedido por el grado en que trataba de controlar cada detalle del funeral de Kitty. Se produjo un largo debate sobre dónde debería ser enterrada Kitty. Cuando se señaló que su primo, el Sr. Collins, heredaría eventualmente la casa en Hertfordshire, la Sra. Bennet cayó en la desesperación: ¿quién, cuando ella se fuera, cuidaría de la tumba de su pobre Kitty? El Sr. Bennet sugirió que Kitty descansara en el cementerio de la iglesia en Lambton, a poca distancia de Pemberley, donde también podrían visitarla Jane y Bingley. Pero cuando el Sr. Darcy ofreció el mausoleo familiar en Pemberley, el asunto se resolvió rápidamente para satisfacción tanto de los tiernos corazones como de la vanidad.

Aunque no era sorpresa para Mary, aún era una carga para ella ser testigo de que incluso en el momento más grave de sus vidas, sus

hermanas y padres demostraban ser exactamente lo que eran. Y, sin embargo, paradójicamente, esto no endureció su corazón hacia ellos. La familia estaba unida como no lo había estado en muchos años, y ella se dio cuenta de que nunca deberían pensar en el futuro, excepto en el caso de nuevas pérdidas. Su padre estaba más gris y callado de lo que Mary lo había visto nunca y, el día del funeral, incluso su madre dejó de lado sus sollozos y exclamaciones lo suficiente como para mostrar una cara de profundo dolor y una carga de edad que Mary nunca antes había notado.

La noche después de que se diera descanso a Kitty , Mary se sentó hasta tarde con Jane, Lizzy y Lydia. Bebieron Madeira y Lydia contó muchas historias tontas de los días que ella y Kitty habían pasado coqueteando con el regimiento. Mary subió a su cama tarde esa noche, su cabeza nadaba en vino, risas y lágrimas. Permaneció despierta, la luz de la luna brillaba en el panel de la ventana abierta, el aire transportaba olor a tierra fresca y se oía el susurro de los árboles sobre el lago. Ella se sumió en un sueño sin sueños. En algún momento de la noche la despertaron los ladridos de los perros en la perrera. Pero la conciencia pronto se difuminó y ella se desvaneció.

Por la mañana se descubrió que el mausoleo había sido forzado y que el cuerpo de Kitty había sido robado de su tumba.

Mary le dijo al jefe de cuadra que la Sra. Bennet le había pedido que fuera al boticario en Lambton, y le pidió que le preparara la calesa. Luego, mientras la casa estaba en crisis y el resto de la familia atendía a la Sra. Bennet, ella se dirigió a Matlock. El maestro le había dado el mejor caballo del establo de Darcy. La criatura era mansa y rápida, y a pesar de su inexperiencia, Mary fue capaz de llegar conduciendo a Matlock en una hora.

Todo el tiempo, a pesar de la espléndida mañana de verano y las pintorescas perspectivas que el valle del Derwent desplegaba continuamente ante ella, no podía evitar que su mente girara a través de una serie de imágenes angustiosas, entre ellas la vista de la criatura de Frankenstein como ella le había visto en el bosque.

Cuando llegó a Matlock, se apresuró al Hotel Antiguos Baños y preguntó por Frankenstein. El conserje le dijo que no había visto al

Sr. Frankenstein desde la cena de la noche anterior, pero que el Sr. Clerval le había dicho esa mañana que los caballeros partirían de Matlock ese mismo día. Ella dejó una nota pidiéndole a Frankenstein, si regresaba, que la encontrara en la posada, luego fue a la carnicería.

Mary había estado allí una vez antes, con Lizzy, algunos años atrás. La tienda estaba ocupada con sirvientes comprando huesos de cordero y jamón para la cena. Detrás del mostrador, el Sr. Piggot padre estaba ocupado en su tabla de cortar, pero ayudando a una de las mujeres con un paquete había un joven alto con rizos gruesos y ojos verdes. Él flirteaba con la criada de la casa mientras cargaba al hombro la compra de esta envuelta en papel marrón para ponerla en su carruaje.

En el camino de vuelta a la tienda, vio a Mary de pie desatendida. La estudió por un momento antes de acercarse. —*¿Puedo ayudarla, señorita?*

—*Creo que conocías a mi hermana*.

Su sonrisa se desvaneció. —*Usted es la señorita Mary Bennet*.

—*Lo soy.*

El joven se estudió las botas. —*Lamento mucho lo que le pasó a la señorita Catherine*.

No lo bastante como para acudir hasta su cama antes de su muerte, pensó Mary. Se mordió un reproche y dijo: —*No te vimos en la ceremonia. Pensé que quizá la naturaleza de vuestra relación podría haberte alentado a llorar en privado, junto a la tumba. ¿Has estado allí?*

Él pareció aún más incómodo. —*No. Tuve que trabajar. Mi padre…*

Mary ya había visto suficiente para medir la profundidad del chico. Él no era un hombre que profanara una tumba, ni por aflición ni de otra manera. La distancia entre este guapo pueblerino libertino, indiferente, insensible, del héroe que Kitty había elogiado solo profundizó la compasión de Mary por su hermana perdida. Qué desesperada debía de haber estado ella. Qué patetico.

Mientras Robert Piggot continuaba balbuceando su explicación, Mary dio media vuelta y partió.

Regresó a la posada donde había dejado la calesa. El posadero la condujo a un saloncito de damas, separado de la taberna por una mampara de vidrio. Ella pidió té y, a través de una ventana enrejada, observó a la gente entrar y salir por la calle y el patio, a los carreteros con sus percherones y carros, a los pasajeros que esperaban la próxima diligencia a Manchester, y en el interior, a los ociosos sentados a las mesas con pintas de cerveza inglesa. En la calle iluminada por el sol, un joven con botas negras abordaba a los viajeros, la mayoría de los cuales le ignoraban. Todas estas personas estaban vivas, completamente ajenas a Mary o a su hermana perdida. Mary tenía que estar de vuelta con su madre, aunque la idea le helaba el corazón. ¿Cómo había podido Kitty dejarla sola? Se sintió cerca de la desesperación.

Estaba mirando por la ventana a dos carreteros que luchaban por cargar un gran baúl cuadrado en su carro, cuando el hombre que los dirigía salió de entre el equipo de caballos, y ella vio que era Frankenstein. Mary se levantó de inmediato y salió al patio de la posada. Ya estaba a su lado antes de que él la notara. —*¡Señorita Bennet!*

—*Sr. Frankenstein. Estoy muy contenta de haberle encontrado. Temí que ya se hubiera ido de Matlock. ¿Podemos hablar en privado?*

Pareció momentáneamente desconcertado. —*Sí, por supuesto,* - dijo él. A los carreteros les dijo: —*Cuando hayan terminado de cargar mi equipo, esperen aquí.*

—*Este no es buen lugar para conversar,* - le dijo Frankenstein. —*He visto un cementerio en la iglesia cercana. Retirémonos allí.*

Paseó con Mary calle abajo hasta el cementerio de St. Giles. Caminaron por el jardín de la rectoría. A lo lejos, los rayos del sol de la tarde brillaban a través de una catedral de nubes sobre los Altos de Abraham. —*¿Sabe lo que ha pasado?* - le preguntó ella.

—*He oído informes, bastante horribles, sobre la muerte de su hermana. Tenía la intención de escribirle para transmitir mis condolencias en mi*

primera oportunidad. Tiene usted mis más profundas condolencias.

—¡Su criatura! Ese monstruo que usted creó...

—Le pedí que lo mantuviera en secreto.

—He cumplido mi promesa, hasta ahora. Pero ha robado el cuerpo de Kitty.

Él se quedó allí, con las manos a la espalda, los ojos claros fijos en ella. *—Me deja perplejo. ¿Qué le lleva a esta conclusión extraordinaria?*

Ella estaba herida por su apocamiento. ¿Era este el mismo hombre que había llorado en su habitación? *—¿Quién si no podría hacer algo así?*

—Pero ¿por qué? La enemistad de esta criatura está reservada solo para mí. Otros sienten la ira de esa cosa solo en la medida en que son queridos para mí.

—Vino usted a suplicarme esa noche porque temía que yo supiera que él era el responsable de profanar la tumba de esa chica de la ciudad. ¿Por qué nos estaba observando a Kitty y a mí en el bosque? Seguramente eso no es una coincidencia.

—Si, de hecho, la criatura ha robado el cuerpo de su hermana, no puede ser por ninguna razón que yo pueda entender, ni que ninguna persona temerosa de Dios deba perseguir. Sepa que estoy decidido a ver a este monstruo desterrado del mundo de los hombres. Puede estar segura de que no cesaré hasta que haya visto esto cumplido. Es mejor para usted y su familia dirigir sus pensamientos a otros asuntos. - Tocó un tallo de hiedra, que crecía subiendo por el costado de la pared del jardín, y arrancó una hoja verde que él giró entre sus dedos.

Ella no podía entenderle. Sabía que era un hombre de sensibilidad, que tenía un corazón capaz de padecer. Sus negaciones abrían la posibilidad de que ella hubiera estado evitándose a sí misma cuestionar esto. *—Señor, no estoy satisfecha. Me parece que me está ocultando algo. Me habló usted del gran dolor que sintió por la pérdida de su madre, sobre cómo aquello lo motivó a emprender sus investigaciones. Si, como usted dice, ha descubierto el secreto de la vida,*

¿no podría haber tomado la responsabilidad de restaurar a Kitty? Tal vez el miedo al fracaso o el horror que muchos sentirían ante su intromisión de la voluntad de Dios subrraya su secreto. Si es así, por favor no me oculte la verdad. No soy una niña.

Él dejó caer la hoja de sus dedos. La tomó por los hombros y la miró directamente a los ojos. *—Lo siento, Mary. Restaurar a tu hermana no está en mi poder. La criatura desalmada que traje a la vida no tiene relación con el hombre de cuyo cuerpo lo formé. Tu hermana ha partido hacia su recompensa. Nada... nada de lo que yo pueda hacer la traería de vuelta.*

—¿Y no sabe nada sobre el robo de su cadáver?

—En ese menester, no puedo ofreceros consuelo ni a ti ni a tu familia.

—Mi madre, mi padre... son inconsolables.

—Entonces deben contentarse con los recuerdos de su hermana como ella vivió. Como yo debo hacer con mi querido y perdido hermano William, y la calumniada y deshonrada Justine. Venga, volvamos a la posada.

Mary irrumpió en lágrimas. Él la abrazó y ella lloró en su pecho. Eventualmente, ella se recompuso, le permitió que la tomara del brazo y caminaron lentamente de vuelta a la calle principal de Matlock hacia la posada. Ella sabía que cuando llegaran, Frankenstein se iría. El calor de su mano sobre la de ella casi la hacía rogarle que se quedara, o mejor aún, que la llevara con él.

Llegaron al concurrido patio. El carromato estaba apartado a un lado y Mary vio que los carreteros estaban en la taberna. Frankenstein, agitado, los reprendió. *—Pensé haberles dicho que mantuvieran ese tronco fuera del sol.*

El mayor de los dos hombres dejó su cerveza y se puso de pie, *—Lo siento, Governador. Lo dispondremos ahora mismo.*

—Hazlo ahora.

Mientras Frankenstein hablaba, la diligencia nocturna se detuvo ante la posada y se preparaba para la partida. *—¿Usted y el Sr.*

Clerval se van hoy? - preguntó Mary.

—Sí. En cuanto Henry llegue del Antiguos Baños, tomaremos la diligencia al Distrito de los Lagos. Y luego a Escocia.

—Dicen que es muy hermoso allí.

—Me temo que su belleza se perderá conmigo. Llevo la carga de mi gran crimen, que no será liberada hasta que haya hecho las cosas bien.

Ella sintió que explotaría si no le hablaba con el corazón. *—Víctor. ¿Te volveré a ver alguna vez?*

Él evitó su mirada. *—Me temo, señorita Bennet, que eso es poco probable. Mi intención es desterrar a esa vil criatura del mundo de los hombres. Solo entonces puedo esperar regresar a casa y casarme con mi prometida Elizabeth.*

Mary apartó la vista de él. Una joven madre estaba ajustando el cuello de su hijo antes de subirlo a la diligencia. *—Ah, sí. Estás prometido. Casi lo había olvidado.*

Frankenstein le apretó la mano. *—Señorita Bennet, debe perdonarme las libertades que me he tomado con usted. Me ha brindado más amistad de la que merezco. Deseo que encuentre al compañero que busca y que viva sus días en felicidad. Pero ahora, debo irme.*

—Que Dios le acompañe, señor Frankenstein. - Ella retorció los dedos de los guantes en un nudo.

Él hizo una profunda reverencia y se apresuró a hablar un poco más con el carretero. Henry Clerval llegó justo cuando los hombres subían a sus carros y se alejaban llevando el equipaje. Clerval, sorprendido de ver a Mary, la saludó calurosamente. Expresó su gran tristeza por la pérdida de su hermana y le suplicó que transmitiera sus condolencias al resto de su familia. Diez minutos después, los dos hombres se subían a la diligencia y esta salía de la posada, desapareciendo por la calle principal de Matlock.

Mary quedó en el patio de la posada. No sentía que pudiera soportar volver a Pemberley y enfrentarse a su familia, a los histrionismos de su madre. En cambio, volvió a entrar en la posada

e hizo que el camarero la sentara en el salón de las damas y le trajera una botella de oporto.

El sol declinó y las sombras se extendieron sobre el patio de la posada. Los periódicos vespertinos llegaron de Nottingham. El mozo del patio encendió las lámparas. Aun así, Mary no quería irse. Afuera en las aceras, el chico de las botas negras estaba sentado en la creciente oscuridad con los brazos sobre las rodillas y la cabeza sobre el pecho. Mary oía los cascos de los ocasionales caballos golpeando los adoquines. El posadero fue solícito. Cuando ella pidió una segunda botella, él dudó antes de preguntar si podría enviar a alguien de su familia para que la llevara a casa.

—*No conoce usted a mi familia,* - dijo ella.

—*No, señorita. Solo pensé que...*

—*Otro Oporto. Luego déjame en paz*.

—*Sí, señorita.* - Él se alejó. Estaba decidida a intoxicarse. ¿Cuántas veces había advertido piadosamente a las mujeres jóvenes de no comportarse como ella lo hacía ahora? «La virtud es su propia recompensa». Ella tenía un apotegma para cada ocasión, y los había mostrado tediosamente en lugar de pensar. «Muéstrame un mentiroso y te mostraré un ladrón». «Cásate deprisa, arrepiéntete a gusto». «Los hombres deberían ser lo que parecen».

No se engañaba a sí misma al pensar que su mal comportamiento actual supondría alguna diferencia. Quizá Bingley o Darcy habían sido despachados para buscarla en Lambton, pero en una hora o dos ella regresaría a Pemberley, donde su madre la regañaría por hacerla pasar una noche de ansia, y Lizzy la advertiría sobre el riesgo para su reputación. Lydia incluso podría preguntarle, no creyendo que fuera posible, si había tenido una asignación con algún hombre. La pérdida de Kitty eclipsaría la indiscreción de Mary, tan lamentable como esta había sido. Pronto todo sería como había sido, excepto que Mary estaría viva y Kitty muerta. Pero incluso eso se desvanecería. La sombra de la muerte de Kitty se cerniría sobre la familia por algún tiempo, pero ella dudaba que algo significativo cambiara.

Mientras se demoraba sobre su vaso, levantó la vista y notó, en la taberna ahora vacía, a un hombre sentado en la mesa más alejada de las lámparas. Un hombre enorme, vestido con ropas ásperas, con el rostro encapuchado y en la sombra. En la mesa frente a él había una jarra de cerveza y algunas monedas de cobre. Mary se levantó, salió del salón hacia la taberna y la cruzó hacia él.

Él alzó la vista y la tenue luz de la lámpara del techo atrapó sus ojos negros, hundidos bajo pobladas cejas. Era horriblemente feo. —*¿Puedo sentarme con usted?* - le preguntó ella. Se sentía levemente mareada.

—*Puedes sentarte donde quieras*. - La voz era grave pero engullida, incapaz de proyectarse. Fue casi un susurro.

Temblando solo ligeramente, ella se sentó. Las muñecas y manos del hombre, que descansaban sobre la mesa, sobresalían de las ajadas mangas de su abrigo. Su piel era de color marrón amarillento y las uñas de color blanco lívido. Él no se movió. —*¿Tienes algún asunto conmigo?*

—*Tengo un asunto de lo más espantoso*. - Mary trató de mirarlo a los ojos, pero no lo conseguía, su vista se deslizaba. —*Quiero saber por qué profanó la tumba de mi hermana, por qué robó el cuerpo y qué le ha hecho a ella*.

—*Mejor deberías preguntarle a Víctor. ¿No te lo explicó todo?*

—*El Sr. Frankenstein me explicó quién... qué eres. Él no sabía qué había sido de mi hermana*.

Los delgados labios se torcieron en una sonrisa sardónica. —*Pobre Víctor. Tiene todas las cosas al revés. Víctor no sabe lo que soy. Es incapaz de saberlo, no importa las labores que he emprendido para enseñarle. Pero sí sabe lo que ha sido, y lo que será, de tu hermana*. - La criatura se colocó el grueso cabello negro detrás de la oreja, un súbito gesto inconsciente que lo hizo parecer completamente humano por primera vez. Tiró de la capucha hacia adelante para ocultar su rostro.

—*Pues dígamelo.*

—¿Qué respuesta quieres? ¿Quién soy o qué le pasó a tu hermana?

—Primero dígame qué le pasó a Kitty.

—Víctor irrumpió en el mausoleo y se la llevó. Se cuidó de no dañarla. Lavó su hermoso cuerpo en ácido carbólico diluido y reemplazó su sangre con una mezcla química de su propia invención. Plegada, ella encajó perfectamente dentro de un tronco de cedro sellado con brea, y actualmente está siendo enviada a Escocia. Fuiste testigo de su partida desde este patio hace una hora.

Los sentidos de Mary se rebelaron. Se cubrió la cara con las manos. La criatura permaneció en silencio. Finalmente, sin levantar la cabeza, se las arregló para decir: *—Víctor me advirtió que eras un mentiroso. ¿Por qué debería creerte?*

—No tienes motivos para creerme.

—¡Te la llevaste tú!

—Aunque no habría tenido escrúpulos para hacerlo, no lo hice. Señorita Bennet, no niego que tenga interés en este asunto. Víctor hizo lo que le dije a mi orden.

—¿Por orden tuya? ¿Por qué?

—Kitty, o no tanto Kitty como sus restos, van a convertirse en mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡Esto es insoportable! ¡Monstruoso!

—Monstruoso. - De repente, con rapidez preternatural, su mano salió y agarró la muñeca de Mary.

Mary pensó en pedir ayuda, pero el bar estaba vacío y ella había despachado al posadero. Sin embargo, su agarre no era duro. Su mano era cálida, instinto de vida. *—Mírame,* - le dijo él. Con la otra mano retiró hacia atrás su capucha.

Ella respiró hondo y miró.

Su noble frente, pómulos altos, barbilla fuerte y ojos bien abiertos

podrían haberlo hecho guapo, a pesar de las cicatrices y la piel seca y amarilla, si no fuese por su expresión. Su fealdad no era una cuestión de carencia de proporción, o mejor dicho, la falta de proporción no estaba en sus rasgos. Como en su voz engullida, su cara estaba sumergida, como si todo estuviera oculto, revelado solo en los ojos, en la contracción de una mejilla o de un labio. Cada diminuto movimiento mostraba una animación extraordinaria. Héticamente enfermiza, pero enérgica. Esta era una criatura que nunca había aprendido a asociarse con compañía civilizada, que había sido empujada hacia la edad adulta con las pasiones de un niño herido. Miedo, autodesprecio, ira. Deseo.

La fuerza del anhelo y la rabia en aquella cara la hizo encogerse. —*Suéltame,* - susurró ella.

Él le soltó la muñeca. Con amarga satisfacción, él dijo: —*Ya ves. Si lo que demando es insoportable, eso es solo porque los de tu clase no han hecho nada para apoyarme. Una vez, confié falsamente en encontrarme con seres que, perdonando mi forma externa, me amaran por las excelentes cualidades que yo era capaz de presentar. Ahora estoy completamente solo. Más que cualquier hombre hambriento en una isla desierta, soy un náufrago. No tengo hermano, hermana, padres. Solo tengo a Víctor, quien, como tantos padres, retrocedió desde el momento en que respiré por primera vez. Y así, le he ordenado que haga de tu hermana mi esposa, o él y todo lo que él ama morirá por mi mano*.

—*No. No puedo creer que él cometiera esta abominación*.

—*Él no tiene otra opción. Es mi esclavo*.

—*Su conciencia no podía soportarlo, incluso a costa de su vida*.

—*Le das demasiado crédito. Todos vosotros lo hacéis. Él no piensa. No le he visto actuar de otra manera que no sea por impulso durante los últimos tres años. Eso es lo único que veo en todos vosotros*.

Mary se echó hacia atrás tratando de dar sentido a este horror. ¡Su hermana, robada para ser traída a la vida! ¡Solo para ser entregada a este demonio! ¿Pero sería su hermana u otra cosa agitada y hambrienta como esta?

Todavía conservaba algunos restos de escepticismo. Los modales de la criatura no expresaban el aislamiento que él reclamaba. *—Estoy asombrada de tu comprensión del lenguaje,* - dijo Mary. *—No se podría saber tanto sin maestros*.

—Oh, he tenido muchos maestros. - El murmullo de la criatura era afligido. *—Se podría decir que, desde que abrí los ojos por primera vez, la humanidad ha sido todo mi estudio. Todavía tengo mucho que aprender. Hay ciertas palabras cuyo significado nunca me ha sido probado por la experiencia. Por ejemplo: Feliz. Víctor va a hacerme feliz. ¿Crees que puede hacerlo?*

Mary pensó en Frankenstein. ¿Podría él dar satisfacción a esta criatura? *—No creo que esté en poder de ninguna otra persona hacer feliz a alguien*.

—Bromeas conmigo. Toda criatura tiene su compañero, salvo yo. Yo no tengo ninguno.

Ella retrocedió ante su autocompasión. Su miedo inicial se desvaneció. *—Esperas demasiado de tener un compañero*.

—¿Por qué? No sabes nada de lo que he soportado.

—¿Crees que tener una hembra de tu clase asegurará que ella te acepte? - Mary rio. *—Espera hasta que seas rechazado, por la más trivial de las razones, por alguien que estás seguro que ha sido hecho para ti.*

Una sombra cruzó la cara de la criatura. —Eso no pasará.

—Sucede más a menudo que no.

—La hembra que Víctor creará no encontrará más compañero que yo.

—Eso nunca ha evitado el rechazo. Pero si eres aceptado, puedes ir preparándote para comenzar a aprender de verdad.

—¿Aprender qué?

—Aprender a hacerte una nueva pregunta: ¿Qué es peor, estar solo o estar muy mal acompañado? - Como Lydia y Wickham, pensó Mary.

Como Collins y su pobre esposa Charlotte. Como sus padres.

La cara de la criatura se retorció con emociones en conflicto. Su voz ganó volumen. —No te rias de mí. No soy tu juguete.

—No. Tú solo buscas un juguete propio.

La criatura, al parecer, no estaba acostumbrada a la burla. —¡No debes decir estas cosas! - Se levantó tambaleante, torpemente, tan repentinamente que volcó la mesa. La jarra de cerveza se deslizó por la parte superior y se derramó encima de Mary, y ella cayó hacia atrás.

En ese momento, el posadero entraba en la sala de la taberna con otros dos hombres. Vieron la escena y avanzaron corriendo. —¡Ey! ¡Déjala en paz! - le gritó. Uno de los otros hombres agarró a la criatura por el brazo. Con un rugido, la criatura lo arrojó a un lado como un viejo abrigo. Su capucha cayó hacia atrás. Los hombres le vieron la cara, horrorizados. Los ojos de la criatura se encontraron con los de Mary y, con una velocidad inhumana, dio medio vuelta y salió corriendo por la puerta.

Los hombres se reunieron. Aquel que había sido arrojado a un lado por la criatura tenía un brazo roto. El posadero ayudó a Mary a ponerse en pie. —¿Está bien, señorita?

Mary se sintió mareada. ¿Estaba ella bien? ¿Que significaba eso?

—Creo que sí, - dijo.

Cuando Mary regresó a Pemberley, muy tarde esa noche, encontró la casa alborotada por su ausencia. Bingley y Darcy habían estado en Lambton y habían buscado por la carretera y los bosques durante toda la tarde y la noche. La señora Bennet se había acostado con la convicción de que había perdido a dos hijas en una sola semana. Wickham condenó el mal juicio de Mary, Lydia saltó en defensa de Mary, y esto pronto se convirtió en una disputa por la falta de ingresos de Wickham y la mala gestión de Lydia de sus hijos. El señor Bennett se encerró en la biblioteca. Mary solo les dijo que había estado en Matlock. No ofreció ninguna explicación, ninguna disculpa. Por la ciudad se hablaba de la historia de su conflicto con el extraño gigante en la posada, junto con los rumores de Robert Piggot, el hijo del carnicero y el

misterio de la tumba profanada de Kitty; pero como Mary no era local y nada de consecuencia siguió a esto, los rumores pronto murieron. Ese invierno, Mary se encontró con la siguiente noticia en el periódico de Nottingham.

«Espantosos eventos en Escocia

Nuestro corresponsal del Norte presenta el siguiente informe. A principios de noviembre, el cuerpo de un joven extranjero, el Sr. Henry Clerval de Ginebra, Suiza, fue encontrado en la playa cerca de la ciudad de Thurso, en el extremo norte. El cuerpo, aún cálido, tenía marcas de estrangulamiento. Un segundo extranjero, el Sr. Víctor Frankstone, fue detenido, acusado del asesinato y retenido durante dos meses. Tras la investigación, el magistrado Sr. Kirwan determinó que el Sr. Frankstone estaba en las Islas Orcadas en el momento del asesinato. El acusado fue puesto en libertad bajo la custodia de su padre y se supone que ha regresado a su hogar en el continente.

Un mes después de la disposición de estos asuntos, una canasta, cargada de piedras y que contenía el cuerpo de una joven, fue arrojada al estuario del río Thurso. Se desconoce la identidad de la mujer y su asesino no ha sido descubierto, pero se especula que la desafortunada pudo haber muerto a manos de la misma persona o personas que asesinaron al Sr. Clerval. La mujer recibió un entierro cristiano en el cementerio presbiteriano de Thurso. El pueblo ha quedado conmocionado por estos eventos, y reza a Dios para liberarlo del mal.»

Oh, Víctor, pensó Mary. Recordó la presión de su mano, a través de su camisón, sobre su muslo. Ahora él había regresado a Suiza; allí, presumiblemente, para casarse con su Elizabeth. Ella esperaba que él fuera más honesto con su esposa de lo que había sido con ella, pero el destino de Clerval no era un buen augurio. Y la criatura seguía sin compañera.

Recortó el informe del periódico y lo guardó en el cajón de su escritorio, donde guardaba su copia de «La Historia Natural de las Aves» de Samuel Galton, destinada a la diversión e instrucción de los niños, y las anécdotas juveniles de Priscilla Wakefield y una langosta de Dudley hecha de piedra, y un abanico de papel del primer baile al que ella había asistido, y una corona de flores secas que le habían lanzado, cuando ella tenía nueve años, desde lo alto de un árbol por uno de los

muchachos del pueblo jugando cerca de los Comunes de Meryton.

Después de la muerte de sus padres, Mary vivió con Lizzy y Darcy en Pemberley duante el resto de sus días. Bajo un seudónimo, siguió una carrera como escritora de especulaciones filosóficas y envió muchas cartas a los periódicos de Londres. Tía Mary, como la llamaban en su casa, era conocida por su amabilidad con William, y con su esposa e hijos. Los niños se burlaban de Mary por su miopía, sus libros y su piano. Pero para una mujer cuya experiencia en el mundo era tan escasa y cuya alma parecía que nunca había sido tocada por ninguna pasión, por fin llegó a ser respetada por su comprensión, su independencia y su sabio consejo sobre asuntos del corazón.

FIN

Ambición: Un Ensayo

Siempre he sido un amante del relato desde niño. Como profesor de escritura, también he estudiado y enseñado ficción durante más de treinta años. Para mí, el relato no es una forma de arte menor o una práctica para escribir una novela.

En la última década he estado intentando ver conscientemente cuántos tipos de historias diferentes podía escribir. Me fascinan las diferencias y similaridades entre los géneros de la ficción pulp y la llamada ficción literaria. Me gusan las historias que tienen fuerte impulso narrativo, pero tanbién quiero historias que creen un efecto emocional en el lector. Quiero que el lector sea transportado fuertemente por la narración de una mis historias, termine con un poderoso efecto emocional y, luego, cuando se ha terminado, tenga ideas o imágenes en su mente. A veces las ideas son políticas (creo que la mayoría de historias tienen implicaciones políticas) pero no quiero quebla política abrume la historia.

Tambiéen quiero divertir, dar momentos de sorpresa o placer en el camino. Creo que leer una historia, incluso una historia triste, debería ser divertida a cierto nivel básico (aunque mi definición de divertido quizá sea un poco excéntrica).

En mis recientes historias he intentado dejar ir un poco de los procesos racionales que dominaba mi ficción durante los últimos veinte años. Me gustan las historias que colocan al lectos en un lugar extraño, que tienen un aura de misterio, que tocan cosas inefables. Al escribirlas a menudo intento captar algo, alguna emoción o percepción, que yo mismo tengo dificultad de describir con palabras,.pero confío poner en la acción y los personajes. A veces quiero capturar lo real, a menudo espero generar lo irreal. Normalmente necesito tanto lo real como lo irreal en la misma historia

Supongo que otra cosa que podría decir sobre estas historias es que estoy interesado en lo que es correcto e incorrecto, aunque no sé siempre cuál es cuál y no siento que estén siempre completamente

separados. Quiero entender cómo las personas pueden hacer cosas horribles y cosas valerosas y.cómo les afectan las consecuencias de sus acciones.

Me gusta la ciencia ficción, me gusta slipstream, me gusta es pastiche literario y, a veces, me gustan todas esas cosas juntas en las mismas historias. He escrito muchas historias recientemente que exploran las relaciones entre los hombres y las mujeres, que tratan de descubrir lo que pienso sobre las congruencias y desuniones entre los sexos

Los grandes escritores de relatos que admiro y que me han influenciado conscientemente son: Herman Melville, Franz Kafka, Flannery O'Connor, Tobias Wolff, John Cheever, Alfred Bester, Damon Knight, Gene Wolfe, Thomas Disch, Ursula Le Guin, Karen Joy Fowler, Bruce Sterling, James Patrick Kelly, Shirley Jackson, Jonathan Lethem. Me gusta la última ficción de Leo Tolstoy, las historias alegóricas de Nathaniel Hawthorne. Leo con placer las colecciones de George Saunders, Jim Shepard, Lucius Shepard y Kelly Link.

FIN

Entrevista con John Kessel

P: En las historias y novelas que representas, por ejemplo, Frankenstein y Orgullo and Prejuicio en Orgullo y Prometeo, ¿qué hay en estas historias particulares que te atrapan y te hace querer escribir algo en respuesta?

R. Bueno, Orgullo y Prejuicio y Frankenstein son dos grandes novelas. Cuentan historias maravillosas. Ambas fueron escritas por fuertes mujeres británicas, entre las primeras grandes mujeres novelistas, y publicadas en 1813 y 1818 respectivamente. Pero también son libros muy diferentes: uno es una comedia social, el otro es un romance gótico. Se podría decir que "Orgullo y Prejuicio" es el ancestro de la novela realista moderna y "Frankenstein" el ancestro de la moderna ciencia ficción. Ambos tratan, al menos en parte, sobre el matrimonio, sobre encontrar la pareja adecuada en un mundo donde encontrarla no es siempre fácil. Ciertamente es difícil para el monstruo de Frankenstein encontrar aceptación, pero también es difícil para las heroínas de Jane Austen.

En cualquier caso, una vez que empecé a hablar sobre estas similaridades y contrastes, la idea me era irresistible. Esperaba que funcionara bien para los lectores.

P: Tus historias a menudo tratan sobre el uso del poder, individualmente y en una mayor escala política. ¿Cuál piensas que es la responsabilidad política del autor?

R. No sé si hay una responsabilidad, pero para una persona como yo, que ve la política en todas partes, ciertamente es una oportunidad para sacar asuntor políticos en las historias que escribo. Normalmente no las impongo en las historias, más bien son las situaviones que me atraen, los personajes en lo que estoy más interesado, los que tienden a tener implicaciones políticas.

Supongo que me fascina el modo en que, durante nuestras interacciones con los demás, durante los esfuerzos que hacemos para conseguir lo que queremos y evitar lo que nos desagrada, nos imponemos sobre los demás. Herman Melville ha escrito sobre

América: —*En este país republicado, entre las fluctuantes olas de nuestra vida social, alguien siempre está en el punto de morir ahogado.* Me gusta escribir sobre las implicaciones de eso. Me gustaría que pudiéramos proporcionar unos cuantos preservadores de vida más para ir tirando.

P: Cuatro de tus historias se emplazan en un futuro cercano en la Luna. ¿Cómo influenció esa localizaciioon la historia?

R. El escenario proporciona los elementos de la trama a todas las historias. Por ejemplo, en "Historias para Hombres" los personajes están atrapados en la superficie lunar durante una tormenta de radiación. Yo crecí leyendo ciencia ficción ambientada en el espacio y en otros mundos, pero he escrito muy pocas historias ambientadas en tales lugares. Así que esta fue una oportunidad para pensar un poco e investigar sobre cómo podría alguien vivir en la luna y crear una sociedad fucional allí. Cómo obtener el oxígeno, el agua, crear un entorno atractivo donde vivir, una economía en funcionamiento, etc.

También, por supuesto, está la utópica o antiutópica naturaleza de la sociedad. Yo pensaba sobre la Sociedad de los Primos (Society of Cousins) como análogo a algunos asentamientos utópicos que ocurrieron en la historia de los Estados Unidos, como los Agitadores (Shakers), los Cuáqueros o la Comunidad Oneida del estado de Nueva York. Pensé que el lado más alejado de la luna podría ser un ambiente atractivo para una sociedad de utópicos perseguidos que buscaban establecerse lejos de la sociedad *ordinaria* para llevar a cabo sus experimentos sociales sin impedimento por parte de forasteros.

P: Tus historias se han publicado tanto en revistas literarias como de ciencia ficción. Cuando escribes, ¿consideras alguna vez el género de una historia o es algo que aparece después de que la historia ha sido escrita?

R. Generalmente sé cuando escribo si estoy haciendo una historia de ciencia ficción o una comedia o una historia slipstream, o algo más realista. Me gusta trabajar con los géneros. Te dan expectativas o formas contra las que trabajar. Me gusta cruzar géneros o coger una historia del género y violar sus reglas para ver qué sucede.

La mayoría de mis historias se han publicado en revistas del género o lugares asociados con la Ciencia Ficción o la Fantasía. Pero, en los últimos años, los muros sólidos entre el género y ficción imitititativa se han derrumbado en cierto modo y creo que eso es bueno Me está dando la oportunidad de llegar a más lectores.

P: Como co-director del progama de escritura del Estado de Carolina del Norte, ¿cuál es el mejor consejo de escritura que has o te han dado nunca?

R. Supongo que el mejor consejo que puedo dar a un escritor joven es que *siga su bienaventuranza.*. Escribe sobre las cosas que te gustan, que te dan una descarga cuando las lees, no sobre lo que piensas que la gente quiere que escribas. Arriésgate.

No sé si alguien me ha dicho alguna vez estas cosas con tantas palabras, pero eso fue lo que aprendí de la mayoría de escritores que más admiro.

P: Has llevado un taller de escritura de verano durante unos veinte años en el que han asistido fabulosos escritores (incluendo a Jonathan Lethem, Maureen McHugh, Karen Joy Fowler, Carol Emshwiller, Harlan Ellison, Bruce Sterling, Connie Willis, y Ted Chiang). ¿Ha tenido esto algún efecto en tu escritura?

R. Un inmenso efecto. Sus comentarios sobre los manuscritos de mis historias y aún más, su propia escritura y los ejemplos sobre cómo trabajan y hacia lo que apuntan, han causado que cambie mis propios hábitos o, al menos, que intente cosas nuevas. Escritoras como Carol, Maureen y Karen han elevado mi consciencia en relación a asuntos feministas y me han hecho replantearme las relaciones hombre y mujer. Dudo que hubiera escrito una historia como *Orgullo y Prometeo* desde el punto se vista de una mujer si no hubiera sido por Sycamore Hill (La Colina del Sicomoro es el nombre donde estaba el taller que él impartía). Bruce me hizo repensar mi modo de abordar la ciencia ficción. Jonathan, Ted, y Mary Rickert y Kelly Link, y muchos otros, me han proporcionado ejemplos de modos idiosincráticos de abordar temas que me interesan.

P: En los últimos años has editado dos antologías de relatos y escrito bastantes historias propias. ¿Que hay en la forma que te atrae? ¿Qué colecciones de relatos recomiendas a los grupos de lectura?

R. Un buen relato es como un puñetazo en la mandíbula. O un sueño problemático. O un viaje a la casa de los espejos. Me gusta mucho la compresión de los relatos. El modo en que crean una realidad alternativa o una consciencia individual a partir de los detalles más alusivos. Me encanta el modo en que los buenos relatos te abren sus puertas a un mundo entero en un pequeño espacio. Me gustan las sorpresas y la mayoría de buenos relatos tienen sorpresas maravillosas.

Me gusta todo tipo de historias. Aquí hay un montón de buenas colecciones, algunas de Ci-Fi, otras no, otras en medio, clasicas y contemporáneas: A Good Man is Hard to Find (Flannery O'Connor, Un Buen Hombre es Difícil de Encontrar), Wall of the Eye o Men and Cartoons y The Wall of the Sky (Jonathan Lethem, El Muro del Ojo, Hombres y Dibujos, El Muro del Cielo). Las Historias de John Cheever. Los relatos de H.G. Wells. Fancies and Goodnights (John Collier).

Virtual Unrealities (Alfred Bester, Irrealidades Virtuales). Lo Mejor de Damon Knight, o las colecciones de relatos de Kate Wilhelm o Her Smoke Rose Up Forever (James Tiptree Jr, Su Humo se Elevó Para Siempre). In Persuasion Nation (George Saunders, En la Nación de la Persuasión). Piazza Tales (Herman Melville, Cuentos de la Piazza). Black Glass (Karen Joy Fowler, Cristal Negro).

The Jaguar Hunter (Lucius Shepard, El Cazador de Jaguares). Babylon Revisited (F. Scott Fitzgerald, Babilonia Revisada). Think Like a Dinosaur (James Patrick Kelly, Piensa Como un Dinosaurio). Like You'd Understand (Jim Shepard, Como Usted lo Entendería). Bueno, y The Island of Doctor Death and Other Stories (Gene Wolfe, La Isla del Doctor Muerte y Otras Historias).

Espero que obtengáis tanto de ellas para empezar como lo hice yo.

Agradecimientos

Algunas de estas historias se escribieron con la ayuda de una residencia en Wildacres en Carolina del Norte. Mi agradecimiento a la Conferencia de Escritores de Sycamore Hill y a los muchos escritores que criticaron mi trabajo allí durante tantos años. También, a mis colegas y amigos del departamento de inglés de la Unversidad del Estado NC, en particular a Wilton Barnhardt.

Finalmente, a Sue, Emma, Richard, Lew, Greg, y Jim.

FIN